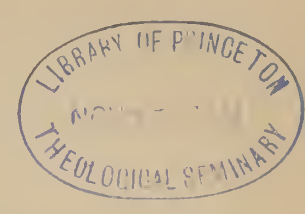


EL PARAGUAY CATÓLICO

P. JOSÉ SÁNCHEZ LABRADOR



EL PARAGUAY CATÓLICO

HOMENAJE DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA
AL XVII CONGRESO INTERNACIONAL DE LOS AMERICANISTAS EN SU REUNIÓN
DE BUENOS AIRES, EN MAYO 16 Á 21 DE 1910

TOMO II

BUENOS AIRES
IMPRENTA DE CONI HERMANOS
684, PERÚ, 684

1910

PARTE TERCERA

QUE CONTIENE LAS NOCIONES SIGUIENTES
I, LA DE LOS EYIGUAYEGUIS
II, LA DE LOS CHONAS
VARIOS VIAJES Y DIARIOS Y UNA BREVE NOTICIA DE CUYABA

(CONCLUSIÓN)

PARTE TERCERA

(CONCLUSIÓN)

CAPÍTULO IX

DE SUS BORRACHERAS, FIESTAS Y JUEGOS

CCCI. *Pasión por la bebida que embriaga.* — Por los mismos grados subió la opinión sin fundamento que indemnizaba á los Eyiguayeguis de adoradores de la bebida que embrutece. Puede sin recelo afirmarse que los dos ídolos de esta nación que ninguna deidad reconoce, son la bebida y el deleite; partiendo los cultos brutales entre Venus y Baco. No se procuran embriagar sino cuando y cuantas veces tienen material más á la boca que á la mano. Su propensión á la borrachera más parece innata que con el uso adquirida. Lo único menos malo en sus embriagueces es que no se ponen furiosos entre sí, ni con los extraños. También que siendo tan inclinados á beber, no preparen otros brebajes que el de la chicha ó aloja fuerte de miel de abeja mal clarificada.

CCCII. *Borracheras solemnes.* — Celebran de comunidad las borracheras; y para esto gastan en las prevenciones algunos días. Lo primero es salir á buscar la miel, que en abundancia hallan en las colmenas que las abejas labran en los cóncavos árboles y debajo de tierra. La

purifican expresamente para separar la cera y con toda la borra la ponen al sol ó al resistero en unas grandes calabazas. Poco á poco fermentan y adquieren un gusto picante, bueno para mover más el estómago que la cabeza. Todo el tiempo que gastan en la fermentación, que por lo común son de tres ó cuatro días, tocan un tamborilillo á la entrada del toldo, de que empieza el convite. El són de este instrumento les avisa y convida. El día antes ó víspera, los que han de beber se abstienen de toda comida, disponiendo así la cabezas con la flaqueza para que den más presto en tierra cargadas de los humos del Nudagi ó Chicha.

CCCIII. *Ceremonias para beber.* — Dispuesta la mateteria, y preparados los cuerpos con el ayuno empieza la función al querer ponerse el sol, y dura 24 horas. Mientras beben los convidados, tocan una corneta, cuyo ronco sonido aturde y amedrenta. No es otra cosa esta bocina, que un cuerno de vaca, ó un calabazo largo, agujereado, y por boquilla un cañuto de caña con su lengüeta, al modo de las trompetillas que hacen los muchachos. Soplan con violencia, formando un infernal ruído sin variedad alguna. No se percibe más armonía que la que resulta de repetir en bajo estas letras: V, V, V. De cuando en cuando tocan una plantilla (hecha de barro, madera ó hueso) como quien silba y baja el silbo de punta cuanto es menester, para llamar á los que aun no han bebido, ó vuelven á refiendar con alegría. Un muchacho vestido de gala toca un tamboril, y al mismo tiempo canta, celebrando el valor de los bebedores. Bien hiciera si entonara un elogio al bárbaro descuido con que se entregan á la bebida. El orden con que se les sirven las copas es éste. En unas escudillas ó calabazos á modo de tazas, se lleva á cada uno la chicha. Todos están sentados en rueda. Una mujer es la copera. Beben cuanto pueden, y hablan más que beben.

Así pasa la rueda, que mete una algazara y behetría, que el ruído basta para atolondrar las cabezas. Cada uno es

su propio panegirista ; y todos en estas ocasiones son matamoros, aunque sean unos gallinas. Las cabezas se enflaquecen con la chicha y bulla, y mucho más con el humo del tabaco de hoja, que se alterna con la bebida. Cuando ya hace su efecto el brevaje unos tienen bascas, otros efectivamente provocan, pero han de beber hasta que el hipocras se agote, so pena de hombres para poco. Para evitar que no se revuelquen todos en la bascosidad de sus estómagos, que brotan por las bocas, hay unas mujeres, cuyo empleo es acudir con unos platos á recoger antes que caiga al suelo la gazofia. Sienten que algunos quieren lanzar : al punto corren y le reciben la ambrosía. En llegando la función casi al punto de las 24 horas, las mujeres á sus maridos ó parientes les retiran y acompañan para que no caigan, y en sus toldos les dejan dormir hasta que digieran la bebida. Despiertan fatigados del brebaje y de la hambre, con descomposición de estómago y dentera : esta la curan mascando la corteza de cierto árbol : Y los País medican aquella cantando por el interés de alguna cosilla.

CCCIV. *Juicio que forman del embriagarse.* — Este desorden es casi transcendental á hombres y mujeres. Estas las que quieren beben, y beben muchas, especialmente viejas. Si se les dice que el Nudagi estraga el estómago con su acedía, á la cual llaman Neladi ; responden que no, y que es muy sabroso, y tan suave que les hace turbar la vista y perder el juicio, lo que explican diciendo : Dabale Iguecoge. Añaden que beben para dormir, y ver en sueños cosas nunca vistas, fiestas, juegos, y delicias. Remedan los vaivenes y bamboleos que hacen cuando obra la chicha, y quieren dar á entender que han estado con un entendimiento despejado, percibiendo aun dormidos lindos sabores de comidas y bebidas.

CCCV. *Continuación de la borrachera.* — Algunas veces no pasan las 24 horas en sólo un toldo, sinó que beben y lanzan en todos los de los capitanes. Estos tienen para este efecto dispuestos calabazos de bebida con que agasa-

jar á los amigos y concurrentes. Llámanlos el tamborilillo, la corneta y las flautas: empiezan en uno, y los recorren todos hasta dar fin al Nudagi, y consigo en tierra. La algazara sube de punto, pero sin propasarse á tomar las armas ni á desafíos. En este particular es gente baladrona, pero sosegada y pacífica.

CCCVI. *Raras costumbres en pedir en estas ocasiones.* — Hay algunas circunstancias que hacen más plausible su alegría. Es como ley entre ellos que lo que uno pide á otro cuando está entre dos luces y sin saber lo que habla, no se le ha de negar: lo contrario fuera falta de hidalguía. Sabida esta práctica, nos desembarazábamos de peticiones festivas. Alumbrados venían á vernos, entablaban su demanda: no se les negaba, pero tampoco se les concedía. « Anda hijo », les decíamos á cada uno de los que nos molestaban « duerme y vuelve mañana: Ya sabes que te estimo, y ahora perderás lo que te diere ». Así es, mi Padre, sé hombre de tu palabra; y diciendo esto se volvían, sin acordarse más de su impertinencia. Por lo común, cuando despiertan, su primera diligencia es encaminarse al río á refrescar la sangre en el baño, y así avivar el hambre, que con el Nudagi está dormida. No admiten á estos convites á muchachas jóvenes, porque fuera enseñarles descortesía. Ya se hallan algunos que, no se emborracharon, ni concurrieron á los convites en toda su vida. Á beber á nadie se obliga, si no entró voluntariamente en la fiesta. Estos con gracia nos decían. Mis Padres, qué gusto puede ser alargársele á uno los dientes (así explican la dentera) y quedar enfermos por algunos días? Mejor es comer la miel dulce, que beberla agria y desabrida.

CCCVII. *Sus diversiones. La caza.* — Sabido todo lo referido, se sabe también el blanco que miran los Mbayás en todas ó las más de sus diversiones y fiestas frívolas. Lo que no es emborracharse no es entretenimiento que tiene su bárbaro genio. Latecanaga llaman á la fiesta, y no atribuyen ese nombre á lo que en castellano decimos

borrachera. No obstante, tienen también sus diversiones secas. En éstas manifiestan sus habilidades, y aun fiereza. No son muchas, aunque de suyo es gente divertida. Ya se dijo, en otra parte, cómo se entretenían en las batidas del campo para la caza. Á veces sucede en estas monterías, que, irritado el ciervo que acosan vuelve contra su enemigo. Lleno el animal de coraje, arremete al caballo y ginete, vengando con sus ramificadas armas su cansada vida. Vuelven á los toldos los montoneros trayendo la presa, y lo mismo es divisarles la muchachada, que con grande alegría gritan Napicagale, si es ciervo, y si es avestruz, Apacanigo. Este pregón en unos aviva el hambre, y en otros la amortigua; porque la caza solamente se reparte entre los de aquella capitanía á que el cazador pertenece: los de otras comen con la vista esperando que los de su toldo tengan fortuna. El primer cuidado de los cazadores en dejando la presa en el toldo, es llevar su caballo al agua. Beben, los bañan, y salen tan alentados que pudieran emprender nueva montería. Esta diversión les deja, fuera de alimentos, la utilidad de las pieles, como se dijo en otra parte.

CCCVIII. *Carrera.* —No así la carrera, que es otra de sus alegres fiestas. Esta, sobre no utilizarles, les saca mucha sangre á costa de crueles punzadas. La víspera del día en que han de correr, un muchacho toca el tamborillo y canta al són de un calabazo, que es el repique con que se convidan. En amaneciendo, los que han de correr empiezan á pintarse y vestirse las plumas según el gusto de cada uno. Puestos en cueros de gala, ordenados en hilera, se dejan ver y pasar alrededor de las esteras. Hecha la reseña, se van á un sitio distante proporcionadamente del toldo. Desde allí, arrancan todos á un tiempo para ver quien es más ligero, llegando primero los que se han señalado. Llévanse las aclamaciones de esforzados y generosos los que primero llegan. Todo ésto casi era digno de alabanza: mas no lo que se sigue. Horroriza que, según van llegando, se hacen crueles sangrías en varias partes

del cuerpo. Tienen unos punzones hechos de huesos de tigre, poco menos grueso que el dedo meñique. Con este instrumento se taladran de parte á parte las pantorrillas junto al talón del pie y cerca de las corvas. Del mismo modo barrenan ó abren agujero en los muslos, en los brazos y algunos junto á la cintura. Cada uno se sacrifica á sí mismo; y raro es el que en ésto muestre cobardía; pero no es desdoro hacer que otro ejecute la carnificina. Dicen, y creo que no yerran, que con tales sangrías no sienten el cansancio. Por ventura la sangre, con la agitación encendida, se templa, desfogando por tantas cisuras. Lo cierto es que algunos no corren por no sufrir las punzadas dolorosas. Vi dárselas y me pareció que barreneaban una piel dura. Otros de los valientes quedan cojeando por algunos días, y confiesan que les molestan las heridas, teñidos en su sangre, se muestran otra vez, y se encaminan al toldo del que indujo la fiesta. Almuerzan ó meriendan, y se van á descansar á sus esteras. Esta es una de las pruebas del valor; porque si el herido aguanta sin hacer movimiento, se acredita de guapo, y es acreedor á los mayores honores digno de un soldado Eyiguayegui. Esta es diversión para poco frecuentada, y con que el diablo se burla de éstos, sus mártires.

CCCIX. *Fiesta de los muchachos. Ensayo para ser hombres.* — En este entretenimiento entran solamente los que tienen el grado de soldados. Si algunos muchachos corren lo tienen por travesura, y no se punzan tan cruelmente como los grandes. Los de edad de 12 años á 16 tienen su particular fiesta, que les sirve de ensayo para hombres. El que se ha de despojar la puericia, se pinta bellamente de colorado y blanco: vístese cuantas galas de plumas, cuentas y metales tiene: Dispone el tamborilillo: toca y canta toda una noche y el siguiente día hasta que el sol se pone. Antes de ocultarse el planeta un Nigienigi ó médico inhumano toma el punzón de hueso de tigre. Así armado, le punza en varias partes de su cuerpo, sin ocultar las que oculta el recato. Desángrase el muchacho,

que mira con grande serenidad su sangre. Con ésto el Nigienigi le tiñe el cuerpo, dejándole así rubricado en la categoría de hombre. Todo se acaba con solemne borrachera, á costa del inaugurado.

CCCX. *Venida de caciques.* — De esta clase de muchachos, hombres de primera impresión, á los cuales llaman Nachigue Tenagadí, se forman los tamborileros, cantores ó músicos que tocan en las venidas de los caciques y en otros regocijos. Si esperan algún cacique ó pariente de él se engalana el muchacho, pone agua en una olla, remoja la punta de una piel de ciervo y la ata á la olla, como se hace con las Zambombas. Dispuesto el tambor, se sienta cruzadas las piernas, teniendo delante el dicho instrumento ; coge en la mano derecha un palillo, con que le toca, dando unos golpes en medio ; y á pausas tal cual en la orilla. En la mano izquierda tiene un calabazo en el cual hay unas frutillas duras, y le mueve sin cesar, causando una disonante armonía con el refregarse contra la corteza interior y entre sí las frutillas. Tienen nombrados los sones, como el de Gallinazo, el del Tigre, etc. Canta y toca á un mismo tiempo, ensalzando las prerrogativas de su huésped. Esta es ceremonia indispensable, y para que no incurran en falta los que le esperan, avisa al cacique de su ida. Para esto envían cuatro embajadores desde el camino, y se le señala el día de la entrada como ya se dijo en los Diarios. Al són del tambor remeda bastantemente el de una mala campana. Éste es el instrumento ordinario en sus fiestas. Caminando con el cacique de la Reducción, entramos en el toldo de otro cacique con las ceremonias acostumbradas. Faltó la del tamborete, porque los muchachos, que estaban divertidos en la casa no fueron avisados á tiempo. Sintióse de falta tan crasa el huésped y preguntó por qué no tocaban. Fué preciso dar la satisfacción, que admitió no de muy buen semblante. Diciéndoles en una ocasión que molestaba la unisonidad continua de su tambor, respondieron que á ellos no, porque eran sus campanas. Al fin nos hicimos tanto á oirle,

que el sueño en cierto modo con su desapacible ruído se arrullaba.

CCCXI. *Fiesta en lunas llenas.* — En las lunas llenas tocan y cantan toda la noche para diversiones dignas de las pocilgas de inmundos animales. Los negros humos de tales alegrías pueden empañar los plateados resplandores del astro. En estas funciones Lunáticas se remudan los cantores. Uno empieza desde la tarde y dura hasta la medianoche: el otro desde esta hora prosigue hasta que se deja ver el lucero del alba. El primero canta asuntos algo indiferentes: el segundo profiere cláusulas propias de lupanares. Adelántanse la obscenidad Guaycurús á lo que no se propasa la irracionalidad en las bestias. Al aparecer la estrella de la mañana suspende los instrumentos, y entona estas palabras: Ya viene nuestro amo, no porque reconozcan soberanía en aquel cuerpo lúcido, sino por seguir los despropósitos de su educación bárbara. No quieren significar otra cosa sino que el lucero anuncia cercano el día. Al empezar la luna nueva, tienen también sus regocijos, y al verla gritan: Epe-nai, Epenai, la luna, la luna. Aun los que no son bárbaros se consuelan viendo las noches claras y serenas.

CCCXII. *Remedos de aves y animales.* — Los que en tales noches se oye con agrado, aunque no tengan fiesta es el remedo de varias aves y animales. Imitan con mucha propiedad las voces de aquéllas y de éstos. En esta habilidad tiene gran parte el agujero del inferior labio y la flechilla ó barbote que de él cuelga. Dáules varias posturas, como los que los dedos metidos en la boca silba, y el viento obligado á salir por los conductos que suenan, hace el sonido ya alto, ya bajo, según la voz que remedan. Este arte no se encierra solamente en los términos de entretenimiento. Sírveles mucho para avisarse, conocerse y llamarse en las expediciones contra sus enemigos. Están tan prácticos en estos reclamos que al oirlos conocen la distancia en que unos de otros se hallan y se comunican las ideas por su medio, como pudieran valién-

dose de voces articuladas. De este modo logran muchas funciones que sin él se frustraran. Acostumbrados los oídos á oir cantos de aves nocturnas y voces de animales, no sospechan fraude en los que de nuevo resuenan; y así no precaven el golpe, y sorpresa que les amenaza.

CCCXIII. *Juego de la escopeta.* — Más inocente es el entretenimiento de algunos chicos, que en todo el mundo tienen sus juegos distribuídos por temporadas. Los Guaycurús hacen el siguiente. Del junco que les sobra para labrar sus esteras, cortan un pedazo como de cuatro dedos de largo: Excávanle, le sacan el corazón esponjoso, y queda como un cañuto. Después en una de las puntas le atan un cordelito de media vara. Éste envuelven en una varita por una de sus extremidades, teniendo la otra agarrada. Ya está dispuesto el cohete. Para soltarle, ondean un poco la varita y le arrojan con bastante impulso. Al desprenderse el cañoncito con su cola ó cordelillo de la vara, da un estampido que remeda el del cohete. Á este juego llaman Natopenigi; esto es, la escopeta.

CCCXIV. *Juego de argollitas. Á otro dan el nombre de una Paquidí.* — Hacen cincuenta y seis ó sesenta argollitas de la corteza dura de una especie de calabaza amarga. Por medio de todas pasan un hilo largo una vara. La una punta está atada á la última argollita, y la otra á un palito pulido de casi tres cuartas. Dejan caer todas las argollitas, que, estribando unas en otras, están bien juntas. Después las despiden al aire, enderezando al mismo tiempo la punta del palito á la primera. No sueltan el palito, y la habilidad consiste en ensartarlas todas al aire, y el que lo logra, gana. Juéganle muchos en rueda, porque ensarte ó no las argollas, la destreza se prueba una vez sola, y después espera que concluyan los demás de la rueda.

CCCXV. *Juego de las Ramas. Lucha y Chueca. Regilete.* — La diversión que llaman Etaguinaga, ó de la máscara, es fiesta de ramas y pudiera nombrarse de rameras. Una

moza robusta sobre una ropa vieja se viste de ramas de árbol, tíñese la cara de negro con el cisco de carbón, sin más mojiganga. En esta forma camina rodeada de otras mozas y mujeres altaneras. En llegando á una cierta distancia, les sale al encuentro una cuadrilla de mozos desnudos, libres y sin vergüenza. El empeño de éstos es quitarle todas las hojas á la enmascarada. Al fin lo logran, por más esfuerzos que en defenderla ponen las compañeras. Es indecible la batalla y trisca que meten, y las indecencias que cometen. Despojada la Corneja del vestido ajeno, corren y van hasta el río á lavarle la cara. Alguna vez sucede que esta fiesta se hace en honra de algún cacique ó capitancillo, y entonces á cuenta de éste corre el porte con la enramada. Por lo común el presente es una masa de algodón, que llaman Niguigate; á esto se reduce el premio de la desenvoltura. Acabada la máscara, suelen quedarse los muchachos y jóvenes en la plaza del toldo, á la cual en su idioma llaman Nalacadi, sitio de juego: en ella luchan unos con otros ejercitando las fuerzas. También juegan á la chueca, llevando á palos una pelota ya á un lado ya á otro, hasta que vence alguno de los partidos alejándola de la raya. También juegan al Regilete como si fuera pelota.

CAPÍTULO XX

DE SUS FIESTAS Y CEREMONIAS

CCCXVI. *Fiesta de las Cabrillas.* — Fuera nunca acabar y gastar la paciencia en la relación de otras muchas insulsas diversiones y fiestas. Pudiera cerrarse este asunto con decir de los Guaycurús lo que Juvenal escribió de los romanos, que su vida se movía en dos polos: Uno el comer y otro el jugar. *Atque duas tantum res anxius op tat-panem et circenses.* Sin embargo no puede omitirse las que entre ellos son principales y como de primera clase. La primera es la de las Cabrillas, ó estrellas así vulgar-

mente llamadas. Algunos meses se ocultan en este hemisferio; y cuando vuelven á salir sobre el horizonte se alegra con su vista toda la Nación Eyiguayegui. La primera diligencia es deshacer los toldos, bajando todas las esteras. Después las sacuden muy bien, y vuelven á levantarlas. Preguntados porque hacían eso, respondieron que para asegurar la felicidad lo restante del año, y que sacudían las esteras para hechar de ellas las enfermedades á palo. Esto no pasa de práctica vana que, comparadas con muchas de la gente vulgar cristiana, merece no sé por qué el título de bárbara. No reconocen deidad alguna en las Cabrillas sino el principio del buen tiempo para comer algarroba y gorda caza. El Dios de esta Nación, como el de los Cretenses, es el vientre: *Quorum Deus Venter est.*

CCCXVII. *Fiesta de las visitas.*—Algunas veces en estos buenos meses que son los de los calores, suelen visitarse las parcialidades. Si los visitantes son muchos, hacen una entrada gallarda. Avisan á los del toldo el día en que llegarán á consolarles: éstos procuran poner en cobro todas sus alhajuelas, sables, lanzas, flechas, ropa y cuentas, porque corren riesgo. Varias veces los de la Reducción lo traían á que se los guardásemos. Informado de su costumbre, logré estorbarla. Ésta es bien rara. Los que vienen de visita se paran á una legua ó más del toldo que buscan. Acércanse por la mañana todos embijados; hacen unas cuantas escaramusas á caballo, como si vinieran de guerra. Después echan pie á tierra; espéranlos de firme los visitados, y la primera salutación es una formal pelea de puñadas. Los recién venidos lo correteau todo, buscando que pillar; si hallan algo se lo llevan, como premio de sus hazañas. Como ya están prevenidos los de las tiendas, para todo buenos golpes, que se sacuden en prendas de su hermandad agasajadas. Acabados los moquetes, comen y beben como los de casa. Esto pasa por fiesta clásica.

CCCXVIII. *Moquetes de los jóvenes.* — Con la gente de otros toldos vienen sus hijos, y éstos tienen después otra

diversión más racional y autorizada. Según el número de los jóvenes huéspedes, se escogen otros tantos del toldo. Píntanse todos á las mil maravillas, y forman dos partidos. Cada uno de éstos lleva su viejo de padrino. Salen las dos compañías la tarde aplazada, y dan una vuelta á los toldos. Después en fila y con paso mesurado van á la plaza, toman sus sitios, unos enfrente de otros, dejando lugar capaz para la pelea. Los hombres con las lanzas en las manos cierran la plaza, formando un grande círculo: las mujeres ó no salen ó se quedan á lo lejos. Dispuesta la tela, sale uno de los jóvenes recién venidos á pasearla. Llevan todos en las muñecas algunos cascabeles, ó pezuñas de puerco, que al bracear forman su sonido. El que salió á provocar halla luego competidor. Éste hace lo mismo de registrar el sitio. Antes de arremeterse parecen dos gallos que se disponen á la lucha. Se acercan, se retiran, como si no les diera consecuencia mucho cuidado. Al fin se acometen á puñadas, de donde diere, y venza el que pudiere. Es juego algo pesado porque algunos salen ensangretados, y más de una vez dan en las sienes ó debajo de la nariz el golpe, y el herido cae en tierra atolondrado. Cuando ya ven los padrinos á los combatientes encarnizados, meten el montante, que es la mano, los apartan y hacen que otros dos salgan á medir los brazos. Recorridos todos se retiran con el mismo orden con que vinieron, tienen una merienda, y quedan tan amigos como si nada hubiera pasado.

CCCXIX. *Fiesta en el nacimiento de hijo de cacique.* — Concluiremos el asunto de fiestas con la mayor que puede verse en los toldos, pues tiene su octavario. Celébranse solamente en el nacimiento de algún hijo de cacique soberano. Es un compendio de cuantas diversiones se celebran en el círculo del año. En honor del príncipe recién nacido, hombres y mujeres sacan á la plaza cuantas invenciones les dicta su alegre genio y amor desordenado á un niño que ya miran como conservador de su descanso. Pude observar el orden de tan grande solemnidad, y

fué el que se sigue. Luego que ve la luz pública el niño, las viejas de los toldos se pintan los rostros con Nibadena. Es paso irrisible ver unos retratos de la fealdad empeñados en afectar lozanía. Algunos hombres se esparcen á buscar miel para el Nudagi, sin el cual no acabara con sermón la fiesta. Luego á unas doce varas de distancia del toldo de la parida, levantan cuatro esteras, y ponen debajo muchos calabazos vacíos, que se han de llenar de la chicha á su tiempo. Doce indios ancianos, pintados y peltrechados de todas sus armas guardan la oficina. No fian el cuidado de la taberna sino á hombres de juicio y de experiencia. Estos ancianos prueban y dan su voto sobre el Nudagi. Este, en llegando á tomar buen punto, se lleva á las esteras del recién nacido, quedando otro fermentando y de reserva en la bodega. Beben y vomitan por espacio de veinticuatro horas, como en las otras borracheras ; pero esto se hace el último día de la fiesta. Las mujeres y muchachas forman con enlazadas de las manos varias ruedas, hicieron su Nalogo ó baile, y el debido acatamiento al infante. Así se concluyó este día primero, entrando gran parte de la noche.

CCCXX. *Remedo de los Mocovis.* — El segundo al romper el alba, resonó una corneta y tamborilillo, que convocaba á los que habían de sacar á luz sus inventivas. Concurrieron al toldo del niño unas 18 personas, que eran los de la encamisada, que llaman Remedo de los Mocovís, nación también infiel, su enemiga. Formáronse en hilera pareados. Precedían dos jóvenes Guaycurús, pintados á su usanza. Cada uno llevaba en las manos dos flechas con banderilla en las puntas, y en la otra extremidad muchas plumas de diversos colores. Las otras dieciseis personas eran mujeres, y á excepción de unas cuatro, las restantes eran las más viejas de la toldería. Dispuestas en filas los dos corifeos caminaban tocando con las puntas de las flechas la tierra, y haciendo varias contorsiones con los cuerpos, en ademán de quien danza á la burlesca. En tono bien desapacible acompañaban los movimientos,

resultando de voces y posturas un desacompasado concierto, pero muy de su genio.

CCCXXI. Habiendo caminado los directores, cosa de veinte pasos se detenían y sin interrumpir el canto y danza, daban lugar á que saliesen las viejas. Cada una de éstas llevaba una insignia en que representar su mojiganga y divertir á los que miraban. La primera, sobre vieja, muy disforme con las pinturas, lleva en la boca, mantenida con los dientes, una flautilla, y soplando de cuando en cuando, resultaba un silbo tan desalentado como quien le daba. En la cabeza tenía una guirnalda de cerdas de caballo, de la cual colgaban unas plumas. Desde los pechos hasta los pies la cubria ó amortajaba una manta. En cada mano llevaba una flecha adornada con penachos de plumas. Á este modo iban las otras viejas, distinguiéndose cada cual por su particular gala. Unas en las manos cargaban pequeñas lanzas, otras arcos ó flechas. Todas iban envueltas en sus mantas. En los brazos y hombros tenían variedad de dibujos negros, blancos y colorados, que representaban las angaripolas. Cuatro de ellas cargaban pelucas ó cabelleras postizas de crines de caballo. Las cuales ondeadas y esparcidas hacia todos lados, realzaban la decrépita belleza. Estas cabelleras y otras insignias daban á entender el uso bárbaro de los Mocovís, que cuando quitan la vida á los cristianos, se llevan la cabeza ó casco y pelo con toda la piel de la cara para celebrar sus triunfos y borracheras. Esta mojiganga recorrió dos ó tres veces los toldos, y al fin paró en las esteras del cacique. Allí almuerzan, beben Nudagi, y quedan incapaces de dar otra vuelta por las muchas que hacen sus cabezas, con que paran en traspiés sus mudanzas. Seis días á la misma hora se repitió esta frescura sin arte ni variedad especial alguna. Todos los días hubo Nalogo ó baile cerca del toldo del niño de mujeres y muchachas como el primer día.

CCCXXII. *Anuncios de felicidades.* — Por las tardes un Naighigete nagadi, ó tamborillero joven tocaba y cantaba

según acostumbran. Todas las mañanas al reir el alba, tocaba el tamborilillo y cantaba un Guaná viejo, pronosticando las felicidades que les acarrearía la larga vida del infante. Éste destruiría enemigos, y haría asombrosas hazañas. Todos son felices anuncios los que este Guaná canta : su desempeño y trabajo se premia con una manta, que le regalan en nombre del recién nacido. Los mozos pintados y ceñidos sus bellos cintos, jugaron varios días á la chueca. Otros días las mujeres y muchachas remedaron el juego de toros y ciervos. Una de ellas coge los cuernos del ciervo, y las otras le hacen suertes con grande algazara. Después de este juego salieron al desafío de moquetes, como queda dicho arriba de los muchachos de distintas tolderías. Con más tiento les juegan las muchachas, que no tiran á herirse.

CCCXXIII. *Cuna y ridiculez de las viejas.* — Desde que salió á luz el niño, empezaron las mujeres de su toldo á labrar una esterita muy curiosa. Los materiales son juncos é hilos de algunos colores. Bórdanla con belleza, y la ofrecen al niño para cuna. Todas se esmeran en manifestar el gozo de que están poseídas. Lo que se sigue es cosa ridícula. Las más exhaustas viejas, armazones de piel y huesos en comprobación de su amor, dan el pecho al niño, como si un cuero requemado fuera capaz de comunicarle cándido vital jugo. Todas se hacen amas de leche del infante, contando en el cálculo de sus dichas haber concurrido á mortificar á su tierno príncipe.

CCCXXIV. *Ceremonias en la borrachera y gracias que hace el infante.* — El segundo día de las fiestas llegó la miel; pusiéronla á fermentar; y para despertar el cuidado de los guardias tocaban una corneta de sonido tan trájico, y profundo que pudiera desterrarse al abismo. Dura esta música hasta que se acaba la fiesta con la borrachera. La antevíspera de ésta reparte gracias el niño príncipe. Para estos favores escogen dos niños de pecho á los cuales cría capitanes. Esto es darle compañeros para la infancia y lo futuro. Es función en que intervienen algunas ceremonias

y donecillos mutuos. Primeramente por la tarde, al caer el sol, con grande comitiva, llevan al recién nacido al toldo del niño neocapitán, y que será su amigo. Duermen los dos en aquel toldo toda la noche, como si fueran dos hermanos uterinos. Por la mañana hombres y mujeres se encaminan al toldo en que han dormido los dos niños. De una manta de varios colores, cogida por las cuatro puntas, remedan un dosel ó palio. Unos se visten de hojas, otros se pintan ; y todos forman una procesión muy ordenada. Veinte ó más de los así vestidos preceden, y después debajo del dosel traen al caciquillo. Cerca de éste baila y canta una vieja, hecha el hazmerreir del concurso. Síguense otros pintados y enramados, á los cuales va inmediato otro dosel, que defiende del sol al nuevo capitán creado niño. Cierra la comitiva un criado palafrenero que conduce de la rienda un bizarro caballo. Este es el dón que en agradecimiento del favor recibido hace el nuevo capitán á su cacique niño. De este modo llegan al toldo de la parida, en el cual quedan los niños todo el día, y noche siguiente. Ahora empieza la behetría de los que beben, y ellos llaman Nadagimigipi. Á otro día vuelven á su toldo con mucho acompañamiento al niño que recibió el grado de capitán y compañero de su cacique.

CCCXXV. *Otras ceremonias.* — Este octavario de regocijos se termina cortando el pelo tal cual al niño, y abriéndole los agujeros en las orejas é inferior labio, de donde han de colgar zarcillos y barbote. Después mozos y mozas juegan á las ramas : beben potentemente los hombres y algunas mujeres ; retirándoles á casi todos en brazos ajenos á dormir el *Nudagi*. También suelen los jóvenes entretenerse en un juego que puede llamarse del rigilete.

CCCXXVI. *Juego del rigilete.* — En unas hojas de la espiga de maíz, las cuales por acá llaman *Chala*, meten otras y las atan, formando una especie de pelota blanda y ligera. Por la parte de la atadura le ponen bien metidas unas plumas como las que tiene el rigilete. Juegan





como á la pelota, y aquel gana, que no le deja caer al suelo, ó como ellos se explican, en cuyas manos no muere.

CAPÍTULO XXI

DE SU ORGANIZACIÓN POLÍTICA Y JERARQUÍAS

CCCXXVII. *Capitanías de los Eyiguayeguis.* — La ceremonia que acabamos de relacionar de la creación de capitanes en el nacimiento del príncipe heredero del cacicato excitó la curiosidad para averiguar á fondo los títulos de capitán, de que hacen magnífica ostentación los Eyiguayeguis. En la Reducción pasan de veinte los que se honran con este marcial nombre. Al principio estábamos en que le adquirían á costa de buen número de pruebas y hazañas, cosa ordinaria en otras naciones de esta América. Mas las proezas no elevan á este grado á los que la sangre ó el favor del recién nacido príncipe desde la cuna no sublima. Dos clases de capitanes hay entre estos infieles. En la primera se colocan los que por sangre gozan esta regalía : en la segunda, los que la obtienen por gracia. Á todos nombran Niniotagi, con esta diferencia, que los caciques actuales añaden el sobrenombre *Capitanes Grandes :* á los demás, de *Capitanes Chicos,* ó inferiores. Los capitanes por sangre son en primer lugar el cacique, tronco de los de la parcialidad y señor de los otros : éste es el Niniotagieliodi, ó gran capitán. En segundo lugar los capitanes de sangre son todos los descendientes y parientes del cacique, en cualquiera línea y grado, y en ambos sexos. La sola ejecutoria del parentesco es prueba que los constituye cabeza de partido que los sigue. Llámanlos Ninionigilionigi, capitanes inferiores. Los capitanes de segunda clase son todos aquéllos que en el nacimiento de algún hijo del cacique, recibieron en la cuna el título ; y estos son capitanes menores, y lo explican llamándolos semejantes á capitanes Ninionig-Iguaga. La diferencia en-

tre unos y otros es grande : porque en los de sangre pasa el título y el honor de la capitanía á todos sus hijos, varones y hembras, y todos sus descendientes : en los de favor, no se comunica. Es solamente vitalicio del que le recibe, y con su muerte expira.

CCCXXVIII. *Independencia de los capitanes de sangre.* — Otra diferencia interviene entre los capitanes de las dos clases, y es que los de primera son cabeza de sus familias y soldados. Por ésto separan habitación de los otros capitanes sus parientes. Es grande la soberbia Guaycurú, para que se subordine á sus iguales en grado de nobleza. Aun cuando concurren todos en un sitio, colocan sus esteras por orden de capitanías. De este modo, sin confusión conservan la paz y buena armonía, sin pretender salir de su esfera. Los capitanes de favor, sin embargo del título quedan soldados sujetos á su capitán por naturaleza, y viven como los otros soldados de su toldo.

CCCXXIX. *Práctica del cacique en los viajes.* — El cacique ó capitán grande, observa una política digna de alabarse en repúblicas más cultas que la de los Eyiguayeguis. Cuando se les ofrece algún viaje en el cual le han de acompañar voluntariamente los otros capitanes de su sangre con las familias, tienen la práctica siguiente. Antes de emprender la jornada, les avisa, y se toca á la entrada de sus esteras el tamborilillo. Después, cada día poco después de amanecer, se juntan los soldados del cacique en su presencia ; los capitanes de sangre se quedan en sus toldos con todas sus familias. Propone el cacique á sus soldados la jornada premeditada para aquel día, y se señala el sitio de la parada. Si no ocurre algún embarazo que le obligue á suspender la marcha van luego dos diputados, como mayores de órdenes, á los toldos de los capitanes de sangre que los esperan y oyen sentados en el suelo. Avísanles el acuerdo que el cacique ha tomado en cuanto á caminar, á qué sitio, ó de suspender la caminata, añadiendo las causas. Agradecen la dignación de su cacique con su ordinaria cláusula : *iga-daga-time*,

como si dijeran : estimamos los buenos términos de nuestro capitán ; y añaden : *D-inigi-ta :* caminaremos adonde dispone. Esta ceremonia se practica inviolablemente cada día por todo el tiempo que dura el camino. Si la expedición se hace contra enemigos, los consejos de guerra se hacen concurriendo á ellos todos los capitanes.

CCCXXX. *Orden en las marchas militares.* — En estas expediciones, cada capitán de sangre comanda á los de su compañía. Si va el cacique guardan este orden : desde que entran en la jurisdicción de sus contrarios, marchan en fila con notable silencio. La fila se prolonga según el número mayor de combatientes, y dentro de la misma cada capitán va en la retaguardia de los que le tocan. En esta forma se acercan al sitio donde quieren dar el avance. Lo demás que ejecutan, y cómo son recibidos los caciques cuando van á otros toldos de visita se dijo en otra parte. Para avivar el valor, antes de acometer á los enemigos, se punzan con huesos aguzados de tigres, en brazos, costados y pantorrillas. Esta es una vana ostentación de coraje ; y ellos se dan bárbaramente las heridas que rara vez abre la lanza ó flecha de sus rivales.

CCCXXXI. *Blasón de los Guaycurús.* — El mayor, y á lo menos el más levantado blasón de los capitanes Guaycurús es redimir sus surtidas contra naciones enemigas. La verdad es que á todas inquietan. No ostentan acciones heroicas, ni muestran heridas : porque para aquéllas les falta el valor y sobra el miedo : y para exponer á ésta es demasiada la velocidad conque en lances apretados huyen á rienda suelta. Tal cual muestra la cicatriz de la herida que hizo la saeta enemiga ; más no le rubrica el pecho, sino alguna otra parte del cuerpo, en que aun está como boca cerrada, pregona no obstante su cobardía é indecorosa fuga. Si logran pillar algunas criaturas, vuelven insolentes, como cargados de tantos laureles cuantos son los cautivos, ó mejor esclavos. De este entonamiento cabe gran parte á los capitanes. No hay paciencia para ver á una capitana Guaycurú, seguida de cuatro ó seis criadas :

va al río á lavarse : camina á todas partes, y entre tanta vanidad está más vano el estómago sin probar bocado en casi todo el día. Con cuantos hablan no les conocen sacan á la conversación sus esclavos. Todos y todos gastan este humor fantástico. Aun hay algo más. Llega un capitán ó su mujer á pedir alguna cosa de comida ; verbo y gracia, ó se les ofrecen sin que la pidan. No hay que esperar que el señor ó señora se abatan á inmediatamente recibirla. llama á algún criado ó criada que la sirva. Tal bobo entonamiento se les quitó con castigarlo en las temporalidades, cuando venían á los misioneros y les dábamos cosas que ellas por sí podían llevar á sus toldos. Hablé al cacique y cacica sobre este punto : díjeles que los españoles por sí mismos recibían muchas cosas, sin vana ostentación de servidores para cada uno. Que yo les daría, pero á ellos; y que si no le cogían, se quedarían sin nada. Los dos eran muy llanos : y luego entraron cada uno en coger lo que yo les ofrecía. De este modo curamos otras fantasías, especialmente la de una hija del cacique. Después de lo que había dicho á sus padres, vino á verme su marido, y la traía en su compañía. Dile al indio, que era de bello natural algunas raíces de mandioca y espigas de maíz. Recibiólas sin invocar el brazo de criado alguno. Ofrecí á la mujer otra cantidad de la misma comida : llamó luego á una criada : hice retirar lo que se le daba y proseguí con su marido la conversación sin darme por entendido. Cuando ya se iban le dije : Miguel (éste era su nombre) lo que te he dado para que tú solo comas : que ayune Rosa (era el de su mujer) ó que coma como sus padres, llevando su comida. No fué menester más. *Dame, mi padre dijo, qué comer, que no tendré vergüenza en recibirlo y llevarlo á mis esteras, como dádiva tuya.* Ya dijimos en otro lugar las naciones contra las cuales todos los años mueven sus armas los Eyiguayeguis, y la multitud de criado ó feudatarios que tienen Niyololas.

CCCXXXII. *Liberalidad de los Guaycurús.* — Aquí es

bien añadir que estos Guanás regalan á sus señores Guaycurús, cuando van á sus poblaciones, entre otras cosas, algunas mantas de algodón, bien tejidas. Ricos y contentos con sus mantas y bollos de *Nibadena*, salen para volver á sus esteras. En la primera jornada, al parar poco después de mediodía, cada capitán hace alarde de sus riquezas. Después reparte mantas y color á los de su capitanía; pero es tan poco, que ó no les alcanza, ó en tan corta cantidad, que quedan poco menos surtidos que á la ida. Así sus viajes á las tierras de los Niyololas les acarrean gran molestia, y utilidad casi ninguna.

CCCXXXIII. *Genio vagabundo de los Guaycurús. Su modo de jornadas.* — Lo único que les hace suave estas caminatas es condescender con su genio gitano, inestable y vagabundo. Caminan como quien no pretende llegar al término. Á las siete ú ocho de la mañana levantan las esteras: procuran medir las jornadas que lleguen á parar donde hay agua. Si ésta dista seis ó más leguas, se han de andar, aunque el sol vibre rayos: si se halla más cercana, hace alto toda la cáfila, sin reparar en otra conveniencia. Á este tenor hacen todos el viaje, sin que les falte cuanto tenían en sus toldos, porque también caminan éstos, que no son sino sus esteras. Forman los más pequeños en cada parada, y meten en ellos sus utensilios, ollas, cántaros, redes y cosas semejantes. No dejan en el sitio que desamparan, pájaro, perro ni gato: todos han de hacer las mismas jornadas que sus dueños. Lo que venturan en la caza, y las palmas les suministran alimento, sino para matar la hambre, suficiente para engañarla. Los Nigienigis, al són de los calabazos, cantan de noche, dándoles buenas esperanzas, y prometiéndoles imaginaria abundancia y prosperidad voceada.

CAPÍTULO XXII

DE SUS MATRIMONIOS Y COSTUMBRES DOMÉSTICAS

CCCXXXIV. *Casamiento de los Guaycurús.* — Mas la volubilidad del carácter natural de los Eyiguayeguis en nada mejor se echa de ver, que en la corta duración de sus casamientos. Aquel decantado modillo enfático en su boca para afianzar sus resoluciones: *E iminitequigi yotaga*, mi palabra es una: cumplo lo que hablo: es infiel fanfarronada. Vése en sus contratos matrimoniales, en los cuales deban guardar su palabra á ley de hombres; y sin embargo son tan inconstantes, que apenas se halla en toda la nación uno solo que en este punto no haya faltado á su palabra y obligaciones. Puédese decir que sus casamientos son unos paliados amancebamientos. Duran mientras su licenciosa vida no halla fastidio en el recinto del deleite que pretendió su pasión ciega, más que el amor de una vida honesta. Al fin la esposa es temporánea, y el tiempo le prescribe la voluntad estragada.

CCCXXXV. *No son polígamos. Repudio.* — No tienen más que una mujer; porque su pobre vanidad no presume poder mantener pluralidad simultánea. Por lo común vive desterrada de sus esteras la poligamia. Con todo, su contrato no merece el nombre de verdadero matrimonio, pues no afianza la perpetuidad de por vida. Con grande ligereza y frívolos pretextos, se separan, y mutuamente mudan estalaje. Rarísima vez acontece, que la mujer empiece la separación, aunque algunos la motivan con sus desmanes. De ordinario el hombre la traza y ejecuta, para entretenerse con otra, y de prado en prado apacentar su desenfrenamiento. Esta es la franqueza de la generosidad Guaycurú. La libertad de mudar mujeres á su antojo es regalía de su genio infrunito y que no se sujeta á la obligación más estrecha. Ni por este desorden hay que tener

pendencias ni desdoro. Á lo más se desfogan los agraviados en estas palabras : *Ni agupelguagi*. Fulano es un tonto, perverso : y, dando la razón de su enojo, añaden *Llodagua N. Ealadite :* ha repudiado á su mujer. En esto para todo el encono. Entretanto el Guaycurú, á vista y paciencia de la repudiada, se amanceba con otra, cuya fortuna corre expuesta á la misma inconstaucia.

CCCXXXVI. *Descuidan de los hijos que dejan á la madre.* — Es tan libre en esto la barbaridad Guaycurú, que no ata al yugo del casamiento su apetito ni la coyunda de los hijos, ni la de los años. Arrojan ó por mejor decir, desamparan á la mujer y á los hijos sin indicios de piedad humana. Los pobres hijos siguen la desgracia y trabajos de la madre, sin más culpa en ellos que haberlos parido y sustentado la infeliz repudiada. La ancianidad fatigada de sí misma no siente el gravamen de los años, si la veleidad le sugiere que se descargue de la compañera en sus impertinencias. Una acción tan fea aun mirada á la luz natural, pasa entre los Guaycurús como costumbre cohonestada sólo por la repetición de tales vivezas. Ignoran lo que es deshonor ; y vergüenza la conocen solamente de nombre, llamándola Nibolega. Con esta indemnidad y poco ó ningun rubor, hacen gala del mismo crimen que les condena. Cada día se ven ejemplares de repudios que, aplaudidos de los infieles, infunden ánimo á los que por ventura no se propasaron á hacer lo mismo : y este desorden tiene de su parte la mayor parte de los hombres. Conocimos á algunos, pero pocos, que ya en muy avanzada edad, nos decían con gran regocijo : No he tenido sino esta mi mujer, porque no soy como los perros que cumplido su apetito dejan á la esposa cargada de cachorrillos. También supimos (y los conocimos) de unos dos que á un mismo tiempo mantenían dos mujeres cada uno, más en distintos y distantes sitios. Estos son fenómenos raros en su hemisferio político.

CCCXXXVII. *Cásanse sin especiales ceremonias.* — Acaso por esta facilidad en despedirse de las mujeres, en

el contrato de tomarlas no emplean ceremonias. Para casarse dos, no hay más ritos, que, precediendo pedirlas á sus padres, y con su consentimiento y el de la mujer, cogerla el esposo y llevársela á su toldo. No hay más que solemnice el contrato. Así como se casan se divorcian, no queriendo más á su mujer el marido. En este caso, el hombre se muda por algunos días á otro toldo, y la mujer se va con sus padres ó parientes, y queda como cuando soltera, esperando otro que la quiera. Al hombre le es libre escoger otra á su gusto : de este modo sucesivamente logra cuantas su apetito le lisongea, si ellas, cuerdas, no desprecian, como suelen, al nuevo pretendiente de delicias.

CCCXXXVIII. *Edad en que se casan.* — Estos sus tales cuales casamientos por lo común no se celebran hasta que los varones llegan á la edad de los 25 ó 30 años. No hay en esto más mira, que vivir con más desahogo en su soltura ellos y ellas. Adoran á Himeneo después de cansados de sus torpezas, y ya mal ajustado á sus anchuras. La gracia está en que todo el tiempo de solteros, y aún después de recién casados, preguntados por su estado y año, responden : *E Niga Anigi,* Yo soy niño. Y dicen bien, entendido de ellos el divino oráculo, que á los de semejantes costumbres califica de niños de cien años, envejecidos antes de tiempo, en sus vicios. Cierto que no los llevarán al limbo sus inocencias.

CCCXXXIX. *Trato que dan á sus mujeres.* — Las mujeres Eyiguayeguis todo el tiempo que dura el matrimonio gozan fueros de señoras en casi todo. Sin razón las hace esclavas la Historia del Chaco : ó esto y otras cosas que refiere sucedería en tiempos antiguos. Á cuidado del marido corre proveer el toldo de caza y otros víveres con que alimentar la familia. Las mujeres cuidan de la harina de la palma y cosas semejantes, como de recoger cocos, frisoles amargos, y algunas frutas ó raíces. Si la mujer sale del toldo, especialmente á acciones precisas, casi siempre la acompaña el marido. Esta humanidad á pri-

mera vista descubre la cara de política cariñosa, y en el fondo no es otra cosa que mera cautela. No se fían en este particular unos de otros, y mucho menos confían en la lealtad de sus esposas. Debe sin embargo la mujer sufrirlo todo y mostrar alegría. De lo contrario se sigue que los celos del marido se templen desechándola. Esto mismo obliga á la mujer á salir poco de los toldos, y si han de hacer alguna visita, á ser muy cumplidas en tiempo y otras circunstancias. En presencia del marido pasan sin tropiezo, las llanezas en palabras, y no pocas acciones casi indecentes; más todo esto es delito irremisible á sus espaldas. Á veces, viéndolo los maridos se propasa la licencia de algunos mozos á tales desmanes que de referirlos se sonroja la tinta.

CCCXL. *Cómo andan á caballo las Guaycurús.* — Otro fuero señorial de las mujeres Guaycurús resplandece en sus caminatas largas. El marido ensilla el caballo y le adereza: para que suba, pone la mano, en que restibando la india, sube con notable presteza. La silla es pobre pero acomodada. Sobre el lomo del caballo pone una especie de paja seca, parecida en lo suave al heno, pero más larga. Hállase en casi todos los sitios de su parada; y si no, la cortan en donde la hallan, parando la comitiva y llevando de prevención para remudarla. Sobre la paja asientan unos bastos hechos de juncos suaves, que, á excepción de ser más cortos, parecen enjalma. Cubren ésta con una piel de ciervo bien sobada, larga y doblada dos ó más veces. Todo lo cinchan con un cordelito de hilo de Pita. Como la pieza es larga, y está cinchada ante de hacerle los dobleces, cuelga bastante hacia las ancas del caballo. Doblan sobre los bastos lo que cuelga, y queda el caparazón formado, sobre el cual se pone la mujer dejando caer las piernas por sobre las cabezas de la enjalma hacia el cuello del caballo. Así va sentada y estirada.

CCCXLI. *Criados llevan la carga.* — Las criadas y criados en sus caballos llevan toda la carga de esteras y

utensilios. Ponen las esteras arrolladas á los lados como una canal en medio sobre los bastos en que han de ir sentadas al modo dicho. Encima acomodan las ollas, cántaros y todo. Algunas veces se horcajan como los varones y manejan tan bién como ellos los caballos. Las ví algunas veces atajar la caza que á sus maridos se les escapaba y entrar á todo galope en unas tierras tan malas, que yo no esperaba, que volviesen, sino que las condujesen ó muertas ó maltratadas. Ellas salían con desempeño, y se lograba la caza, que á todos nos servía. Al comer me decía con gracia: que yo no la merecía, porque no había corrido á atajarla. Y me excusaba con que no sabía correr; y riéndose me preguntaba qué había aprendido en mi casa. Rara vez se ve una mujer Guaycurú á caballo, que no lleve un plumero de plumas de avestruz. Este les sirve en un clima tan ardiente de quitasol y de abanico. Así defienden algo de los rayos solares la cabeza que siempre lleva descubierta y patente á la inclemencia. Lo que causa compasión es que si tienen criaturas de pecho (que suelen serlo hasta la edad de tres ó cuatro años) empiezan desde sus primeros días á sufrir las mismas incomodidades. De esta escuela sacan unas cabezas de bronce, hechas á toda prueba.

CCCXLII. *Libertad en escoger mujer.* — No hay estatuto ni costumbre entre los Guaycurús que les obligue á casarse con los de su nación misma. Vése tal cual casado con cautiva, ya española, ya Niyolola. Es verdad que regularmente se casan entre sí; y tienen á una especie de desdoro manchar su generosa sangre con la ajena. Sucede con estos bárbaros lo que en otras partes de la América: aunque tengan por vil el tronco, se borra la vileza en las ramas: esto es, aunque la madre ó el padre fuese cautivo, si emparentó con los Eyiguayeguis sus hijos gozan privilegios de tales y pueden casarse con los que ya miran como iguales. Lo que causa extrañeza en una república tan bárbara es que si algún capitán Guaycurú se casa con esclava ó cautiva, ó criada, la infeliz mujer no sale de su

esfera, y sirve como criada. No sucede este abatimiento con las que son criadas, si fueron hijas Guaycurús, porque ya están ennoblecidas.

CCCXLIII. *Codalodis son Guaycurús.* — Cásanse también con mujeres de otras parcialidades, aunque entre las dos hay distancia de muchas leguas. En este caso muda el hombre ó la mujer de sitio, pero no de cacicato y reconocen á sus respectivas cabezas. En las parcialidades de la orilla del río Paraguay viven muchos Codalodis. Allí y en otras parcialidades de la orilla oriental están casados con Eyiguayeguis. Preguntados éstos cómo se casaban con sus criadas y criados, respondieron que los Codalodis son sus antiguos hermanos y primitivos Eyiguayeguis. Esto confirma lo que se toco en otra parte, que los Codalodis eran unas de las parcialidades de Guaycurús que tanto terror causaron á los españoles de la ciudad de la Asunción. Aun entre bárbaros se aprecia la antigüedad del linaje, y que desde su manantial corra clara la sangre. Por esto, capitán Guaycurú por lo común se casa con capitana, mirando á los que no son de tal estirpe como gente plebeya, nacida para el vasallaje.

CCCXLIV. *Crueldad de las Guaycurús en los abortos y quitar la vida á sus hijos.* — Al leer la libertad de los Guaycurús en darse á los placeres, se ideará un número de párvulos casi incontable, que travesean en sus esteras. Se ajustará á la verdad la imaginación, si las mujeres Guaycurús, más fieras que arpías, educaran cuantos infantes conciben ó dan á la luz pública. Su inhumanidad en este punto justamente las califica de bestias, y aun de más salvajes degradándolas de tierno título de madres. Según las historias este es desórden muy transcendental á otras naciones, á las cuales los Guaycurús ó igualan ó exceden. Las solteras practican esta crueldad tan á obscuras como cometieron el pecado. Á los primeros sentimientos de la carga de su liviandad procuran el aborto por cuantos medios su inhumanidad les dicta. De este modo se hallan desembarazadas para

proseguir en sus devaneos inmundos. Las casadas no andan con rodeos, ó á las claras intentan ser sepulcros de los infantes vivos en sus entrañas ; ó redoblan su maldad quitando al nacer á la criatura la vida que en sus primeros alientos confunde el respirar con el expirar á manos crueles. En sus fiestas y alegrías buscan causas de sus multiplicadas disoluciones, amontonando á sus licenciosas diversiones las enormidades de infanticidios. Es verdad que ya les precedieron las espartanas ó lacedemonias de las cuales escribe Platón que enteramente desnudas luchaban unas con otras á vista de todo el pueblo, y Aristóteles añade que *Vivunt enim molliter et ad omnem licentiam dissolutae* (lib. 2, Polit, cap. 7). Tan detestable crueldad no les acarrea infamia alguna. Ni el marido repudia á su mujer por ella; ni la soltera (publicado su delito) deja de hallar quien la pretenda, alternando los cargos de madre y de verdugo. Es verdad que para estos casos tienen también comadres que imitan á las de Egipto, quitando las vidas á los infantes en el mismo ejercicio de parteras que fingen al sacarlos á la luz pública.

CCCXLV. *Quitan la vida á los mellizos.* — Pero pasa más adelante la fiereza. Si alguna pare mellizos, aunque quisiera ella reservar uno, los dos sin remisión son condenados á capital pena. Se avergüenzan de su fecundidad ; y hacen gala de la inhumanidad. En este caso llevan los dos infantes á uno de sus médicos ó embusteros. Este se encierra en su círculo de esteras. Canta al són de su calabazo y calavera cuanto se le viene á la boca, calificando de mal agüero un parto duplicado. Esto es lo mismo que dar el fallo contra la inocencia de los niños, que ó son enterrados vivos en tinieblas, ó los arrojan para alimento á las fieras de la selva. Sucedióme un día oir cantar á un energúmeno de éstos á deshora. Llegué á su estera como que entraba por contingencia. Ví á una mujer que tenía en sus brazos á un niño ya sentenciado á muerte por el Nigienigi, que había metido en sus esteras á otro su hermano mellizo, y le cantaba aun vivo las exe-

quias. La mujer le esperaba para ejecutar en los dos la cruel sentencia. Era india, que, si no por piedad, por otro título sentía ser la ejecutora. Díjome lo que pasaba. Pedí los dos niños que me dieron sin repugnancia. Bauticélos y les busqué amas que les criaron con amor y los libraron de la muerte, á que estuvieron condenados.

CCCXLVI. *Generalmente no crían sino un hijo ó hija.* — Por esta crueldad no hay muchos chicos en los toldos de los Guaycurús. En todos ellos no conocí sino cuatro casados que, como excepciones de la regla general tenían dos hijos. Los demás ó uno, ó ninguno. La miseria en que viven vagando de un lugar á otro, y la licencia con que sueltan las riendas á su pasión brutal les ha obligado al exterminio de sus mismas prendas. También parece que llenaran la tierra con ruina de los cristianos, si por sus altísimos juicios, Dios no les permitiera semejante infanticidio. Es cierto que los de la Reducción empezaban ya á mirar con horror una inhumanidad que acaso exceptuando los tigres y cocodrilos, no se halla ni en los brutos. Sin embargo sus capitanías son numerosas: é hicimos juicio que entre señores y criados completarán el número de siete ú ocho mil personas. Golpe de gente siempre temible, pues pueden poner mucha y lucida soldadesca en campaña, como lo han hecho siempre que se dirigían á los españoles sus expediciones.

CAPÍTULO XXIII

DE SUS MÉDICOS Ó HECHICEROS Y DE SUS ENFERMOS

CCCXLVII. *Médicos Guaycurús.* — En varias partes se ha insinuado algo perteneciente á los Nigienigis de los Guaycurús, que son sus médicos y adivinos. Es una casta de embusteros y holgazanes, en cierto modo equivalentes á los que en Moravia, Polonia y otras partes llaman Vampiros, y en la Grecia Brucolacos. Visionarios todos cuyos elementos son la patraña y la ilusión quiméricas. Su ar-

te ó artificio se compone de un agregado de mentecatos desatinos. Pueden calificarse de invenciones diabólicas, que conducen á morir más presto con desasociego. No tienen el más mínimo conocimiento de las plantas y simples de que pródiga abasteció su país Naturaleza. Un calabazo al cual nombran Lodani parecido á una limeta, y un plumero de las plumas pardas de avestruz, llamado Otigadi, son las más caracterizadas insignias de tan insignes embaucadores. En el Lodani meten un puñado de frutillas del grandor de garbanzos, algo más prolongadas, de corteza dura, negra y lisa : ésta al mover el calabazo tapado y puesta hacia abajo la boca, y agarrado por el cuello causan un sonido sin armonía.

CCCXLVIII. *Multitud de médicos.* — No hay toldo que no tenga Nigienigi en cada capitanía, y á veces dos ó más en cada una. Es oficio que les importa, y por eso su profesión es extendida. Logran con su ejercicio algunas cosillas que les dan ó se cogen en paga de sus gritos y cansancio en la cura. Hay también mujeres médicas; y no son viejas, sino mozas que buscan de este modo su reputación y vida. Entre ellos son algunos de gran fama, y les buscan, y conducen, si están en parcialidad distinta, cuando la enfermedad no obedece á la behetría y Lodani de los menos peritos. Todos curan como empíricos, y hacen gala de tener método, que lo es de hurtar á simples, y quebrar á todos á voces las cabezas. Conocí á dos caciques tenidos por los más aventajados en embustes, y curaban como los otros, y en la remuneración se veían muy atendidos.

CCCXLIX. *Ceremonias para ser médicos.* — En la facultad de engañar no se da el grado sino á quien voluntariamente pretende ser admitido en sociedad de enfurecidos. No les faltan discípulos. Satisfecho el maestro de los talentos del candidato, se congregan en el toldo de éste cada uno con su plumero y calabazo que forman el distintivo. Á vista del pretendiente cada uno levanta el Otigadi, y con el Lodani mete ruído ; entonando la can-

ción que sirve de Prolusión, y tienen para estos grados cantar de costumbre. Muéstrase á todo muy atento el discípulo, que en cada lección aprende el modo de vivir libre y de engañar autoritativo. Concluída esta ceremonia, que hace las vísperas solemnes, se retiran los graduados á descansar de la fatiga. Beben bien y duermen mejor, contentos de que su secta va en aumento. Al día siguiente hacen otra junta en el mismo lugar, y por el inaugurado corre el desempeño en el refresco, que se ha de dar á sus maestros. Beben hasta perder el juicio, y todo el tiempo que dura la bebida, canta el neomédico borlado de su Lodani y Otigadi. Este es el primer espécimen público de su habilidad, en que ya en el arte de engañar compite á lo menos con los venerables doctores. Beodos éstos, son llevados á sus esteras á dormir sin cuidado de enemigos. El nuevo médico prosigue cantando y dura toda la noche este ejercicio. Así da á entender que no hacen falta Nigienigis dormidos, cuando su desvelo puede resucitar muertos. De este modo queda profesor en un gremio todo lleno de artificios. Á estos grados ascienden también las mujeres que gustan de este ejercicio. Llámanlas Nigiena, y son tan temidas y vocingleras como los médicos en todo este gentío.

CCCL. *Cuál sea la facultad de estos médicos.* — Unos y otras hacen valer bien sus boberías. Tiene persuadido al vulgo que comunican con el padre de la mentira; que este espíritu maligno les descubre las causas de las enfermedades y sus remedios, y aun la salud ó muerte del enfermo. En caso de desahuciar al doliente fingen que se les aparece, se sientan á su lado y en familiar conversación les instruye. Esta instrucción se extiende á darle á conocer cuanto ellos quieren en orden al estado de los enfermos y utilidad de la gente Guaycurú. De aquí es que su facultad abraza mucho: no se estrecha precisamente á la medicina; sino que se extiende á la Nigromancia, y aun transciende á la Divinatoria. Todo es embuste con que hacerse temer de las mujeres y niños. Creen como verdad infali-

ble cuanto sus médicos fingen. Los hombres se acomodan con los simples, no porque no conozcan el artificio. Díjele en una ocasión á un capitán Guaycurú : parece que grita el Nigienigi, quisiera ir á hacerle una visita. Ve, mi padre, dijo : y verás que cura sin qué ni para qué, ó como por acá se explica, de balde. Al decir ésto, me instaba á que fuese, como lo hice ; me senté con el indio, parlamos á satisfacción, y la mia fué que el capitán tenía razón en lo que decía. Del conjunto dicho de embustes toma el fondo la facultad médica de los Eyiguayegnis.

CCCLI. *Prácticas de los Nigienigis.* — Pero quiero explicarme más en esta materia. Lo primero curan á los enfermos sin ciencia, como después diremos. Lo segundo, de noche á la hora que quieren, ó cansados de dormir se despiertan, empuñan su Lodani y cantan, arrullando el sueño á los otros, haciéndoles la guardia para que prosigan sin recelo de enemigos ni infortunios. Lo tercero cantan y tocan el calabazo al forjarse algún nublado ó aparecer tormenta. Dicen que previenen la tempestad, y que con el hálito la disipan : efectivamente anhelan hacia la parte de la nube, como repeliéndola. Lo cuarto cuando nace alguna criatura, después de lavarla en agua fría, se la llevan al Nigienigi, que le canta la felicidad futura. Métela en su círculo de estera, y la anuncia larga vida, victoria de sus enemigos y cuanto se le ocurre á la memoria. Lo quinto, cuando han de hacer algún viaje, la víspera se encierra y su oráculo le descubre lo próspero del camino. Jamás anuncia en este caso cosas adversas. Lo sexto, sueñan que su Latenigi, ó diablo los lleva volando sobre las nubes, y que colocados en tanta eminencia, les muestra cuantos males pueden sucederles, enfermedades, hambres, etc., y que ellos, dotados de virtud prodigiosa, impiden que tales cosas caigan sobre los Eyiguayeguis. Vuelven á sus toldos, aun por tierra, sin tocar el suelo y sin ser sentidos. En sus manos tienen las llaves de las lluvias que fertilizan la campaña, la espada del terror que contiene á sus enemigos; y por esto en las expe-

diciones militares y pasos peligrosos, un Nigienigi lleva la vanguardia en las filas ó fila. Son en realidad Nihilipotentes con todas sus virtudes irresistibles ó irrisibles.

CCCLII. *Obra fundamental de su facultad.* — Han tenido maña para hacer creer que si alguna persona entra en su casita de estera al tiempo que curan ó cantan por alguna otra cosa, que la tal persona en castigo de profanar con su atrevimiento un lugar tan recomendable, ó pierde la vida ó á lo menos la vista. Con esta persuación vulgar no hay quién se atreva á llegarse á su estera; y si algún misionero quiere arrimarse y entrar, se lo disuaden, alegando fatuidades dichas. Para desimpresionarles, entré yo varías veces por más que los del toldo lo resistían por amor á mi salud y vida. Estaba con sociego conversando con el médico; salía, le cerraba la estera, y me detenía con la gente, para que viesen que reía y vivía. Al fin pude conseguir el que conociesen que sin incurrir en los males decantados de sus Nigienigis podían éstos entrar y curar á vista de todos. Lo octavo, en ciertos días se abstienen de carne y pescado. En estos ayunos no guardan forma, y comen cuanto quieren, á excepción de las dos cosas dichas.

CCCLIII. *Método de sus curaciones.* — El método que en sus curaciones observan es ridículo. Toda su práctica se reduce á cantar, menear el calabazo, y chupar en varias partes al enfermo. Alguna que otra vez dan inhumanas sangrías. Antes de chupar, se encierran en unos círculos de altas esteras: aquí solos cantan llamando á su Latenigi ó diablo, para saber por sus respuestas el estado del enfermo y su salud ó muerte. En este tiempo ni el enfermo ni otra persona llega á las esteras, porque su arrojo no les cueste caro. Lo primero, pues, que observa el Nigienigi, es encerrarse en una casita redonda formada de dos esteras de juncos: su altor es como de dos varas, y de otras tantas el diámetro. Coge su Lodani en la mano derecha y el Otigadi en la mano izquierda, algo arrimado

al pecho. Con estos instrumentos de su arte, seguro de su ciencia, empieza á cantar en voz alta : hace de cuando en cuando sus pausas, y da á entender que se eleva, ó transporta. En uno de estos arrobos es llevado al sitio en que entierran sus difuntos. Puesto allí, salen á hablarle todas las almas cuyos cadáveres yacen en aquella tierra. Preguntéle : ¿qué busca entre los muertos? Lleno el Nigienigi de arrogancia, les responde que ha venido á buscar el alma de tal y tal enfermo, que se ha huído del cuerpo, y quiere restituirla á su morada y dueño. Sale temblando el alma fugitiva; y porque haga el camino con conveniencia, la sienta el Nigienigi en su plumero. Así la vuelve al cuerpo, que, no obstante de estar sin alma, permaneció vivo todo el tiempo de la ausencia y visita á los muertos. Otras veces más divertida el alma, ó más medrosa, se retira á las selvas, y no á los cementerios. Búscanla también por los bosques, y suele haber entre ella y el médico sus pendencias ; y si prevalece el espíritu paseandero, se vuelve el médico lleno de melancolía. Algún eco hace esto á las fábulas gentílicas, cuyos héroes con su canto reunían las almas separadas á sus abandonados cuerpos.

CCCLIV. *Lo que hacen con los enfermos.* — Colocada el alma en su cuerpo, abre el Nigienigi su diabólica casita y entra en ella al paciente. Échanle sobre una piel de ciervo, de tigre ó de otro animal. Puesto así, si es varón, le descubre el Nigienigi desde la cara hasta los pies, quitándole la manta en que va envuelto. Si es mujer, la destapa hasta la cintura, ó poco más, como medio cuerpo. En esta diligencia no se dispensa, ni por frío, ni por viento. Toma ya el médico en la mano derecha un palo de media vara de largo y casi una pulgada de grueso, aguzado en una punta. Chupa en varias partes al enfermo, y levanta la piel y carne con su brutal boca como lo hiciera una ventosa. Cada vez que chupa hace mil ascos y como que quiere vomitar con aquellas ansías que en realidad en otros causaran bascas verdaderas. Arroja la saliva en un

hoyito que ya tiene hecho; descansa un rato y con el mismo instrumento está dando siempre en el hoyo como para enterrar la matería morbífica. Repite las chupaduras y el escupir en el hoyo hasta que le parece tiempo de sacar á luz su pericia médica.

CCCLV. *Causa del mal: la sacan del cuerpo chupando.* — Chupa la última vez: tiene de propósito y con estudio en la boca un poco de paja, una espina y casco de ella, y aun un pescado, gusano ú otra cosa. Escupe en su mano, y muestra á los circunstantes lo que envuelto en saliva echó de su boca como extraído del cuerpo. Todos quedan pasmados de tan profunda ciencia, y no advierten que lo que muestra no dejó señal de su camino en el cuerpo del enfermo. Retiran á este tan malo ó peor que antes estaba. El Nigienigi entierra lo que sacó y era causa de la dolencia. Come bien en premio de su cansancio, y éste se pone para después á la cuenta. Es una gracia ó lastimosa ceguedad, pues no advierten que cuerpos de más de un dedo de grueso y pulgada de largo salgan de las entrañas por los poros. Haciéndoles yo muchas veces evidencia del embuste, lo atribuían á ignorancia mía. Tal cual Nigienigi más advertido y viendo la burla que yo le hacía, cogió entre los dientes una espina con disimulo, y con ella al chupar al enfermo, le punzaba levemente: salía alguna sangre, y con ella pretendía teñir de verdad su engaño. Por lo común chupan en la boca del estómago, y mientras escupen y entierran la saliva, ponen en el mismo sitio la mano cerrada, y aprietan con tanta violencia, que se hunde el puño. Esto solo basta para que muhos dolientes, sofocados del peso, se vayan á la otra vida. En todo proceden con bárbara inconsecuencia. Según su sistema médico, las causas de las enfermedades son huirse el alma del cuerpo. No obstante, restituída ésta, sacan con su chupadura la causa que molestaba á alma y cuerpo.

CCCLVI. *Enfermos.* — Este bárbaro método practican con todos sus enfermos. Lo que casi no puede sufrirse,

pacíficamente, es que no son más mirados con los niños tiernos. Tan desaforadamente cantan y chupan, aturdiendo y estrujando el cuerpo delicado de un infantillo, como el de un indio Polifemo. Pero tienen también sus reglas los enfermos. Deben observar la más rígida modestia de ojos que les es posible: precaución con que los Nigienigis llevan el agua á su molino. Creídos hombres y mujeres que lo que se atreven á mirar al Nigienigi cuando tiene á su lado al diablo en las curaciones ó mueren ó pierden la vista, nadie en tal ocasión abre los ojos. Los enfermos adultos los cierran como unos difuntos: y no los abren hasta que el médico da fin á la cura, y con una canción acaba, diciendo: Liniogo, fin, acabóse. Con esto da á entender que no hay diablo que dé en los ojos. Si los enfermos son niños, como no saben temer, porque aun ignoran la maldad, los lleva á las esteras del médico, su madre: Ésta le cubre con su propia manta, para que la inocencia de sus ojos no dé en rostro al diablo del Nigienigi. La severidad inexorable de éste, castigaría como crimen horrendo la niñería! De modo que, aunque no haya diablo asistente en la estera del médico, hay diabluras de éste que llenan el vicio del infernal monstruo.

CCCLVII. *Cuidado de sus enfermos.* — Á lo dicho se reduce todo el esmero en medicar á sus dolientes. Sea éste de los de más baja estera, ó sea capitán ó cacique venerando y temido, ni el médico sabe hacer más ni los asistentes se apuran mucho. Duerma ó no duerma el enfermo, tome ó no tome algún alimento, no importa. De los que todos comen, se le lleva algo al enfermo, si desganado lo aparta ó dice Ac-Ydiguiquile, no tengo hambre, no le hacen más instancias. Tenemos por cosa cierta que en muchos obra más la necesidad que el achaque. Á lo más que se extiende la natural compasión de los domésticos, es á ojear las moscas que impertinentes se sientan sobre el rostro del enfermo. Si éste se queja con su común interjección Acaichi, ay, le corresponden con

alguna palabra de afecto. Si el padre ó la madre están presentes, al ay del enfermo responde el padre, Yonigi y lo mismo la madre. Más si es hija dicen Y-ona, hija mía. Las viejas y viejos, responden mi nieto mi nieta: y acabóse el consuelo. Si el enfermo es cacique ó capitán, le consuelan con su vano título: Inionigi, ó Inuagoditc, mi capitán, mi capitán. Así pasan sin alivio sus dolores. Entretanto, nada receta el Nigienigi, que pueda servir de alivio al enfermo. Este se ve en el mayor desamparo que es creíble, y los del toldo sin cuidado que les congoje. Después que vivimos entre estas gentes, logran los enfermos sobre el consuelo de nuestras frecuentes visitas, algunas cositas que apetecen y comen con gusto, traídas de la ciudad, aunque distan mucho de los españoles. Nosotros tenemos también consuelo, instruyendo y bautizando los adultos que vemos en peligro de muerte.

CCCLVIII. *Sufrimiento de los enfermos y sosiego con que mueren.* — Si admira la ingrata sequedad de los médicos y asistentes, pasma la tolerancia de los pobres enfermos. Parecen organizados de bronce. No se les descubre la más pequeña muestra de impaciencia ó poco sufrimiento. El dolor más agudo apenas les saca de la boca un indeliberado quejido. Cuando toma algún desahogo la naturaleza y en los últimos períodos de su quebrantamiento, entonces se oye algún ay, y el eco del necio consuelo *mi hijo, mi nieto,* sin más lenitivo de un extremo padecimiento. Aun sube más la admiración al considerar el sosiego con que reciben la sentencia de su muerte. Óyenla como si no hablaran con ellos, ó fuese alguna nueva de diversión y contento. La deplorable ignorancia en que han vivido les acompaña hasta sus últimos alientos. No temen castigo en la otra vida, porque no se extiende á tanto su conocimiento, ni esperan premio. Lo más que en este punto dicen es que las almas desatadas de los cuerpos, andan invisibles por los lugares en que estando unidas anduvieron. Sumergidos en estas sombras, entran

en alas de la muerte sin susto ni congojas. Según su errado concepto, quedan sobre la tierra, mejorando de estado, y libres de muchas incomodidades del cuerpo. Esta es la doctrina que aprenden de sus doctores ó médicos, que tienen con Pitágoras por fábula los tormentos eternos, y no quieren vivir aturdidos con el conocimiento de su mérito:

O genus attonitum gelidae formidine mortis!
Quid Styga, quid tenebras, et nomina vana timetis?
Materiem vatum falsique pericula mundi.

(Ovid., Metam., lib. 15.)

Pero en su mismo error dan á entender que no les falta conocimiento de la inmortalidad de las almas, aunque las dejen en el suelo.

CCCLIX. *Modo cómo desahucian á los enfermos.* — Mas por contener algo de curioso el modo con que los médicos echan el último fallo á sus enfermos, les pondré aquí, para que sirva de rastro que descubra las patrañas de estos embusteros. Después que el doliente, por falta de alimento y sueño, pierde las fuerzas y parece ya más cadáver que animado cuerpo, es el tiempo de desahuciarlo. Bien conoce el médico que no puede alentarle con su canto, y sones de calabazo. Pues, ¿qué remedio para quedar con crédito? Métese en su casita de esteras á consultar al oráculo de su ignorancia, ó Latenigi. Menea el calabazo con furia; y grita como un loco. Al cabo que ha estado invocando al diablo ó no sé á quién ni él tampoco; hace una pausa, y finge que se le aparece y habla remedando él mismo el silbo, rugido ó voz de la bestia ó ave en cuya figura dice que viene. Hace en este paso dos papeles, uno de energúmeno y otro de diablo. De la conferencia sobre el estado del enfermo se concluye el corto plazo de días ó de horas que se restan. Mas para que no salga fallida la predicción y quede perdido el crédito,

finge más sobre lo dicho. Hace ademán, remedando las dos voces, que se despide de su maestro, y que en éxtasis profundo ve el alma del enfermo, que montada en un caballo vaguea por los campos, y aún se acerca al toldo. La gracia es que el que se arrogó poder para sacarla de entre los muertos, no tiene habilidad de apearla. Instruído con esta visión tan circunstanciada, suelta el Lodaní y el Otigadi; sale cabizbajo de sus esteras: manda que éstas se quiten, y ya no hace más diligencias: porque vió en un rocín al alma caballera. Añade en magistral tono O-y Elebote. Morirá. Desde aquí principian algunos sollozos y compasivos cumplimientos de los asistentes. El Nigienigi en pago de su trabajo carga con lo mejorcito que tenía el enfermo: lo demás se reserva á lo que se dirá á su tiempo.

CAPÍTULO XXIV

DE LOS AGONIZANTES Y MEDIOS CURATIVOS DE LAS PESTES, ETC.

CCCLX. *Ceremonias con los agonizantes.* — Como los Guaycurús tienen por indefectibles los dichos de sus médicos, creen sin rastro de duda que morirá el paciente, de cuyo inminente fallecimiento son mejores indicios los preliminares de cadáver que se leen en su rostro. Luego al punto las mujeres de la parentela del moribundo se aplican á dar muestras de su amor y sentimiento. Si es varón, le pintan con Nibadena la cara, brazos y pecho: le cuelgan del labio inferior el Lapidigi ó barbote que tenía más largo y curioso: pónenle los zarcillos y al cuello los collares de cuentas de vidrio. En una palabra, les engalanan con cuanto en salud les fué de uso; así cuando el alma vaya al lugar de los muertos, la reconocerán éstos por rica y de provecho. Si el agonizante es mujer, la

primera diligencia es tusarla bien el pelo, componerle el copete, pintándola á su modo. Para estas ceremonias les dan tantos vuelcos, que ellos sobran para acelerarles la muerte. El médico mientras se hace todo esto, entra y sale en el toldo como hombre suspenso y ocupado de un grande pensamiento. Á veces se llega al moribundo, y le aprieta el estómago tan fuertemente, que aunque no estuviera en riesgo de muerte por lo que dijo, morirá por sus hechos. Con esto su profecía logra de lleno el cumplimiento, acabando el enfermo, más no el médico; aquél la vida, y éste sus embustes y enredos.

CCCLXI. *Enredo del médico al expirar el enfermo.* — Los presentes lloran al difunto: y el médico, buscando algún alivio á sus lágrimas, carga su Otigadi, y sale al campo para concluir su cuento. Camina cosa de un cuarto de legua en distancia del toldo, grita, canta y llama al alma. Esta ya no oye sus conjuros: hácese sorda á quien ayudó á desatarla de los lazos del cuerpo. Desesperado el Nigienigi de hallarla, da la vuelta al toldo. No entra más en el toldo del muerto; pero desde proporcionada distancia les avisa ó que el alma se esconde ó que no quiere volver al cuerpo. No callan los vivos en este aprieto, porque le tiran al médico mil apodos y cuantos tizones encuentran en el fuego. Como él no ignora este juego de brazos y manos se para algo apartado de las esteras para huir á tiempo; y el que de noche y cuando no le ven vuela por los aires, ahora haldas en cinta huye de los tizones con risas de algunos y á vista de todos, que ni así quedan desengañados de las patrañas del médico.

CCCLXII. *Riesgo de la vida que corren los médicos.* — No para en ésto el común sentimiento. Los médicos Guaycurús hacen á todo. Si el enfermo convalece, se glorian de haberle sanado ellos: y hurtan lo que quieren. Si mueren, se atribuyen un fantástico dominio sobre las vidas; y á boca llena pregonan que le han muerto, pero entre sus amigos. El dolor rompe el freno, y muchas veces su vana arrogancia le cuesta al médico la vida, sino se

pone en salvo y tierra por medio. Por esta causa muchos Nigienigis viven voluntariamente desterrados de sus cacicatos propios y buscan asilo en los ajenos. De este modo pasan algunos años, hasta que, mitigado con el olvido el sentimiento, pueden con seguridad restituirse á sus antiguos alojamientos. Esta es pena si no aciertan en dos ó tres curaciones, y es justa para que su locura en gloriarse de ser señores de la vida, tenga algún freno, como en realidad los médicos moderados en este asunto viven sin riesgo. En tales médicos estuviera bien empleada una horca por repetidos homicidios. Muchas veces tienen junta de médicos: todos comen, beben y fuman tabaco á costa del enfermo, al cual, apretándole el estómago, ayudan á morir todos. Valiera en este caso lo que del otro emperador dijo Satrico. *Turba medicorum periit*: Es cierto que si los Eyiguayeguis careciesen de algunas docenas de médicos, vivirían mucho más según su temperamento. El ostracismo de los Atenienses practicado en estos toldos, con solo los médicos, fuera el mejor específico con que murieran más tarde todos. Á lo más se les podría permitir la entrada, cuando hubiera necesidad de diezmar la gente, como en lo antiguo se ejecutaba en Roma.

CCCLXIII. *No son cirujanos.* — Causa lástima ver algunos pobres infieles manando podre por muchas llagas, y que los hinchados médicos no emprendan curarlos. Sin duda, que dan por perdida su causa. Sus Lodani-Otigadí y cuantos gritos alientan sus pulmones, no bastan á supurar la materia. El arte de estos ignorantes no lo es en ésto: juegan á lo seguro. No se entretiene en las bagatelas de heridas y llagas; porque para su entonamiento es facultad despreciable la cirugía. Una ciencia de medicina profunda es la recóndita en su calabazo y vocería. Esta, sin pulsar al enfermo, ni atender á otros indicantes, por sí sola les manifiesta cuanto hace el más atento estudio y experiencia en los males internos.

CCCLXIV. *Es patraña que se les aparezca el diablo.* — Digo, por sí sola, porque las consultas con el diablo ó

Latenigi nada tienen de sólido. Es todo una ficción refinada. El diablo de los toldos son los médicos ó médicas. Creo yo que el demonio no es de tal condición, que se aparezca al llamado de unos valentones, que, si le vieran, echaran á huir, y así dieran con toda la máquina diabólica en tierra. Así que toda la ciencia de estos médicos se reduce á no dormir de noche, ni dejar reposar á los enfermos á sus horas, ni á los sanos á deshora. Al fin, ellos triunfan, mientras en el toldo se hace duelo por los difuntos.

CCCLXV. *Viruelas : sus ideas sobre esta enfermedad.* — Tampoco miran los médicos Guaycurús como objeto de su sabiduría la enfermedad de las viruelas. Cuando dan en los toldos, es una epidemia verdadera. Así lo vimos en las que padecieron el año 1765. Los primeros que huyeron fueron los médicos. Tienen rarísimo concepto formado de este mal, no muy frecuente en estas tierras. Creen que es un ente vivo aunque invisible, amigo del Sol y del calor, no menos opuesto al frío y á la sombra. Según la naturaleza que se fingen, los hacen andariegos. buscando á quien pegarse. Pobre del que anda por el sol y vía recta. Es necesario andar por la sombra, ó por el sol atravesando de un lado á otro, para que las viruelas no atinen con la vereda. Por esto se huyen todos, y van á esconderse en las selvas al oir que alguno tiene viruelas. Mas éstas los buscan y los hallan por más que se escondan. En este tiempo no parece médico alguno y temen el mal como cualquiera.

CCCLXVI. *Cómo sangran.* — Alguna vez se dignan los médicos de manejar la lanceta. Pónese de rodillas el que necesita la sangría, si ésto ha de ser con los hombres ó hacia la cabeza. Siéntanse, si se le ha de picar en los muslos ó en las pantorrillas. En esta postura coge el médico un hueso de tigre con punta y pasa la carne de una á otra parte, cuantas veces gusta. Substituye también el hueso por dos agujas ó lesnas de hierro, y separada un poco la una de la otra, con las dos taladra la parte que

punza. No sabía de que admirarme más, si de la barbaridad del médico ó de la del enfermo. Aquél pica sin piedad, y éste sufre sin hacer el menor movimiento. Esto es á cuanto puede llegar la presunción que tienen los Guaycurús de su valentía.

CCCLXVII. *Concepto subido que forman de sus médicos. La muerte.* — Otra cosa tienen muy entrañada, y es que no se persuaden que morirá alguno, si le asiste médico Eyiguayegui, sin embargo de constarles lo contrario por la continua experiencia. Había unos cristianos enfermos, murióse uno y vino el cacique de la Reducción á hablarme. Se conocía su intento, porque luego empezó á ensalzar la habilidad de sus médicos. Entre otras se dejó caer esta bobería : Á los médicos Eyiguayeguis no se les mueren los enfermos. Dejéla pasar y saquéle de la conversación de intento. Después de un rato, como olvidado ya de la conversación de los médicos, le pregunté si hacía mucho tiempo que habían muerto sus padres. Explayóse en este punto el buen viejo. Pregunté por los otros que yo sabía de sus amigos, y respondió que ya eran muertos. ¿En dónde murieron? le dije. En sus toldos, respondió el cacique. Tenías entonces médicos? Sí. Supongo que les curaron. Ya se ve. Luego, también mueren los curados por los médicos Eyiguayeguis. Vióse cogido y confesó que no cortan sus médicos los pasos á la muerte. Y qué concepto forman de ésta? Creen firmemente que no es el morir condición inseparable de la naturaleza humana, y que ninguno muere naturalmente, en cuanto lo natural se opone á lo violento. Esto es lo segundo que creen. Conciben á la muerte como un agente furioso que sin piedad arremete y corta el hilo de la vida á quien y cuando quiere. Poco les falta para imaginársela á modo del ángel exterminador de los primogénitos de los egipcios y del ejército del soberbio Senaquerib. Por ventura éstos quieren dar á entender con la ficción de que cuando uno ha de morir ven el alma del moribundo á caballo.

CAPÍTULO XXV

DE SUS RITOS Y CEREMONIAS FUNERARIAS

CCCLXVIII. *Llanto por el difunto.* — Luego que ven expirar al enfermo, levantan el grito los parientes, permitiendo al corazón algún desahogo por los ojos. Concucurren muchas mujeres del cacicato y en presencia del cadáver lloran cantando y hablando. Traen á la memoria las prendas en que sobresalió el sujeto de sus lágrimas. Las que no acuden, plañen en sus esteras. En otra parte se puso por extenso el modo con que lloran. El tono en que explican sus sentimientos es, al paso que tierno, muy expresivo. Las mujeres empiezan las cláusulas con estas voces: *guayema piguidi*, que es su ¡ay! desdichado de mí! Los hombres expresan lo mismo con estas: *hatanaga mya*. Han de llorar todos los de la parcialidad, ceremonia que dura algunos días al amanecer, y que ni con los ausentes se dispensa. Cuando éstos vuelven al toldo, han de llorar manifestando á todos sus penas. Lloran también por la tarde, antes que el sol se ponga. Dura el llanto casi una hora. No por esto interrumpen sus tales cuales faenas, á excepción de la que lleva el coro, que no se ocupa en otra cosa.

CCCLXIX. *Como los amortajan y entierran.* — Satisfecha la primera obligación con las lágrimas, se sigue la de amortajar al difunto. El modo es liarle en una manta en postura de sentado en cuclillas. Atavíanle con cuanto pueden, si el médico les deja algo, y sino, lo buscan para este desempeño. Luego cargan el cuerpo sobre uno de los caballos que en vida sirvió á su dueño. Llévanle á un sitio retirado que en su idioma se llama *napiog* y es lugar de enterramiento. Este no se diferencia de un toldo de vivos en esteras, forma y postecillos que le dividen; y con esto cada capitanía y aun familia sabe en qué parte están sus difuntos. Con el difunto varón entierran sus

armas y si hombre ó mujer lleva consigo á su sepultura las planchitas de plata y cuantos dijes le sirvieron de gala. La sepultura no es honda, y puesta en ella el cadáver le cubren, sin apretarle, con muy poca tierra, sobre la cual ponen una esterita y algunos cántaros bien labrados, y los que pueden los guarnecen de cuentas. Junto al sepulcro clavan los postecitos de palo que en su toldo tuvo en vida. Si tenía caballos matan algunos (no las yeguas) para que pueda en su nuevo estado montar el alma y espaciarse en mejores prados y monterías. Los cántaros pintados y vistosos se destinan para que, fatigado el espíritu, tenga agua y en que guardar sus alhajuelas. De cuando en cuando van á visitar el toldo del enterramiento y con notable aplicación renuevan las esteras para que el sol y la lluvia no molesten á los que reposan.

CCCLXX. *Piedad con sus difuntos.* — Á los que mueren en tiempo de epidemia, como sucedió en la de las viruelas, entierran cerca de donde mueren. Hacen un pequeño hoyo en que meten el cadáver, cubriéndole con una estera y algunas ramas, para que los tigres no los desentierren. Al cabo de algún tiempo, cuanto juzgan suficiente para que, podrida y consumida la carne queden los huesos, salen los parientes á recogerlos. Llévanlos al común carnero ó enterramiento, y después unidos en los toldos, hacen el duelo. Si no hallan algún cadáver porque el tigre se lo llevó al bosque, lo toman por mal agüero, y es inconsolable su sentimiento. Si el fuego sofocó á alguno, y le abrazó los huesos, hacen las viejas sus extremos, más que duelo. Cubiertas por adelante cuanto permite la decencia y todo lo demás del cuerpo al aire, dan varias vueltas llorando ó cantando los toldos. Acaso recibiendo de lleno el viento, presumen escaparse de la actividad del fuego.

CCCLXXI. *Muerte del cacique.* — Los parientes inmediatos del difunto, en señal de su sentimiento, observan ciertos ritos en su duelo de que luego hablaremos. Antes

conviene notar que los Eyignayegnis de estos tiempos, en las muertes de sus caciques no son tan inhumanos como los pinta la Historia del Chaco. Dice ésta que en tales funerales quitaban la vida á muchos parientes y vasallos, ó ellos se tomaban la muerte para ir con sus régulos á servirlos en el otro mundo. Al presente nada de esto hacen. El distintivo único, es que mientras está presente el cadáver, ponen cerca una cazuela con agua y uno como hisopo para que los que llegan le asperjen. Ceremonia que acaso tomaron de los cristianos cuando fueron sus *caseros*, como ellos se explican, ó entraban y salían á hacer sus contratos. En el tiempo que he estado con ellos, han muerto un cacique y una cacica de otras parcialidades, y no hubo tales sacrificados servidores. Yo mismo les llevé la noticia de la muerte del cacique á su hija y vasallos, que no hicieron otra demostración que la de su llanto.

CCCLXXII. *Ceremonias después de retirado el cadáver.* — Retirado el cadáver del toldo, queman las esteras y lo que tienen presente del difunto; quiebran las ollas y cántaros y procuran apartar de sus ojos cuanto puede refrescarles la triste imagen de la muerte. Después todos los del cacicato mudan á un sitio algo distante los toldos, temerosos de que la muerte los recorra todos, si no la dejan sola en descampado. Esta ceremonia no se practica si el difunto es niño, porque la muerte de éstos no es comparable con la de los adultos. Fundada la Reducción de Belén, nos pidió un capitán que le hiciésemos una casa de paja, el techo para todos sus soldados y dependientes. Mudáronse á la nueva habitación, que les agradó mucho, porque les ahorraba la tarea con las esteras en los temporales. Duró este sosiego hasta que murió uno. Ya todos estaban temblando, y al fin se salieron todos de la casa y la incendiaron.

CCCLXXIII. *Nuevos ritos en el duelo.* — Mudados los toldos y disipado todo lo dicho, los parientes del difunto continúan su duelo con nuevos ritos. Las mujeres se tusan el pelo á su modo y no le vuelven á cortar hasta que

les crece y llega casi á los hombres. Los hombres hacen lo mismo y dura la ceremonia los meses de su duelo, que suelen ser dos ó más, según la calidad del difunto. Todos los de la parentela se abstienen de algunos alimentos, como pescado, carne de ciervo, etc.; reducidos á comer palma y legumbres si las pueden conseguir de los Niyololas. No juegan ni concurren á las borracheras, que son sus fiestas. Tampoco se pintan con *notique* ó *nibadena*; ni se ponen adorno alguno de sus cuentas ó planchitas. Guardan un retiro, para infieles, muy estrecho, pues no salen de su toldo sino á lo muy preciso. Los hombres están sentados en ademán de absortos, haciendo flechas, etc., ó echados, de dolor rendidos. Las mujeres se entretienen en sus cuotidianas labores. Duran estas señales de dolor hasta que el cacique les manda alegrarse. Envíales á decir que se diviertan y coman como los demás del toldo; que se pinten y que se engalanen y que no den lugar á que les consuma la tristeza. Con este aviso cesan los lutos y entra la alegría en los corazones afligidos, y valen tanto las palabras de su príncipe como si fuera una revelación del feliz estado de sus difuntos.

CAPÍTULO XXVI

ORÍGEN DE LOS GUAYCURÚS, SUS IDEAS RELIGIOSAS

CCCLXXIV. *Origen ridículo que se atribuyen los Guaycurús.* — Hemos visto las exóticas costumbres de los Guaycurús hasta su paradero, que es el sepulcro, y hasta el fin de su duelo. Restan ahora las opiniones en que están divididos en cuanto á su origen ó principio. La ignorancia lastimosa en que viven, con ninguna otra cosa se pone mejor á la vista que con la risible idea que forman del primer sér de sus ascendientes primitivos. La vida embrutecida no les deja levantar la consideración á la nobleza del ser increado que con divino acuerdo sacó á luz la más bella imagen de sus indecibles perfecciones. Según el

principio que se atribuyen estos infieles, tiene en ellos pleno significado el vaticinio del Real Profeta: *homines et jumenta salvabis domine*. Los Eyiguayeguis son racionales; más ellos como bestias no elevan el conocimiento á lo que sale de la esfera de la sensualidad. Cáusales grande admiración el oir que de la nada creó Dios este universo.

CCCLXXV. *Tres opiniones sobre su principio. Primera.* — Preguntados, pues, de dónde traen su descendencia los Guaycurús? Responden los que se precian de entendidos en sus tradiciones é historias con grande desatino. Tres fuentes de su origen señalan, todas tan turbias, que pasma no se sonrojen al mirarlos. No están entre sí concordes en este punto. Unos se atribuyen un modo de origen que rechazan otros presumidos. Dicen unos que sus antepasados vivían escondidos en cierto lugar subterráneo y que de allí salieron para poblar la tierra. Aunque estaba el sitio debajo de tierra, no era profundo, sino que tocaba la superficie. Nadie sabía que aquella tierra sirviese de arca que contenía Eyiguayegnis. Una casualidad descubrió el tesoro oculto. Pasó por aquel lugar un perro, cuyo delicado olfato percibió los hálitos que exhalaban los Eyiguayeguis, que vivían en aquella caverna como aherrojados. Paróse y empezó á arañar la tierra y abrió boca capaz por la cual salieron á ver la luz los soterrados valentones. No pasa más adelante el discurso de los que reconocen por su libertador á un perro. ¿Y quién dió la vida y cuerpos á aquellos vuestros ocultos mayores? ¿Quién se la dió al perro? Aquí enmudecen, diciendo con mucha satisfacción que esto es lo que oyeron á sus padres. De este modo pasando en herencia de padres á hijos la ignorancia, viven de asiento en las fatales tinieblas de sus desconciertos y perdición. Alguna vislumbre hay en esto de la formación del cuerpo de Adán.

CCCLXXVI. *Segunda opinión.* — Otros, queriendo dar más elevación á su principio, lo atribuyen á un pájaro. Acaso por ésto les roban las plumas todo su cariño. No había en la tierra Eyiguayegnis ahora muchos años. Pero se re-

medió este defecto por un medio peregrino. En una encumbrada montaña buscó su habitación un pájaro de corporatura extraordinaria. Halló en las concavidades de las peñas agujeros espaciosos, en uno de los cuales formó su nido: puso sus huevos y los calentó. Veis aquí que en lugar de aves de la misma especie, por metempsicosis admirable, los que habían de salir pollos, salieron Eyiguayeguis. Estos fueron poblando la tierra, enseñoreándose de las gentes. El origen es desatinado; bien que no puede negarse que los Guaycurús fueron y son buenos pájaros y todos de rapiña: nuevos Castor y Pólux, nacidos de otro huevo.

CCCLXXVII. *Tereera opinión.* — Más bien discurren otros Guaycurús en cuanto al principio de su gente. Desatinan en lo que refieren, mas no se precian de ser gallos transformados y se ríen del olfato penetrativo del perro. Sienten, pues, que sus antepasados salieron de un profundo pozo en el cual estuvieron ocultos por muchos años. Si este pozo fuera el abismo de la nada, hubieran acertado. Mas la historieta, según se conserva en los anales de sus pobres cabezas, es la siguiente: Caminando al norte en distancia de unas veinte leguas de la Reducción de Belén, se entra en una tierra doblada y apacible. Llámanla por una hermosa laguna que tiene al principio, *numigenagadi,* el pescadero. Sobre una colina muy espaciosa junto á la cual hay otra bella laguna llamada *ulenigo*, sitio del pájaro pescador, dicho *uleme*, se levanta un bosquecito de pocos arboles altos, frondosos, que la coronan. Dentro de este bosquecito se registra un pozo, que á la vista se representa bien profundo. No tiene bajada, y para examinar su boca es necesario hacerlo desde algún lugar alto apartado, porque con la lluvia está derrumbada la tierra De este pozo, dicen los Guaycurús de provecho, que salió el primer hombre y la primera mujer que á su numerosa descendencia sirvieron de troncos. No pasan más adelante, ni se meten en más honduras, que la del pozo, que es cuanto puede profundizar su ignorancia.

CCCLXXVIII. *Caso gracioso.* — Aunque voy á dar de ésta un rasgo más calificado. Explicándoles yo un día cómo Dios nos dió el sér y sacó de la nada todo lo criado, visible é invisible, estaba presente la cacica á la cual llamábamos Margarita, aunque aun no era cristiana. Es mujer de buena edad, y de las más capaces de su toldo. Interrumpióme ésta y me dijo : Mi Padre, este Dios que tú dices, es el de los Españoles, y no el de los Eyiguayeguis. Lo es de todos, y todos somos sus criaturas. No, mi Padre, replicó ella : Porque mira, á los Españoles ha dado miel, azúcar, pan, carne y zapatos : y no ha hecho estas liberalidades á los Eyiguayeguis. Con igual beneficencia os ha mirado á vosotros, dije yo. Porque este Señor os ha dado ciervos, venados, antas, pescados, palma, etc., y para cazar y pescar os proveyó de caballos y de anzuelos. El cría los juncos que os sirven de casas, y el algodón para vuestras mantas. Díme, Margarita, ¿ los Eyiguayeguis que se afanan, no logran todas las cosas referidas ? ¿ No encuentran las colmenas dulces en los árboles del bosque, y en la tierra de las campañas ? Pues aun esa vida y todos sus movimientos, la salud y habilidad son dones de Dios. Por esto los Españoles logran las cosas que tú has visto porque trabajan para adquirirlas como Dios manda. Al fin después de un buen coloquio, quedó la vieja reconocida y desengañada.

CCCLXXIX. *Obscuridad de los entendimientos de los Guaycurús.* — Causa ciertamente admiración ver los entendimientos Guaycurús tan pegados á la tierra en los principios contemptibles de su sér que se imaginan. Como hemos visto, los Eyiguayeguis son de buen talle, despiertos y galanes en el hablar. Comunicaron ahora cien años, y aun menos con los Españoles como amigos, y al presente los han tenido en continuo movimiento con sus armas. Están dominados de una soberbia infundada sobre las sobresalientes prendas de valor é industria militar que en sí mismos consideran. Su entonamiento mira al resto de las naciones que han llegado á su noticia, sin

exceptuar la Española, como á esclavos. Sin embargo, en medio de tan bárbara altivez, se ideó la nación principios tan abatidos y despreciables como desatinados. Para dar á entender su valor, su intrepidez y arrojo, se llaman *Tigres :* visten de piel de esta feroz bestia, y no obstante, no se fingen descendientes de tigres, sino pollos y como gusanos de la tierra, rescatados del duro encerramiento por un perro, ó sin saber cómo están sobre ella. Son entendimientos realmente obscurecidos con densas nubes de sombras, formadas de los vapores y exhalaciones de su embriaguez, soberbia licenciosa y autoritaria de sus *Nigienigis* embusteros maestros y adivinos.

CCCLXXX. *No son idólatras, sino ateístas simples.* — De todo lo dicho se ve con evidencia casi, que los Eyiguayeguis no tienen claro conocimiento de Dios, y que viven como unos ateístas. De que se alegren cuando empieza á verse por el horizonte ó algo más alta la luna nueva, y al aparecer las pléyades ó cabrillas en su hemisferio, nada se concluye para cargarles el error de idolatría, como ya en su lugar se dijo. No son sus tripudios otra cosa que indicios de la interior alegría de que con las luces de la primera podrán divertirse sin recelo de tigres y de enemigos que les acometen ó atalayan á obscuras, y del buen tiempo para buscar su caza y la algarroba con las segundas. Ya así no se ve en ellos ceremonia que indique idolatría. Toda su religión está comprendida en aquel dicho de los impíos : *Coronemus nos rosis manducemus et bibamus, cras enim moriemur.*

CCCLXXXI. *Conocen rudamente la inmortalidad de las almas.* — En la piedad natural que tienen con sus muertos y en las prácticas que observan en ataviar los cadáveres, etc., dan á entender que conocen que el alma es inmortal, y que va á venir en otro género de vida. Pero los países de ésta no son como otros que los que anduvo en vida con sus toldos. No entienden de premio de buenas obras en el cielo : ni de castigo de malas por toda una eternidad. Viven los muertos mejorados de estado,

en bailes, diversiones y otros ejercicios que no les causan fatiga. Mas todo ésto lo hacen alrededor de su *Napiog* ó esteras de su enterramiento. Inquietar á las almas lo miran como escándalo impío. Por esta razón á los Eyiguayeguis llamados de los Españoles *Mbayas bravos*, y entre ellos *Enacaga*, miran con indignación y califican de impíos. Uno de los modos de robar á éstos, es ir á los enterramientos, descubrir las sepulturas, y quitar sus armas y alhajuelas á los muertos. Esta acción les acarrea indecible odio.

CCCLXXXII. *Concepto que forman del diablo.* — Del demonio forman una confusa y general idea. Los hombres le llaman *Ayamarigodi*, y las mujeres *Guayemagayego*. Este último nombre explica su idea, pues significa el de los pesares y desdichas. Dicen que de él les vienen los trabajos é infortunios y aquí para. No forman concepto de su espiritualidad, ni de otras cosas tocante al Padre de la mentira. En una palabra, no entienden el verdadero significado de la voz con que le llaman y aun explican. Cuando entre sí se enojan, suele ser el desquite tirarse uno á otro á la cara la dicha palabra. Como si le motejaran de malvados é inquietadores. El *Latenigi* ó el que sueñan ó el que ven sus médicos, no es diablo, sino mentira y terror ó espantajo de mujeres y chicos. A unos se les aparece como tigre, á otros como gallo y de distintas apariencias. Ni en su ficción tiene más forma ó figura que la que quiere el *Nigienigi* que sobre su palabra se crea.

CCCLXXXIII. *Fuego particular.* — No sé ni he podido averiguar qué entienden por esta palabra *Ignogolitaga*. Ellos dicen que significa un fuego grande, que no se apaga. Añaden que en este fuego se queman los que fueron malos en esta vida. No saben el sitio en que arde este fuego, ni quiénes son los malos, pues todos los vicios entre ellos pasan por alegrías. El mal que más Eyiguayeguis arrastra al fuego eterno es el de su desenfrenada lascivia. Conocen algo su deformidad; pero le juzgan entreteni-

miento de personas divertidas Á los infantes que nacen de tan sucios fuegos llaman *Hijos de alegría*. Es cierto que al fuego ordinario llaman *Nuledí* y que lo contradistinguen del que dicen *Ignogo-litaga*. Inquiría yo algunas cosas sobre este concepto para poner en el catecismo el artículo del infierno. Ponía la común palabra de *Fuego* con los adjetivos de grande é interminable. Aquí fué cuando me dijeron que esto significaba la palabra dicha. Sin embargo no me atreví á ponerla por ver que era poco usada, y que en rigor de su idioma quiere decir : los fuegos ó brasas, porque también llaman al fuego con el nombre de los leños que queman y dicen : *Ignogoli*. El *Taga* dice bosque, como si dijera : los que son de los fuegos : ésta es significación muy confusa para darles á entender la verdad clara del fuego eterno. No obstante parece que en dichos fuegos reconocen á su modo un género de pena de las almas malas, á lo menos por algún tiempo.

CAPÍTULO XXVII

LUCHA ENTRE GUAYCURÚS Y CASTELLANOS. LOS NOMBRES « GUAYCURÚ » Y « MBAYÁ » ENTRADA DE LAS MISIONES JESUÍTAS

CCCLXXXIV. *Guaycurús no quieren recibir el vasallaje del Rey de España.* — Hemos visto hasta aquí el presente estado en que se halla la belicosa nación de los Eyiguayeguis. Los Españoles conquistadores del Paraguay propio bien desde los principios conocieron sus genios feroces, y ánimos marciales. Esta antigüedad, los diversos nombres que les atribuyeron y sus insultos contra la capital de la provincia, hasta que entraron á sus tierras fervorosos Misioneros jesuítas, pretendemos relacionar sucintamente en el presente parágrafo. El año 1542 arribó á la ciudad de la Asunción don Alvaro Núñez Vera Cabeza de Vaca. Entre sus primeros cuidados de Gobernador, Capitán general y Adelantado del Río de la

Plata, fué acallar las quejas que los indios Guaranís y otras naciones sometidas á la dominación española le presentaron contra los Guaycurús. Recibióles y oyó sus razones con mucho agrado. Mas como caballero prudente y cristiano no resolvió en este punto cosa alguna hasta cerciorarse por mejores testigos. Para esto fió el negocio á dos eclesiásticos y á otros dos religiosos que de España trajo en su compañía. La averiguación que éstos hicieron fué conforme á lo que le habían hecho saber sus amigos y aliados. Tomado este informe cierto, envió á los dos eclesiásticos con escolta de cincuenta soldados para su resguardo á hablar con los Guaycurús. Propusiéronles que el gobernador quería tenerlos por amigos en nombre del Rey de España, si ellos venían bien en ser vasallos de un tan gran monarca. Y también que serían tratados con benignidad, si dejaban de inquietar á los otros Indios que ya se habían amparado á los Españoles. Añadió que á no condescender en tan justas demandas, estaba dispuesto á obligarles con las armas á sujetarse y no inquietar á nadie. Tres veces les hicieron este requerimiento los enviados de don Álvaro. No pidieron tiempo para responder los bárbaros. Sobre la marcha satisfacieron, diciéndoles que ellos jamás reconocerían al Rey de España, por su soberano ; y que estaban muy ajenos de desistir de hacer la guerra á sus enemigos. Con arrogancia bárbara les intimaron que se retirasen cuanto antes, si no querían llevar la prueba de su constancia. Al decir esto tiraron algunas flechas é hirieron algunos soldados.

CCCLXXXV. *Son castigados los Guaycurús.* — No le pareció al gobernador pasar sin algún escarmiento la insolencia de los Guaycurús. Á los doce de julio se embarcó con dos bergantines y doscientas canoas, en que iban cuatrocientos Españoles y diez mil indios Guaranís. En dos días atravesaron el río Paraguay y se alojaron en su occidental orilla. Los centinelas y espías que envió delante el gobernador, le dieron noticia de que los enemigos se retiraban á sus conocidas tierras á largas jornadas. Orde-

nó que se le picase la retaguardia, siguiendo con diligencia la marcha. Los indios Guaranís formaban un batallón que ocupaban una legua de terreno. La caballería española seguía á proporcionada distancia ; y el Gobernador venía cerrando al frente de la infantería, con ésta el escuadrón. Caminaron así, omitidos algunos casos que pusieron á pique de desunión las tropas y punto de muerte de dos golpes de bala al Gobernador, algunas horas de la noche, que con la luz de la luna les ayudaba. Llegaron los espías á descubrir el puesto en que los Guaycurús para descansar levantaban sus esteras, desimaginados de tener al enemigo tan cerca. Al amanecer se hallaron á vista de los Guaycurús ; y para que, revueltos con estos, no peligrasen los fieles Guaranís, les repartió unas pequeñas cruces, que como divisa, llevaban en las espaldas atadas. Hizo poner los frenos á los caballos para que no relinchasen. Hizo batir los tambores. Los Guaycurús según la costumbre de sus Nigienigis, cuando van ó actualmente están en compaña, vivían algo confiados en el canto y calabazo de los adivinos. Estos se tienen por los hombres más vigilantes del mundo y engañan á todos haciendo los Guaycurús señores de las naciones, si aún de las nubes, tiempos y animales. Al abrir el día descubrieron el ejército ya casi sobre sus cabañas de esteras. No se turbaron : luego preguntaron á los inmediatos : ¿ Quiénes sois vosotros tan atrevidos que llegáis á nosotros ? Respondió el intérprete Guaraní que sabía su idioma : Que venían á castigar los desafueros que habían cometido contra los Indios amigos de los Españoles. Acercaos, repitieron los Guaycurús : haremos con vosotros lo que con ellos. No esperaron más los cristianos. Atacáronles por todas partes y les dieron una descarga tan á tiempo, que consiguieron una perfecta victoria. Pegaron fuego á sus toldos, é hicieron cuatrocientos prisioneros de toda edad y sexo. Murieron algunos en la refriega. Los Guaycurús componían el número de cuatro mil combatientes, de los cuales los que escaparon se refugiaron en las vecinas selvas. De

los Españoles murieron dos y otros dos de los Guaranís aliados, á los cuales con gran presteza cortaron, según su inhumana costumbre, las cabezas, para celebrar con ellas sus bárbaras fiestas, lo que más sorprendió á los Guaycurús fué el ardimiento de los caballos, que hasta esta refriega ellos no bien conocieron.

CCCLXXXVI. *Hacen la paz los Guaycurús.* — Entre las resultas de esta señalada victoria fué la de mayor consideración la paz que voluntariamente dieron algunas naciones infieles, y los mismos Guaycurús. Don Álvaro con sus modales cristianos y grande afabilidad les envió un embajador de los prisioneros. Éste bien instruído y regalado se partió á hablar á los de su nación. Pudo tanto con ellos, que en gran número fiados del salvo conducto del Gobernador, se vinieron á la orilla del río Paraguay enfrente de la ciudad de la Asunción. Pasáronle en sus canoas, y reconocieron el vasallaje de España, pero nada concluyeron en punto de abrazar la religión cristiana. Duró muy poco esta paz tan deseada, porque los gobernadores que sucedieron á don Alvaro, más atentos á sus propios intereses, que á la quietud de su provincia, no supieron conservarla. Los Guaycurús, adquiridos caballos, prosiguieron en inquietarla, y casi la redujeron á su última ruina, como después veremos.

CCCLXXXVII. *Nombre Guaycurú, su etimología.*— Lo que se concluye de lo dicho es que el nombre Guaycurú, que los Españoles dieron á los Eyiguayeguis, era impuesto por los Guaranís sus aliados. Estos indios, conforme á la elegancia de su bello idioma, tienen un raro modo de imponer nombres á gente extranjera y á las parcialidades de la suya misma. No dicen como los españoles: estos son de Madrid, ó del Paraguay, ó de Buenos Aires: sinó: Estos beben, ó son los que beben el agua de Madrid, y así de otras ciudades, provincias y reinos. Verbo y gracia para preguntar si uno es de España, dicen: Si es el que bebe el agua de España. De este mismísimo modo tenían nombre apropiado á los Eyiguayeguis. Por el sitio

en que éstos de ordinario habitaban, los llamaron Guacurú-Ygua, los que beben el agua del Guacurú ¿y qué sitio pudo ser ese? Conjeturo que algún río que abundaba de aves negras dichas Guacurú. El señor d'Anville, geógrafo ordinario del Rey, en el mapa del Paraguay impreso en el año de 1733, señala dos ríos con este nombre. Al primero le demarca en los 22 grados de latitud meridional. Nace en la serranía del Amambay, que está al oriente del río Paraguay; y corre á desembocar en éste entre los ríos Tepotiy y Tarei. De este río Guacurú, no se halla indicio en el mapa topográfico de la provincia del Paraguay. Los Españoles corrompieron el nombre, como lo han hecho con muchos otros índicos, cortando la sílaba *Gua,* y anteponiendo la *y,* pronuncian Guaycurú. El mismo geógrafo pone en los 22°30' de la misma latitud un río pequeño al cual llaman Guacuriy, río de la fruta Guacurí ó Ibacurí, alterado este segundo nombre. Baja este segundo río de la serranía de Igatimí, y desagua por la orilla del sud en el Tepotiy. Este último es el que los Guaycurús nombran en su lenguan Aaba, en cuya orilla del sud estuvo la Reducción de San Ignacio, que en su transmigración mudó el primer título en el de Santiago, que hasta hoy conserva. He aquí otro sitio de que pudo provenir el nombre de Guaycurú que los Guaranís dieron á los Eyiguayeguis que estaban establecidos en las orillas oriental y occidental del río Paraguay; y los Guaranís del Itatin lo mismo. Con que pudieron muy bien conocer toda la nación con el nombre tomado de dichos ríos. Hasta el tiempo presente, desde aquellos años primeros de la conquista, plantaron muchos Eyiguayeguis sus esteras á las orillas ó cerca de los nombrados ríos, y traían continuas guerras con los Guaranís. Cuando derrotados los Guaycurús rindieron sus armas á don Alvaro, le dijeron que ya los tenía á sus pies obedientes á sus órdenes; pero que estuviese entendido que los Guaranís jamás habían osado ellos sólos atacarles: más que por su respeto en adelante vivirían de paz con ellos. De donde

se infiere que los Eyiguayeguis, antes que los Españoles los derrotasen traían frecuentes guerras con los Guaranís, y que estas dos naciones, ambas de á pie, se conocían y buscaban para cautivarse; por lo cual tendrían nombres que las distinguiese de otras inmediatas. La Guaraní llamaba Guacuruygua ó Guacuriygua á los Eyiguayeguis; y éstos á los Guaranís hasta el día de hoy nombran Uneliodi ó Cuneliodi, que significa: los de un padre, y también los que únicamente son muchos, como de verdad lo fueron los Guaranís, extendidos por gran parte de la América meridional. Todos eran semejantes en lenguas, ritos, color y estatura, como si fueran hijos de un hombre sólo y uterinos hermanos.

CCCLXXXVIII. *Nombres de Mbayás.* — Don Domingo Martínez de Irala, que sucedió en el cargo á Cabeza de Vaca, sosegadas las inquietudes de la provincia, determinó poner en ejecución un arduo viaje por el río Paraguay arriba, que mucho tiempo antes tenía proyectado. Parecióle no perder la ocasión de las paces que su antecesor había efectuado en los Eyiguayeguis. El año pues de 1546 comunicó sus órdenes para el desempeño á Nuflo ú Onofre de Chaves, generoso extremeño. Mandóle que con el proveedor de víveres Lescano y cuarenta Españoles se pusiese luego en camino, y que le esperase en las cabañas ó tolderías de los Indios Mayás. Vivían estos infieles en la orilla occidental del río Paraguay, como unas cien leguas al Norte de la ciudad de la Asunción. Ya dijimos en otra parte que estos Indios no son distintos de los Eyiguayeguis. En esta distancia de la ciudad desde sus principios hasta el día de hoy están la mayor parte del año. En este mismo se crían las palmas llamadas Eyiguá, de las cuales toda la nación se denomina, y aun toda la orilla occidental del Paraguay. La palabra Mayás es la misma que esta Mbayás, substraída una letra; y como es guaraní, y de pronunciación narigal, lo mismo significa poniéndola que sin ella. Ya en otra parte se notó que los Guaranís llaman Mbayá á una estera, sea de juncos ó de otra materia.

Por las cabañas, pues, les pusieron el nombre. En la misma tierra vivían y habitaban desde entonces los Chanás que sujetaron los Guaycurús, emparentando con ellos, y son los que llaman Niyololas, sus feudatarios. Poco distantes á una y otra orilla del río estaban los Guaranís conocidos por el nombre de Itatines, con los cuales traían guerras y nunca riudieron. En el idioma guaraní se hallan alguuas palabras que tomaron de la lengua Guaraní desde aquellos tiempos. Tales son éstas : Mitá, Mini, con que nombran á los chicos y pequeñuelos las dos naciones. También las siguientes : Ecoluguá, que significa una calabaza olorosa, que el Guaraní llama : Curuguá. Esta Guapoma es corrompida la voz guaraní Iba Pomog, una fruta ; y otras menos alteradas y acomodadas á su pronunciación y dialecto. Después que vivimos entre los Guaycurús han hecho propias otras voces guaraníes, verbigracia esta, Yuqui, que significa sal, y su compuesto Amboyuquí, salar, sazonar. Los Mbayás las usan de este modo : Nuquin la primera : y la segunda con sus partículas compositivas formada en este verbo : Yuquigeni ó Yuqui-Dagadi, que significan lo mismo en las dos lenguas.

CCCLXXXIX. *Van Misioneros Jesuítas á las tierras de los Guaycurús.* — La paz de los Guaycurús duró poco tiempo. La nación no esperó sino restablecerse para sacudir la alianza con los Españoles, que á su indómita cerviz le era muy pesada. Los mismos disturbios de la provincia abrieron las puertas á sus armas y hostilidades. Así la tuvieron en continuo sobresalto y vigilancia hasta el año de 1609. Por este tiempo llegó á la ciudad de la Asunción el Padre Diego de Torres, primer Provincial de los Jesuítas en el Paraguay. Reducida al suave yugo de la ley de Jesucristo la altiva nación de los Guaycurús, creía que en gran parte se remediaban las miserias que los vecinos padecían. Los Españoles estaban amedrentados de las arremetidas de una gente no menos valerosa que fiera. Trató el Padre Provincial con el Gobernador Her-

nandarías de Saavedra de que pasasen algunos Jesuítas á la tierra de los Guaycurús á darles noticia de nuestra santa fe, y de este modo sujetar su altanería. Inclinábase á esto mismo el generoso y cristiano Gobernador; más los vecinos oponían á su parecer invencibles dificultades. Los riesgos de los Misioneros; la innata crueldad de aquellos bárbaros, su instabilidad continua no menos en dictámenes que en lugares, siempre vagantes como los gitanos. Confirmábanlo todo con inauditas inhumanidades que habían ejecutado en los Españoles. Proponían la falta de todo lo necesario en que precisamente se habían de hallar los Padres; y todos calificaban la entrada de arrojo temerario. Nada acobardó el ánimo celoso del apostólico Provincial. Representó sus deseos al Ilustrísimo Don Fray Reginaldo de Lizárraga obispo á la sazón del Paraguay. Hizo la misma representación al Cabildo secular de la Asunción. Así el Obispo como el Gobernador estimaron tanto la resolución del Padre Provincial y de sus subditos, que escribieron al Rey Felipe III y á su Real Consejo de Indias, llevándole parte de los santos designios de la Compañía de Jesús. Decían que en ésto hacían los Jesuítas un grande servicio á la Majestad Católica para descargo de su conciencia. Deseaba el Rey Católico lo mismo que le suplicaban y así el mismo año llegó á manos del Padre Provincial una Real Cédula. Manda en ella á sus Oficiales Reales que provean á los Misioneros Jesuítas de todo lo necesario para tan árdua empresa. Fueron señalados los Padres Vicente Grifi, italiano, y Roque González de Santa Cruz, que después padeció un ínclito martirio. Estos dos insignes Misioneros escogidos entre los pocos sujetos que entonces contaba la nueva Provincia, que no pasaban de treinta y ocho, desempeñaron su arduo apostolado.

CCCXC. *Recibimiento que los Guaycurús les hicieron.* — Llenos de gozo los dos Misioneros, se embarcaron para pasar á la orilla opuesta del río Paraguay, llevando solamente en su compañía dos muchachos españoles

ayudantes de Misa, y un Indio Guaraní, que sabía la lengua de los Guaycurús, para que les sirviese de intérprete. Puestos en tierra, como esta es baja y mala; se veían obligados á caminar, no solamente á pie, sino descalzos por los malos pasos y anegados. Apenas entraron en el país de los Guaycurús cuando tuvieron éstos la noticia por sus espías: pusiéronse en armas, y trataron de quitarles la vida. Esparcióse por los toldos que los Españoles los querían traer á la religión cristiana, y bajo este título á la servidumbre y vasallaje. Doblaron los bárbaros los centinelas; y otros se avanzaron cerca de la ciudad á descubrir los movimientos de los Españoles. No obstante el peligro, prosiguieron adelante los Misioneros, y llegaron hasta el paraje en que los Guaycurús estaban arranchados. Mostraron los infieles gran desagrado, y no les hicieron el menor agasajo. No acobardó á los ministros de Dios tan rústico recibimiento. Antes bien por medio de intérprete hicieron saber al cacique que el fin de su venida era establecer una paz permanente entre su nación y los Españoles, y también darles á conocer al Dios verdadero, y hacerles cristianos. El intérprete añadió de suyo que los Padres por todas partes eran los declarados protectores de la libertad de los Indios. Nada de esto al parecer hizo impresión en el cacique. Al ver esta como insensibilidad le dijeron los Misioneros que esta banresueltos á quedarse en sus esteras para que viese la sinceridad con que le hablaban, y que se ponían en sus manos, con cuyo auxilio empezarían á aprender su lengua.

CCCXCI. *Corren grave riesgo.* — Esta franqueza de los Misioneros, si no ganó al cacique, á lo (menos quitó á) [1] sus vasallos las armas de las manos. Empezaron los padres con grande empeño el estudio del idioma difícil de los Guaycurús. Estos observaban atentos que lo que les decía el intérprete lo ponían por escrito, como era necesario para no olvidarse. Sospechaban los bárbaros que

[1] Lo encerrado entre paréntesis falta en el original.

tomaban las señas del terreno y que levantaban algún plano de su país para dar noticia de todo á los Españoles. Ya estaba tomada la resolución de deshacerse de aquellos hombres que pretendían engañarlos. Tuvo aviso de todo el padre González, é hizo públicamente conocer al cacique que aquella escritura no contenía otra cosa que los elementos de la doctrina cristiana traducidos en la lengua que él y sus vasallos con otros de su nación hablaban. Esta clara demostración de la verdad aplacó los ánimos, y el cacique que se llama don Martín, aun antes de ser cristiano, pareció ya trocado en otro hombre. Lograron los padres tan buena coyuntura, y le propusieron que fuese á la ciudad de la Asunción, sin recelo de recibir daño de los Españoles, y que entretanto ellos quedarían contentos entre los suyos : ya se prevenía el cacique para el viaje, cuando una voz que los Españoles habían muerto á un su pariente, le hizo suspender la resolución. Esto metió en nuevo peligro á los Misioneros. Descubrióse presto la falsedad del rumor de ser ya muertos los Misioneros violentamente, que los Españoles habían esparcido. Fuesen los que gustasen los motivos de tales voces, es cierto que no pueden causar sino malos efectos. Don Francisco González de Santa Cruz hermano del padre González, teniente de gobernador castigó los autores de aquellas voces vagas. Supieron los padres lo que en la ciudad pasaba y enviaron sin demora á algunos Guaycurús autorizados para que viesen que los Españoles no trataban de cautivarlos. Entraron en la ciudad, y vieron puestos en duras prisiones á los Españoles que sembraron la mentira. Volvieron á los suyos desengañados, y con los Padres pasaron á la ciudad de la Asunción. Un mes gastaron en las dichas diligeucias los Misioneros, y volvieron á dar cuenta de todo á su Proviucial, según éste les había ordenado.

CCCXCII. *Vuélvense todos. Pide misioneros otro cacique.*— El teniente de gobernador y el padre provincial les agasajaron tiernamente y les dieron muchas cosas de las que ellos más estiman. Sobre todos el cacique don

Martín quedó muy prendado de los Misioneros, cuyas palabras vió salir tan verdaderas. Llevóselos otra vez en su compañía á sus esteras, y así salieron sus vasallos, gozaban de una tranquilidad grande, sin la perturbación en que antes vivían. Duróles todo el tiempo que tuvieron Misioneros Jesuítas en su tierra. Corrió por los toldos el buen tratamiento que á don Martín y los suyos hicieron los ciudadanos. Movióse con esto otro cacique grande de los Guaycurús á venir personalmente á visitar al padre Provincial. Pidióle encarecidamente otros Jesuítas que doctrinasen á sus vasallos. No pudo condescender por la gran falta de sujetos. Consolóse con que en viniendo Misioneros de España, se los daría. Animóle á que entretanto comunicase con los que estaban en los toldos de don Martín, y á que conservase la paz con los Españoles de quienes se aseguraba que no recibirían la menor molestia.

CCCXCIII. *Trabajos de los Misioneros.* — Cesaron los Guaycurús en sus hostilidades, y respiraron los Españoles con los trabajos de los Misioneros. Eran grandes los que la obstinación de los infieles les ofrecía por instantes. Sus brutales costumbres no les dejaban oir las santas palabras que les decían. De nada trataban menos que de recibir el cristianismo. El hambre, la sed, la soledad y falta de todo lo necesario de los Misioneros fueron imponderables. No se comedían los bárbaros á nada : viéronse obligados á servirse á sí mismos ; y aun eso casi no les aprovechaba. Los infieles hurtaban lo que tenían para su alimento. Labraron los Padres un pedazo de tierra, en que pusieron algún trigo y maíz : más los Guaycurús les quitaban el trabajo de hacer la cosecha, robando y comiéndose el fruto antes de sazonado. Más de una vez pusieron bárbaramente en los ministros de Dios sus sacrílegas manos. Ni que sus hijos acudiesen á oir la doctrina cristiana permitían. Sin embargo, sacó Dios de aquella masa de perdidos á los que tenía predestinados su misericordia. Muchos niños murieron bautizados y algunos

adultos, que en sus enfermedades se dejaban instruir de buena gana, y morían enderezados por el camino de su salvación.

CAPÍTULO XXVIII

PESTES. EXPULSIÓN Y VUELTA DE LOS MISIONEROS REDUCCIÓN DE LOS REYES MAGOS. PESTE DE 1616. INDIOS Y MISIONEROS EMIGRAN

CCCXCIV. *Peste entre los indios.* — Proseguían los Misioneros la labor, esperando del cielo para aquella tierra estéril la lluvia de la divina gracia. Dióles Dios un recuerdo paternal á aquellos ingratos infieles : encendióse una cruel epidemia, que hizo en la nación grande estrago. Asistíanles los Misioneros con heroica caridad : saliendo también personalmente á buscar y traer á sus esteras la leña. Dábanles de comer por sus manos, y alcanzábanles los remedios que se hallan en un despoblado. Abrigaban con sus mismas frazadas á los enfermos, apartándose muy poco de su lado.

CCCXCV. *Determinan mudarse á mejor sitio.* — Demostraciones tan poco usadas ni vistas de los Guaycurús entre sus paisanos y parientes, les imprimieron una alta idea de la religión cristiana, y de los que se la predicaban más con sus ejemplos que con sus palabras. Especialmente confirmaron en su amor á los Misioneros al cacique don Martín y á su mujer doña Francisca. Por respeto de los padres y de sus cabezas, resolvieron los indios dejar el Guazutinguá, en que estaban poblados, y pasarse á vivir en las cercanías de la Asunción. Caminaron delante los Misioneros á buscar lugar, y no hallaron otro más cómodo que uno llamado Yasocá. Creo que debe escribirse Caichoca, lugar de gatos monteses. Era lugar de pocas conveniencias para los Misioneros ; pero muy apropósito para los Guaycurús, por estar rodeado de buenos ríos abundantes de pescado, de palmares y bosques llenos

de dulces colmenas; y muy cercano á los Españoles en la misma orilla occidental del río Paraguay. Edificaron una pequeña iglesia, á que ayudaron el cacique don Martín y otros por su mandado. Aquí compusieron á dicho cacique con su mujer doña Francisca, á la cual habia repudiado. Era esta india muy afecta á los Padres y á la ley de Cristo, y por su medio se esperaban felices progresos. Reconciliados los dos consortes ayudaron grandemente á los Misioneros. Premió el cielo su celo con que los dos poco después recibiesen el bautismo y muriesen cristianos.

CCCXCVI. *Mueren muchos de peste. Caso raro.*— Porque en el nuevo sitio se encendió el año siguiente de 1611 la peste que corría ejecutiva en la provincia del Paraguay. En ella murieron muchos de los Guaycurús, habiendo antes sido instruídos y recibido el santo bautismo. Uno que no quiso recibirlo les causó grande espanto, porque en la noche que murió el infeliz, se dejó ver el diablo en figura de indio espantoso, caballero en un horrible bruto, y que corría velozmente alrededor de los toldos: amenazaba á los Indios si abrazaban la fe de Jesucristo. Quedaron despavoridos los Indios y tan sin alientos que no se atrevían á hablar. Aun los brutos parece que participaron del susto, pues á una vista tan asombrosa, no se atrevieron los perros á dar ni un ahullido. De este suceso se aprovecharon los Misioneros para persuadir á los Indios el engaño en que el padre de la mentira los había tenido. Por qué, decían, el mortal enemigo de los hombres siente tanto más vuestra conversión, porque quisiera haceros eternamente infelices. Tocados de Dios rogaron mucho á los padres que los instruyesen. Murió entre otros una hijita del cacique, recién bautizada y la enterraron con la mayor pompa que les fué posible en la iglesia. Estimaron mucho los Indios esta honra hecha á su cacique, y en adelante traían sus hijos á que los padres los bautizaran. Don Martín juntaba cada día dos veces á los hombres, y doña Francisca á las mujeres; y los exhortaba á obedecer á las palabras de los Misioneros.

CCCXCVII. *Entran otros dos Jesuítas.* — Á los dos años de haber trabajado con los Guaycurús los dos Misioneros Vicente y Roque, salieron llamados á la obediencia para emplearlos en otra labor que rindió más seguros y colmados frutos de bendición. El desamparo de aquellos infieles era extremo. Movió éste al Padre Provincial que el año de 1612 le consiguió otros dos insignes Misioneros. Fueron éstos, uno el Padre Pedro Romero, y el otro el padre Antonio Moranta, los dos bien distinguidos por su sabiduría y celo de la salvación de las almas. Llegaron á las esteras de los Guaycurús, y su primer cuidado fué imponerles bien el artículo de la inmortalidad de las almas, é instruir á los niños, en quienes fundaban la esperanza de los adelantamientos en la fe con la divina gracia. De ordinario la frustraban sus padres, retirándose á sus pescas y cazas, llevándose á sus hijos. No desistían los soldados Guaycurús de inquietar á los Españoles de la Asunción. Añade la Historia del Chaco que lo mismo hacían con la ciudad de la Concepción del río Bermejo, y con otros Indios enemigos suyos de los que del Paraguay pueblan el Chaco. Ya se dijo algo en otra parte sobre este asunto. Lo cierto es que los Misioneros lograron algún fruto de sus fatigas, bautizando bastantes adultos *in articulo mortis*, y multitud de infantes. Aquí añade la Historia referida que el Padre Romero empezó á informarse en la religión, ritos y ceremonias de los Guaycurús. Halló que sólo reverenciaban á la luna y al carro celeste, sin conocer otra alguna deidad. Supo que al tiempo de la luna nueva se juntaban todos á adorarla con ademanes y clamores supersticiosos. Hasta el tiempo presente tienen esta práctica los Guaycurús, como ya se dijo, pero no reconocen en la luna nueva, otra cosa sino una luz que ahuyenta las sombras de la noche, y con así los recelos de que sus enemigos á obscuras los sorprendan, y mayor comodidad para sus juegos.

CCCXCVIII. *Salen los Misioneros.* — Al fin no correspondía la ingrata tierra de los Egiguayeguis al trabajo de

los apostólicos obreros. Lo más de la nación persistía con pertinacia en sus vicios. Ya iba pasando un año, y á los que de lejos miran las cosas, y más la conversión de los infieles les parecían principios que prometían poco consuelo. Corrió voz al mismo tiempo de que querían quitar la vida á los Misioneros. No fué necesario más para que algunos, revestidos de celosos resolvieran que convenía llamar á los Misioneros. Oponíase, no obstante, á la prudencia del siglo el insigne mártir de Cristo, Padre Romero, á quien no hacía desmayar la avidez de los Guaycurús, ni aterraban los riesgos. Muchos infieles con su asistencia lograban las saludables aguas del bautismo : dejarlos era lo mismo que ceder el terreno y aquellas almas al infernal enemigo. Al fin prevaleció el parecer del Gobernador del Paraguay y Río de la Plata, Diego Martín Negrón. Éste juzgó más acertado que por entonces saliesen los Misioneros ; creyó la voz esparcida, aunque sin fundamento, y temió que con la muerte de los dos Padres los Guaycurús hostilizarían la ciudad sin rebozos y que toda la provincia corría riesgo.

CCCXCIX. *Vuelven á los toldos los Misioneros.* — Tenía su corazón entre sus amados Guaycurús el Padre Romero, y así primero con Dios en la oración, y después con los hombres, consiguió volver á sus toldos el año de 1613. Llegó á la ciudad de la Asunción el Padre Provincial Diego de Torres, que condescendió con sus ardientes deseos. Luego que los Guaycurús supieron el arribo del Padre Provincial, vinieron á hablarle los caciques don Martín y un su cuñado, llamado don Juan, señor de los Guaicurutís, que todos eran Codalodis. No pasaron el río Paraguay por temor de los Españoles : hízolo el Provincial, haciéndose llevar á la otra orilla, que es la occidental del Paraguay. Mostraron indecible alegría los pobres viéndose con sus amados Padres. Diéronles filiales quejas por el desamparo en que les habían dejado. Instaron de nuevo por sus Misioneros. Satisfízoles el caritativo Provincial, y empleó en bujerías que ellos aprecian

mil y trescientos pesos sacándolos de la pobreza en que se veía la provincia. No hay que esperar que los seglares que son los que más interesan en la quietud de las naciones, hagan semejantes expensas. Cuéstales mucho el desarraigar de sus corazones el dinero. Y por no ser misericordiosos, pierden por avarientos sus tierras, posesiones y muchos la vida á manos de los mismos infieles.

CD. *Trabajan apostólicamente los dos Jesuítas.* — Puestos los Padres Misioneros en Yasocá, trabajaron con los Guaycurús como experimentados apóstoles. Cobraron tan grande dominio sobre sus corazones, que los trataban y aun reprendían como á unos niños. Amábanles tanto, que les llevaban por sus tierras muy seguros. Asombrábanse los Españoles de esta confianza de los Guaycurús, jamás vista ni aun ideada. Los peligros de la vida que en sus viajes corría el Padre Romero, no provenían de la ferocidad de sus catecúmenos, sino de las fieras, de que abundan los bosques y campiñas. Alimentábase con los mismos manjares. Cobraron indecible cariño al santo Misionero. En significación de lo que le estimaban, le pusieron el nombre de un famoso cacique, llamándole Yarusiguá. Pregonaron las viejas por los toldos este nuevo nombre, para que por él fuese conocido y respetado padre y maestro. Oyeron todos con mucho aplauso el pregón, y se daban á su modo con muestras de alegría los parabienes. Ennoblecido con el honorífico título de esclarecido cacique, el Padre Romero, se valía de su autoridad para bien de aquellos miserables. Revestido de la autoridad que le daba el nombre pasó á la tierra de los Guaycurutís, hermanos de los Codalodis, y consiguió lo que apenas podía esperarse. El cacique de esta gente estaba furiosamente enojado con su mujer, y á punto de quitarle la vida con muchos de sus vasallos. Ya sin compasión había empezado á dispararle flechas. Luego que el Padre Romero se puso en su presencia, y le habló pocas palabras, se sosegó el bárbaro, depuso toda su ferocidad é hizo cuanto le mandó el Padre. Consiguieron los

Misioneros otras más gloriosas victorias, desarmando los lazos que armaba el demonio ya contra su puridad angélica, ya bautizando á muchos viejos, que los suyos tenían en un sumo desamparo. Parece que para morir no aguardaban otra diligencia que la del santo bautismo. Participaron de este beneficio no pocos de los Napuras y Mbayás, cuya fiereza domesticaron los Misioneros, y los redujeron á morir en el gremio de la santa iglesia. Ya se dijo en otro lugar quiénes fueron los Napuras y Mbayás, aquéllos Niyololas y éstos Eyiguayeguis.

CDI. *Fúndase la reducción de los santos Reyes Magos.* — La más fuerte tentación de los infieles en esta parte de la América para rehusar el bautismo, aun en la hora de la muerte, es que por lo común mueren los que le reciben. Para que no tropezasen en ésto los Guaycurús, dispuso Dios que en muchos fuese medicina de salud este sacramento. Experimentóse este admirable efecto en una mujer adulta que ya estaba muy al cabo de la vida : y algunos párvulos moribundos que sanaron sin otra medicina. Viendo los Misioneros desengañados de su antiguo error y bastantemente dóciles á los Guaycurús, Cadalodis, formalizaron su nueva iglesia. Dedicóse la de Yasocá á los tres santos Reyes Magos, exponiendo en el altar á la pública veneración un lienzo primoroso de este misterio. Observaron los Misioneros desde este día mayor deseo en los infieles de ser cristianos. Sin duda que fué gracia debida á la intercesión de María Santísima y de los Santos Reyes, patronos de la nueva Reducción. Por la protección también de la Reina de los ángeles, sanó el Padre Romero el año 1615 de una peligrosa llaga que le tenía inhábil para su apostólico empleo. Ocurrióle también por este tiempo una duda que le congojaba : y era sobre si explicaba con palabras propias del idioma Guaycurú los misterios de la Doctrina Cristiana. Sacóle Dios de su perplejidad, significándole á su compañero el Padre Moranta que estaba fielmente traducida la doctrina cristiana en aquella difícil lengua. Ojalá no se hubieran perdido tan

preciosos papeles, de los cuales no se ha podido encontrar ni una letra.

Convirtieron entre otros una famosa hechicera de la nación de los Frentones, que son los Tobas, cautiva de los Guaycurús. Dice la Historia del Chaco que les había causado notables daños por arte mágica. Mucho aguantó la ferocidad Guaycurú á una vieja cautiva y perjudicial, cuando por una mala cura, ó sin efecto, quita la vida á sus temidos médicos ó embusteros. Lo gracioso estaba en que, yéndola á bautizar el Padre Romero, le cercaron los Guaycurús, pidiéndole que no lo hiciera. Porque si muere bautizada la enterrarás en la iglesia, y en este caso todos somos perdidos. Cree, Padre, que esta mujer, después de muerta, se convertirá en tigre, y si está cerca, acabará con todos nosotros. Para evitar este estrago no la bautices, y la arrojaremos á un lugar retirado.

Rióse el Padre de sus dichos : bautizóla, y la dichosa vieja acabado de recibir el Bautismo, expiró con gran sosiego. Nota la Historia del Chaco que es error muy asentado entre los Guaycurús que las almas de los malos pasan después de la muerte á los cuerpos de las fieras, y que son más terribles desatados de los cuerpos que cuando en ellos vivían. No tienen tal error, ni creen la transmigración dicha. Ya dijimos lo que sienten en este punto. La verdad es que á los Latenigis de sus médicos éstos les atribuyen diversas figuras, y una es la de tigres.

CDII. *Peste entre los Guaycurús.* — El año de 1616 lograron los Misioneros una mies copiosa para las trojes del cielo. Encendióse entre los Guaycurús una ejecutiva epidemia. Bautizaron sobre doscientos adultos, y muchos más infantes en peligro de muerte. En esta ocasión bautizó contra la voluntad de su padre que era cacique, á una niña que murió luego. Díjole el Misionero que su hija ya estaba en el cielo; y así que no matase por ella á alguno de los suyos. Muchísimos mataré replicó enfurecido el bárbaro. Empezaba ya á ejecutarlo, cuando levantaron el grito los infieles, llorando á la difunta. Esto irri-

tó más al cacique contra el Padre, que no tuvo otro modo de aplacarle que llorar á su modo con los que lloraban: arrojábase sobre el cadáver, y se lamentaba como si hubiera perdido la prenda más amada. Conmovieron estas demostraciones de modo al cacique, que permitió que la enterrase en la iglesia y no mató á ninguno. No así sus vasallos, que secretamente quitaron la vida á una vieja infiel y querían enterrarla al lado del cadáver de la niña. Opúsose el Padre Romero con repetido riesgo de su vida á este designio; y consiguió que no se profanase la iglesia con el cadáver inmundo.

CDIII. *Desamparan los Guaycurús la Reducción y los sigue el Misionero.* — Encendióse más voraz el contagio después de unas breves treguas. Atemorizados los Indios, desampararon el lugar de Yasocá, y se retiraron á los más distantes escondrijos de su país. Ya se dijo que así juzgan que no atinará con ellos ni la epidemia ni la muerte. Engañáronse y murieron muchos en los caminos y otros en las lagunas, á las cuales se arrojaban para templar los ardores de las calenturas. Siguióles el Padre Romero, y bautizó á los más; y á algunos sacó del peligro corporal haciéndole conducir en hombros á curarse al pueblo. El mismo Misionero cargó sobre los suyos á una pobre vieja hediondísima con las asquerosidades de la peste. Así entró en la Reducción este buen pastor con la carga de su oveja pérdida, que realmente lo fué en todo, pues no quiso recibir el santo Bautismo y murió en su perfidia. Remitida la peste, salió el Padre Romero á recoger los Indios dispersos; y el Padre Moranta trabajaba con el mismo fervor en el pueblo. Los Guaycurúnada oían ya con gusto, y sin rebozo hacían sus ceremonias gentílicas. Padecían lo que no es ponderable los Misioneros entre una gente tan empedernida.

CDIV. *Salen los Misioneros de Yasocá.* — Considerando esto los superiores, y que había otras muchas naciones de infieles más dóciles á las luces de la divina gracia, resolvieron que se retiraran los dos Misioneros, aunque

con mucho sentimiento de éstos. Escribióles el Padre Provincial Durán (Pedro de Oñate) cuya orden rendidos ejecutaron. El Padre Romero permaneció entre los Guaycurús hasta el año 1619, á cuyos fines pasó á las Reducciones del Paraná de Indios Guaranís. Fué en su lugar á acompañar al Padre Moranta el Padre Pedro José Origlii, hermano y del eminentísimo cardenal Agustín Origlii, y amigo muy íntimo del Sumo Pontífice Urbano VIII. Este sumo pastor de la iglesia no se dedignaba de consolarle con sus cartas en estos desiertos de la América, y de preguntar menudamente por la cosa á los procuradores de la provincia del Paraguay que iban á Roma.

CDV. *Bautízase el cacique don Martín.* — Trabajaron los dos Misioneros con mucho fervor entre los infieles. Consiguieron que recibiese el santo Bautismo el cacique don Martín, que tanto había fomentado la misión y conversión de los Codalodis sus vasallos. Murió poco después, previniéndole Dios con tan dichosa suerte. Quedó con el gobierno de su parcialidad un hijo suyo llamado don Diego Francisco que era ya cristiano. Aventajóse á su padre en el afecto á la religión cristiana, y á los ministros evangélicos, que se prometían reducir á toda la nación de los Guaycurús, y otras que poblaban aquellas tierras. Frustró tan bellas esperanzas la innata volubilidad de los Eyiguayeguis.

CDVI. *Fruto que hicieron los Misioneros.* — El tiempo que se emplearon con los Guaycurús los Jesuítas Misioneros, fué el de los cuatro años del provincialato del Padre Torres, los siete del gobierno del Padre Oñate, y los cuatro del Padre Durán. Consta que los infantes bautizados y difuntos desde que se fundó la Misión de los Guaycurús fueron algunos millares: y mil los adultos que murieron cristianos. Todo esto decía el Padre Torres y los Misioneros que debía reputarse por fruto considerable hasta tanto que llegase el tiempo de la total conversión, determinado por la divina Providencia. No obstante, prevaleció el contrario dictamen, sacando del país de los

Guaycurús á los Misioneros Padre Moranta y Padre Orighi el año de 1626. Añade la Historia del Chaco que hoy viven sin conocimiento de Dios ni observancia de ley alguna, sino finos ateístas. Es cierto; y ni en la luna ni en las cabrillas adoran deidad benéfica, como en otra parte dice la misma Historia. Ateístas son por embrutecimiento en sus vicios.

CAPÍTULO XXIX

MALONES DE LOS GUAYCURÚS CONTRA LOS ESPAÑOLES ESTRATAGEMAS DE ÉSTOS

CDVII. *Intentan los Guaycurús destruir la Asunción.* — Desamparados los Guaycurús, empezaron éstos como de represa contra los Españoles de la Asunción sus hostilidades. Llegó á tanto su osadía, que el año de 1646 intentaron reducirla á cenizas, de un golpe abolir el nombre español en toda la provincia, que se abrasaba por este tiempo en disensiones intestinas, causadas por las turbulencias de su Obispo don Bernardino de Cárdenas. Quisieron aprovechar las infieles estas conyunturas. Juntaron un numeroso ejército compuesto de tropas de su nación y de otras de sus confederados. Los preparativos se hicieron con tanto secreto, como los bárbaros acostumbran. En la jurisdicción de la ciudad quitaron á muchos Españoles la vida; más este frangente se miraba más como efecto de las irrupciones furtivas de los enemigos, que como designio de evacuar la campaña para echarse con todas sus fuerzas contra la ciudad misma alborotada.

CDVIII. *Libran los Guaranís la ciudad.* —Era á la sazón Gobernador del Paraguay don Gregorio de Hinostrosa, á quien daba bien en que entender el buen Obispo Cárdenas. Sin embargo tuvo el gobernador aviso cierto del intento de los Guaycurús, y que el negocio de la ruina de la ciudad era más serio de lo que los Españoles imaginaban. El cacique de una de las Reducciones del Paraná, que estaban al cuidado de los Jesuítas, y quería

quitarles el Obispo, dió al Gobernador la primera noticia del intento y número del ejército de los enemigos. Dió al punto orden de levantar un cuerpo de milicia respetable de los neófitos de las mismas Reducciones. No perdieron tiempo los Misioneros, y su puntual obediencia desconcertó las medidas que habían tomado los bárbaros para echarse por varias partes sobre la afligida provincia. Los neófitos Guaranís sorprendieron á los enemigos, y cargaron sobre ellos con tanto denuedo, que les desordenaron y mataron á muchos. Cayó con esta acción tal terror sobre los confederados, que todos huyeron, dejando á los leales Guaranís la gloria y el campo. El Gobernador, en el informe que de esta victoria hizo al Real consejo de Indias confiesa ingenuamente que si se hubiera dejado llevar de las ideas del Obispo Cárdenas sobre las Reducciones del Paraná, quitándoles los Misioneros Jesuítas, no hubiera podido hallar socorro tan oportuno. Si los Guaranís no socorrieran tan prontamente á los Españoles, haciendo al rey este notable servicio, la provincia corría riesgo de perderse.

CDIX. *Varias irrupciones de los Guaycurús.* — No cayeron de ánimo los Guaycurús por la referida derrota de su ejército. Entrañado en sus brutos corazones más hondamente el odio al nombre español, procuraban inquietar á los vecinos de la ciudad de todos modos. Bastará para conocer la pertinacia de este enemigo la breve noticia de lo que se refiere en los cargos hechos el año de 1675 al gobernador del Paraguay don Felipe Rege Corvalán por el juez Pesquisidor, el general don Juan Arias de Saavedra. Lo contenido es lo siguiente. Que los Guaycurús y Mbayás confederados hicieron varias invasiones á la provincia : lo cual dicen los autos por estas palabras : « reconociendo (el gobernador) que los infieles Guaycurús y Mbayás habían llegado á las costas (del rio) y fronteras de esta ciudad en repetición de las que más de tres años han ejecutado en ellas, con muertes y cautiverios de muchas personas Españolas é Indios, incendios de casas, ro-

bos de estancias y chacras. Y reducidos á paz y obediencia los enemigos Guaycurús, Mbayás y otros bárbaros fronterizos de su séquito ; y parte de ellos estaban poblados con sus barracas, mujeres, hijos y familias en las riberas fronteras de este río á tiro de mosquete del cuerpo de guardia, sin hacer daño alguno en los vasallos de esta provincia, sus ganados y granjas, y llegaban á los pagos de Tacumbú, Buricao, etc.

CDX. *Acusación sin fundamento contra el gobernador.* — Se dice que dichos enemigos levantaron cruz en sus barracas, é hicieron una casilla, recibiendo por predicador á Fray Dionisio Marecos del orden de Santo Domingo, y varas de alcaldes. Este cargo no tiene fundamentos. Conócese lo primero en el modo de referirle con *se dice.* Los regidores de la Asunción eran niños, que ignoraban lo que los Guaycurús habían ejecutado desde el año de 1626, en que les quitaron á los Misioneros Jesuítas, hasta el año de 1646 en que los Guaranís les dieron la derrota? Y desde este último año hasta el de 1675, podían ignorar las ventajas del enemigo sobre los ciudadanos para cargar al gobernador de omiso con un seco *se dice*? Fuera de esto, el señor Corvalán se recibió en su gobierno el día 13 de abril de 1671. Á su interés y codicia se atribuye la predicación dicha, y así esta deposición ó fué inventada, ó sin acuerdo. Ahora los autos : « en lugar de fomentar la predicación del evangelio para la conversión de dichos indios Guaycurús, etc. », se embarazó « (el gobernador) con la ocasión del predicador que recibieron, en rescatar cantidades de cera, y algunas mantas á trueque de cuñas, cuchillos y otras armas permitiendo que el capitán Salvador Marecos (hermano de dicho predicador) alcalde de la hermandad de aquel año de 1671, por puerto prohibido, cual es Tacumbú, pasase cuatro yeguas á dichos infieles enemigos, víspera de San Ignacio. Víspera de Santa Rosa les llevaron otra cantidad de caballos por el puerto de Santo Domingo ». En otra ocasión les dieron por rescates más de seiscientas yeguas y caballos ; y así concu-

rrieron los enemigos en mayores « números de doscientos, de trescientos, y pasaron á nuestras tierras y chacras en canoas. »

CDXI. *Otra tampoco bien probada.* — Lo que se concluye de todo es que los Españoles por sus intereses fomentaban con armas y caballos á los Eyiguayeguis. Lo demás no tiene sólido fundamento. La razón es clara : si Corvalán recibía tanto emolumento de la amistad de los Guaycurús, con pocos gastos, hubiera tirado á fomentarla. Mas no sucedió así, sino que por diciembre de 1671, que fué el de su recibimiento, suponen sus actores á los Guaycurús llenos de furor contra los Españoles por estas palabras : «El día 31 de diciembre quemaron los Guaycurús sus esteras, pasando el río en sus canoas, y dieron en Tacumbú y Lambaré, haciendo destrozos ». « Por enero de 72 dieron en Guarnipitán y otros pagos, matando y cautivando. Por la primavera de este año, asaltó el enemigo al presidio de Tobatí : no hicieron destrozo por estar fortificado. En 1673 desde veintiocho de agosto hasta dos de octubre acometieron los enemigos al pueblo de Atirá : « mataron y cautivaron sobre ciento veinte personas : el resto del pueblo se salvó en los bosques. Así también se salvaron los de los pueblos de Ypané y Guarambaré. Talaron los campos de Atirá, incendiaron las casas, saquearon su iglesia, robaron sus imágenes, ornamentos y vasos con la custodia en que estaba colocado el Santísimo, la cual traía un infiel al cuello, como se supo por cinco cautivos que se apresaron en una corrida. En vez de socorrer y conservar los dichos pueblos, estando como están distantes cien leguas de esta ciudad ; los desdobló (Corvalán), trayendo el de Atirá ó San Benito ocho leguas de esta ciudad ; y los de Ypané y Guarambaré treinta leguas poco más ó menos de ella. »

CDXII. *Sale en vano un ejército contra los Guaycurús.* — Á veinte de octubre de 1664, invadieron los dichos enemigos los pagos de las Salinas, y de Tapuaguazú, sus chacras y estancias de día claro : y entre muertos y cauti-

vos llegaron á ciento sesenta y ocho; y se llevaron ochocientos caballos. El mismo año por los meses de noviembre y diciembre marchó el gobernador Corvalán con un ejército de mil ochocientos cincuenta hombres, entre Españoles é Indios. No hizo nada. Caminó como sesenta leguas distantes de la ciudad, y estuvo cerca de los toldos del enemigo, como lo aseguraba un indio Guaycurú, llamado Francisco, que llevaba de guía. Es mucho que no nombren los actores á los pueblos de Nuestra Señora de Fe y de Santiago, entonces San Benito, que cuidaban los Jesuítas en la provincia de los Itatines, y por los Guaycurús, que en aquel tiempo les perseguían de muerte, se retiraron.

CDXIII. *Traza de los españoles contra los Guaycurús.* — Viendo los Españoles que por armas no podían sujetar á los Guaycurús, idearon un medio cuyo mal éxito hasta el tiempo presente tiene inundadas de sangre española las campañas. Sospecharon que los Guaycurús pretendían asaltar á la ciudad de la Asunción á los fines del año de 1677. Para esto, dicen, que se juntó toda la nación, que estaba entonces de paz á la otra orilla del río en sus tolderías. Preveníanse los infieles labrando muchas armas, que ponían á vista de los Españoles, que no alcanzaban el fin del enemigo, aunque extrañaban la prevención, estando sin guerra. Los que pasaban á la ciudad cargaban sus armas, cosa que también causaba novedad. Dispuso Dios que secretamente se tuviese noticia de los intentos de los Guaycurús. Una india de esta nación quería mucho á una señora española, y compadecida del mal que le amenazaba, le dió parte de la traición fraguada. Añadió que los de su nación, para lograr la destrucción de la ciudad que maquinaban, tenían convocadas otras gentes enemigas de los Españoles. La señora dió aviso al Gobernador, que actualmente lo era el dicho don Felipe Rege Corvalán, que hizo información exacta de cuanto se le había noticiado. Consultó sobre el caso al Obispo de aquella Diócesis, que lo era don Fray Faustino de las Casas, por cuyo

dictamen se pidió parecer á toda la Religión. Vistas de hombres sabios las pruebas del atentado, resolvieron concordes que era lícito hacerles la guerra. El Gobernador resolvió que fuese con ardid ó estratagema. Dispuso que su teniente general don José de Ávalos, diese á entender á los Guaycurús principales que quería casarse con una hija de un principal cacique, si gustaba su padre. Vino en ello fácilmente el cacique, creyéndose honrado. Ávalos para mayor disimulo se vistió á la moda de los Guaycurús, ó por mejor decir, se puso medio desnudo : empuñó su arco y flechas, adornado con vistosas plumas. Señalóse el día veinte de enero del año de 1678 para celebrar las bodas. Nombraron padrino y madrina de los mismos Guaycurús, y fueron convidados los más nobles de la nación. Dividiéronle en tres casas, que fueron la del novio, padrino y madrina españoles, con el pretexto de que en una sola no cabían. Al mismo tiempo ocultaron en cada casa buen número de soldados armados, que diesen sobre los convidados en viéndoles ebrios, al oir la señal que haría una campana. Dispúsose también que al mismo tiempo se embarcara caballería é infantería española que sorprendiese las tolderías, y de este modo cogerlos á todos.

CDXIV. *Lógrase en parte el estratagema.* — Dispuestas del modo dicho todas las cosas, se embarcó la milicia. Recelóse uno de los Guaycurús de una acción que no decía bien en día de tanta fiesta y regocijo. Espió á lo lejos las embarcaciones españolas. Notó que los soldados (con poca cautela) echaron en tierra las caballerías. Corrió luego y dió aviso á los de los toldos, que al punto se pusieron sobre las armas. Por eso se malogró la función en las tolderías. En la ciudad consiguieron el intento, y los soldados ocultos dieron sobre los descuidados, aun divertidos Guaycurús, de los cuales quitaron la vida á más de trescientos que pagaron su premeditada alevosía.

CDXV. *Conservan los Guaycurús en su memoria esta traición.* — Esta conjuración de los Guaycurús se refiere

en el libro de los acuerdos capitulares del Cabildo secular de la Asunción. Lo que sobre el fingido casamiento de Ávalos escribe la Historia del Chaco, no se lee en dicho libro, ni tampoco el modo de que se valió para engañarlos. La voz común y fama constante es que el teniente general á título de amigo les convidó á beber y consiguió emborracharles. Viéndoles privados del juicio, en el mismo convite fueron muertos los trescientos Guaycurús, que le aceptaron. Concuerdan los Guaycurús, que varias veces nos han contado la traición que les armaron los Españoles, cómo les emborracharon y, ebrios, les quitaron la vida, sin hacer mención de las circunstancias del casamiento. Llenos de sentimiento nos decían que los Españoles faltaron á la amistad que les profesaban, y que no se fiarían jamás de hombres que tenían muchas palabras, esto es, que mentían. Desde entonces, añadían, no somos caseros de los Españoles, como si dijeran, no vamos de paz á la ciudad. Vino á vernos recién llegados á sus tierras un indio muy anciano. Díjonos que se llamaba Paulo, y que este nombre se lo impusieron los Españoles cuando entraban en la ciudad como hermanos. Apartámonos después, añadía, porque con engaño procuraron acabarnos. Esto fué el año de 1670. Con que por buena cuenta, el dicho Guaycurú contaba ya más de cien años. Así conservan la memoria para la venganza de los agravios.

CDXVI. *Inquietan los Mbayás la ciudad.* — No quiero causar fastidio con la repetición de casos idénticos. Es cierto que desde la tramoya dicha hasta el referido año de 1760 los Guaycurús llenaban anualmente de sangre las campañas y la ciudad y villa de Curuguatí de lágrimas y luto. Redujéronla á tal estrechez, que apenas tenían los habitadores en qué mantener las ganados. Despobláronse los campos por miedo de tan feroz enemigo, que rara vez volvió á sus esteras sin el botín de muchos cautivos, niños y niñas para criarlos á su modo bárbaro. Fué necesaria toda la prudente entereza de don Rafael de la Moneda, Gobernador del Paraguay para que no se entrasen en la

ciudad los enemigos. Distribuyó en sitios acomodados algunos presidios, que fueron toda la defensa. Hizo publicar un bando en que daba por realengas las tierras abandonadas, si en el término de pocos meses no las volvían á poblar sus dueños. Con ésto se animaron algunos; mas otros quisieron antes perderlas, que vivir en continuos sustos. En este grado tenían los Mbayás la provincia por los años de 1745. Y en los restantes hasta el año de 1760, con poca diferencia sucedió lo mismo; aunque, ricos ya los Mbayás con los despojos de cautivos, vivieron algo contenidos, no de las armas españolas sino de sus intereses, cuidando de lo mucho que tenían cogido. Lo que se dice, que en una refriega que tuvieron los Españoles en estos últimos años, se apareció el glorioso San Blas, patrón principal de la provincia del Paraguay, y ahuyentó á los infieles, cegándoles con ceniza que les tiró á los ojos, es conseja, y como tal no tiene fundamento. Á este tenor se refieren otras historietas del mismo calibre.

CAPÍTULO XXX

HÁCENSE LAS PACES CON LOS MBAYÁS
ENTRAN MISIONEROS JESUÍTAS Á TIERRAS DE ESTOS INDIOS

CDXVII. *Celébrase la paz con los Mbayás.* — Llegó el tiempo deseado de los Españoles y feliz para los Eyiguayeguis. Aquéllos fatigados en defenderse, y éstos en quitar las vidas á unos y cautivar á otros, parece anhelaban al sosiego. Este era el tiempo destinado por la Divina Sabiduría para el consuelo de todos. El año de 1759 rayó más poderosamente la luz de la divina gracia en los corazones de los Eyiguayeguis. Resolviéronse dos caciques de esta gente á vivir en más quietud de la que gozaban. Para ésto, sin otro impulso que el del cielo, buscaron la paz con los Españoles. Uno de los caciques se llama Epaquini. Es cabeza de los Apacachodegodis, y como el tro-

no de todos los cacicatos. El segundo se llama Napidrigi, cuya gente es la Lichagotegodi, sobrino de Epaquini. El cacique Epaquini tiene un hijo llamado Epilig Iyegí, joven de edad de 25 á 30 años, del cual se habló bastante en los diarios de la primera parte. Era habido en una india Payaguá y educado de su madre en la ciudad de la Asunción, hasta la edad de unos 10 años en que le cogió y tenía consigo su padre. Reconoció la nación Eyiguayegui por heredero del cacicato á Epiliguiyegi aunque no era del todo de su sangre. En el tiempo que vivió éste entre los Payaguás cerca de la ciudad, aprendió algo de la lengua guaraní, común en la provincia del Paraguay. Conocía á muchos Españoles, y más al que le puso, sin ser bautizado, el nombre de Lorenzo. Resolvióse, pues, en los dos cacicatos, que Lorenzo sólo fuese el faraute de las paces. Acababa el Gobernador don Jaime de San Justo de traer á la amistad de los Españoles á los pérfidos Payaguás. Entre otras condiciones que les puso fué el que habían de entregar los cautivos cristianos, que eran muchos, especialmente muchachos Guaranís del pueblo del Itatí, que traidora é inhumanamente cautivaron. Como para estas diligencias iban muchas veces los Payaguás á la Asunción, en una canoa de un tío suyo se metió Lorenzo, sin revelar á infiel ninguno sus intentos. Luego que desembarcó, le conocieron los Españoles, á los cuales dijo que quería ver al Gobernador. Puesto en presencia de éste, pidió la paz en nombre de su padre y de su tío Napidrigi. Concedióla el señor Gobernador, esperando por este medio volver la alegría á su provincia, y ensanche en las posesiones del campo á sus habitadores.

CDXVIII. *Van los Mbayás á la ciudad.* — Agasajado y contento con la paz que llevaba, dió Lorenzo la vuelta á los toldos. Recibiéronse en ellos con aplauso los tratados ; y lo que más es, toda la nación ratificó lo acordado, quedando amiga de los Españoles desde aquel punto. La sinceridad y juntamente la generosidad de los Eyiguaye-

guis se conoció luego. Más de cuatrocientas personas entre grandes y chicos de ambos sexos se pusieron en camino para ir á la ciudad y visitar á los Españoles sus amigos. Recibiólos con la humanidad y ternura de padre el Capitán general y Gobernador don Jaime. Hízoles algunos presentes de las cosillas que estiman los infieles, que se volvieron llenos de gozo á sus toldos. Por los más distantes de éstos corrió la fama del agrado que habían hallado en el capitán grande de los Españoles ó Ecalais, como ellos se explican. Con testimonio tan autorizado, certificados los Eyiguayeguis de la lealtad española, repitieron las idas en número de hasta quinientos á la capital de la provincia. Celebraban sus contratos con los Españoles, recibiendo éstos pieles de ciervos, caballos y mantas; y los Eyiguayeguis lo que apetecían, como cuentas de vidrio, planchas de plata, y cosas semejantes. Entraban en las casas de los vecinos con una total confianza, sin armas los varones, y lo que admiraba mucho, las mujeres y niños, naturalmente tímidos. Una de las que más frecuentaban era el Colegio de la Compañía de Jesús, por el agasajo que se les hacía. Todos los Jesuítas les regalaban, y en común se les daba de comer, y miel en abundancia. Atraídos por este medio, para que se verificase á la letra lo de San Pablo: *Prius quod animale, deinde quod spiritale*. Pidieron al señor Gobernador Misioneros Jesuítas. No faltó quien les sugiriera que no pidiesen á estos padres; mas los Indios persistieron en su demanda, diciendo que no querían otros sino á los de la casa grande vestidos de negro. Hicieron sobre este asunto repetidas instancias. No juzgó conveniente el celo y eficacia del Gobernador dejar perder esta ocasión de dilatar el imperio de Jesucristo y los dominios de la Majestad Católica. No hubo embarazo ni arduidad que no allanase su empeño, sin que su generoso ánimo reparase en las grandes expensas que hizo de su propia hacienda.

CDXIX. *Consiguen los Indios Misioneros interinos que*

se vuelven sin llegar á los Indios. — La mayor dificultad consistía en vencer la dilación necesaria en esperar la carta y asignación de sujetos del Padre Provincial de los Jesuítas, que era el Padre Alonso Fernández, y se hallaba muy distante. Dió arbitrio el señor Gobernador. Pidió al Padre Rector del Colegio de la Asunción, Padre José de Robles que viese en consulta de sus religiosos si la urgencia podía satisfacerse señalando á dos interinos que fuesen con los Indios, hasta que el Padre Provincial señalase en propiedad Misioneros. Por dictamen de todos se resolvió no perder la ocasión, y no dejar enfriar los deseos instantes de los Indios. Con ésto fueron señalados los Padres Francisco Burges, fundador del pueblo de San Francisco Javier de Mocovís, cuya lengua podría servirles, y el Padre José Mas, que sabía la Guaraní. Eran ya los principios del año de 1760, y en compañía de los infieles, se pusieron los dos Misioneros en camino. Á pocas jornadas, llegaron al lugar llamado Capii-Pomog, distante como unas veinte leguas de la ciudad, y unas cinco del presidio dicho de Mandubirá. Los caminos estaban intransitables á causa de los lodazales y anegadizos. Las cargas en que iba el altar portátil y algunos avíos, caían en el barro á cada paso. Por ésto los mismos Indios pidieron á los Padres que se volviesen á la ciudad, que ellos volverían para conducirlos por el río en botes en la luna de junio. Retiráronse los Misioneros al presidio mencionado, desde donde dieron parte al señor Gobernador y al Padre Rector de lo acaecido. Era ya el mes de marzo, y dispuso el Gobernador que se aprontase una embarcación que subiese por el río, cogiese á los Misioneros, y por agua caminasen á su destino, que era el Ipané-Guazú. Llegaron á la desembocadura de este río, y no hallando á los infieles, determinaron seguir la navegación hasta otro sitio más avanzado al norte, llamado Itapacú. Empezaron á navegar á boca de noche, y creyendo acercarse, por la mañana se hallaron cerca del río Xejuí y de vuelta á la ciudad. Hablaron al Español á cuyo

cuidado iba el barco: éste respondió que no podía empeñarse, porque escaseaban los víveres. Bien conocieron los Padres lo insuficiente de la excusa; más no estaba en su mano reducir á razón á un hombre que abandonaba su honor, desistiendo y no desempeñando la confianza que de él había hecho su Gobernador. Veremos en otras ocasiones los riesgos en que la fácil lengua de este Español nos puso. Arribaron los Padres á la ciudad con general sentimiento de los que conocen los ánimos volubles de los Indios.

CDXX. *Efectúase la misión de los Mbayás.* — Ya por este tiempo había respondido al señor Gobernador, que en nombre del Rey le hizo un exhorto pidiéndole Misioneros, el Padre Provincial. Asignaba á los Padres Jose Sánchez Labrador y José Martín Matilla, ambos Misioneros de los Guaranís, para que se encargasen de la misión de los Mbayás. Era necesario esperar el término que fijaron para su vuelta á la ciudad los infieles. Sin ellos de guía, hubiera sido moralmente imposible atinar con sus toldos, ni con la tierra que tenían escogida y en la cual debían juntarse. Entretanto llegó el Padre Matilla que estaba en el pueblo de la Cruz de las misiones guaranís, y le esperaba en el colegio, cuyo sujeto actualmente era, el Padre Labrador. Cumplieron su palabra los infieles, y á mediados de julio entraron en la ciudad once hombres y una mujer, que habían de acompañar en el viaje á los Misioneros.

CDXXI. *Acción cristiana del Gobernador y del Alcalde.* — Mientras se aprontaban las embarcaciones, dió el señor Gobernador un ejemplo de cristiano caballero. En compañía del Padre Rector del colegio salió por las puertas de las casas á pedir limosna para la nueva Reducción. Lo mismo hizo el primer Alcalde de aquel año, don Francisco Javier Benítez, acompañado de otro Jesuíta. Quien creyera que la presencia de tales caballeros y su dignación no había de obligar (ya que no motivo superior) a los ciudadanos acaudalados, á un competente donativo?

Pues no fué así, y tal cual inconsiderado dió tal respuesta que solo la pudo tolerar un caballero de la cristiandad de don Jaime. Éste, y juntamente el colegio, hicieron todas las expensas, pues la limosna que se juntó apenas llegaba al valor de cien pesos. El Gobernador se despojó de la más estimable joya, imán de su cariño, la hermosa imagen y pintura de Nuestra Señora de Belén. Quiso que la Reina de los Ángeles bajo este título fuese la fundadora y patrona de la Reducción futura.

CDXXII. *Embárcanse los Misioneros.* — Dispuestas ya todas las cosas, y aprontadas dos embarcaciones medianas, se señaló el día del embarque, que fué el lunes 4 de agosto del año de 1760, por la tarde. El señor Obispo don Manuel de la Torre, y el Gobernador don Jaime de San Just, con toda la nobleza de la ciudad, se dignaron llegar al puerto, y despedir á los dos Misioneros con un tierno abrazo. El pueblo era innumerable, y no menos los anuncios de nuestra muerte á manos de los Bárbaros. No faltaban calificadores, que muerden todo lo extraordinario, midiendo las fuerzas de la divina gracia por las pocas que les asisten para empresas de menor monta que convertir infieles. Embarcáronse los dos Misioneros y con ellos los infieles. También tres muchachos ayudantes de Misa, y un Indio grande, los cuatro de la nación Guaraní, que voluntariamente quisieron seguir á los Misioneros. El cabo principal á cuyo comando iban las dos embarcaciones se llamaba don Ignacio Duarte, que para resguardo contra los pérfidos Payaguás hizo embarcar catorce soldados españoles. Ni aun éstos querían los Misioneros, habiéndoles ofrecido antes el señor Gobernador escolta de cien soldados, y rehusándola los Padres. Sobre no servir para la defensa los soldados en caso de alboroto de los infieles, sirve de perjuicio á los progresos del Evangelio con sus máximas prácticas de carne y sangre. La cruz de Jesucristo domó el mundo, y con la misma triunfaron sus discípulos, sujetando idólatras naciones.

CDXXIII. *Noticia de la navegación.* — La navegación

río Paraguay arriba fué muy molesta por su duración y otros precisos trabajos de unas costas llenas de mosquitos y otros insectos nocivos. El término al cual pretendíamos arribar en pocos días era el río Ipané-guazú, río mediano. Si hubiera acudido el viento Sur, en ocho ó pocos más días le hubiéramos tomado; más destituídos de vientos bonancibles, fué necesario contrastar á fuerza de remos al aire y agua. Aquél hasta el último día nos fué contrario, soplando por el Este; y ésta nos sirvió de rémora con sus precipitadas corrientes. Con este incesante afán se navegó desde las cinco de la tarde del día 4 de agosto hasta el día 18, que cayó el Sur, entrada la noche. aprovechóse cuanto tiempo se pudo y lo permitió el mismo viento, que arreciando con la furia que suele en estas partes de medianoche adelante, nos puso en gran riesgo, y nos obligó á buscar puerto á las embarcaciones. En nuestra estima distaba poco el río que queríamos por puerto, no nos engañamos; porque habiendo amainado algo el Sur, izaron al amanecer las velas el día 19, y entre siete y ocho de la mañana, con notable alegría de todos, entramos en el Ipané-guazú, término tan deseado. En este río no pudo aprovecharse el Sur, porque siendo su cauce de tan poca anchura, y corriendo sus aguas de Oriente á Poniente, fuera diligencia inútil y empeño arriesgado, que podía ó volcar las embarcaciones, ó aterrarlas por un costado. Caminóse á remo todo este día 19 con muy poco consuelo. Las corrientes con impetuosa caída, ó detenían los botes, ó les hacían perder camino, arrebatándoles consigo. La causa de tanta fuerza en el agua era manifiesta. Dimos con dos ó tres arrecifes entre sí muy poco distantes; y el río, lleno con las lluvias, iba decreciendo á toda prisa. Determinóse de tomar puerto en la orilla del Norte, y navegar el siguiente día 20 en busca del paso por donde los Mbayás esguazan este río cuando van al Paraguay á sus correrías. También porque este paso era el lugar que éllos habían determinado para establecer y fundar la Reducción. En esto habían conve-

nido los dos caciques principales con sus subalternos.

CDXXIV. *Trabajos en el Ipané-guazú.*—No distaba mucho este paso, á lo más unas tres leguas del puerto en que nos hallábamos. Hiciéronse todos los esfuerzos que dictaban las circunstancias para vencer los embarazos que teníamos presentes. Apenas habían subido los botes cosa de una legua, se descubrió otro arrecife más alto y ancho que los precedentes extendido de la una á la otra orilla del río. Las piedras se levantan de modo que por la parte más profunda solamente se hallaron tres palmos escasos. Era imposible pasar más adelante sin riesgo, ó de quedar en seco sobre las piedras, ó de que arrebatado el bote se estrellase en ellas. No obstante, procuróse probar fortuna. Para esta prueba se alijó el bote que calaba menos agua: reforzáronse los remos, y añadiéronse bogadores que los manejasen. Con todo, nos fué forzoso volvernos al sitio de que habíamos salido: como el agua iba bajando, se hacía más impracticable navegar por las piedras. No sabíamos qué resolución tomar en este conflicto; y temíamos que el Comandante ó nuestro descuido, hiciese con nosotros lo que ejecutó con los primeros Padres volviéndonos á la ciudad, y haciendo malograr lo hasta aquí conseguido. Pregunté al caciquillo Lorenzo si en llegando los de los toldos nos prestarían caballos con que por tierra conducirnos al sitio del Paso? Respondió que hasta que llegase el toldo de su padre Epaquiní, no los habría; porque los que los hombres montan, ni entienden de carga, ni de jinetes vestidos. El plazo hasta la llegada de su padre era de unos diez días; tiempo larguísimo para detener las embarcaciones y á unos Españoles poseídos de un miedo indecible por lo que diré presto. También quedaban expuestas las cosillas que llevábamos de iglesia y para agasajar á los Indios. Hasta el día 21 por la tarde todo era discurrir medios con que endulzar algo la amargura que nos causaba vernos á vista del término sin poder cogerle. Disparáronse tres piezas pequeñas de artillería señal que dijeron los infieles á Lorenzo se hicie-

se para dar aviso de nuestro arribo. Un infiel determinó ir por tierra á los toldos con el fin mismo.

CAPÍTULO XXXI

CDXXV. *Regístrase el campo.* — Para lograr el tiempo y divertir algo los cuidados, resolvimos ver el campo en que estábamos. Yo me hallaba bastante indispuesto de un accidente que terminó en disentería á pocos días. Con esto á otro día fué el Padre José Matilla á caballo á ver el sitio escogido cerca del paso. Esto fué fácil porque llegó á los botes un cacique llamado Conilicogodi, que desde la Asunción nos traía cuatro caballos de nuesta silla que el Padre Rector le había entregado. Acompañaron al Padre el caciquillo Lorenzo y otros tres ó cuatro infieles con don Ignacio Duarte. Volvió este mismo día desconsolado, y me dijo : algo mejorcito que este es el sitio, pero es cosa pobre para pueblo. Estando hablando sobre este punto vino Lorenzo y nos sugirió un medio que pareció el más expediente á los infieles : Haced, nos dijo, en este puerto una casita en que poner las cosas, que cuando venga mi padre haré llevar al paso : todo estará á mi cuidado : y vuélvanse los botes antes que les falte el agua para salir de los arrecifes del río. Hubimos de poner en práctica este arbitrio ; pero yo no sosegaba con la especie de no ser lugar cómodo para la fundación el sitio que el Padre Matilla había registrado. Por no hallarnos en nuevos ahogos, determiné, no obstante mi indisposición, irme al otro día al Paso, y llevar conmigo á don Ignacio y á doce indios de los bogadores ; registrar bien la tierra y, siendo de conveniencias para el establecimiento, dar principio al unas chozas, que nos sirviesen de vivienda. El Padre Matilla se quedó con los botes, y cuidó de que se hiciese un galpón ó enramada en que meter las cosas.

CDXXVI. *Sitio de la Reducción de Belén* — Llegué al paraje que vió el Padre, y tuvo razón en describirle con el diminutivo de Mejorcito. Advertí, que, á menos distancia que la de un cuarto de legua, por una cañada hacia el Oriente, que tiene á un lado el Ipané, y al otro un bosque, se levantaba la tierra más que la que pisaba. Costóme mucho convencer al español á que fuésemos á registrarla. Viendo que no se movía, me resolví á ir solo : él, considerando que me iba, me siguió : llegué á ella, y á primera vista llenó toda la idea de lo que una población necesita. El río como á un tiro de ala, loma alta y espaciosa, y en su continuación al Poniente y Oriente otras limpias y llenas de buenos pastos ; al Norte otra, y después un bosque de escogidas maderas y de algunas leguas. La tierra suelta, que tira á negra y muy á propósito para plantíos de árboles y sementeras. Escogíla y di gracias á Dios por el repetido consuelo que recibía mirándola y paseándola ; pero qué, como tierra inculta, estaba llena de maleza. Aquí hice levantar un toldito que conmigo llevaba, y desde luego la llamé tierra de Belén. Dióse principio al corte de algunos palos y cañas para nuestras chozas, en que se empleó todo el día 23. Amaneció lloviendo el día 24, y nos impidió la obra. Este día por la tarde llegó Lorenzo, y me dijo : vengo á escoger los Indios cristianos que han de quedar aquí para hacer tu casa é iglesia : los demás y el Español que se vayan mañana y que con los botes se vuelvan á la ciudad. Fué preciso condescender con él : porque se conocía que el Español lo tramaba por sus intereses. Volviéronse todos, menos siete Indios que se quedaron para ayudarme. En el puerto quedaron las cosas metidas en una mala ramada, expuestas á los incendios y á los Indios Payaguás, si se acercaban. Levados los botes, se vino el Padre Matilla y en dos tolditos nos acomodamos.

CDXXVII. *Llegan unos infieles al puerto : y temen los españoles.* — En todo el tiempo que nos detuvimos en el puerto y en este sitio de Belén, aunque no habían llega-

do los toldos no nos faltaron infieles, fuera de los que con nosotros vinieron en los botes. Ya dijimos que un Indio por tierra caminó en busca de los toldos para darles aviso de nuestra llegada. Este Indio encontró casualmente en el campo á 16 soldados Mbayás que seguían á los Lenguas, que habían pasado á la orilla oriental del río y hécholes un robo de caballos. Con la noticia que les dió el Indio vinieron algunos al puerto y otros se partieron á llevar á los toldos el aviso. Dijéronnos que habían oído los tres tiros que se dispararon á nuestro arribo. Como sabían que ésta era la seña, correspondieron ellos levantando fuegos según su costumbre. Entre estos infieles venía uno para el cual nos dió un bastón el Gobernador don Jaime. Púseselo en las manos ; y con la nueva insignia no cabía en sí de gozo el anciano. Era un pariente de Lorenzo, joven de bellísimo natural, y que desde luego trató con nosotros con tanta confianza como su deudo. Cuando llegaron los Indios al puerto, venían pintados á su modo, desnudos del todo, en caballos en pelo, con lanzas, flechas y otras sus armas ; traían en las cabezas alas de pájaros atadas, y en los caballos unos dos ciervos que habían cazado. Dispusieron luego asarlos : y, como todo lo estaban viendo los Españoles, éstos no se atrevieron á salir de los botes, siempre con las armas en las manos. Bien se les traslucía su miedo, y mucho más estando nosotros casi siempre con los pobres infieles. Por esto Lorenzo dispuso que se levasen los botes y saliesen del puerto para consuelo de los Españoles. Conmigo vinieron al sitio de Belén desde el principio unos cuantos á los que les capitaneaba el pariente de Lorenzo, á quien desde luego llamé José, y por este nombre le conocen ya en los toldos. Los demás con Lorenzo se quedaron en el puerto junto al arrecife de San Bernardo (así lo bautizamos por haberle experimentado el día del Santo) como ya dijimos. Los infieles de los toldos venían despacio. Démosle tiempo para que lleguen : entretanto diremos algo de lo que en la na-

vegación nos parcció digno de alguna atención curiosa.

CDXXVIII. *Enterramiento de los Payaguás.* — La primera cosa que picó la curiosidad fué la diabólica tierra en que los infieles Payaguás entierran á sus difuntos, y ellos llaman *iglesia,* hurtando el nombre á los templos de los cristianos. Está colocada en un pequeño bosque pero muy espeso á la entrada llamado Ypequá, nido de patos.

Por tierra dista muy poco de un presidio que tiene por nombre Arecutacuá, ó habitación de renacuajos. Por donde entramos había un cañaveral de cañas bravas, que con sus garfios sacaban á la ropa el pasaporte : tenía de largo como cien varas. Al fin de este cañaveral había unos cinco ó seis árboles corpulentos y altos en proporcionada distancia uno de otro. Al Sur está la barranca del río bastantemente alta. Debajo y á los lados de dichos árboles, estaban las sepulturas, de una vara en cuadro cada una. La profundidad es cuanto basta para que entre un cadáver en postura de sentado, recogidas las rodillas y brazos como quien está en cuclillas. No echan mucha tierra encima, aunque se cubre con ella el cuerpo. No la pisan ni la aprietan.

Sobre cada sepultura había una estera de enea, que aquí llaman totora, y un cobertizo de la misma. Acaso en la imaginación obscurecida servirá aquélla para que el alma se siente sobre su cuerpo, cuando fatigada de la pesca, se retira á la iglesia, y el cobertizo templará los ardores del sol y las otras incomodidades, guareciéndose á su sombra una alma andariega. Como el cansancio en los paseos puede fatigar á los espíritus Payaguás, acostumbrados en su vida mortal á sus canoas, para que la sed no les aqueje, ponen sobre la estera unos cántaros de varias figuras y grandeza. Unos parecen campanas, pero iguales en el vuelo de la concavidad, y en lugar de asas, en unos hay como una hacha y en otros como una mano de almirez. Los más tenían unos dibujos negros sobre campo blanco, que para nosotros fueron caracteres arábigos, y para los Payaguás son griego.

Lo que no se puede penetrar es por qué debajo de los cántaros grandes había dos ó tres chicos de la misma forma; también por qué unos tenían suelo y otros no; y, finalmente por qué en todas las sepulturas estaba un cántaro de éstos con tres agujeros, uno á un lado, otro en medio y otro en el fondo. Ofrecióse que dichos agujeros servían para que el espíritu metido en su tinaja, tenga sol, viento y comodidad para registrar lo que pasa por afuera y por dentro de la sepultura, cuando gustare vivir en retiro. Una alma desarmada hiciera pocos adelantamientos en la caza y pesca, si se hallara sin los pertrechos necesarios para tales empleos. Previendo ésto, á un lado de la sepultura le ponen las armas, y cuanto estando en el cuerpo usó en semejantes ejercicios, á excepción de la ropa, que la entierran, envolviendo con ella el cadáver. Una reciente sepultura nos hizo observar las más de las cosas referidas. Es verdad que nos hubo de costar una revolución de estómago el empeño de descubrir el cuerpo, registrarlo todo y meternos en más hondura que la que él tenía.

CDXXIX. *Eslabón de los Mbayás.* — De esta iglesia de precitos (así) salimos al campo que sirve de pórtico á sus veneradores. Es un mediano boquerón que forman dos bosques. Por éste se internan de á pie hacia las Estancias ó haciendas de los Españoles, los Payaguás, dejando en seguro sus canoas. Desde este sitio se apartaron de nosotros cinco Indios Guaycurús que debían caminar por tierra y llevar consigo unos caballos. De su modo de montar se dijo en otra parte. Todos, cuando caminan, llevan dos palitos, uno duro, que sirve de eslabón, y otro blando, que es como la yesca, con los cuales sacan más prontamente fuego, aunque el tiempo sea lluvioso. Llaman á estos palitos en su idioma Niguy. En el blando hacen unas excavaduras redondas y al lado de cada una, una canalita. Meten en ella el palo duro y le frotan contra el blando, como quien taladra dando vueltas, hasta que sale por la canal el fuego.

CDXXX. *Ave dicha Yacú Caraguatá.* — Nosotros proseguimos la navegación hasta un sitio llamado Yu Obí, espinar verde. Aquí se cazó un ave, llamada Yacú, aunque diferente de las ordinarias de este género, en corpulencia y pluma. No era mayor que una polla: el pico blanco pajizo con algo de morado en su arranque, algo corvo y duro. Toda la pluma era pardo claro, y en algunas declinaba en acanelado. Creo que por los visos de la pluma le dan el nombre de Yacú Caraguatá. Es buena carne, aunque menos delicada que la de los Yacús ordinarios.

CAPÍTULO XXXII

CDXXXI. *Boca del río Xejuí.* — De Yu-Obí en tres días se alcanzó con grande trabajo la boca del río Xejuí, conocido por el nombre de Jejui. Desembocaba en el Paraguay por tres canales que formaban los camalotes y otras yerbas que se detienen en su cauce, ó por correr sin precipitación sus aguas, ó por arrimarlas á aquel sitio las crecientes del río Grande.

No son permanente dos de los dichos canales; y según las lluvias en la serranía, ó la abundancia y diminución de las aguas, se reducen á una. Ésta es la de en medio poco ancha por los bancos de arena laterales; pero siempre capaz de que naveguen por ella á remo tendido embarcaciones medianas.

CDXXXII. *Árbol Mandubirá.* — Entretanto que se navega hacia el Xejuí, la casualidad de presentarse á la vista una frutilla dió motivo de examinar el árbol que la produce, llamado Mandubirá, esto es, semejante al maní. Es alto y bien copado, sus hojas largas y ovaladas; duras y de un olor algo fastidioso: el verde tira á obscuro. Las flores tienen cinco hojitas, blanquecinas y sin olor especial. Á la flor sucede el fruto, que en su perfecta madurez y magnitud se da un aire al limón sutil; tiene la cor-

teza escabrosa, desigual y amarilla. Encierra una carne blanca, que destila un jugo lácteo y acre al gusto casi como el pimiento, aunque no tan intenso ni permanente. En esta pulpa hay muchas semillas del grandor de una avellana, pero largas, como las almendras ó maní. Tiene aun más : su figura está encorvada pegándose una parte con otra hacia arriba, en donde la punta más delgada sobresale á la más gruesa. La corteza es pardita y la carne blanca, poca y de un gusto amargo. Los infieles Payaguás comen estas semillas. La madera no sirve para fábricas por su debilidad y poca firmeza. El presidio de Mandubirá tomaría su denominación de estos árboles.

CDXXXIII. *Boca del Ipané-Mirí.* — El día 14 por la tarde paramos cerca de la boca del Ipané-Mirí. No merece el nombre de río, ni es impropio el que tiene, que significa el chico necesitado, ó el pequeño escaso. Así es; porque en su madre no tiene sino camalotes, y grandes yerbas con tanta broza que no se puede navegar por él ni en canoas; como lo experimentamos en la que quisimos registrarle, y no pudo entrar sino como unas cien varas. Sin embargo, los Demarcadores le ponen en su carta como cosa grande, señal de que no le examinaron. Ya sabemos que no es otra cosa que un desagüe de tierras inundadas en tiempo de lluvias.

CDXXXIV. *Rabárbaro americano.* — Cerca del Ipané-Mirí, en su orilla del Norte, crece mucho Rabárbaro, tan bueno como el alejandrino. Es muy semejante á éste en el sabor, color y olor, substancia y virtud purgante. La única diferencia del Rabárbaro americano del otro consiste en las hojas. Las del alejandrino empiezan angostas y rematan anchas; mas las del americano acaban en punta, como las de los Lirios. Si no fuera ésta tan pequeña diversidad, no se diferenciara el uno del otro. En otros sitios del Paraguay, especialmente en Belén, en las tierras del pueblo de San Estanislao, y en la cordillera, también se halla en abundancia ésta tan útil planta. Si fuera más conocida de los habitadores, y supieran el mé-


Araticu guaçu: es
especie de chirimoya

todo y dósis para usarla, no venderían tan caras sus drogas algunos curanderos, que con sus purgas más de una vez limpian la hacienda de los enfermos, y á los cuerpos de sus almas. Para utilidad de todos pondré lo que de esta raíz paraguaya escribe uno de los más experimentados físicos. El Rabárbaro americano consta de partes sutiles, que son las que promueven la evacuación, y de otras más gruesas y astringentes. Para usarla se exprime su jugo y, en medida de una dracma y media se bebe; las heces ó poso se toman en la misma cantidad como medicina astringente. Si se quiere usar sin el trabajo de exprimir el jugo ó sumo se toma el peso de dos dracmas si los dolientes son fáciles en evacuar. De este modo limpia la cabeza. La raíz se conserva como la del Mechoacán y Jalapa, de que también tenemos abundancia.

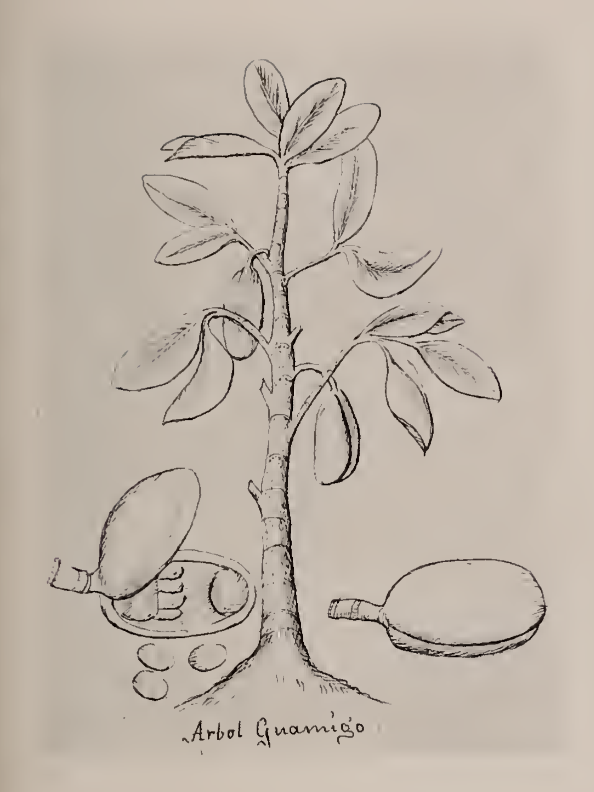
CDXXXV. *Entrada del río Ypané-guazú.* — La escasez del viento sur y la fuerza constante de los Lestes, dieron lugar al examen de las cosas dichas. El día 18, como ya notamos, cogimos el río Ypané-guazú. No es ancho su cauce, y á lo más tiene como cien varas en la entrada. La creciente ahora la representaba mayor, por estar inundadas sus riberas, que aquí son bajas, especialmente las del Sur. Después van poco á poco levantándose y estrechándose como á unas veinte varas. Así va hasta la serranía, ya más, ya menos apartadas sus orillas haciendo muchas vueltas sus aguas, como dijimos al principio. Su desembocadura en el río Paraguay no está perfectamente al Poniente, sino algo inclinada al Oeste-sueste. Desde su boca hasta el sitio de Belén, son siete los arrecifes que hacen casi innavegable el Ypané-guazú.

CDXXXVI. *Varios árboles.* — En Belén yo me hallé ya postrado de la disentería. Nuestras chozas no se acababan por ser pocos los indios y llenos de miedo. Vivíamos en los toldos de algodón, lo que sin duda ayudaba al quebranto, por los calores intensos que se sentían; y no hubo otro medicamento que el agua, que, como nueva y muy delicada, me empeoraba. Sin embargo, sacando

fuerzas de flaqueza, registré con mis compañeros algunas cosas. En las dos orillas del Ypané-guazú abundan las cañas bravas, que los Mbayás llaman Etagadi, y nos sirvieron grandemente para los techos de las fábricas. Hay muchos árboles que dicen Notiquigo, cuya fruta á medio madurar da un sumo negro con que se tiñen los infieles. Hay Cupays, que son los Copaibas, ó arboles del bálsamo del Brasil. Dragos, cuya resina se llama Sangre de drago, y otros muchos útiles para varias obras.

CDXXXVII. *Tierras inmediatas al puerto.* — Todos contribuyen enlazados de unas plantas sarmentosas, llamados Nucapale, á formar unos tejidos tan espesos, que hacen un continuado bosque impenetrable. Por dos ó tres partes hay algunos trechos en los cuales, no juntándose tanto los árboles, está la orilla algo limpia y pueden tomar puerto las embarcaciones. En uno de estos sitios en nuestra arribada se detuvieron los botes, y hoy día es el puerto de la reducción. El campo por afuera es bastante limpio, y capaz de muchas cabezas de ganado. Al Sur y Norte está cerrada la tierra con el río Paraguay, y de Oriente á Poniente le sirve de barrera el Ypané. Abundan los barreros ó salitrales por tener muchas palmas Eabuigo. La entrada á esta tierra está junto á la loma ó colina de Belén; y otra tiene algo más apartada á las espaldas de un bello bosque. Es poco ancha la puerta, y con facilidad puede cerrarse y quedar resguardado el ganado. El grande inconveniente es estar tan inmediata á los infieles, voraces en las comidas, y que todo lo acabarán.

CDXXXVIII. *Reducción de Nuestra Señora de Belén.* — La loma en que está la reducción de Nuestra Señora de Belén, es muy capaz. Su altura tan proporcionada que las pendientes á todos lados son casi insensibles. Entre Poniente y Norte, que es como la espalda, corre un bosque de bella arboleda. Á su frente, que mira entre Oriente y Sur, corre inmediato el río Ypané-Guazú ó Guarambaré. Todas son tierras que claman por gente que las cultive por su fertilidad. Hacia todos lados hay manan-



Arbol Guamigo

tiales y arroyuelos que corren al río. Hállase tierra buena para hacer tejas, ladrillos, ollas y cántaros. El agua es buena, porque entre piedras corre golpeada y limpia, y el fondo entre las piedras es de arena. En el río hay bastante pesca, y en tiempo de las crecientes del Paraguay, abundan los Dorados, Pacús, Bogas, Palometas, etc. En esta loma se fundó la reducción bajo el sobredicho título en 23°30′ de latitud meridional y en 320°58′ de longitud.

CDXXXIX. *Arbol guamigo.* — Por todo alrededor hay muchos árboles á los cuales llaman Guamigo los Mbayás infieles. Son grandes, y bien compuestos, de leño duro y blanquecino, bueno para toda obra. Tieuen la corteza gruesa y jazpeada de pintas blancas que amarillean. Las hojas están al fin de los ramos, colocadas opuestamente entre sí. Están algo hendidas hacia la parte de adentro. Su fruto son unas vainas algo largas, unas aplanadas, otras casi cilíndricas, de corteza dura de color pardo. Dentro encierra una carne algo pálida, blanda y filamentosa. Su sabor es de la harina de algarroba, con bastante dulce. Cómese cruda, y si primero se remoja en agua, es más suave al gusto, y no daña. Contiene esta substancia dos ó tres huesos, como habas, de color pardo lustroso, que son la semilla. Cómense también y son del sabor que las almendras, y no de inferior bondad y substancia. La goma de este árbol es la que se llama Anime. No destila hacia afuera, sino por interiores conductos entre la corteza y leña baja hasta la tierra. Sácase cavando junto á las raíces del árbol, en donde se halla. Sirve de incienso por su fragancia y también para barnices.

CDXL. *Canchalagua.* — Existe mucha Canchalagua, en nada inferior á la de Chile. Levántase como una paja poco más de cuarta y media : puéblase de varios ramitos el principal tronco, y sírvenle de hojas. En la punta de cada ramito da una flor pequeña, amarilla, que después queda en un botoncito, depósito de la semilla. Sus virtudes andan publicadas en muchos libros. Lo que jamás

creeré es que la Canchalagua americana sea la centaurea menor europea, como lo afirma don Francisco Rivera, amontonador de especies con poca crítica. No se hubiera ocultado esta identidad á tantos herboristas que en nuestros tiempos y en los del referido autor han dado á la prensa sus observaciones botánicas. Las virtudes son más que las que ordinariamente se le atribuyen. Sirve la Canchalagua para las paridas, cuando no acaban de arrojar presto las secundinas. Dáseles á beber de su cocimiento con feliz suceso. Adminístrase del mismo modo á los que han recibido algún golpe ó recibido caída; é impide que se cuaje la sangre extravasada. Es un buen remedio contra las heridas. Cuécese y con su agua se lava primero la herida, y la rama machacada se aplica sobre la parte dañada. Si no hay tiempo de cocerla, se tuesta ó soasa un poco al fuego y se aplica como emplasto á la herida. En los párrafos de las plantas de este país dejamos dicho de otras muchas sus excelentes calidades. Lo cierto es que el que las conociere, no tendrá necesidad de las composiciones de las boticas.

CAPÍTULO XXXIII

CDXLI. *Ficción de Lorenzo.* — Luego que se levaron las embarcaciones para surtir del puerto, dejando todas las cosas expuestas en la ramada á mil contingencias, se vino también el caciquillo Lorenzo. Éste con el Español que comandaba los botes hizo un atentado, sin saberlo mi compañero ni yo, de que después hablaremos, que á los dos nos hubo de costar la vida á mano de los bárbaros. Lo mejor fué que, cuando ya nos vió solos, dió á conocer su genio Payaguá atraidorado. Llegóse á mí, y con muestras de algún sentimiento, me dijo: « Los Eyiguayeguis dicen que tú eres malo. — ¿ En qué lo he sido ? pregunté. — Dicen, prosiguió, que has recibido muchas

cartas del Paraguay; y contenían noticias contra los indios, porque las has rasgado.» Bien le estaba la falsedad, y que nosotros con él estábamos recién llegados; sin embargo tiró por este medio á probarnos, y experimentar si mostrábamos cobardía entre ellos. Como vió la severidad con que le deshice su enredo, lo echó á risa, tan falsa como su ánimo, que siempre le reconocimos doblado.

CDXLII. *Primeras chozas.* — Estos eran prenuncios de los futuros trabajos que nos esperaban entre una gente cuyo príncipe era el más taimado. Sin embargo, aunque los cristianos éramos pocos y los Mbayás no se comedían á nada, dimos principio á unas chozas en que albergarnos. Todas las medidas salieron tan estrechas como las circunstancias en que nos hallábamos. Levantóse una ramada ó mejor cortijo, de paja, de 16 varas de largo, cuatro de alto por la cumbrera, y como cuatro y media de ancho. Luego que estuvo cubierto, que fué al cabo de algunos días, nos mudamos con los tolditos á vivir debajo. Hiciéronsele después dos atajadizos á cada lado uno, de menos de cinco varas de largo, que nos sirvieron de aposentos; y en medio se dejó el portal, que sirvió de iglesia una temporada. En estas sepulturas de vivos estuvimos muy holgados algunos meses, y nos parecían grandes palacios en comparación de los tolditos en que antes nos abrasábamos. Sin embargo, que el mencionado español tenía orden de no retirarse del río Ypané hasta habernos con su gente fabricado algunas chozas, no hizo caso; y lo peor fué que en la ciudad hizo correr la voz de que nos dejaba tan acomodados como lo estábamos en nuestro colegio. Estos alivios procuran á los Misioneros Jesuítas hombres semejantes. Vale mucho la salvación de las almas, y su rescate se hizo á costa de trabajos, y derramamiento de sangre de Dios hombre contra quien se levantaron testigos falsos, para enseñarnos á imitar sus divinos pasos.

CDXLIII. *Primeras ovejas: quien las dió.* — Cuando salimos de la ciudad de la Asunción, la primera noche

tomamos puerto no lejos de una casa de campo del Sargento mayor don Sebastián de León y Zárate, nobilísimo vecino feudatario. Así él como su esposa doña María del Casal traen su origen del conquistador que dió forma á la república del Paraguay, don Juan de Oyolas. Estos señores miraron desde sus principios la conversión de los Mbayás como el negocio más importante. Puedo decir que son como los protectores y padres de la nueva espiritual conquista. El cariño con que recibían á los Indios, cuando iban á la ciudad, y lo que gastaban liberalmente en mantenerles y regalarles, les mereció entre ellos el suave nombre de padres. Con los Misioneros se portaron con mayor franqueza, socorriéndolos en sus necesidades, y aun previniéndoles cuanto permitía la larga distancia. Permítase este breve desahogo al agradecimiento. Desde hoy empezaron sus acciones generosas. Diéronnos algunas ovejas, según lo permitía la estrechez de los barcos, que llegaron á costa de un sumo cuidado á Belén, y fueron las primeras que vieron aquellas tierras. Después los dos pueblos de Indios neófitos Guaranís de San Joaquín y de San Estanislao, nos hicieron una gruesa limosna de ganado menor, con que se puso una buena majada, por apreciar mucho los Mbayás la lana para sus tejidos y mantas.

CDXLIV. *Primer plantío en Belén.* — También desde el principio llevamos de providencia cañas de azúcar, mandioca y algunos sarmientos. Así estas cosas como las ovejas habían quedado cerca del puerto de Belén, expuesto todo á la contingencia. Dios nos lo guardó, y al punto que pudimos lo hicimos llevar todo al sitio en que nos hallábamos. Nos faltaban animales con que labrar la tierra. Dispúsose un buen pedazo de terreno á mano, y plantamos la caña y mandioca. Una y otra planta multiplicó con el tiempo como en propio suelo. Fuénos de grande alivio para los infieles. Con unas raíces de mandioca entretenían la hambre á temporadas; y con la caña dulce contentábamos á los niños. Los sarmientos corrie-

ron fortuna, y después de bien arraigados y brotados, los arrancaron unos Guanás, creyendo que la raíz sería comestible como la de la mandioca. Reemplazóse después su falta con otros traídos de la Asunción, y logramos una parra y sus frutos. Nuestro empeño en esta planta era no hallarnos sin vino para celebrar la misa. Ni en la Asunción abunda este género, porque dicen que acaban á las cepas las hormigas. Creo que el descuido, y también el logro de la yerba del Paraguay, priva á la provincia de viñas. Los primeros habitadores españoles las tuvieron, y alguno tenía treinta mil pies de cepas, como consta de lo que renunció el Venerable Padre Roque González de Santa Cruz en su entrada á la Compañía de Jesús. En el sínodo que el año de [   ] celebró don Martín de Loyola, Obispo del Paraguay, se lee que la Asunción, que era la capital, proveía de vino á otras cuatro ciudades que de él carecían. La tierra es hoy la que en aquellos tiempos, y en Belén, en donde no faltan abispas, logramos uvas con poca fatiga.

CDXLV. *Llegan á Belén los infieles.* — Con la noticia que tuvieron en los toldos de nuestro arribo al río Ipanéguazú, levantaron los Mbayás sus esteras, y se pusieron en marcha. Fueron llegando poco á poco, como caminan: el último fué el cacique Epaquini, padre de Lorenzo. La víspera y el día de su llegada fué para nosotros, al paso que alegre, molestísima. Resonaban varios tamborilillos; cantaban y metían tanta algazara, que no nos entendíamos. Habiéndole rendido sus vasallos el debido homenaje en una cazuela de comida, determinamos los Misioneros ir á visitarle. Diónos muy humano asiento en el suelo á su usanza. Por medio de una cautiva cristiana, que es la intérprete, tocamos varios puntos; y el principal sobre el fin de nuestra venida á sus tierras. Confirmóse en querer la paz con los Españoles, y en que se enseñase á sus vasallos la doctrina cristiana. En efecto, es un buen viejo, pero casi sin autoridad, por el modo de gobierno de estas gentes, que es de mera condescendencia. Sin em-

bargo, Jaime, que este nombre le dieron los Españoles, por respeto al señor Gobernador antes de ser cristiano, y su mujer, Margarita, hicieron el último esfuerzo de su potencia. Aquél habló á los hombres, y ésta á las mujeres en orden á vivir con quietud en Reducción, abrazando la vida cristiana, y política. Todos condescendieron, porque el decir sí no les cuesta, y el faltar á su palabra no les acarrea desdoro.

CDXLVI. *Instabilidad de los Mbayás.* — Vióse la instabilidad de los Mbayás dentro de dos días. Volvieron á resonar los tamboriles, y los calabazos, que aturdían. Inquirimos la causa, y supimos que habían determinado pasar adelante hasta la ciudad. No es otra su vida sino un continuo movimiento y mudar de estalajes. Gente de á caballo sin lugar fijo, ha costado muchos años y sudores á los Misioneros hasta tenerla fija en un sitio. La bulla era tal en las esteras, que no pudo aguantarla su mismo cacique. Vínose éste á mi choza y dijo : mi Padre, déjame dormir en esta tu casa, porque no puedo descansar por tanto bullicio. Retirado de éste, durmió á la larga, guardándole yo con mi desvelo el sueño. Reforzado ya el cacique anciano, se partieron los más hombres y mujeres á la ciudad, quedándose con nosotros muy pocos.

CDXLVII. *Apóstata embustero.* — Entre los que se detuvieron en Belén, fué un cierto Antonio, llamado el portugués, y sobrino del cacique. En un encuentro de los lusitanos con los Mbayás, se le llevaron á Cuyabá cautivo. Vivió diez años entre cristianos, y recibió el bautismo. Causado ya de los Portugueses, y capaz de vengarse de ellos, les armó un lazo, en que cayeron. Díjoles que si le dejaban volver á sus toldos, hablaría á sus hermanos, de los cuales serían ellos bien recibidos, si le acompañaban. Creyéronle, deseosos de atraer á su alianza una nación tan belicosa, y que les estorbaba sus grandes designios de apoderarse de la tierra de España hasta la villa de San Isidro de Curuguatí. Puestos los portugueses en los toldos de los Mbayás, sacaron éstos sus caballos, y

aquéllos los efectos que traían para comprarlos. Al mejor tiempo, siendo el traidor Antonio, dieron los infieles sobre los cristianos descuidados, y no dejaron quien pudiera llevar á Cuyabá la noticia. Vivía peor que los otros como ordinariamente lo hacen los apóstatas. Vino á vernos, y le dí un bastón que el señor Gobernador le enviaba. Al recibirle, lleno de vanidad, y oyéndolo algunos Mbayás dijo: « Ahora conocerán mis soldados lo que puedo y lo que soy, pues el Capitán Grande tanto me estima. » Este Indio pudo habernos ayudado mucho, porque hablaba muy bien la lengua portnguesa; más era de un corazón tan abatido, que nos sirvió de estorbo y aun de inquietud. El mayor ladrón, que tiró á destruirnos. La gracia estaba en que el día que hacía mejor presa, venía con grande disimulo y pregnntaba cuando era Domingo para oir misa y hacer que los Mbayás la oyesen. « Porque yo, decía, conozco á nuestro señor Jesucristo, pero los Mbayás son unos caballos». Teníanle los Mbayás por lo qne realmente era, un famoso mentiroso: Esto nos sirvió para salir bien de todos los enredos en que procuró meternos. Luego les preguntaba yo: ¿lo ha dicho Antonio? y bastaba indicarles de este modo el autor, para sosegarles.

CDXLVIII. *Miedo de los Mbayás.* — En efecto luego se experimentó el genio del apóstata Antonio. Llegaron bastantes infieles de los toldos que están en la orilla occidental del Paraguay. Venían á vernos y juntamente traían la noticia de la muerte de una casica hermana del cacique Jaime. Como éste había ido á la ciudad, no duró el llanto sino poco, reservando la formalidad del duelo para cuando estuviesen juntos todos los de los toldos. Snpe de estos Indios que traían sangrientas guerras con los Nogolodis ó Lenguas. Dijéronme también que la cacica había muerto de repente, y que estaban muy enojados con su Nigienigi, ó médico, porque no les había anunciado tan sensible desgracia. Esto da á entender el concepto en que tienen á sus médicos de profetas ó adi-

vinos, y como éstos los tienen embaucados con sus imaginarias hablas con el diablo y nocturnas visiones. Con la ocasión de hallarse en Belén estos Indios forasteros, y acaso se esparció el rumor de que se veían fuegos de los Españoles que venían á apresarlos. Avivaron las llamas unos Nigienigis con leña de su caletre. Se habían resfriado algunas criaturas, y fingieron los médicos que el miedo de los fuegos las había enfermado. Labró tanto la especie de los fuegos, que me vi obligado á ponerles patente el embuste de Antonio, y de otros de su séquito. « Vuestro capitán, les dije, con casi toda la gente de este toldo está en la ciudad, y ni de ir, ni de vivir entre los Españoles tiene miedo, ni le han mostrado las « mujeres y niños »: ¿por qué, pues, os inquietan unos fuegos que están muy apartados de nosotros? Aunque vinieran Españoles, no os perjudicarían, estando aquí los Misioneros: sobre todo, el señor Gobernador os ama y busca vuestra quietud y bien en todo. » Al oir ésto, dijo un capitán: « Ya no hay miedo, ni en el toldo de Antonio. » Así se conocía de dónde había salido el enredo.

CDXLIX. *Déjanse ver infieles Payaguás.* — Los infieles Payaguás del cacicato de los Zarigues, á cuyo régulo llaman los Mbayás Ecoguede, y los Españoles Cuatí, se dejaron ver en diez canoas á la entrada del río Ipané-guazú. No supimos sus intentos, pero de gente tan traidora podía temerse algún insulto, estando casi todos los Mbayás ausentes. Quiso Dios que los descubrieran dos indios de Belén, que se habían ido á pescar al río Paraguay. No tuvieron ánimo para esperarles, huyéronse, y los Payaguás les hurtaron sus cosillas. No pasaron adelante los Payaguás, recelosos de que saliesen contra ellos los Mbayás que habían quedado con nosotros. Como lo hicieron con el aviso que trajeron los pescadores; pero los Payaguás en sus veloces canoas se burlan de todos, atravesando el río. Las dos naciones viven enemistadas, aunque tienen sus treguas cuando les está á cuento. Témense unos á otros y los que son más en número, si se encuentran,

rompen las treguas, acometiendo á los que son menos. En varias ocasiones los Payaguás, según su genio, sembraron en la ciudad voces contra los Mbayás, y á éstos procuraban impresionar contra los Españoles. Así jugaban el trocado para inquietarlos á todos y lograr su perfidia los tiros.

CAPÍTULO XXXIV

CDL. *Corren riesgo de la vida los dos Misioneros.* — Libre de los cuidados en que nos pusieron los fuegos, no faltaron otros de mayor momento. Desde que se fueron los botes, no habíamos tenido razón alguna ni de nuestras cartas á la ciudad, ni del socorro de ganado que ofrecieron los vecinos para ayuda de mantener los infieles de la nueva Reducción. Cada día llegaban nuevas familias del cacicato de los Lichagotegodis, que venían á establecerse en el nuevo pueblo con los Apacachodegodis. Entre los dos cacicatos pasaban de mil y trescientas almas; y detenerlas en un sitio sin tener que darles para su sustento, era empresa imposible. Cuatro mil cabezas de ganado mayor ofreció el vecindario, pero nunca con muchos centenares completó el número, ni daba muestras de hacerlo el año de 1767, en que dejamos la Reducción en manos de un señor clérigo. Esperábamos por momentos algunas cabezas de ganado, y hablando con unas cautivas cristianas sobre este punto, divisó una de ellas á un Mbayá que venía de hacia el Paraguay. Fué luego á hablarle y decirle que se llegase á consolarnos, que es el modo con que dicen á visitarnos. No hizo caso el infiel, ni le respondió palabra. De allí á media hora llegó otro Indio de los que habían ido al Paraguay. Saludónos á su modo y pasó al toldo. Venía enviado del cacique Jaime á toda prisa. Se reducía su apresuración á prevenir á los Indios que estaban con nosotros, que nos guar-

dasen porque aquel Indio que apareció primero traía ánimo de quitarnos la vida. Recibido el recado del cacique, doce soldados escogidos se pusieron de guardia en un toldo aprestado junto á nuestras chozas. Mudábase esta guardia de día y de noche, hasta que se fué el indio, que era de los toldos de arriba, y nosotros salimos del riesgo. El que hacía cabeza en estas guardias era un capitán sobrino del cacique Jaime. Díjome por la intérprete que no temiéramos, y que de día podíamos ir al campo y divertirnos, pero no de noche; no fuese que aquel malvado, á la sombra de las tinieblas ejecutase sus dañados intentos. Así lo hicimos, maravillados de las intenciones perversas de aquel hombre, al cual no sólo no habíamos dado el más mínimo motivo de agravio pero ni aun conocido.

CDLI. *Enredos de Lorenzo y de dos Españoles contra los Misioneros.* — Llegó el cacique Jaime, nos entregó las cartas y por ellas conocimos la causa del enojo del Indio, y juntamente los artificios de Lorenzo y del Español, comandante de los barcos. Aquel tenía enemistad con el Indio, que fué uno de los que á nuestro primer arribo al puerto llegó á las embarcaciones. Para vengarse de él Lorenzo ideó un desatino, y se le aprobó el Español sin descubrirse á los Misioneros, que le hubieran estorbado. Trataron entre los dos que el Indio fuese en una embarcación con el pretexto de ver la ciudad y juntarse en ella con los Eyiguayeguis del cacique Jaime. Pero la realidad era que iba como desterrado, y para que el señor Gobernador le castigase. Claró está que no hablando nuestras cartas sobre el tal Indio, había de poner en cuidado al Gobernador que en nuestro nombre el Español le hubiese llevado. Preguntósele al Español si los Misioneros enviaban al dicho Indio. Ratificóse que sí, porque era Indio tan perverso que impediría que el evangelio se predicase, y juntase reducción. Esto le había dicho Lorenzo al español fácil. Como el buen Español protestaba que el Indio era remitido por los Misioneros, determinó el señor

Gobernador remitirle á los pueblos de los Guaranís con título de pasco: y entretanto escribirnos para saber lo cierto. En el camino otro Español se declaró con el Indio, y le manifestó el fin con que le llevaban á los dichos pueblos, acumulando todo á los Misioneros. De tal Español hizo confianza el Gobernador, encargándole que llevase el Indio con cautela; esto fué lo que hizo menos. Dió escape al Indio, fingiendo que de noche se le había desaparecido. Después volverán otros enredos de estos dos Españoles, que tomaron á su cuenta tenernos en continuo desasosiego, y aun quitar la Reducción á los Jesuítas. Sentido el Indio de lo que con él, según le decían, habían tramado los Misioneros, venía resuelto á quitarles la vida, y de este modo vengarse de los que miraba como enemigos extranjeros.

CDLII. *Primer ganado en Belén.*— En las cartas que nos dió el cacique Jaime se nos avisaba que el señor Gobernador nos enviaba unas cuantas cabezas de ganado mayor, y el colegio catorce bueyes, con pérdida considerable en el camino, llegó á la Reducción el resto. Los infieles eran muchos y acostumbrados á la carne; y fuera de ésto sin sementeras, como que jamás han sido labradores. Todos los días teníamos huéspedes de los toldos apartados, á los cuales era preciso agasajar con algún alimento, porque llegaban desproveídos de un todo. Hicimos juicio que no había para un mes, si se repartiera carne cada día á todos. Con ésto para no quedarnos sin algunas cabezas para lo que podía acontecer, determinamos proseguir en casi un perpetuo ayuno. Á los infieles que nos pedían vaca, respondíamos que, en siendo muchos, quedarían consolados todos. Mas la hambre no tiene esperas, y el portugués Antonio y otros Mbayás hurtaron bastantes. El cacique Jaime y su hijo Lorenzo nos ayudaban poco, porque su autoridad solamente es respetada en cosas de conveniencia.

CDLIII. *Primera sementera y hurtos de los Mbayás.* — Ideábamos, teniendo ya bueyes aradores, hacer unas

buenas sementeras de maíz y otros granos, con que poder á su tiempo suplir las necesidades. Apenas pasó este pensamiento de idea, porque el español Duarte se llevó los siete Indios Guaranís que nos hubieran ayudado. Quedáronse solamente dos, que no eran bastantes para guardar el poco ganado y acabar de componer nuestras chozas. Sin embargo, con ellos se hizo la primera sementera, que rindió abundante fruto por lo fértil del terreno. Nuestra desgracia era no poder lograr casi nada, porque lo hurtaban, antes de sazonar, los infieles. No se les podía reprender el hurto sin riesgo de que nos desamparasen. Y más cuando el mismo cacique era el primero de los ladrones, y sembraba voces de que él y los suyos se retirarían á sus antiguos estalajes, porque les acosaba el hambre. Así lo esperábamos, atendida la volubilidad de estos infieles. Supo nuestro cuidado el cacique de los Lichagotegodis, y nos dijo que no creyéramos al viejo Jaime, que hablaba con ninguna reflexión, con intento de que los otros se retiraran y quedarse él solo con unos pocos de su familia para disfrutar las dádivas de los Misioneros. Avivaba las voces de los descontentos una cautiva cristiana más ingrata que los mismos infieles. Lo singular fué que una chica de edad como de ocho años, habló con tal energía y gracia contra las patrañas de dicha cautiva, que la casica Margarita y cuantos la oíamos, estábamos admirados de su elocuencia. En substancia dijo: nuestros Padres han regalado á todos los Mbayás, ámannos á todos: y saben distinguir al capitán del que no tiene este título. Hacen matar la res, y se nos reparte. Á esta embustera le han dado lienzos, abalorios, etc., y con todo se atreve á mentir.

CDLIV. *Van muchos Mbayás á la tierra de los Monteses.* — Fuera nunca acabar referir los disgustos de este género que cada día recibíamos de los infieles y de la mencionada cautiva. Mas, como ahora no les salió bien por este lado el intento, tiraron por otro de mayor consecuencia, y con que lo exponían todo, quebrando las

paces celebradas con la provincia. Pertenecen á ésta en lo espiritual y temporal los dos pueblos de monteses neófitos Guaranís, llamados San Joaquín y San Estanislao. Los Españoles en la lengua índica los conocen con este nombre de Caiguás, ésto es, los salvajes. Tal cual Español, por sus viles intereses, dió luz á los Mbayás de que convendría limpiar la tierra de dichos monteses, que poseían los mejores plantíos de la yerba del Paraguay, sin poderse aprovechar de ellos los Españoles. De repente resonaron los tamborilillos y las cornetas infernales. Supe la novedad, y el intento de Lorenzo, que echó la voz de que volvía al Paraguay, de donde acababa de venir con su gente. Bien informado de todo, procuré disuadirles del viaje, pero no pude conseguir otra cosa de ellos, sino que yo mentía, pues los Españoles les habían dicho que aquellos Indios no eran cristianos. Al fin se fueron, y llegaron á unas sementeras del pueblo de San Estanislao. No hallaron Indios, porque estaban todos en el pueblo. Hurtaron cosas de las sementeras, y como vieron una cruz grande; y doce Indios de noche se acercaron á la Reducción, y conocieron ser verdad lo que yo les había dicho, retrocedieron. Lorenzo, con disimulo de Payaguá, se fué á la ciudad. Aquí procuró engañar al señor Gobernador, diciéndole que en el camino había visto Caiguás, que con su beneplácito daría sobre ellos, y los acabaría á todos. Penetró el Gobernador el ánimo traidor de Lorenzo, y se impuso luego en que serían los neófitos de dichos pueblos. Disuadióle, pues, el arrojo, diciéndole entre otras cosas que él no quería infieles muertos, sino cristianos, y reverentes á los Misioneros; que se volviese á la Reducción, y aprendiese lo que se le enseñaría para ser bautizado.

CDLV. *Primer bautismo.* — En lo que él menos pensaba, era en ésto; pero nos consoló Dios con que un hijo suyo fuese el primero que recibió las saludables aguas del sacramento del bautismo. Día 14 de noviembre, entre cuatro y cinco de la mañana, llegaron unos Indios á

mi cabaña, llamándome en nombre de Lorenzo: informéme de lo que quería, y era para que fuese á bautizar á un niño que su mujer acababa de dar á luz con regocijo de todos los toldos. Fuí, extrañando la diligencia de Lorenzo, que en esta ocasión se olvidó de su genio. Bauticé al niño dándole el nombre de Estanislao de Kostka. Agradóme mucho que, diciéndoles yo que después le bautizaría, puesto que no corría riesgo, respondióme la madre muy resuelta: Bautízale luego, porque este mi hijo desde hoy lo sea de los Padres: y como los Españoles, aprenda las palabras de Dios á su tiempo. Es cierto que este niño fué el imán de los cariños de los Mbayás, y más de los Misioneros. Aquéllos celebraron sus magníficas fiestas y el octavario ruidoso de que ya se dijo en otra parte; y éstos le miraban como el fundamento de aquella nueva cristiandad. El niño á su tiempo dió muestras del amor que tenía á los Misioneros. De edad, de poco más de un año, lloraba hasta que su madre le traía á vernos. Cuando ya hablaba, la decía: « Mi madre, llévame á la casa de nuestros Padres »: y la buena india traía á su hijo y nos lo dejaba, sentándose ella á hilar ó hacer otras cosas de su genio. Ya mayorcito, se les escapaba, y se venía á estar con nosotros; y como si fuera hombre de mucho juicio, daba algunas respuestas á los que concurrían. Una vez le visitaba su abuela, para que en su nombre nos pidiese una cosa que la vieja quería. Volvióse á ella el niño y le dijo: Vete, no seas molesta. Cuando tuvimos acabada la iglesia, le traía su madre á ella en brazos á oir la doctrina; y después de acabada la misa, venía á besar la mano al Misionero, como capitán grande de aquel toldo. Dios le quería para sí, y á los cinco años, antes que la malicia le pervirtiese, se dignó llevárselo al cielo.

CDLVI. *Déjannos solos los Mbayás.* — Acabadas las fiestas por el nacimiento de su nuevo cacique, ideó Lorenzo otro viaje á la Asunción. Quince días de quietud eran un siglo para este andariego. El atraso que con sus

viajes nos acarreaba era grande. Llevábanse los grandes á sus hijos, y con ésto no se adelantaba en la Doctrina. Lo que aprendían en estando con nosotros, lo perdían en sus mudanzas, y dilatadas estaciones en el campo. El viaje hasta la ciudad es de unos seis ú ocho días ; y con todo ellos empleaban un mes, y á veces mes y medio. Páranse en donde hay caza, y no se acuerdan por algún tiempo del término. De este modo nos quedábamos casi solos, pues no guardaban los toldos sino algunas personas ancianas, á las cuales los años no permitían tales paseos. Así nos sucedió acabadas las dichas fiestas. Lorenzo, que era el que á todos movía para todas estas andanzas, y con que pretendía poner á salvo su inconstancia, se fué con muchos á la Asunsión : otros se esparcieron hacia las orillas del río Paraguay á pescar : y con nosotros se quedaron como unas diez personas entre chicos é inválidos.

CDLVII. *Animo pertinaz de Lorenzo.* — Conocíase que Lorenzo no quería sino tener los Misioneros en Belén para poder con más frecuencia hacer sus viajes á la ciudad y utilizarse por dos. Su ánimo opuesto á ser cristiano se manifestó muchas veces, y especialmente en esta ocasión. Escribí yo al Gobernador y otras personas en orden á que le hablasen sobre el principal asunto de permanecer en Belén, y oir las instrucciones de los Misioneros, haciendo que los vasallos de su padre asistiesen á lo mismo. Respondió el bárbaro que no le molestasen en ésto. « Porque yo, dijo, no quiero ser cristiano : ya lo es mi hijo Estanislao, y los Padres podrán enseñar á los chicos cuando se juntaren. » Para que se conozca bien el ánimo de este infiel y lo que nos desayudaba adelantaré este caso. Á poco tiempo de haber vuelto esta última vez de la ciudad, determinó hacer segundo viaje con muchos de su séquito á la misma. Habíanle hablado sobre los puntos que escribí las mencionadas personas. Quiso cumplir con todas con un pobre engaño. La mañana de su ideada vuelta á la ciudad se entra con mucha algaza-

ra á mi cabaña : Vengo, dijo, á que me laves con el agua de los cristianos : fué lo mismo que si dijera : á que me bautices. Me alegro mucho, le dije yo, de tus buenos deseos, y de que dés ese buen ejemplo á todos los Eyiguayeguis ; pero muchas veces me has oído que para bautizar á los adultos, es necesario que éstos aprendan y conozcan lo que reciben, detestando sus vicios, etc. Haz primero ésto, viniendo á la doctrina todos los días, y daré cumplimiento á tus deseos. Salióse medio enojado, y se fué al Paraguay, en donde á boca llena publicaba que él pretendía el bautismo, más que yo no quería administrárselo. Como en todo el mundo hay buena gente, no faltó tampoco en este caso, sobre el cual me escribieron, sin reflexionar que ninguno más que los Misioneros, deseaba bautizar á los Eyiguayeguis, y que el no hacerlo se fundaría en motivos que no debían ignorar los protectores cristianos. Al fin se desengañaron y vinieron en conocimiento de las imposturas del joven bárbaro, y de su vivir estragado, que conservó hasta que los Chiquitos le hicieron prisionero y llevaron á sus pueblos, como se dice en la segunda parte del Paraguay Católico.

CDLVIII. *Ocupaciones de los Misioneros. Catecismo.* — Solos en Belén los Misioneros, procuramos emplear el tiempo en cosas útiles para lo de adelante. Lo que se tomó con más empeño fué adelantar cuanto fuese posible en el difícil idioma Eyiguayegui. Para ésto nos ayudó mucho una cautiva española, natural de la villa de Curuguatí, que se acordaba de la lengua guaraní, porque era grande cuando la cautivaron. El primer cuidado fué formar un Catecismo que sirviese para instruir á los niños, sin gravarles de muchas cosas que les causasen fastidio á aprender la santa doctrina, y juntamente aprovechar á los adultos para el caso de enfermedad y peligro de muerte en que solamente podíamos bautizarles. Tradujéronse también en su idioma las oraciones de la doctrina cristiana. Todo nos sirvió mucho á su tiempo. Costó indecible trabajo hacer entender los significados á la in-

térprete, que estaba ya poco menos bárbara que los mismos infieles. Uno de los mayores cuidados consistió en que nos diese las palabras con que hablan en muchas cosas los hombres, y son distintas de las que usan las mujeres. Como lo era la interprete, nos decía los vocablos que á las de su sexo eran familiares. Hablábamos con tales palabras á los hombres, y éstos con gracia nos preguntaban si nosotros éramos mujeres : y al mismo tiempo corregían la voz y ponían la que ellos usaban.

CDLIX. *Gramática y vocabulario.* — Vencida esta dificultad, nos vimos en otra bien árdua sobre la lengua, para reducirla á apuntamientos gramaticales. Preguntábamos, por ejemplo : Cómo decís Cabeza? y respondía la intérprete, no en absoluto, sino en posesivo de plural : « Nuestra cabeza. » Al principio, ignorantes aun de esta propiedad del idioma Eyiguayegui, tomábamos los plurales por singulares, y los relativos de posesión por los nombres absolutos. Enterados de este artificio, con que los Mbayás casi todo lo nombran en plural posesivo, fué fácil corregir lo escrito y formar una Gramática bastante completa con el tiempo ; y también un Diccionario bien extenso. Para que se formen algún juicio de lo que cuesta trabajar estas cosas por intérpretes, referiré tal cual caso. Preguntaba un día á uno cómo decían los Myabás, Cielo? Era un negro portugués, que por muchos años había estado entre ellos cautivo. Respondió prontamente : «*Não lo se, porque os Mbayás en nengum tempo me fahlaron do ceo*». Á otro intérprete preguntó otro Padre Misionero cómo se dice en lengua Mocoví, tú. Daba la palabra sin tropiezo. Proseguía el Misionero. Cómo se dice, yo : se explicaba bien el intérprete. Quería el Misionero averiguar que tenían equivalente á la conjunción, y. Para conseguirlo, le preguntaba : Como dicen : tú y yo? Aquí fué el barranco. Respondió el intérprete : Mi Padre, Tuyuyú es un pájaro grande de zancas largas, que habita en tierras bañadas. Por más que procuró el Padre darle á entender lo que quería saber, no hubo medio de que sa-

liera de que tú y yo era el pájaro Tuyuyú. Lo que puedo asegurar es que hablar á los Indios por intérprete es perder tiempo, porque ó no les dicen lo que pretende el Misionero, ó lo dicen como lo conciben que suele ser al revés de lo que significan las palabras. Por esta razón á los principios se hacen pocos progresos, hasta que el Misionero con tesón inconceptible logra poder explicarse con los infieles. En esto les sucede con mayor exceso lo que á los niños principiantes en la escuela de leer ó de gramática, y dijo en breve Horacio :

Qui studet optat cursu contingere metam,
Multa tulit, fecitque puer, sudavit et alsit.

Todo el tiempo que falta el comercio de la lengua entre el Misionero y los infieles, mutuamente pasan plaza de bárbaros, como nos lo dejó escrito el Misionero apostólico de los gentiles San Pablo.

CAPÍTULO XXXV

CDLX. *Registro de la tierra para poner ganado.* — Como esperábamos que la ciudad cumpliría la promesa que había hecho de dar cuatro mil cabezas de ganado, se hacía preciso registrar la tierra y buscar un sitio capaz en que establecer una hacienda, sin la cual era imposible sujetar en reducción á los Mbayás. Á estos la hambre tiene dispersos, vagando sin quietud en busca de alimentos, que también los lleva con tanta frecuencia á la ciudad, y con su acomodación puede decirse de estos infieles : *Famem patientur ut canes, et circuibunt civitatem.* Con el dicho designio varios días salí ya á un rumbo ya á otro por bastantes leguas. Para de pronto se encontró lugar y lugares á propósito para el intento. Lo particular que noté en dichos registros del terreno, fué lo si-

guiente. Árboles de todas las especies que se hallan en la provincia del Paraguay, buenos para fábricas y otras cosas. También muchas yerbas medicinales. Muchos frutales silvestres, entre los cuales merece alguna atención éste que se desgajaba del peso de la fruta.

CDLXI. *Árbol Ypecueniguaga.* — Es un árbol alto, bien formado : tiene la corteza blanquizca, las hojas pequeñitas y de figura de lanza, bien ordenadas, y de un verde claro muy agradable, y lustroso. La flor blanca, pequeñita, y de cinco hojas, de la figura de la del Naranjo. El fruto es muy parecido á las cerezas, y como éstas, está arracimado en pezoncito principal, del cual salen tres ó cuatro, de los cuales inmediatamente pende el fruto. Cuando maduro, tiene el color de las cerezas, algo más obscuro. Tiene una coronita de hojas que tiran á amarillas, casi como en la granada. El ollejo es algo duro, parecido al de alguna especie de uvas. Encierra una substancia algo pajiza, dulce, de bastante jugo ; está pegada á dos huesecitos semejantes á las judihuelas chicas : su color entre verde y pardo, y su sabor amargo con algo de astringente. Cómese con gusto esta fruta, y, puesto en infusión todo el fruto entero, dejándole fermentar, se forma una aloja vinosa muy suave.

CDLXII. *Planta Ypequeni.* — En algunos sitios había muchas plantas de las que en Curuguatí llaman Guabirá mirí, y los Mbayás Ypequeni. Es una mata hermosa que se levanta como una vara. Las hojas puntiagudas, de color verdescuro, y muy olorosas, parecido al olor de la cidra, aunque menos intenso. La fruta es parecida á una ciruela redonda, y con su corona de hojitas : el color amarillo cuando madura. El ollejo es bastante duro, pero con facilidad se quebranta con los dientes : tiene un gusto bien astringente con bastante de aromático. La carne es jugosa y muy suave al paladar : en ella hay tres pepitas aplanadas pequeñas y blanquecinas como la carne : son de gusto picante y se tragan sin mascarlas. La flor es pequeña de cinco hojitas blancas : y en medio

muchos hilitos del mismo color. La fruta y la planta son tan olorosas como la flor.

CDLXIII. *Canchalagua.* — La famosa canchalagua estaba lozana en varios sitios húmedos. Su flor es pálida, pequeña, formada de seis hojitas algo largas : en medio tiene un hilito coronado de tres antenas ó cuerpecitos naranjados como los de la azucena. El botón ó pistilo en que se contiene la semilla, es como un pequeño grano de pimienta, con cuatro divisiones, en cada una de las cuales hay seis granitos esquinados, consistentes que resisten algo al diente que pretende quebrantarlos.

CDLXIV. *Varios insectos.* — Con ocasión de las frutas de los árboles, había bastantes aves de muchas especies y tamaños, que las comían, especialmente Papagayos. No faltaban mosquitos, que nos atormentaban de día y de noche, con muchísimos tábanos, que procuraban chuparnos la sangre. En una senda estaba tendida una víbora horrible de más de vara y media de largo y de grueso como dos dedos. Mi guía dijo que en lengua guaraní se llama Mboicugui ; que irritada acomete, y sigue con una ligereza como si volara.

CDLXV. *Entáblanse las sementeras.* — Hecha la diligencia de ver los campos y las conveniencias que ofrecían para la nueva reducción, se convirtieron los cuidados á otro negocio de grande importancia para el entable y subsistencia. Los infieles Mbayás no eran labradores : y, sin este arte quedarían siempre expuestos á vagar para alimentarse. Las sementeras no son medio que absolutamente baste para mantener gentiles acostumbrados á la carne ; más es una ayuda de costa, sin la cual no bastaría aquélla. Por ésto, como ya teníamos animales diestros, hicimos arar un pedazo de tierra como de cien varas en cuadro. Echóse grano de maíz, semillas de sandías y calabazas, que á su tiempo rindieron hermosa cosecha. Tuvimos con ésto qué dar á los niños especialmente á los que asistían al rezo, y también á los grandes que pedían alimento.

CDLXVI. *Empiezan los infieles la labranza.* — Era ya entrado el año de 1761. No perdíamos ocasión de hablar á los Indios, ponderando las utilidades que les acarrearía la labor de la tierra. Todos lo aprobaban; más se les hacía muy cuesta arriba el trabajo. Al fin con la industria que se refirió en otra parte y con las que ya refiero, conseguimos que empezasen á ser labradores. Lo primero fué hacer una sementera á vista de sus toldos, con el fin de que observasen la maniobra, y se aficionasen. Admirábanse mucho de la docilidad de los bueyes en tirar el arado, y mucho más de ver en poco tiempo cubierto el terreno de plantas útiles á la vida. Lo segundo, hablé con una cautiva cristiana para que en secreto persuadiese á su amo, que era un buen Indio, que me pidiese que le araran un buen terreno, porque ella, como española, le sembraría, logrando todos los de su familia el fruto. Salió bien esta traza, con que los otros Mbayás entraron en deseos de que también á ellos se les dispusiese la tierra. Desde el día 13 de enero se dió principio á esta faena. Los dos Indios Guaranís que teníamos en nuestra compañía les araban la tierra; y nosotros les dábamos el grano, semillas y rama de mandioca. Íbamos personalmente á enseñarles; y se alegraban indeciblemente, oyendo y practicando lo que les decíamos y obrábamos. Á su cuidado quedaba cercar las sementeras y desherbarlas. Lo primero era necesario, porque sus caballos sin este atajo, lo destrozaban todo. Lo segundo se enderezaba á darles alguna ocupación con que ir quebrantando su genio entonado. Los dos cacicatos se vieron en poco tiempo en el ejercicio de la labranza con amor y empeño. Dábannos mil parabienes cuando lograron ya el fruto de sus sudores. Como la tierra es tan fértil y los aguaceros frecuentes, se deja labrar casi todo el año en este clima, en que rarísima vez hiela.

CDLXVII. *Vienen á Belén veinte familias Guaranís.* — Con el socorro de Indios Guaranís que nos envió el Gobernador don Jaime, entraron en mayor calor las semen-

teras, y vino á quedar el campo alrededor de la Reducción un jardín continuado. El día 17 de febrero aportaron á Belén veinte familias Guaranís, que con beneplácito del señor Gobernador de Buenos Aires, el excelentísimo señor don Pedro de Zevallos, nos agenció don Jaime. Eran todos de los cuatros pueblos inmediatos á la Asunción; de cada pueblo cuatro familias. Estas voluntariamente se ofrecieron á venir á ayudarnos cuando los Padres curas Jesuítas insinuaron en sus respectivas doctrinas la voluntad de los señores Gobernadores.

CDLXVIII. *Enredos de un Español.* — Don Jaime previno la necesidad en que un golpe de gente tan considerable podría verse en un despoblado, al cual venía sin prevención, y en que todavía faltaban los socorros de ganado, y en algunos meses no tendrían frutos de su labranza. Para este caso, en los mismos botes que conducían las familias, enviaba muchas fanegas de maíz, frisoles y otros granos con muchos haces de tasajo, que suplirían muy bien el tiempo necesario. Sin embargo, Dios quiso probarnos; y, estando toda esta provisión en el puerto, nos hallamos del todo desamparados. El Español á cuyo cargo venía todo, era el mismo que con Lorenzo urdió la trama de llevarse el infiel á nuestro primer arribo á Belén, de que se habló arriba. Con frívolas excusas sin desembarcar el grano y tasajo, se lo volvió todo á la Asunción cargándome á mí la culpa de su desatino ó atentado. Maravilláronse en la ciudad, y más el Gobernador, al oirle decir que yo no había querido recibir aquella limosna tan oportuna y del todo necesaria. Dentro de poco tiempo quedó convencido de embustero el tal Español, pero sin escarmiento; con ésto tomó ánimo para fingir otras cosas que después diremos en que echó el resto.

CDLXIX. *Extrema necesidad en que se ve la Reducción.* — Con este hecho inconsiderado del Español, se apresuró á instancias del Gobernador la remesa de unas vacas con que socorrer la necesidad casi extrema en que estábamos.

Teníamos noticia de que estaban ya en camino pero nunca llegaban. Esto me obligó á emprender el primer viaje por tierra, á ver si las encontraba. Llegué sin guía y al rumbo, metido casi siempre en pantanos y bañados, á un río que llaman Tobatiry, y dista de doce á catorce leguas de la ciudad. Aquí tuve la noticia que el ganado llegó hasta el río Xejuí; y que, por estar éste muy crecido, no habían podido pasarlo, y se habían vuelto. Pasé adelante, y entré en la ciudad, en donde el que más bien sentía juzgaba mi viaje por temerario por caminos desconocidos y tan arduos. Con esta ocasión conoció el Gobernador y otros las artes del Español de arriba y de otro que le fomentaba. Conseguí que prontamente se socorriera á la Reducción; y yo mismo en embarcaciones conduje una buena provisión de maíz y otros granos. Del viaje por tierra y de la vuelta por agua escribí dos diarios, que podrán verse en el fin de este tratado.

CDLXX. *Carestía otra vez en la Reducción.* — Para la inteligencia de la carta que á mi regreso y arribo á la Reducción escribí al Paraguay, es bien advertir dos ó tres cosas. La primera, que en medio de haber salido el ganado de la jurisdicción de la ciudad, antes que las embarcaciones, sin embargo, no llegó hasta después de dos meses. Antes de este término, consumieron las familias el grano que yo traje, y volvió la miseria á reinar en los toldos. No hay que detenernos á examinar la insuficiencia de los motivos de su demora, que los Españoles alegaron. Baste saber que concurrían á lo que á ellos tanto les importaba, como era la quietud de los Mbayás con suma repugnancia. Por ésto daban ganado estropeado, viejo é inútil para emprender camino largo y trabajoso, y mucho más para fundar hacienda. La segunda es, que antes de mi partida, habíamos entablado el rezo de la doctrina para los infieles, especialmente niños. Á éstos al fin de la distribución les repartíamos algo de comida, por su orden, y muchos no tenían otro socorro en todo el día. Faltó el alimento, y sus padres se esparcían á

buscar palma, etc., y se llevaban sus hijos, con que cesó la entablada armonía de la doctrina. La tercera, que, sabiendo los Mbayás que los infieles Nogolodis, conocidos por el nombre de Lenguas, sus enemigos, lo eran también de los Españoles, determinaron conquistarlos. Hicieron convocatoria general, y concurrió á Belén la milicia escogida de los toldos.

Ahora, cuando al tiempo dicho nos llegó la noticia de que estaba cerca el ganado, se hizo pasar éste el río, y con los Españoles que se volvían á la ciudad envié esta carta. Ella sola es bastante para conocer cómo estábamos.

CDLXXI. *Carta de uno de los Misioneros.* — Hoy 13 del corriente como á las nueve de la mañana, llegó Ignacio con las cartas y la noticia de no distar mucho el ganado. Esta nueva nos halló en la chacra (sementera), al Padre José con la azada carpiendo, y á mí del mismo porte. Todo es á fin de coger á su tiempo con qué entretener el hambre de las familias fieles é infieles. Las primeras han sufrido la mayor prueba que se podía hacer en Guaranís, que es la hambre. Iban los hombres á pie á la otra banda del río Ipané á buscar palmas Mbocayás ó Namogoligis, y con los trozos que traían se divertían las criaturas. Los Mbayás no entienden de caridad; y, si tenían un puñado de harina de dichas palmas, y la querían los Guaranís, les llevaban en paga la ropa. Lo peor era que ponían un censo irredimible para acabarles cuanto tenían sembrado. Con el actual socorro de ganado habrá para que lo pasen menos estrechamente un par de meses. Porque han de comer también los Mbayás, y hurtarán como suelen. Aquí no hay cabeza que nos ayude, ni el viejo Jaime, ni su hijo Lorenzo. Padre é hijo no tienen dominio sobre los Eyiguayeguis. El primero no piensa sino en comer; y el segundo en vagabundear. Toda su afición al cristianismo no es más que cuanto les sirve para su útil.

CDLXXII. *Mudanza de los Mbayás, y bautismos de chicos.* — Sin embargo de vernos tan sin hombre, no

nos falta Dios. La conversión de las almas es toda regalía de su Majestad. Lo experimentamos actualmente en la mudanza de los corazones de estos infieles. Cuando menos lo esperábamos á lo humano, ha manifestado la Providencia divina que la docilidad de los Mbayás corre por cuenta de su gracia, que de feroces los muda en apacibles, y de enemigos en hijos. Desde el día 5 de julio hasta hoy 13 del mismo, hemos bautizado treinta y ocho párvulos de uno hasta nueve años de edad, según el talle de sus cuerpos. Estando escribiendo ésto, suspendo la pluma para bautizar á otro. Esperamos en el Señor que ha empezado esta grande obra que con los riegos de sus auxilios llegará á sazonar las incultas plantas de este gentilismo. Su Majestad sabe los medios y los instrumentos con que su nombre será glorificado en este erial, que sólo producía espinas de vicios torpísimos. Admirábamos ver la diligencia con que las mujeres Mbayás y algunos hombres traían sus hijos para que los bautizásemos. Veíamos destituídos de bastimentos y de caballerías con que agenciarles; y con todo, porfiaban en cierto modo por el bautismo de sus hijuelos. Escogemos los de edad inocente, y hay muchos de 12 años arriba que lograrán la dicha de las saludables aguas después de instruídos. Así cantamos con David en nuestro desamparo humano: *Hi in curribus, hi in equis: nos autem in nomine domini invocabimus.*

CDLXXIII. *Júntanse los chicos á la Doctrina.* — Cuando aporté en el bote á Belén, se juntaban á oir y decorar el Catecismo, porque faltando el alimento, se les llevaban sus padres al campo á buscarle. El único atractivo de estas pobres gentes en la miseria en que se hallan, es la comida. Luego se dió providencia para hacerles cocer cada día suficiente maíz ó frisoles, con que conocían que deseábamos substentarlos. Ha bastado ésto para que otra vez se junten, y oigan con gusto el Catecismo que se les imprime en la memoria. Si nos faltan los socorros, todos, chicos y grandes, irán á la ciudad, llevados de la necesi-

dad y acosados por el hambre. Así nos lo dicen y mejor lo cumplirán. En este caso, que nosotros no podremos impedir, habrán de tener paciencia los cristianos, y alimentar caritativos á los infieles, que desean ser sus hermanos en Cristo. Si cerraren las manos, está á pique que se verifique de los Mbayás lo que se dijo de sus progenitores : *Nisi et saturati fuerint, et murmurabunt.* Mucho más constándoles lo que la ciudad les tenía ofrecido para su subsistencia.

CDXXIV. *Preparación para hacer guerra á los infieles Lenguas.* — La ejecución de irse á la ciudad se ha retardado, porque, animado Lorenzo de los Españoles incautos, ha determinado conquistar primero á los infieles Lenguas, enemigos de todos. Por ésto entre otros títulos los llaman también Enimaga, plural formado á su modo de la palabra española enemigo. Ya dije otra vez que los Lenguas habitan en la orilla occidental del río Paraguay, y que son muchos y valientes. Á este país y contra los Enimaga marchará presto un campo lucido de Mbayás. Ha juntado la milicia escogida, que vive esparcida por más de 60 leguas hacia el Norte y Oriente. En Belén se hace la reseña y no falta hoy sino un capitán que esperan, para completar el número de sus tropas. El jefe principal y el motor de todo es Lorenzo, quien también ha hecho la convocatoria. Hánse prevenido de muchas armas, y no hablan sino de esta grande empresa y conquista. Prométense un rico botín de cautivos, caballos, etc., sin pasarles por la imaginación que los Lenguas son diestros soldados que saben defenderse. Dicen que todos los despojos han de llevar á la Asunción. Es muy contingente que vuelvan con las manos en la cabeza. No podemos aun computar el número de los combatientes que marchará contra los Lenguas. Yo me persuado que no harán hazaña digna de memoria. Los sucesos de esta campaña darán asunto para alguna carta. Lo que de cierto contestan es que después de su expedición caminarán al Paraguay á vender piezas y saciar la hambre. Creo

que no será esta ida tan inmediata á su regreso, que no esperen á los dos caciques Caminigo y Inionig-Iguaga. Éstos se han excusado de ir á la guerra; pero vendrán para pasar á la Asunción en calentando el tiempo.

CDLXXV. *Nombres que los Mbayás dan á la iglesia.* — La capilla que dejé armada cuando salí al Xejui, quedará hermosa para obra de prestado. Ahora le añadimos bastantes varas, con lo que quedará bien desahogada. No disgustará Vuestra Reverencia saber cómo los Mbayás nombran á la iglesia. Tres nombres han inventado, cada uno muy expresivo. El primero es Niacana-Gaichi, que significa lugar del rezo en comunidad. El segundo: Niguicodi Loigi, esto es, Casa de las imágenes, por las pinturas y estatuas que han visto en las iglesias de la Asunción. El tercero: Connenatagodi Ligeeladi, habitación de nuestro Criador, ó morada de nuestro Hacedor. Usan indiferentemente estos tres nombres para expresar lo que han visto entre los cristianos. Ellos al toldo ó medio círculo de esteras adonde llevan á enterrar á sus difuntos dan otro nombre como en otra parte advertimos, hablando de sus funerales.

CDLXXVI. *Caso de edificación.* — Me olvidé arriba de poner un caso que no dudo servirá de consuelo á Vuestra Reverencia. El día 12 del presente mes administré el bautismo á doce párvulos. Acabada la función me aparté un poco del concurso, y encontré á una anciana Mbayá que tenía á un lado á una hija suya como de 8 á 9 años. La madre mostraba tristeza y la chica estaba llorando. Preguntéles la causa de su desconsuelo en día tan alegre? Respondió la madre: Mi Padre, María (así llamábamos á la chica, aun antes de bautizarla) llora y yo no tengo consuelo porque no la has lavado con el agua de los cristianos. No tardé en enjugar las lágrimas de la una y consolar á la otra. Con ésto quedamos todos contentos.

Esto es cuanto ocurre participar á Vuestra Reverencia, etc.

Belén y julio 14 de 1761.

CAPÍTULO XXXVI

CDLXXVII. *Salen mal de la guerra contra los Lenguas.* — Lo que yo presumía de la entrada de los Mbayás á la tierra de los Lenguas, salió cierto. Después de una grande borrachera, marcharon los soldados. Sus Nigienigis nos quebraron á nosotros las cabezas cantando al són de sus calabazas, y á los valentones se las rebutieron de ventolera, celebrando sus proezas y anunciando los destrozos de sus enemigos. En pocos días volvieron con el desengaño. No sólo no hicieron función honrosa, pero ni casi vieron á los Lenguas, pretextando que se habían huído de noche al bosque, retirando las mujeres y criaturas. La verdad fué, como nos lo contaron algunos soldados, que los Lenguas, habiendo descubierto á los Mbayás, pusieron en cobro la gente inútil para la guerra. Dieron los guerreros en los Mbayás, á los cuales quitaron bastantes caballos. También los Mbayás cogieron algunos caballos de los Lenguas. Entraron en la Reducción, como yo les anunciaba por fiesta, cabizbajos. Picados de su desprecio, pretendieron recobrar el honor de sus armas, repitiendo la entrada con nuevo refuerzo de milicia, que les llegó de los toldos de arriba. Tampoco lució su valor en esta ocasión, volvieron diciendo que vieron tres tolderías desamparadas y en una tres sepulturas, las cuales abrieron, creyendo hallar algunas alhajas, pero no vieron sino tres cadáveres frescos y monstruosos. Lo que yo supe de cierto fué que pelearon, y los Lenguas les hirieron gravemente á dos, que presumimos que no fueron solos. Á otros dos que conocíamos, no vimos después en la Reducción, y preguntando yo por ellos, me respondieron que se habían ido á la tierra de arriba; al contrario, hicieron viaje sus infelices almas á la de abajo. Para ocultarnos esta desgracia, observaron grande silencio, aun

en su llanto acostumbrado. Anduve con cuidado, y pude notar que lloraban antes del alba en gemidos muy bajos. Después, caminando con dos de ellos, se iban hablando de esta pérdida, juzgando que yo no les oía. Díjeles: con que los Lenguas quitaron la vida á dos soldados? Al punto mudaron de asunto, porque se recelaban de quedar desacreditados. Este fin tuvo la intentona del inquieto Lorenzo.

CDLXXVIII. *País de los Lenguas.* — Lo que pude averiguar del país de los Lenguas es que el terreno es bajo hacia la orilla del Paraguay y lleno de bañados y juncos. Después hay unos dilatados palmares de palmas Eabuigos ó Carandays. Estos en tiempo de aguas, están inundados; y en faltando las lluvias, quedan tan áridos, que no se halla agua que beber en muchas leguas. Síguense á los palmares unos grandes bosques, que están en mejor tierra, alta, y con lagunas en los valles, cerca de las cuales fijan sus esteras los Lenguas.

CDLXXIX. *Remedos de los Lenguas.* — De éstos se sintieron en la reducción, algunos remedos, como de aves, animales, etc. y de sus flautas que son las lenguas con que en tierra enemiga se entienden. Ya en esta ocasión nos había dejado solos Lorenzo, llevándose á la ciudad á los de la Reducción y á otros muchos infieles que vinieron á vernos de los Guetiadegodis, y de otros toldos de arriba. No nos asaltaron los Lenguas, según creemos, porque sentirían los estampidos de algunas escopetas, que se disparaban de cuando en cuando para meter ruído y espantar el miedo de unos Mbayás inválidos que se quedaron con nosotros.

CDLXXX. *Un cacique pide Misioneros.* — El cacique principal de los Guetiadegodis que nos hizo la visita y pasó hasta el Paraguay, se llamaba Golanigi. Traía consigo á su mujer, nombrada María Anita, nieta de españoles cautivos, y descendientes de los Monteles de la Asunción. Díjome el cacique Golanigi que quería pedir al Capitán grande de los españoles (ó Gobernador) dos

hermanos míos que enseñasen á sus vasallos. Díle cartas sobre este asunto, que se malogró por causa de una cautiva, que sirviese en la ciudad de intérprete. Á este cacique y á casi toda su gente aprisionaron después los fiele indios Chiquitos, por la muerte cruel que un su hermano llamado Oyomadigi, dió al Padre Antonio Guasp, como se dijo en otra parte.

CDLXXXI. *Empeño de los niños en aprender la Doctrina.* — Lo que nos consolaba grandemente á más de ver los infieles de otros toldos movidos á tener Misioneros Jesuítas, era que en la Reducción iban en aumento los bautismos, y la asistencia al Catecismo. Ya empezaban á conocer la continua inquietud en que los traía la volubilidad de Lorenzo; y los atrasos de sus sementeras en los viajes largos que por su causa emprendían. Notamos en algunos chicos una gran viveza para aprender la doctrina, y el empeño de repetirla en sus toldos, para que la oyesen sus padres. Sobresalía una niña llamada María. Ésta era el encanto de las señoras españolas cuando la llevaban á la ciudad. Una de éstas me propuso que deseaba quedarse con la niña. Respondíle que los Mbayás eran libres, y que no había derecho que cohonestase, quitarles sus hijos ó hijas. También que era consejo poco acertado querer arrancar la mejor flor que teníamos en la Reducción, cultivada con mucho afán y cuidado. En este tiempo hice algunos viajes á dos pueblos antiguos cercanos, y á los Chanás ó Niyololas, de que daré después noticia.

CDLXXXII. *Muere recién bautizada una mujer: otra repugna que se bautice.* — De vuelta del viaje á los Chanás bauticé después de instruída á una India llamada de los Españoles Mariquita. Ésta fué la única Mbayá que se animó á ir á la ciudad de la Asunción cuando los indios fueron á traernos á sus tierras. Premióle Dios sus deseos de tener Misioneros, como de su caridad lo esperábamos. En esta sola ocasión se notó en otra india alguna repugnancia á que se bautizase la enferma. Alegaba

la frívola razón de que el agua le quitaría la vida. Días antes de mi arribo quiso bautizarla mi compañero, y no pudo conseguirlo por la resistencia que le hizo la que la cuidaba, que era la hija del cacique. Convencí á ésta de su errado juicio, y cedió á las razones claras que le puse á la vista.

CDLXXXIII. *Incendio de la Reducción y lealtad de los Mbayás.* — Con la quietud que reinaba en los toldos, y el amor que ya mostraban á los Misioneros, viendo que la providencia de éstos se extendía también á sus enfermos, cuyo descanso eterno procurábamos, se adelantaban las sementeras y otras obras de capilla y casas. Una contingencia nos redujo á quedar en el campo poco menos que desalojados. Dos chicos Guaranís traveseaban en su casa con una ascua de fuego. Una la aplicó á la paja del techo para hacer luminarias, y logró más de lo que su inocencia alcanzaba. Era el día 10 de diciembre, en que aquí los calores equivalen á los de la canícula, en España. El material estaba hecho una yesca: prendióse el fuego ayudado del viento que soplaba recio; y en menos de cuarto y medio de hora consumió todas las casas de los indios y la nuestra. Aquí experimentamos la fidelidad de los Mbayás infieles. Acudieron todos prontamente al socorro: unos cogían una cosa, otros otra para librarlas del incendio. Acabado éste. cuando creíamos vernos sin nada, lo volvieron todo los infieles, sin que se echase menos cosa de importancia. Lo que no pudo librarse fueron los alimentos; pero como el tiempo era bueno, lo suplieron las palmas y algunas raíces, y granos de las sementeras.

CDLXXXIV. *Fabrícase de nuevo, y daños de algunos indios.* — Este fracaso nos obligó á trabajar de nuevo. Concluyéronse primero las casas y después la iglesia. Colocamos la hermosa imagen de Nuestra Señora de Belén, conquistadora de los corazones de estos infieles. Entablamos con más formalidad el rezo en la iglesia, á que acudían los catecúmenos, á són de campana. Es cierto que la

mayor parte de los Mbayás aprobaba la vida quieta y cristiana ; mas Lorenzo, la cuadrilla que le seguía, y algunos holgazanes, nos daban mucho que merecer. Hurtaban sin cesar de las sementeras de los cristianos y de los infieles, con desconsuelo de todos. Esta era una grandísima tentación para los últimos, que veían malogrado el fruto de sus sudores. Añadíanse algunas voces vagas esparcidas por malignos para hacer desconfiar á los buenos. Una fué que uno de los Misioneros había muerto á dos infieles Guanás. Convencióse esta calumnia presto, haciendo venir á los presumidos muertos, que todos vieron sanos y buenos. Otra divulgó el portugués Antonio, diciendo que los de la Asunción intentaban venir á la Reducción á sorprenderles. Como el autor está tenido aún por los infieles por novelero, se apagó fácilmente el fuego, que procuró levantar con sus enredos. Los Payaguás, llenos de envidia, no dejaban de inquietar á los Mbayás, sembrando falsos rumores. No fué el de menor monta decir que los Misioneros juntaban á los catecúmenos en la iglesia, para que así descuidados los cogieran por sus cautivos los Españoles. Semejantes patrañas no dejaban de hacer impresión en algunos tímidos, ó menos afectos al cristianismo. Las cosas se alternaban. En unas temporadas nos causaba sumo consuelo ver la paz de los Mbayás, su aplicación á la labranza y á la iglesia : y en otros casi desconfiábamos de hacer fruto en ellos, por el retiro y despego.

CDLXXXV. *Peligro de que se deshiciese la Reducción : intento de los portugueses.* — Cuando más temimos la dispersión de los infieles, fué en el tiempo del rompimiento de las coronas de Castilla y Portugal. Diónos la noticia el señor Gobernador don José Martínez Fontes, la cual nos llegó el día 23 de junio de 1762. Esta era una prevención muy prudente para que los Mbayás viviesen sobre aviso, y no se dejasen engañar de los Lusitanos, en caso de venir por tierra, ó por el río los de Cuyabá ó Matogroso. Esto mismo atemorizó al principio á los in-

fieles, receländose de ser sorprendidos juntos en la Reducción. Procuramos que se hiciesen capaces de todo, y con esto se sosegaron, y les sirvió para evadir el golpe que amenazaba á ellos y á los Españoles, sirviendo en esto á su rey, que ya lo era el de España por muchos títulos. El caso fué que por el río Paraguay bajaba hacia la Asunción un corto armamento de piraguas y otras embarcaciones portuguesas. Descubriéronla los Mbayás, y se acercaron algo á la orilla del río. Preguntáronle los portugueses algunas cosas: entre otras, si tenían en sus tierras Misioneros Jesuítas? En dónde moraban? ¿Cómo se llamaban? Como los Mbayás estaban alerta, y no se fiaban de aquella gente, viendo que formando como un cordón, procuraban acercar á las embarcaciones, se retiraron fuera del tiro de bala. Los Portugueses pusieron en tierra un frasco de aguardiente y unos pañuelos de seda, con que obligar á los Indios á que se acercasen. Pero no lo hicieron hasta que las embarcaciones se levaron. Entonces cogieron las dichas cosas y nos dieron parte de lo referido, y nosotros al señor Gobernador de la provincia. El intento de los Portugueses se creyó ser ganar á la nación Mbayá, y con su milicia de auxiliar, invadir las poblaciones españolas. El motivo de creerse ésto fué el siguiente. Retiradas las embarcaciones, á poco tiempo después aparecieron en una piragua cinco negros. Apresáronles los Mbayás Adibegnodegis ayudados de los Payaguás. Dichos negros se hicieron desertores de Cuyabá, pero en realidad venían á sublevar la nación de los Eyiguayeguis. Decíanles á estos que se apartasen de la amistad de los Españoles, é hiciesen paces con los Portugueses, que tenían plata y ropa con que regalarles. Á este tenor añadieron otras cosas en que manifestaban lo que se escondía en sus ánimos. No les creyeron los Indios, y los Payaguás los llevaron á la ciudad, donde los vendieron por lo que necesitaban.

CDLXXXVI. *Déjannos los Mbayás y por qué.* — No obstante que estaban bien impuestos en todo los Mbayás, y

que los Españoles no tomaban las armas contra ellos, se inquietaron mucho. Los principales fueron Lorenzo y su padre Jaime, que levantaron las esteras, y con todos los de sus familias se fueron á sus antiguos escondrijos. El motivo que propalaron fué el que podían venir los Portugueses, y el descontento con que miraban á los Españoles, porque en tanto tiempo no les habían cumplido la palabra de enviarles mucho ganado para su sustento. Acuérdanse mucho de la antigua tragedia que en el convite de Avalos se hizo con sus abuelos. Por ésto nos preguntaban con frecuencia enfáticamente «Iga me ecalaidipi liiquiagi?» Qué intentan los Españoles? Qué ideas son las suyas? En gente tan sospechosa como los Indios, son los dichos motivos sobrados, no sólo para irse, sino para precipitarse en más lamentables resoluciones.

CDXXXVII. *Inconsideración de unos Españoles.* — Ayudaban á las sospechas de los Mbayás los dichos inconsiderados de algunos Españoles, y las boberías de uno de sus Nigienigis. Aquéllos le dijeron á Lorenzo que se retirase con su gente, porque los Españoles estaban mal con ellos. Que un cierto Umanaga (así llamaban al Español que tantas veces nos inquietó los Indios, y calumnió á los Misioneros) habia exhortado á Lorenzo á que dejase solos á los Padres; porque los Españoles en muchas embarcaciones subirían por el río á coger á los Mbayás, y otros despropósitos tan perjudiciales. El mismo Lorenzo y su padre instaban con nosotros para que les desengañásemos si habían de venir efectivamente los Españoles. El dicho Español por prueba última de sus boberías añadió que los Españoles habían retirado el ganado para que en el rompimiento con los Mbayás no le hurtaran éstos. No les hizo menos impresión el anuncio de uno de sus médicos. Fingió éste que en uno de sus vuelos estáticos había visto al alma del niño Estanislao muerto en la iglesia de la Reducción. Sobre este principio entonó un canto largo en que les pronosticaba enfermedades y muertes, si no se iban á sus sitios antiguos. De estos embustes tenían cada

día un ciento ; y sin embargo, no acaban de conocer por embusteros á sus adivinos ó Nigienigis. Al fin obró todo en el ánimo novelero de Lorenzo, que se retiró con los suyos, llevándonos por persuación de su manceba, que era una cautiva cristiana, un muchacho Guaraní para su criado ; y le tuvo algunos meses en su compañía con mil engaños.

CAPÍTULO XXXVII

TRABAJOS DE LOS MISIONEROS. LOS GUACHIES MALDADES DE LORENZO

CDLXXXVIII. *Quédanse algunos indios en la Reducción.* — No todos los Mbayás se dejaron engañar de las voces de su médico ; y mucho menos de las del español Umanaga. « Mi Padre, nos decían, éstos son enredos de Lorenzo y de los de su casa. Quisieran ellos que nos fuéramos lejos para lograr solos los frutos de nuestras sementeras. Umanaga habla lo que se le antoja. Ahora hemos de ir á la ciudad, porque los Españoles nos quieren y estiman. » Así lo ejecutaron, y volvieron del agasajo que se les hizo en la Asunción muy contentos. Con estos indios hacíamos nuestros ministerios de doctrina y rezo. Uno de los que vinieron de la ciudad muy alegre me dijo : « Mi Padre, mi mujer ya es cristiana, porque una española en su casa de campo á la cual llegamos la ha bautizado. » Pase sin calificación de disparate la acción nacida de un buen deseo. No nos atrevemos á tanto los misioneros, hasta después de la debida instrucción, y prueba de la constancia de estos infieles.

CDLXXXIX. *Visítannos cuatro caciques y pasan á la ciudad.* — Corrió en breve la voz por los toldos de arriba de que los Españoles no maquinaban contra los Eyiguayeguis y que era todo falso cuanto Lorenzo y los de su casa habían fingido. Con esto se movieron algunos caciques de los lejanos á venir á vernos y detenerse con nosotros algunos días. Parecióme buena esta ocasión para convencer de hecho las falsedades del español Umanaga y de Loren-

zo. El mejor medio era que pasaran á la ciudad los Mbayás forasteros, y que á cuatro caciques que eran los principales, les diese bastones el señor Gobernador. Costó poco persuadir á tres de ellos el viaje, que aceptaron sin repugnancia, fiados en la verdad de los Misioneros. Estos tres fueron Yetega, Cacoba é Inionigiguaga, cabezas de los Mbayás bravos. Al cuarto, llamado Caminigo, costó algo más empeñarle en seguir á sus compañeros. Era éste muy nombrado entre los Españoles por sus cautiverios y muertes que había ejecutado en los vecinos de la villa de Curuguatí, y temía que los Españoles, acordándose de los agravios, le echasen mano. Valíme de una traza que surtió el efecto deseado. Cacoda había traído consigo una hija suya muy querida de otra hija de Caminigo, que también había venido á Belén. Hablé á ésta, y la dije que cómo no acompañaba á su amiga? No quiere mi padre, respondió ella. Bien: ponte á llorar en su toldo; viéndote triste, te preguntará tu padre la causa: dile que te aflige dejar á tu compañera amada, y el no ir á ver la ciudad de los Españoles. Así lo hizo la muchacha, que logró conquistar á su padre y caminar á la Asunción en su compañía. Volvieron regalados y con grande estimación de los Misioneros, que, como ellos decían, no engañan á los Eyiguayeguis.

CDXC. *Varias noticias de naciones infieles. Guachicos.* — Hallábame yo solo en la Reducción, y bien indispuesto con unas fuertes calenturas. Como por esta causa no podía salir de mi cabaña, los caciques referidos estaban lo más del día y gran parte de la noche en mi compaña. Procuré informarme de varias cosas conducentes al conocimiento de las naciones y tierras. Dijéronme que los infieles á los cuales ellos llaman Guachi, Guachíes y Guagii, que son los Guachicos de muchas parcialidades, y también los antiguos Guatós: trabajan la tierra y tienen buenas sementeras de maíz, batatas, calabazas, frisoles y mucho algodón y tabaco. Así es, y en mis viajes vi que tenían hermosas mantas de algodón, y que teñían bastantemente

el hilo de color encarnado con grana; y de otros colores con raíces y cortezas de árboles. No son Indios de á caballo, sino de á pie, y de canoas. Salen al río Paraguay á buscar Payaguás, que son sus enemigos. Entienden la lengua del país de Cuyabá, que es la guaraní mezclada con portuguesa. Porque en sus malocas, los Lusitanos cogieron á bastantes Guachics, mataron á otros é hicieron estrago; pero los más de los presos después de algún tiempo se escaparon, y éstos saben la dicha lengua. En otra refriega que tuvieron con los portugueses, muchos de éstos fueron muertos y los demás se huyeron á Cuyabá amedrentados. La cacica de los Guachies tiene por insignia la flechilla ó barbote pendiente del labio de abajo. Esto la distingue del resto de las mujeres

CDXCI. *Otras parcialidades de Guachicos.* — Los Guagii compiten en número con los Guachíes; y lo mismo los Guagini y Huaichague. Como todos son Guachicos, tienen los mismos usos, y también canoas. Viven sobre la rivera de dos ríos medianos, llamados, uno Alagadi, y el otro Niguegi. Los cuales desembocan en otro llamado Guocotogoguiyadi, esto es, lugar de las cañas de flechas, que desagua en el del Paraguay con caudal como el del Ypané. El Alagadi le entra por la orilla del sur; y por la opuesta del norte el Niguegi. Salen estos ríos de la cordillera de Igatimi, como ya dijimos en otro lugar, tratando de estos indios.

CDXCII. *Embustes de los Mbayás.* — Llevaban mal el agasajo que hacíamos á los caciques forasteros y á los de su séquito, que entre hombres y mujeres, serían como doscientas personas, el portugués Antonio y otros ladrones, que él fomentaba. Estos echaron voz de que querían librarse de una vez del Misionero que les reprendía sus hurtos y maldades. « Le quitaremos, decían, la vida, y con ésto cesarán sus amonestaciones. » Para dar algún color á sus malvados designios, fingieron que yo había escrito al señor Gobernador pidiéndole que enviase soldados españoles que viniesen á castigar sus desafueros.

Despreciaron los indios estas voces calumniosas, porque actualmente estaban en la Asunción bien tratados muchos Mbayás de varias tolderías. De todo era el motor el portugués Antonio, que se desbocó en palabras contra el Misionero. Habló como un fino apóstata. Oyéronle los Enacagas y los de la Reducción con gran displicencia, y le taparon con su desprecio la boca.

CDXCIII. *Favorecen otros infieles al Misionero.* — La experiencia nos ha enseñado que no le conviene al Misionero callarse con semejantes embusteros. Del silencio toma mayor avilantez la cobarde mentira. Dile en rostro al apóstata con sus execrables maldades. Como está tenido por falso y engañador, aplaudieron todos mi entereza, y el portugués se retiró corrido. El cacique Camінigo me dijo : « Mi Padre, vente con nosotros á nuestra tierra, en donde estarás estimado, y te verás libre de estos diablos mentirosos. » Otro caci·,ue llamado Napidigi, no obstante que estaba de duelo, vino de noche á verme, y habló del tenor siguiente : « Mi Padre, por estar llorando la muerte de mi hija, no he venido estos días á consolarte, hágalo ahora, porque he sabido los desmanes del portugués Antonio. » Está en inteligencia que si el portugués ú otro Mbayá repitiere sus necedades que no les temas, ni los mires con piedad ; manda que cojan los cristianos ; yo estoy aquí para ayudarte con mis soldados, que sabes que son muchos y esforzados. Aquí habéis de vivir con nosotros ; y si el portugués no entra en juicio, le mataré, y quitaré de en medio este estorbo. No se le ocultó al dicho portugués lo que me dijo el cacique Napidigi ; y á la cuenta hubo de temer que lo ejecutara, pues se retiró á su lugar antiguo, distante muchas leguas de la Reducción hacia el Norte.

CDXCIV. *Mentiras de Lorenzo.* — Apenas nos veíamos libres de un enredo, cuando empezaban otro los noveleros. Conoció Lorenzo que no le salió bien el intento de hacer retirar á los Mbayás de la Reducción. Estábamos ya en febrero de 1763, y se volvió á Belén con su padre

y todos los de sus esteras. Vino á verme, pertrechado de las dobleces que, como Payaguá, le son propias y mamadas con la leche. Lo primero con que empezó su arenga fué diciendo. « Que los Padres tenían muchas palabras », que equivale á decir que eran engañadores y embusteros. La razón que alegó fué ésta : « Sé que han escrito al Paraguay que cuando yo vaya me maten. También porque los Portugueses eran buenos, y los Españoles habían encargado á los Mbayás que no se fiasen de ellos. » Añadió el fementido : « Yo os traje á esta tierra contra el dictamen de los otros Mbayás que no lo querían temerosos de que la registráseis, con lo que quedaban descubiertos á las armas de los Españoles. » Callóse el bárbaro, cuya mal ideada tramoya se dirigía á indemnizarse del hurto del muchacho guaraní que ahora trajo. Con cuatro palabras deshice todo su artificio; porque con estos infieles no sirve larga prosa. Si los Mbayás y tú, dije, no estáis gustosos con los Misioneros, es fácil contentaros. Escribiré luego á la ciudad, y vendrán embarcaciones en qué irnos. Allá tenemos casa acomodada, fieles amigos, y que comer en abundancia. Entre nosotros todo ésto nos falta. Enmudeció el infiel, y después prorrumpió en estas palabras : « Mi mujer me dijo bien : que no creyese las palabras falsas de los Mbayás : los españoles y los Padres son buenos como lo estamos viendo. En ésto remató el entremés de Lorenzo. Al fin él paró poco en la Reducción, y se fué á la ciudad, llevándose á muchos que le siguieron. De este modo sus hechos daban á entender la poca sinceridad de sus dichos, y el ningún afecto á ser instruído en el cristianismo.

CDXCV. *Caso de consuelo en el bautismo de una mujer.* — En medio de tantos azares, no faltaron casos de grande consuelo. Dos indios adultos, bautizados en peligro extremo, murieron. Más donde se hizo patente la misericordia del Señor, fué en el caso siguiente : De muy lejos trajeron enferma á una india, que meses antes había ido con su familia á buscar alimento. Al punto llamó

la enferma á uno de los Misioneros. Fué á verla mi compañero el padre Juan García. Pidióle que la bautizara. Deteníase el Padre, porque no concebía riesgo en el achaque. Instaba la enferma por el bautismo; y diciéndola el Padre que aun no era tiempo, porque el accidente iba á la larga, replicó la enferma : Mi Padre bautízame, y dame este consuelo que he venido á buscar desde el sitio en que estaba : yo sé lo que padezco : yo me muero. Bautizóla el Padre, sintiéndose interiormente movido á hacerlo. Despidióse de la catecúmena, con ánimo de volverla á ver de allí á un rato. Vinóse el Padre á verme ; y antes de entrar á mi cuarto le avisó uno de la casa de la enferma que ésta había en el instante que se apartó de ella, muerto. Dimos á Dios las gracias, que por tales medios hace que se logren sus escogidos : *Scit dominus qui sint eius*. Era esta una india que miró siempre con notable amor y compasión á los Misioneros. Tenía una criada española, que en la villa de Curuguatí apresó su marido. Este y su mujer desde el principio nos dijeron que aquella cautiva nos asistiese y cuidase, trayendo leña y agua al muchacho que inmediatamente nos servía. Así lo hizo la española, que se llamaba Tomasa, que ayudó en todo á la instrucción de su ama.

CDXCVI. *Hurtos de los secuaces de Lorenzo*. — No nos daban lugar de sosiego los secuaces del pérfido Lorenzo, y del portugués apóstata. Robaban cada noche las sementeras de los cristianos Guaranís y de los Mbayás mismos. De la hacienda que empezábamos á establecer para su bien, y conveniencia, arreaban las vacas y si podían los caballos. No se hubieran atrevido á tanto los infieles, si no les hubiera dado ánimos cierto español llamado Delgado, cuyo dudoso origen tenía la ciudad bastantemente averiguado. Conocido el duende, fué fácil aplicarle el conjuro, y apartarle de cierto cargo que indignamente ejercía. Á los Mbayás hablé con entereza y claridad : diciéndoles que si no se moderaban, daría parte de todo al Gobernador, que vendría á remediarlo. Al fin

hablé al cacique Jaime, y se ofreció á atajar el daño. Es cierto que habló á su gente, pero con poco fruto, porque su hijo Lorenzo por bajo de cuerda movía á los perdidos del toldo, aunque procuraba persuadirnos que en nada tenía arte.

Viéndome resuelto á escribir al Gobernador, hizo que me viniese á hablar un primo suyo, capitán de autoridad entre ellos. Llamábase José, aunque todavía no era cristiano. En substancia su razonamiento se redujo á esto: Que suspendiese escribir al Paraguay; porque aunque era verdad que los Mbayás hurtaban, lo hacían compelidos del hambre. Todo el día, dijo, están trabajando en sus chacras: llega la noche, y no tienen otro consuelo que echarse á dormir fatigados. Cuando sazonen las sementeras el año que viene no harán hurtos. En cuanto al hambre tenía razón el Indio; porque los socorros ofrecidos por los Españoles hasta ahora no acabaron de llegar: y la ración de carne, que dos veces á la semana le repartíamos, era muy corta para tantos. Los Españoles quisieran que los Misioneros obraran cada día un milagro, manteniendo turbas grandes en el desierto multiplicando pocos peces y algunas espigas de grano. Acosados de los infieles ofrecen montes de oro, á fin de que los Misioneros Jesuítas entren en sus tierras á pacificarlos y convertirlos; mas después les pesa de sus promesas, que rara vez cumplen. Ojalá no fuera tan cierta en esto la experiencia.

CDXCVII. *Maldad de Lorenzo: quitan la vida á dos indios cristianos y cautivan una muchacha.* — Asegurado Lorenzo de que yo por entonces no escribiría al Paraguay, intentó una empresa á que él no se hubiera animado si unos Españoles no le hubieran aconsejado. Sonó el tamborilillo y calabaza de expedición en sus esteras. Supe que se dirigía á ir á las tierras del pueblo de San Estanislao de Kostka. Procuré disuadírselo, y respondió muy sereno que no podía desistir, porque los mozos lo querían y que traerían *Nibadena* para pintarse. Con éstos se

acompañaba, y jamás le vimos hacer liga con Indios de edad y sosegados. El fin de su jornada dió bien á entender lo que pretendían. Quitaron la vida á dos indios cristianos del pueblo de San Joaquín, que andaban amontados; y cautivaron una muchacha como de veinte años, que no pudo ganar el bosque y descuidada se entretenía en un arroyuelo. Llamábase María. Engañó Lorenzo al Gobernador, diciéndole que nos la restituiría el indio que la cogió, por nombre Apacanigi, su íntimo confidente, y tan perdido como su amigo. Con largas de hoy á mañana, se quedaron con la cautiva, que quedó sin esperanza de su libertad con nuestro arresto. La razón de persistir en no dárnosla fué porque algunos españoles hicieron creer á Lorenzo que los indios de los dos pueblos referidos no eran cristianos; y que no es el Gobernador el que pre tende que no los cautiven, sino los Misioneros Jesuítas. De este modo los malos cristianos desacreditan las máxi mas más recomendables del Evangelio, por sus viles intereses. En esto excedió á los mismos infieles el arriba mencionado Delgado. Este buen hombre miraba con enojo á uno de los Misioneros, que le reprendió sus maldades, y hacía todo empeño por destruir la nueva Reducción que tantos sudores había costado.

CDXCVIII. *Vienen á vernos los Cadiguegodis.* — Al paso que Lorenzo y los malos Españoles nos causaban muchos desasosiegos, Dios endulzaba nuestros trabajos, enviándonos nuevos fieles que nos ofrecían campo en que esparcir la semilla de la fe de Jesucristo. Entre los alborotos del cautiverio dicho, llegaron muchos indios de los Cadiguegodis. Están situados en la orilla occidental del río Paraguay, en distancia como de seis leguas de un pueblo de los monteses llamados Etelemas. El cacique que hacía cabeza tiene por nombre Matotenigi. Explicó el contento que había en los toldos de aquella banda del río por saber el buen trato que los Misioneros daban á los Eyiguayegnis. Dijeron que, en abonanzando el tiempo, vendría á Belén el cacique Napidrigi con muchos de sus va-

sallos. Cada uno de los Misioneros podía decir con San Pablo : *Ostium magnum mihi apertum est et adversarii multi.*

CDXCIX. *Ida á la ciudad.* — Corría ya el mes de marzo y nos llegaron cartas del Padre visitador Nicolás Contucci, y embarcación en que yo fuese á la ciudad á darle parte de la Reducción, y de la oportunidad que había de extender más hacia el norte el cristianismo. Embarquéme el día 11, y entré en la Asunción el día 20 por la tarde. Húbeme de detener en el colegio para ayudar al Padre misionero Ignacio Oyarzábal, que necesitaba de operarios de lengua guaraní, que yo sabía. Concluída la misión, pasé á las misiones ó doctrina de los indios Guaranís á pedir limosna para la nueva Reducción, que estaba muy necesitada. Hiciéronla muy copiosa, mostrando mayor celo de la conversión de las almas los neófitos Guaranís, que los Españoles preciados de antiguos cristianos. Á su tiempo daré razón de estos viajes. Ahora nos llama una nueva escena de alborotos y males, que por la mayor parte sucedieron en mi ausencia.

CAPÍTULO XXXVIII

MAL PROCEDER DE LOS ESPAÑOLES PARA CON LOS MBAYÁS
LA VIRUELA

D. *Afligen á la provincia los infieles.* — Para inteligencia de lo que luego relacionaré, nos es preciso tomar el agua de un poco arriba. Recién recidido en la pacífica posesión del Gobierno del Paraguay el capitán de dragones don José Martínez Fontes, turbaban la provincia los infieles Abipones, aliados con los Lenguas y Tobas. Hicieron contra ellos algunas surtidas los Españoles, sin considerable escarmiento de los Bárbaros. Insolentes éstos repetían los avances con susto de los vecinos, que vivían en sus cacerías del campo y pérdida de sus haciendas. En una de estas ocasiones me hallaba yo en la ciudad con el cacique de la Reducción Jaime, su hijo Lorenzo,

y otros muchos Eyiguayeguis. Fueron éstos á ofrecerse al Gobernador para hacer guerra á las dichas naciones como auxiliares. Hablóme sobre el asunto, y parecióle expediente no desechar una milicia tan oportuna. Á instancias mías se dispuso la cosa de modo que los Españoles no tuviesen la menor sospecha de los Mbayás ni estos se riesen de las armas españolas, que tienen casi en desprecio.

DI. *Disposición del Gobernador en orden á hacer guerra á los Lenguas. Su contraorden.* — Lo que se resolvió fué que la gente Mbayá con sus capitanes entrase á la tierra de los Mbayás por los caminos conocidos é inmediatos á Belén. También, que seis ú ocho Mbayás prácticos del terreno, bajasen á la ciudad á ser guías de los soldados españoles que debían hacer su entrada por enfrente de la misma. Por último que las guías obrasen de concierto con los Eyiguayeguis que por Belén habían de marchar, determinando lugar conocido en que incorporarse los dos tercios de Españoles y Mbayás para así en un cuerpo coger á los enemigos. Por una intérprete cautiva explicó el Gobernador sus intentos á Lorenzo y á su padre, señalándoles el mes y día en que habían de empezar sus marchas para lograr el fin de atacar á los infieles. Admitieron gustosos los Mbayás el plan y plazo de esta empresa. Hízose la convocatoria en todos los casicatos ; y se juntó en Belén la más florida milicia de los Mbayás, en número de casi setecientos soldados. Lorenzo se hallaba en la ciudad, y era preciso esperarle, porque él había de elegir de los de la Reducción las guías y prácticos que necesitaban los españoles. Llegó Lorenzo : nos dió la carta del Gobernador, que ya había mudado de dictamen por aquella ocasión, y decía que en pasando unos meses se haría la entrada premeditada. Señalaba en su carta el mes en que esperaba á los soldados Mbayás en la ciudad para que prontamente marchasen á buscar los Lenguas con los soldados españoles. Á Lorenzo le dijo lo mismo de palabra. Esta nueva disposición se inti-

mó á los Mbayás, que la recibieron con agrado. Unos soldados se volvieron á los toldos, y otros fueron á la ciudad á hacer contratos, según acostumbran.

DII. *Caminan los Mbayás á la ciudad.* — Por el mes de febrero de este año de 1764 se cumplía el término de los meses señalados por el Gobernador y en que se esperaba en la ciudad la milicia de los Mbayás. Estos no yerran las cuentas de los meses, que ellos llaman Lunas. Parecióle á Lorenzo no convocar los toldos lejanos, y quiso la gloria de ayudar con los soldados de la Reducción á los Españoles. Partieron á buen tiempo á la Asunción, según el orden que el mismo Gobernador les había dado. Para asegurar sus mujeres y criaturas, las llevaron consigo, con ánimo de que las cuidasen las españolas todo el tiempo que les durase la campaña. Esta era una prueba real de la sinceridad de los Mbayás y como unos rehenes de las prendas que más estimaban.

DIII. *Juicio sin fundamento contra la lealtad de los Mbayás.* — Sin embargo, al Gobernador que era algo fácil, le impresionaron contra los Mbayás, haciéndole creer que el ánimo de éstos era apoderarse de la ciudad, y la milicia esforzaba á soplos de embustes el recelo mal fundado. Decían que los Mbayás tenían mucha milicia prevenida unas leguas de la ciudad para el asalto. El sitio que ocultaba esta milicia estaba poblado de Españoles: éstos nada veían, y en la ciudad soñaban ejércitos armados. Moríanse de hambre los Mbayás porque el Gobernador no les asistía, queriendo con este mal trato obligarles á que se volviesen á sus tierras. No se afligían mucho los Mbayás, porque pasaban el río, y cazaban ciervos, avestruces, etc., y lo traían á sus familias. Esto metió en mayor cuidado al buen Gobernador. Una mujer de casta (mulata) le dijo á su amo que era sargento mayor de la ciudad que un infiel Payaguá había asegurado que los Mbayás pasaban á la otra parte del río con pretexto de la caza á hablar á los Lenguas, con quienes estaban coligados, para destruir á los Españoles.

El sargento mayor era muy crédulo; y constándole que con los Mbayás iban á caza jóvenes españoles alentados, y que éstos no habían visto tales Lenguas, sin embargo, corrió apresurado á dar parte al Gobernador. Aumentóse el temor de éste más por el que su mujer mostraba que por verosímiles indicios.

DIV. *Aparatos contra los Mbayás.* — La cosa remató en tropelía y aun en inhumanidad contra los inocentes Indios. Hizo el Gobernador arrastrar á la puerta de su casa para defenderla, algunas piezas de artillería. Apostáronse varias compañías de caballería española en sitios aventajados; y levantáronse piquetes en la plaza, revolviendo por un femenil miedo toda la provincia. Pusiéronse soldados que sirviesen de centinelas cuando caminaban por las calles los Mbayás, que estaban con tales novedades casi pasmados. Mas para forzarles á desamparar la ciudad les enviaron al toldo que tenían fuera de la ciudad varias personas que estaban convalecientes de las viruelas, que en la provincia hacían estragos. Esta traza sin caridad hizo que muchos de los Mbayás se determinasen á dejar la tierra y volver á sus toldos. Lorenzo lo advertía todo, y oía lo que se hablaba contra ellos. Lo entendía muy bien, porque desde niño aprendió la lengua guaraní mezclada con español, que es la vulgar en la Asunción. Por otra parte sabía por carta que yo había escrito al Padre Rector del colegio desde una hacienda llamada Paraguary que yo estaba ya de vuelta de mi viaje á las Misiones. Pedía Lorenzo que no se atropellase á los Mbayás hasta que yo llegase, y me informase de lo que les sucedía, y quedase el Gobernador desengañado.

DV. *Sacan á los Mbayás con guardias.* — No hubo lugar en un hombre poseído del miedo petición tan justificada. Juntóse milicia española que de grado ó por fuerza sacase á los Mbayás. Cedieron éstos á la violencia. El que se había encargado de principiar esta acción indecorosa, fué un don Salvador Cabañas, hombre de buen cuerpo y poca alma. Llegaron á un palmar de aquellas palmas que

comen los Mbayás. Éstos, castigados en las temporalidades, tenían hambre. Parábanse á cortar algunas palmas; y el dicho Cabañas con espada en mano, les amenazaba y violentaba unos ánimos ya exasperados. Un indio echó también mano á su lanza: la dicha de Cabañas consintió en acudir prontamente un sargento juicioso y querido de los Mbayás. Sirvió de iris que serenó la tempestad, que hubiera sido de sangre. Más aunque se evitó este principio de rompimiento, no se pudo borrar del ánimo de Lorenzo el odio que concibió y fomentaba en su pecho contra los Españoles. Las viruelas, que sacaron de la ciudad algunos Mbayás, y se declararon en el camino y en la Reducción, en que hicieron riza, estorbaron la pronta venganza que hubieran tomado.

DVI. *Sigue el mismo asunto.* — Llegué yo á la ciudad dos ó tres días después de la violenta echada de los Mbayás. Informéme de todo, y fué preciso dar á entender al Gobernador el riesgo en que tenía metida á la provincia. Vióse el caballero atajado, sin saber qué hacerse para atajar el fuego que había encendido su credulidad medrosa. Saquéle de cuidado, escribiendo al punto una carta á mi compañero el Padre Juan García, y enviándosela á Lorenzo al camino con un recado de que me esperase en la Reducción á donde yo por el río luego iría con muchos regalos, que de limosna me habían dado los Guaranís de las doctrinas. Á mi compañero le enteraba en breve de lo sucedido; y su prudencia halló modo con que deslumbrar á los Mbayás ofendidos, é impedir el rompimiento con la provincia. En estos aprietos ponen los Españoles de poco alcance á su patria y á los Misioneros Jesuítas.

DVII. *Muere un Mbayá de viruelas: los demás huyen.* — Deseaba yo llegar cuanto antes á la Reducción, y tantear los ánimos de los Mbayás para aplicar los medios conducentes ó sosegarlos. Pero el Gobernador dio tantas largas, imbuído de algunos que tenía al lado, que no pude aportar á mi Belén hasta el día 12 de abril del dicho

año. Sacaba las lágrimas ver el lamentable estado de los pobres Mbayás. Luego que éstos en el camino, como ya advertí, notaron algunos picados de las viruelas, sin atender á nada, se pusieron en casi precipitada fuga. En la hacienda del noble caballero don Sebastián de León y Zárate quedaron dos infieles, que, postrados del accidente, no pudieron pasar adelante. Asistióles la gente de don Sebastián con caridad cristiana. Alguuos instruyeron y bautizaron en los últimos extremos de la vida, que acabó con sentimiento de aquellos buenos cristianos, cuyos amos les precedían en la caridad con insignes ejemplos. El otro, convalecido después de tiempo, vino á la Reducción menos edificado que agradecido de la grande caridad con que en todo le asistieron.

DVIII. *Estrago que hicieron las viruelas.* — En la Reducción apenas quedó indio de los infieles. Conforme iban llegando, deshacían los toldos, y, sin esperar á los que se seguían, huían todos, como si tuvieran á la vista un ejército de contrarios. Algunas familias se resolvieron á no desamparar á los Misioneros, ya que ellos se veían en el mayor desamparo de sus parientes y hermanos. Los que se huyeron, se escondían en lugares sombríos y excusados, por lo que diré abajo. Mi compañero á los que se habían quedado servía de enfermero, sin permitir prudentemente que los cristianos Guaranís fuesen á asistir á los enfermos, porque no se les pegase el contagio. Llegué yo y los dos partimos el trabajo. Visitábamos á los pobres y les llevábamos alimento. Como el mal era ejecutivo, nuestro primer cuidado era disponerlos para que muriesen cristianos. Quebraba el corazón la vista lastimosa de aquel teatro de la muerte. No había padres para hijos, ni hermanos para hermanas. Unos huídos no cuidaban de los otros, y se morían sin otro consuelo que tener los Misioneros consigo. Al fin la desolación llegó á lo sumo, y murieron más de doscientos indios. Lloraban los caminos de Sión, porque no había quién viniese á las solemnidades del rezo y sacrificio incruento.

DIX. *Asombro de los indios.* — Lo que más traspasaba de dolor nuestros corazones era que, remitido ya el mal, iban saliendo de sus escondrijos los pobres infieles. Me llamaban desde algún trecho (porque temían dar con el enemigo de las viruelas, si se acercaban) y pedían algún alimento. Muchas veces se lavó éste en nuestras lágrimas. Recibida la limosna, se despedían casi sin hablar palabra, como atónitos del fatal golpe. Así se explicaban y nos decían: Eiodi, Yopoconaga, Tibigi: mi Padre, estamos pasmados de asombro. Algunos más alentados me preguntaban quiénes habían muerto, y con un tierno suspiro arrojaban entre sollozos estas palabras: Nocododite Eyiguayegui! Ah pobres Mbayás!

DX. *Viénese el cacique á Belén y le dan las viruelas.* — Uno de los que con mayor apresuración huyó fué el cacique Jaime con su familia. No nos era fácil descubrir los sitios en que vivían escondidos, por estar en bosques; y por mudarlos con frecuencia. Cuidadoso el viejo de nuestra salud, vino á vernos, y á llevar algún sustento. Con esta ocasión supimos en donde moraba, y que no había en su vida padecido viruelas. Animéle á que se viniese á la Reducción, en donde en caso de asaltarle la enfermedad, yo le asistiría. Nos temíamos que se muriese sin bautismo en su guarida. Oyóme el cacique y dentro de pocos días se vino á estar con nosotros. Ya traía la enfermedad consigo, y otros dos de su casa. Bautizamos á éstos que murieron en breve. Al viejo cuidamos lo mejor que podíamos, llevándole de nuestra ropa para su abrigo, y dos veces al día medicina y comida. Quiso Dios conservarle la vida, la cual era muy necesaria para que la Reducción durase. Su hijo Lorenzo nos vino á ver muchas veces, y llevaba su limosna de comida; pero no quiso acercarse á vivir con nosotros por el temor de las viruelas.

DXI. *Mueren muchos Guaranís.* — Emprendieron éstas á los cristianos Guaranís que nos ayudaban, y hasta entonces estaban libres de esta epidemia. Empezó otro es-

pectáculo de lástimas. Había muchos adultos que, picados del accidente, se echaban en sus hamacas ó redes, casi con ciencia de que acabarían sus días. En todos los Indios son contagiosas las viruelas; mas en los Guaranís son preliminares de la sepultura. Murieron 21 personas, y las más de oficio que nos servían mucho en la nueva plantación, á la cual voluntariamente, por ayudar á los Misioneros, y enseñar á los infieles, habían caminado. Dios hizo esta prueba de los Mbayás y de los Guaranís, reservando por sus justos juicios buenos y sanos á los infieles de los toldos de arriba, ó de hacia el norte. También se manifestó su providencia en haber conservado á todos los niños y niñas recién bautizados de los cuales no faltó ninguno.

DXII. *Noticia de las paces con los Chiquitos.* — Repetía Lorenzo las visitas en busca del sustento. Habléle en orden á venirse á la Reducción y prometió hacerlo. Traté con él el punto de hacer viaje á los pueblos de los Chiquitos, en estando bueno el tiempo. Hizo también protesta de que no iría sin que yo le acompañase. Ya sabíamos que los Guetiadegodis habían primero estado en el pueblo del Santo Corazón de Jesús, y lo que después hicieron, como lo digo en los Diarios de la segunda parte. Nuestro recelo era de que Lorenzo, llevado de su genio inconstante, levantase gente, y fuese á ayudar á su amigo Golanigi contra los Chiquitos. Por ésto tiramos á sujetarle, aunque en mi ausencia renunció el bastón de capitán, y con unos pocos que gustaron seguirle, se fué al toldo de los Guetiadegodis; y después á la estancia del Santo Corazón de Jesús, en que quedó aprisionado con otros muchos Eyiguayeguis.

DXIII. *Padre Provincial no llega á Belén.* — Mi ausencia de la Reducción por este tiempo se hizo precisa por lo que diré ahora. El Padre Provincial Pedro Juan Andreu llegó á visitar los pueblos de San Joaquín y de San Estanislao. Determinó pasar á la Reducción de Belén. Faltábanle prácticos de la mayor parte del camino. Con unos

indios monteses me escribió una carta desde la primera jornada el Padre Tadeo Enis, cura de la Reducción de San Estanislao. En ella me decía en nombre del Padre Provincial que saliese al río Xejuí, en donde me esperarían. Ejecutélo así, mas en vano, porque ya, dándose por perdidos, habían retrocedido á San Estanislao. Esto me obligó á volverme á la Reducción, y desde ella emprender el nuevo y largo viaje por las tierras de los pueblos mencionados al Paraguay, en que hablé al Padre Provincial.

CAPÍTULO XXXIX

ALBOROTOS ENTRE LOS MBAYÁS. SE ASILAN PAYAGUÁS EN BELÉN. RECELOS QUE INFUNDEN LOS CHIQUITOS

DXIV. *Desamparan los Mbayás la Reducción.* — Conseguí del Padre Provincial un nuevo Misionero para la misión de los indios Chanás ó Guanás, cuya Reducción se intituló de San Juan Nepomuceno. Con el Padre Manuel Durán, éste es su nombre, volvimos á Belén, adonde llegamos el día 25 de octubre de este año de 1764. Dos novedades encontramos, ambas de momento. La primera que todos los Mbayás faltaban de la Reducción y andaban por los campos y sitios donde habían enterrado los que murieron de las viruelas, recogiendo los descarnados huesos. Estos, envueltos en alguna manta ó en un poco de tela de algodón, eran llevados al común enterramiento ó Napiog, que distaba muchas leguas. Hablábamoslos para que, acabado su ejercicio de natural piedad, se volviesen á vivir como antes, á Belén. Todos decían que sí; pero fué muy raro el que lo cumplió.

DXV. *Engaña Lorenzo á los Mbayás.* — Procuraban dar varias excusas de su demora, pero la verdadera y la única ocultaban cuanto podían. No obstante, no pudo estar mucho tiempo la maldad de Lorenzo; y ésta fué la otra novedad de mayor consecuencia, y de que dependía la enajenación de los Mbayás del sitio de Belén. Solici-

taron los Guetiadegosis á Lorenzo para la guerra con los indios Chiquitos. Hallóle el convite en el escondrijo que tenía por miedo de las virnelas. Dió el sí y alistó unos pocos soldados, buscándolos en sus madrigueras. Engañó á su padre Jaime que le disuadía el viaje, que el hijo calificaba de nuevo paseo á ver á sus amigos. Quiso engañar á mi compañero, que le conoció sus malvados intentos. Prometíase Lorenzo con los Guetiadegodis la victoria y volver cargado de cautivos cristianos, y otras cosas á sus esteras. Adelantaba más el pérfido en este caso favorable, y era revolver con toda la milicia Mbayá vencedora contra la ciudad de la Asunción, y lavar con sangre de Españoles sus imaginados ó reales agravios. Atajó Dios las ideas de este joven desenfrenado, favoreciendo á los indios Chiquitos, que á todos los aprisionaron. Ahora como las miras de Lorenzo estaban puestas en hacer la guerra á los Españoles, no le pareció acertado que los Mbayás con su padre Epaquiní quedasen en la Reducción, porque servirían de estorbo para sus intentos. Tuvo arte para persuadirles que se apartasen de Belén hasta que él volviese de su viaje, y entonces todos se vendrían. El cautiverio ó prisión de Lorenzo y de los Mbayás se supo en los toldos; pero se miraba como un problema, patrocinado por ambas partes. Al fin llegó con unos Guanás fugitivos la noticia cierta; y ésta descubrió las intenciones de Lorenzo. Penetrado de sentimiento con este frangente su anciano padre, vino á verme. Explicóse con ardimento contra su hijo por sus engaños; y me habló en orden á que yo fuese á rescatarle. Todo constará del viaje que pondré después que tiene cosas bien notables. Los Enacagas con su cacique Caminigo se opusieron á la prosecución de mi camino con frívolas esperanzas de ver restituídos á sus toldos los prisioneros Eyiguayeguis. Fué preciso volverme á la Reducción. Pasó todo lo referido en diciembre del año 1765.

DXVI. *Miedo de Caminigo.* — El cacique que se opuso á la prosecución del viaje, sobre ser de condición agres-

te, hace alarde de la medicina más sublime. Como Nigienigi, finge continuas visiones, y una le manifestó á los Mbayás prisioneros ya libres, y en sus toldos. Con una ciencia tan evidente, fuera demasiado abatir sus intuiciones, dejándome pasar adelante. No obstante, el día 11 de enero de 1766 llegaron unos indios de nuestra Reducción, y aseguraron que el visionario Caminigo, de miedo de los Chiquitos, andaba huído con su gente por la serranía. También que los demás Mbayás estaban ya en camino para la Reducción. Así sucedió, aunque pararon poco tiempo, y se fueron á la ciudad á hacer sus cambios ó contratos. Después se fijaron en Belén, porque vivían con grande sobresalto de que los sorprendiesen los Chiquitos. Compusieron las sementeras, y vivían sin susto, porque como ellos decían, estando aquí los Padres, aunque vengan los Chiquitos estamos seguros.

DXVII. *Viaje á los Monteses. Los Mbayás quietos.* — Mientras los Mbayás obligados del temor de las flechas de los Chiquitos, vivían quietos en Belén, por orden del Padre viceprovincial Antonio Miranda, emprendí un viaje hasta los dos pueblos de San Estanislao y San Joaquín. Acabada mi comisión, me volví á Belén en que entré día 7 de abril. Pondráse con los demás al fin. Las cosas de la Reducción iban prósperamente, por donde conocimos que Lorenzo no nos hacía falta, y que cuando estaba, nos sirvió de estorbo con sus novelerías.

DXVIII. *Payaguás se vienen á Belén.* — Esparcióse por todos los toldos de las dos orillas del río Paraguay el terror del valor de los indios Chiquitos. Apoderóse también de los Payaguás, que se vinieron á Belén á buscar asilo. El día 21 del mes arriba escrito aportaron sus canoas al río Ypané-guazú y el siguiente 22 llegó á hablarnos ese cacique llamado Ecoguede entre los suyos, y entre los españoles conocidos por el nombre de Cuatí. Es cabeza de la parcialidad de los Zarigues los más perversos que infestan el río, y los que quitaron la vida á los Padres Arce y Blende. Pidióme establecerse en Belén

con toda su toldería, que tendría como unas cuatrocientas almas. No convenía tener á la vista una gente que no idea sino traiciones; y por otra parte no sabe más ejercicio para buscar la vida, que la pesca, para lo que necesitan río grande y en que abunden los peces, cocodrilos, capibaras, hidros y otras especies de que se mantienen.

DXIX. *Determínase sitio á los Payaguás en algunas condiciones.* — Respondiósele, pues, que en Belén no se le daría forma de establecerse. Lo primero, porque no gustaban los Mbayás de la Reducción; pero que éstos les darían sitio acomodado donde pudieran vivir sosegados y apartados en una proporcionada distancia por evitar pleitos y encuentros entre las dos naciones, tan opuestas en genios como españoles y franceses. Parecióle bien al cacique esta disposición; y se le señaló la tierra inmediata á la desembocadura del Ypané en el río Paraguay. Aquí lograban la conveniencia de la pesca y buen terruño para sementeras. Propusiéronseles y aceptaron las condiciones siguientes: 1° Que no habían de vagar por el río á hacer daños; 2° Que habían de tener paz con los Guanás y otras naciones amigas de los Mbayás, sin inquietarlas como acostumbraban; 3° Que con los Españoles habían de conservar la amistad, sin ir á robar y matar á traición, so pena Españoles y Mbayás les harían viva guerra hasta terminarlos; y también se llamarían de auxiliares los Chiquitos, cuyo valor los tenía espantados; 4° Que habían de hacer sementeras de maíz, tabaco, algodón, etc., para lo que yo les ayudaría, haciéndoles arar la tierra, y dándoles las primeras semillas; 5° Que no habían de cortar árboles Timbós para la fábrica de sus canoas en las inmediaciones de Belén, sino á la orilla del río Paraguay. También que yo no les había de prestar hachas, ni otras herramientas. Por último, les propuse que si querían ser cristianos, yo iría dos ó más veces cada semana á verles y enseñarles; y que cuando por pruebas claras constase su constancia y buen porte, pediría Misioneros Jesuítas que viniesen á vivir de asiento entre ellos y formar pue-

blo. Agradóles la propuesta, que también los Mbayás aprobaron, como que interesaban en descanso.

DXX. *Retíranse los Payaguás.* — Algún tiempo estuvieron los Payaguás en el lugar señalado y con nosotros en Belén, para ganarles más, algunas familias. Pero tan bellos principios se atajaron con la ocasión que digo en uno de los Diarios de la segunda parte. Las voces y sospechas bien fundadas de que los Payaguás habían muerto con engaño á unos Mbayás fugitivos de los pueblos de los Chiquitos, los hizo retirar de Belén, y acogerse al abrigo de los Españoles en la ciudad. Es cierto que corrían riesgo, y que los Mbayás, en caso de ser ciertos los homicidios, les tenían decretada la muerte.

DXXI. *Divúlgase el temor de los Mbayás á los Chiquitos.* — Las referidas voces y el rumor de que los indios Chiquitos intentaban correr todos los toldos, y hacer prisioneros á cuantos encontrasen que no fuesen de la Reducción traía á todos aturdidos. El miedo de los Mbayás lejanos esforzaba estas novedades. Enviaron á decir que los fieles Chiquitos se hallaban ya apostados en la orilla occidental del río Paraguay para perseguir por ella á los Mbayás. Añadían que se disponían pasarle para hacer lo mismo por la oriental hasta acabar con todos. Movido de estas noticias vino á hablarme el cacique Napidrigi, que se hallaba en Belén con sus vasallos los Lichagotegodis, suplicóme que les tuviese piedad, y tomase el trabajo de ir á hablar á los Chiquitos, pues no había otro medio de hacer apartar sus triunfantes armas, y de apagar su enojo justamente enardecido por la muerte de su padre, y maestro. Díjele que esperásemos más fundadas noticias; y que, en caso de ser verdaderas, no rehusaría hacer lo que me pedía. Agradeciólo y ofreció cabalgaduras para el camino.

CAPÍTULO XL

MOVIMIENTOS ENTRE MBAYÁS. EXPULSIÓN DE LOS JESUÍTAS

DXXII. *Retíranse de la Reducción los Mbayás.* — Con la quietud que ofrecía el tiempo, me resolví á hacer un viaje entre Sur y Oriente, y registrar bien aquellas tierras, y ver si había infieles, y si ofrecían algunas conveniencias á la Reducción. Lo que se descubrió se verá en el diario de este camino. También los Mbayás lograron la sazón, y con cartas nuestras caminaron muchos á la ciudad á sus acostumbrados contratos. Todo prometía una tranquilidad grande en la Reducción; mas el enemigo de las almas sembró la cizaña de la discordia entre los Mbayás, con que se malograron nuestras esperanzas. En el regreso que hacían de la ciudad muy contentos, tuvieron entre sí sus reyertas por cosas de ninguna substancia, mas para indios de mucha monta. Paró el enojo de unos con otros en levantar los más sus esteras, y caminar á sus antiguos sitios. Con nosotros se quedó el cacique Jaime y algunos pocos, que no tardaron en hacer lo mismo que sus émulos. Antes de este disturbio logramos bautizar á dos ancianos, que murieron luego, y á una vieja, que sobrevivió á su bautismo.

DXXIII. *El cacique despide á los Mbayás.* — Antes de partirse el viejo Jaime vino á verme, y en cierto modo á condenarse del desparramo inesperado de los Mbayás. Díjome que él como cacique los había despedido, y apartará de Belén á cuantos llegasen. La causa de su enojo estribaba en las razones siguientes: Que estando enfermo en el Paraguay, no se comidió ni uno de sus Nigienigis ó médicos á curarle ó chuparle. También porque sin su beneplácito se habían vuelto, faltándole al respeto debido y sumisión acostumbrada. Añadió que consigo tenía al portugués Antonio, y á otros que le reconocían por su príncipe ó capitán grande. En ésto se declaró más de lo

que pretendía, y se conoció que el disgusto de los Mbayás tuvo su origen en las impertinencias del viejo cacique y de los de su casa. Concluyó que él también se iba á cuidar de sus vasallos; y que presto todos volverían con su sobrino Caminigo, que andaba vagando con todas las mujeres de su toldo por miedo de los Chiquitos.

DXXIV. *Resuélvese mi viaje á las Misiones de los Chiquitos.* — Lo que ayudó grandemente á la resolución dicha fueron las voces que les llegaron en orden á los prisioneros que estaban en los pueblos de los Chiquitos. Un enviado del toldo de Caminigo trajo á Jaime la plausible noticia de haberse escapado siete de los prisioneros, llegando con bien á los toldos. Dijo también que su hijo Lorenzo no venía porque los Chiquitos esperaban al Padre Misionero de Belén en sus pueblos; y que entonces con el Padre volvería. Con tan deseada noticia me habló Jaime sobre mi ida á las misiones de los nombrados Chiquitos. Dificultésela con bastantes razones, y mucho más por haberme impedido la primera expedición su sobrino Caminigo. Ajustóse el viaje con ciertas condiciones, siendo la principal que yo no me empeñaba en volverle á su Lorenzo ni á otro Mbayá alguno de los prisioneros. Que iría, sí, mas á ver solamente si era verdad que me esperaban los Chiquitos, y si vivían los Mbayás, según los huídos referían. Quedó contento el viejo, y aplazada mi salida para cuando llegase mi compañero el Padre Juan García que estaba en la ciudad. Al fin dijo que él quería acompañarme en mi camino, y que se iría poco á poco delante á esperarme en su lugar antiguo, que yo bien sabía. Dejó algunas cabalgaduras y unas siete personas entre hombres y mujeres que debían acompañarme.

DXXV. *Córtase el hilo á nuestras esperanzas.* — Día 1° de diciembre llegó mi compañero, y se empezó á disponer el viaje dicho. Concluído todo, salí el día 10 de la Reducción; y, habiendo llegado á los toldos de Epaquiní, hablé á los Mbayás para que se volviesen á Belén, olvidados antiguos disgustos. Así lo ejecutaron, siguiéndoles des-

pués de algún tiempo el cacique. Aquí me esperaron, y tuvieron el consuelo de verme entrar la noche del 7 de agosto del año de 1767. Con las buenas nuevas que les traje se animaban á vivir quietos, como esperábamos que lo harían; pues ya cesaba el motivo frívolo de esperar á Lorenzo en el sitio que él les dijo. Con los sudores y trabajo de mi compañero hallé las cosas de la Reducción muy adelantadas. Los campos limpios, y bien cultivados, parecían un jardín ameno. La gente dócil y aplicada, causaba sumo consuelo. La nueva Reducción de San Juan Nepomuceno, ya principiada, era puerta para el numeroso gentilismo de los Chanás ó Guanás, que querían ser hijos de Dios y vasallos de nuestro Católico Monarca.

DXXVI. *Instan los Mbayás Lichagotegodis por Misioneros.* — Los Mbayás de los cacicatos lejanos quedaban hablados y movidos á recibir Misioneros Jesuítas; y ya ideada la Reducción de San Ignacio de Loyola de Mbayás Lichagotegodis. Esta parcialidad estuvo con nosotros á los principios más de año y medio en Belén. La gente era mucha, y habíamos bautizado á bastantes chicos. Algunas veces se disgutaban con los del cacicato de Epaquini y al fin fué necesario que se apartaran, con la esperanza que les dimos de que en breve vendrían otros dos Misioneros Jesuítas. En mi vuelta de los Chiquitos salió el cacique Napidrigi con casi todos sus vasallos á encontrarme y reconvenirme con la palabra que le había dado. Confirméle en sus buenos deseos y le dije que ya era llegado el tiempo de consolarle: que me siguiese á Belén, desde donde iríamos á la ciudad á agenciar con el Gobernador don Carlos Morphy los Misioneros. Ellos caminan lentamente: y yo á los trece días de mi llegada por orden supremo arrestado y preso con mi compañero el Padre Juan García.

DXXVII. *Nuestro arresto ó prisión.* — El caballero comisionado para nuesto arrestro ó prisión, fué don Antonio de Vera y Aragón, vecino honrado de la Asunción. Dióme la carta del Padre Rector y nos leyó el Real Decreto

manifestando con lágrimas el sentimiento que le penetraba. Díjele que caminaríamos luego que gustase, porque con nuestro Breviario teníamos bastante viático. No, Padres míos, respondió don Antonio. Los infieles Mbayás están aquí y la novedad puede perturbarlos y hacerles precipitar á algún arresto que llore toda la provincia. Pareció expediente dar parte de nuestra ida á los neófitos, endulzándoles la noticia con agasajos y con frases que les hiciesen entender que el grande amor que el Rey y nuestros Padres tenían de vernos nos sacaba de entre ellos. No era fácil ocultárseles el motivo, yendo á la ejecución algunos soldados españoles, que no todos eran tan prudentes como su jefe. Supieron, pues, los Indios adonde caminábamos y que ya no quedaban Jesuítas ni entre los Españoles. No les falta capacidad para concebir este golpe y llevar más adelante lo que en su fantasía se les representaba de la suya y nuestra desgracia.

DXXVIII. *Sentimiento de todos los neófitos por nuestra partida.* — Retiráronse á sus esteras, y empezó un grande llanto que duró toda la noche. El cacique vino á vernos varias veces y á preguntarnos si volveríamos presto. No lo sabemos, le decíamos, pero esperamos que sí, y que nuestro capitán grande (el rey nuestro señor) os enviará cuentas, plata, y lo que necesitáreis. Ya experimentáis la benignidad de su real ánimo, pues os señala por Maestro y Padre al sacerdote que tenéis presente. Era éste un señor clérigo jóven, que en la ciudad había estudiado la filosofía en el colegio, y también la teología, en que fué mi discípulo. Tomando pie de esto les dije que le respetasen y obedeciesen, porque era sacerdote y nuestro hermano. Y para que conozcais que le amamos, todas las cosas que hemos adquirido para vuestro consuelo, se las dejamos, aun nuestros libros. Si es así como decís, replicó el cacique, por qué no anda vestido como vosotros ¿Por qué viene sin ropa larga? (estaba en cuerpo á la sazón y trae hebillas en los zapatos). Todas estas menudencias abultan mucho en la idea de los Indios.

DXXIX. *Sosiegan á los Indios los Misioneros.* — Mientras yo sosegaba al cacique que con otros indios estaba en mi cuarto, mi compañero procuraba lo mismo afuera con el mujeriego y criaturas. Estas más osadas, le dijeron á las claras : para ir á ver al Capitán Grande basta nuestro Padre, entiéndolo por mí ; tú quédate aquí con nosotros, como lo haces siempre que nuestro Padre va á sus viajes. Y diciendo y haciendo le cogieron para llevársele á los toldos. Con buen modo salió el Padre de este empeño, pero los neófitos por nuestro respeto y las razones que les dábamos, no pasaron adelante en su empeño, pero si en su sentimiento. El jefe español y sus soldados dieron auténtico testimonio de que la quietud de los Mbayás se consiguió por los esfuerzos de los dos Misioneros.

DXXX. *Nuestro embarque.* — Llegó el día 19 de agosto y quinto del arresto. Sosegados los indios, se determinó el embarque. Dista el puerto de la Reducción cosa de unas tres leguas y todo el camino y la orilla del río se llenó de Mbayás y Guaranís que querían darnos el último vale. Era espectáculo que sacaba las lágrimas ver aquella pobre gente y dejarla á los siete años cabales que entramos en sus tierras adonde español ninguno se había atrevido á entrar por la ferocidad de los Eyiguayeguis. Dimos gracias á Dios en este paso de su docilidad, y que la dulzura de las palabras de los Misioneros Jesuítas los tuviesen en estado de no haber llevado el negocio por las armas.

DXXXI. *Entramos en la ciudad* — En tres días de navegación aportamos á la ciudad ; y las playas y calles inmediatas se llenaron de sus nobles vecinos, cuyos rostros y lágrimas de muchos aliviaban, ó más diré, agravaban nuestro sentimiento. Conocida la nación Mbayá, y que aquella provincia quedaba expuesta al furor de sus armas, se nos ofrecían las palabras del Divino Redentor en su deshonroso camino al calvario : *Filiæ Jerusalem, nolite flere super nos, sed super vos ipsas flete,* etc. El se-

ñor Gobernador, don Carlos Morphy, sin faltar á las obligaciones de leal vasallo del rey, tuvo muy presentes las de generoso y cristiano caballero.

DXXXII. *Agasajo de los reverendos Padres Mercenarios.* — La casa destinada á nuestro retiro fué el religiosísimo convento de Nuestra Señora de la Merced. El agasajo y caridad que recibimos de aquellos santos religiosos y principalmente de su reverendo Comendador el Padre Pessoa, pide más larga relación. Lo que sin duda podemos asegurar, es que nos trataron como á carísimos hermanos, y que fueron redentores de las amarguras, que tal cual seglar ingrato intentaba aumentarnos. No podía Cabañas llevar en paciencia, ver la alegría que realmente rebosaba de lo interior á nuestros semblantes. Nos quisiera aherrojados y en una mazmorra, contra las intenciones piadosas del soberano. Pero era tiempo de hacer figura, si pudiera, con nuestra opresión, un hombre todo fachada. No penetraba (como de corto alcance) que nuestra alegría y júbilo nacía de raíces despegadas de la tierra, y que al sabio todo el mundo le es patria.

DXXXIII. *Vienen los Mbayás á la ciudad á vernos y pedir Misioneros.* — Dábanse disposiciones para nuestro segundo embarque por el río Paraguay y Paraná hasta la ciudad de Buenos Aires, caja determinada, que para nosotros fué cerrada, por el encierro casi inhumano y trato que experimentamos. Huye la memoria del recuerdo y la pluma no da tinta para relacionarlo, temiendo el escándalo del orbe cristiano. Antes pues, de embarcarnos llegaron á la Asunción el cacique Jaime y sus vasallos los neófitos; y también el cacique Napidrigi con los suyos, que son los Lichagotegodis. Buscáronnos en el convento, noticiosos ya de lo que pasaba. No sabían los pobres apartarse de nosotros, entre confusos y pasmados. Exhortámosles á perseverar en la Reducción, en que ya habían notado alguna otra cosa que les movía á desampararla. Preguntóme Jaime por qué el clerigo que había ido á sucedernos tenía consigo guardia de soldados? Res-

pondíle que para defenderlos en caso que hiciesen alguna irrupción los Lenguas. ¿Y por qué vosotros, replicó él, no teníais miedo? El modo del clérigo no agrada á los Mbayás. Preguntó más: y á qué fin se ha encerrado en un cercado de palos? Esto les dió mucho golpe, porque los presidios de los Españoles están así rodeados. Díjele que lo hará por los tigres, que eran muchos y muy feroces. ¿Y cuando tú estabas, faltaban tigres? No los cazábamos sin que te encerraras. Creo, añadió el viejo, que no nos conoce el clerigo, y que tiene poca experiencia porque es aún joven. Nuestros hijos se irán, y después yo haré lo mismo. «Dile á nuestro Capitán Grande (al Rey) que te envíe presto, que yo le pido que tenga compasión de nosotros. Tu eres nuestro Padre, te has fatigado en buscarnos alivio y en aprender nuestra lengua; y ahora que la sabes te aparta de nosotros. Sollozando el buen anciano, repitió: dile al Capitán Grande que tenga compasión de nosotros y que yo Epaquini le pido que te vuelva á nuestra tierra presto.»

DXXXIV. *Enojo del cacique Napidrigi.* — En más cuidado puso el modo del cacique Napidrigi. Preguntóme éste en dónde estaban los Padres que yo le había prometido para sus maestros y misioneros. Díjele que los pidiese al señor Gobernador, que tendría cuidado de consolarle á él y sus vasallos. Yo quiero á tus hermanos, y estoy admirado de no hallaros en vuestra casa, que he visto con solos soldados. ¿Qué significa ésto? Procuré por cuantos medios pude satisfacerle; pero el indio con un modo de desdén, poniéndose la mano derecha sobre los labios, y pronunciando en su acostumbrada admiración. V. V. V. V. añadió estas palabras: «No vale, no vale el modo de los españoles», y sin despedirse se retiró con los suyos. Nuestro Señor contenga los ímpetus del bárbaro, cuya demostración lo era de su enojo y cólera. Para estos Indios estaba destinada una futura Reducción cuyo titular fuese el ínclito patriarca San Ignacio de Loyola.

DXXXV. *Hacen sentimiento los Payaguás.* — Lo que causó admiración á todos fueron las demostraciones de sentimiento que en su toldería, que estaba inmediata á la ciudad, hicieron los infieles Payaguás. Cuando éstos supieron el arresto de los Jesuítas, en cierto modo pusieron entredicho á su genio alegre. Por la noche lloraban en sus esteras el trabajo de los Padres. Uno de ellos, llamado Anapichiguá, capitán bien conocido, en su modo de hablar la lengua española, delante de muchos españoles y otra gente de castas, dijo : « Los Payaguás lloran porque irse *Pay Teatino, Pay Teatino mucho bueno : pay Teatino no malo* ». En este castellano elegante decía otras cosas de poco honor de los Españoles, y que se omiten ; bastando saberse que los Payaguás son testigos de muchas maldades de personas que se precian de españolas y cristianas.

APÉNDICE

VIAJES, DIARIOS Y VARIAS CARTAS

Por no cortar el hilo de la Historia de la fundación y progresos perteneciantes á los Mbayás y Reducción de *Nuestra Señora de Belén,* omitimos en la serie de años algunas piezas juzgándolas necesarias para mejor conocimiento del país y de los Eyiguayeguis, las pondremos en este lugar como Apéndice de la misma Historia.

Solamente se reserva el Diario y carta perteneciente á la nación de los Chanás ó Guanás para cuando se trate de estas gentes, y de los pasos que en su conversión habían dado desde Belén los Misioneros Jesuítas, con fundadas esperanzas de reducirlos todos.

CAPÍTULO XLI

DIARIO DEL PRIMER VIAJE Á LA CIUDAD

DXXXVI. *Motivo del viaje.* — La falta de socorro y la penuria en que nos hallábamos en Belén, nos tenía ya puestos casi en la más inminente necesidad. Mi compañero y yo llegamos á la economía de contar al mediodía y á la noche unos granos de maíz para que nos durase este pan de cada día, que con un poco de carne era

todo el alimento. Los indios Guaranís que nos ayudaban estaban en la misma miseria, manteniéndose con algo de carne y cogollos y pedazos de palma. Los Españoles muy sosegados porque ya nos tenían de guardias avanzadas en la tierra, que les guardábamos el descanso. Corrieron voces de que á la orilla del Sur del río Xejuí habían llegado algunos Españoles que conducían algún ganado. Resolvíme á ir á buscarlo y dar prisa en su camino. No sé lo que fué, pero interiormente sentía grandes impulsos de emprender este viaje. No los manifesté á mi compañero, el Padre José Martín Matilla por no desconsolarle, pues en tal cual salida breve que hice á registrar la tierra, conocí que sentía quedar sólo. Al fin, la noche del día 16 de abril de 1761 más que nunca percibí los impulsos dichos; y me determiné á ponerme en camino. Toda la dificultad consistía en no tener práctico; más, fiado en la Divina Providencia, con tres mozos Guaranís, cada uno con dos caballos, caminé según el siguiente Diario.

DXXXVII. *Campos inmediatos á la orilla del Sur del Ipané* (día 17). — Salimos de Belén. Luego que pasamos el río Ipané-guazú, se entra en campichuelos bajos y horribles bañados en tiempo de aguas. Ahora estaban intransitables. Están rodeados de bosques; y uno, el más cercano al río, se pasa por camino hecho á mano. Paramos como unas cinco leguas de la Reducción en una colina ó loma bastante alta. Desde Belén hasta esta colina se camina hacia el Sur, á excepción de la primera legua, y media, que se busca el Oriente para evitar algunos malezales, y buscar las bocas ó entradas de los bosques. En saliendo de éstos, se coge un palmar de palmas Eabuigos. Así el palmar como las tierras que están antes, se llenan de agua como ya se dijo, y no tiene otras fuentes ni arroyos, sino cerca del río, como á media legua de la Reducción. Los pantanos son temibles, especialmente el que ocurre pasado el Ipané á la orilla de un bosque, en que se hunden los animales hasta

el lomo. Pasámosle á pie sobre yerbas y alguna fagina. Puestos en el palmar se ven bosques medianos hacia el Oriente que corren al Sur y forman como un medio círculo ; y otro que se extiende hacia el Poniente ; con que el terreno del palmar queda como vistosa plaza. Es verdad que el bosque grande empieza desde el Ipané, toma su dirección hacia el Poniente, después se doblega al Sur, y llega hasta el Piripucú, formando una bolsa de tierra y ensenadas de algunas leguas.

DXXXVIII. *Ensenada. Lluvia. Sed.* — Esta bolsa ó ensenada tiene al lado derecho ó de Oriente á Poniente al río Ipané hasta su desembocadura en el del Paraguay : éste le sirve de muralla hacia los pies, ó sea de Norte á Sur ; y al lado izquierdo, ó de Oriente á Este-sudeste, cierra la tierra el dicho bosque grande. Con el mucho barro se nos cansaron las cabalgaduras ; y después de mojarnos todo el día, por la noche nos faltó para beber agua, que no se pudo hallar en toda la loma.

DXXXIX. *Cosas que se observaron.*— La fatiga no nos daba lugar para observar muchas cosas. Sin embargo, lo que de paso ocurrió este día fueron muchos monos de los grandes y de los pequeños : á aquellos llaman los Guaranís Carayáas, y son lerdos y feos ; á éstos Caís. De unos y otros varían los tamaños y los colores del pelo. Vimos arañas innumerables que tiraban sus hilos de un árbol á otro : había hilos que tenían más de doce varas de largo. La consistencia y suavidad es como la de la seda. Había algunos pájaros que en guaraní se llaman Apecu, y en español Carpinteros. Son como la ave Pico de Europa ; y excavan con tanto impulso los árboles y palmas que resuenan las selvas con el sonido. Muchas perdices, tordos, torcaces y los gallinazos ó cuervos de cabeza encarnada que en guaraní llaman Napirai. No tienen pluma en la cabeza, y el color proviene de una carne arrugada como la de la cresta de las gallinas, aunque no está levantada.

DXL. *Manantial dentro del bosque* (día 18).— Caminamos parte por tierra inundada y parte por unas bellas

lomas como cinco lenguas. El bosque se lleva á la izquierda y un palmar con algunas isletas de árboles á la derecha. Hicimos noche á la ceja de un bosque en cuyo medio está el manantial y laguna llamada Niguigig-Aguanigi, como después registré en otros viajes.

DXLI. *Piripucú, término de las marchas de los españoles* (día 19).— Hicimos jornada de cuatro á cinco leguas. El camino fué por un palmar, que á la izquierda está cerrado del bosque. Todo él estaba pantanoso, principalmente cosa de una legua al empezar, y al acabar otra. La primera, á más del agua de las lluvias, tiene el arroyo desagüe de la laguna arriba dicha. Nos costó mucho trabajo pasarle por lo barroso de sus dos orillas, y estar la maleza muy alta. La última legua de la tierra inmediata al canal y bañado famoso llamado de los Españoles Piripucú, y de los Mbayás Niguigi Eliodi, de que ya se habló en otra parte. Aquí nos vimos casi atascados y perplejos en si pasaríamos ó no adelante. Nos resolvimos á proseguir al rumbo, porque no se conocía camino alguno. En una balsa de piel de toro me pasaron los muchachos, nadando ellos y por delante los caballos casi un cuarto de legua. Paramos en la salida que no estaba tan inundada, por ser terreno algo alto. En la ciudad supe por relación de españoles ancianos que hasta este sitio llegaron en una expedición 16 ó 20 Españoles, siguiendo el rastro de los Mbayás, que, triunfantes se retiraban de la jurisdicción de la ciudad. Los españoles modernos apenas sabían el camino hasta el río Xejuí.

DXLII. *Cañada de las piedras. Río Xejuí* (día 20). — Por una abra que hacían los bosques y parte por un palmar, salimos á una grande cañada, que ponía horror el mirarla. Llena de agua y barro, y muy sucia de pajonal y matorrales. Entramos en ella y vimos que nuestro empeño tuvo algo de arrojado. El agua llegaba hasta la barriga de los caballos, que con dificultad rompían la maleza y barro. Salimos bien mojados y embarrados. La cañada tiene una legua larga, y por unas piedras que so

bresalen en la loma que está á la salida, la pusimos el nombre de Cañada de las Piedras. Proseguimos por la dicha loma y ceja de un bosque, que era camino alto. Acabado éste entramos en un palmar de Eabuigos, poco menos malo, que la cañada dicha, aunque más barroso. Luego cogimos la tierra alta que se llama las Lomas del río Xejuí. Están con bastante bosque á los lados, y sus trechos de palmar en los bajos. Nuestro empeño era llegar hoy al río Xejuí en donde creíamos hallar el ganado, porque nuestro matalotaje se acababa. Entramos en las tierras bajas, que caminamos con notable fatiga, por la mucha agua y barro. Descubrimos el río con grande consuelo, pero nos costó mucho coger su orilla á causa de unos grandes zanjones que están antes, y son muy pantanosos por el bañado que tienen á los lados y se llena con las crecientes el río. Hicimos noche sobre la misma barranca del lado del Norte del río dicho. Con el ruído que metíamos, salió del mismo sitio un enorme tigre y se metió en los pajonales de cortadera. Esto nos hizo estar en centinela toda la noche y conservar el fuego encendido.

DXLIII. *Bañado Yetiti: Yquareta, Urucuy y Quarepotiy* (día 21).— Pasamos el río Xejuí que estaba muy crecido. Vimos muchas huellas de ganado y unas chozas casi caídas. Dimos en lo que era. Hasta aquí habían traído las vacas; mas, estando rebosando el río, no se atrevieron á pasarlas. Nuestro parecer fué que no estarían lejos en tierras de pastos. Con esto volvimos á caminar por las cercanías del río Xejuí, que son tierras bajas, cenagosas, y ahora estaban con mucha agua. Tienen cosa de media legua de travesía. Sálese á una abra que forman los bosques, larga como un cuarto de legua. Luego se nos puso delante uno de los más nombrados anegadizos, que entonces le tuvimos por el Yetiti, y en realidad lo era. Nos metimos en él siguiendo el rastro del ganado; pasóse con el agua sobre la barriga del caballo y atollando á cada paso. Tiene algo más de una legua por donde le

atravesamos. Como nos veíamos ya faltos de alimento, y perdidas las esperanzas de hallar socorro más cerca de lo que imaginamos, caminamos de noche por tierras malísimas. Pasamos la cañada del Iquaretá, ó de los pozos por los que el agua en la tierra ha formado. En ellos se meten en barro gredoso los caballos con riesgo de dar en tierra los ginetes. De este mal paso, entramos en las lomas altas del Urucuy ; y después empeñados pasamos un palmar y un arroyo llamado Quarepotiy, y que todo estaba muy malo. Al fin, favorecidos de la claridad de la luna, llegamos á la orilla de un brazo del río Paraguay, llamado Poitague. Poco antes de llegar á este sitio, divisamos una cosa blanca en un pajonal, que nos puso en algún cuidado. Bien se conocía que era animal, pero no se distinguía la especie. Un Guaraní alentado se acercó y vió que era una vaca, recién muerta de un tigre. La hambre hizo valeroso al miedo. Cortaron unos buenos pedazos, que, mal asados, nos sirvieron de gustosísimo alimento. Paramos cuanto fué necesario para asar la dicha carne.

DXLIV. *Encontramos un Español. Noticia que dió. Nos perdemos* (día 22).—Ya algo fortalecidos y con el encuentro de la res muerta, dijimos que no podía el ganado distar mucho. Caminamos por malísimas tierras por agua y barro hasta eso de las ocho del día. Á esta hora divisamos á lo lejos un ginete, que nos puso en cuidado. Estábamos en tierras infestadas de los infieles Lenguas. Sospechábamos si sería alguno de éstos que buscaba caza. Conforme se acercaba el ginete, se distinguió vestido de cristiano. Ni ésto nos sosegaba ; porque los infieles se visten las ropas de los Españoles que matan. Quiso Dios sacarnos de ahogos, y se llegó á nosotros un buen español admirado de vernos. Era un capataz de la hacienda que don Sebastián de León acababa de fundar en la tierra llamada Capii Pomog. Llevónos á su casa y nos trató con caridad cristiana. Dióme la noticia de que ya la provincia tenía nuevo Gobernador, que era el capitán de Dragones

don José Martinez Fontes, y que don Jaime San Just, que acababa, estaba de propartida para ocupar su nuevo empleo de Gobernador del Potosí. No era conveniente perder la ocasión de hablarlos. Prestónos caballerías y luego nos pusimos en camino. Llegamos á una hacienda llamada Del Canónigo Verdejo ; y aquí estababa el ganado que desde el Xejuí habían vuelto los Españoles. No era tiempo de entretenerme ; y así pasé el río Tobatiry en la canoa que tienen los soldados del presidio Mandubirá. Puesto el sol, salí de este presidio con ánimo de llegar esta noche á la Emboscada, población libre de gente de castas, y por esto dicho El pueblo de los Mulatos. Estábamos ya en haciendas de los Españoles ; y confundidos los Guaranís con las sendas de las vacas, perdieron el camino. Fué preciso pasarnos sin saber en dónde, hasta que rayara el alba.

DXLV. *Descúbrense las calumnias de los Españoles* (día 23). — Al amanecer empezamos á caminar. Perdímonos de nuevo, y fuimos á dar á la orilla del río Piribebui, mucho más abajo del paso. Púsonos en camino un buen hombre, criado de don Blas Pereyra, en frente de cuya hacienda estábamos. Con la ayuda de este director pasamos el río dicho, y como á las siete ú ocho leguas llegamos á la Emboscada. En esta población me detuvo su Cura el maestro don Francisco Javier Amancio González, hasta después del mediodía. Habían estado en este lugar de paso más de cien Mbayás de todos sexos y edades, que dos días antes pasaron á la ciudad. Con esta ocasión vino á verles y armar su tramoya un don José Delgado, que ejercía el empleo de sargento mayor de aquella frontera. Habló con Lorenzo, el hijo del cacique y le instruyó para que me calumniase. La acusación única fué que yo me había propasado castigando con azotes á los hijos de los caciques. Que por este arrojo me habían cobrado miedo los Mbayás ; y se hacía preciso que me quitasen juntamente con mi compañero y fuesen á sustituirnos religiosos de otra orden que nombraron. El dicho

Delgado obraba de acuerdo con el muchas veces nombrado don Ignacio Duarte. Para informarme de todo ésto, me hizo pasar el buen sacerdote, escandalizado del proceder de aquel hombre. Ahora conocí que los toques interiores de salir á buscar el ganado al río Xejuí y no hallado, de pasar hasta la ciudad, miraban fin más oculto que el que á nosotros se nos ofrecía.

DXLVI. *Continúa el mismo asunto.* — Cierto que hice muy poco caudal de tales lenguas. Sin embargo el señor párroco me hizo el favor de acompañarme hasta la ciudad, en que entramos como á las diez y media de la noche. Habiéndome dejado en el Colegio, se fué derecho á dar noticia á don Jaime de San Just y al Gobernador actual de mi llegada; y por lo que había oído, á informarles de las mentiras de Delgado. El Padre Rector, en medio de ser tan tarde, preguntó sobre todo lo que había en el caso. Quedó como atónito, bien que lleno de gozo, cuando le dije que en la Reducción no había otro hijo de cacique sino el sobornado Lorenzo, y que hubiera sido una temeridad de alzar la mano contra él, que ya era hombre, y aun contra el niño Mbayá de menos años. Entre estos infieles se mira como impiedad castigar á los chicos. Quedó también informado de que todo era enredo de los Españoles mencionados, que ignoramos por qué se mostraban traidores y solapados. El Padre Rector, satisfecho en un todo, prorrumpió en estas palabras: « El angel de guarda ha traído á V. R. por camino tan impensado. »

DXLVII. *Aclárase más la inocencia de los Misioneros.*—Por la mañana no esperaron los dos Gobernadores que yo fuese como era debido, á su mandado; con dignación grande me ganaron por la mano; ansiosos de salir de cuidado. Quedaron también satisfechos, y acabaron de conocer el ánimo revoltoso de Delgado y su asociado. Quedaron como sorprendidos de lo que ya digo. Supieron los Mbayás que estaban en la ciudad mi llegada; y al punto volaron al colegio á verme y hablarme. Á la sazón

que ellos llegaron, estaba yo con los señores Gobernadores y otros respetables sujetos de afuera y de casa; y atropellando por todos los infieles, se llegaban á mi, me besaban la mano, y no solamente los varones me abrazaban, sino que quisieron hacer lo mismo las mujeres, lo que no les permití por ningún caso. ¿Á este Padre no quieren los Mbayás? se preguntaban todos, al ver una demostración que por sí misma desarmaba los mal tirados lazos de los dichos españoles. Al fin llegó el mismo Lorenzo, que era el únicamente engañado. Hizo lo que todos: y se vió claramente que pasa la malicia de los malos cristianos muy adelante á la sencillez de los infieles. Los dos Gobernadores cogieron á Lorenzo, y sirviéndoles de intérprete en lengua guaraní don Andrés Félix de Quiñones, Tesorero (1) [ ] [Chantre debe decir, porque el Tesorero era el doctor Antonio de la Peña] de la Santa Iglesia del Paraguay, averiguaron la inocente conducta de los Misioneros Jesuítas, y los autores de la calumnia. Algunos fueron de sentir que éstos fuesen castigados como lo merecía su delito, con que pretendían desacreditar á los Misioneros su ministerio apostólico. Esto sería volver por el crédito de la religión, del ministerio y de los Misioneros, que son personas públicas, de su proceder y de la doctrina que enseñan. Es ardid de Satanás notar al Misionero de algún desacierto y aun delito para que infamada la persona, se envilezcan sus exhortaciones. Los dichos Españoles faltan de reincidencia, y si no se les refrena, llevarán adelante sus calumnias, aun con riesgo de la provincia, si los Indios se alborotan. No obstante lo justificado de estas y otras razones, que se producían, pareció mejor dejarlo todo á Dios y sufrir con silencio y paciencia, pues su Majestad dice: « *Mihi vindicta: ego retribuam.* » Mucho más cuando todas las conquistas espirituales se han hecho á costa de trabajos y descrédito de los Misioneros, cuya conducta

(1) En este lugar hay algo escrito con lápiz.

justificó el cielo con admiración de los hombres. Concluían que se debía decir y sentir con San Pablo: *Propter quod placeo mihi in infirmitatibus meis ¿ in contumeliis ? in necessitatibus ? in persecutionibus ? in angustiis ? pro Cristo.*

DXLVIII. *Padecen los calumniadores.* — En efecto, se vió presto que Dios miraba por los Misioneros. El Delgado fué depuesto con ignominia del empleo por capítulos bien intrincados, y la mala satisfacción que dió á sus superiores. Lo peor fué que le notaron que no procedía á derecho, y que no merecía ser contado entre la noble sangre española. El Duarte se vio preso en una cárcel por otros cuentos, y se valió del Misionero calumniado para que con el Gobernador tratase y consiguiese su alivio. Haciéndole cargo un caballero de lo fácil de su lengua, respondió muy sereno: *Si saben que yo miento ¿ por qué dan crédito á mis palabras ?* Lo que hizo más al caso fué que á mi vuelta á Belén me vino á ver Lorenzo. Portéme con grande disimulo en sus enredos. Viendo el bárbaro que yo no le hablaba sobre el asunto, prorrumpió en estas palabras: Delgado y Duarte (los Mbayás al primero llaman *piguichane liguecogedi,* ojos de gato, y al segundo *umanaga,* calvo) son unos diablos embusteros. Con ésto dió bien á entender el subido concepto que hizo de sus talentos.

DXLIX. *Dilátase mi salida.* — Mi regreso á la Reducción se resolvió que fuese por agua, para llevar algún socorro, mientras se juntaba algún ganado y caminaba á la misma. Con bastante sentimiento mío se dilató el viaje y navegación hasta el día 4 de junio. La causa fué la irrupción que en la provincia hicieron los infieles Tobas, á vista de los dos Gobernadores, en el paso del río llamado *Del Timbó* en que mutuamente se despedían. Dióse providencia que todas las embarcaciones bajasen al tal lugar para pasar milicia que persiguiese á los enemigos, que se llevaban una buena presa y habían ejecutado algunas muertes. Con ésto faltó bote para mi navegación hasta el término dicho.

DL. *Otro ardid de Delgado.* — El ganado caminó á pocos días, llegó hasta el río Xejuí, y hallándole crecido, por no esperarse los conductores, tres ó cuatro días á que bajara el agua, se le volvieron y le dejaron en una hacienda llamada *De Verdugo.* Este fué otro enredo de Delgado que aun bullía. Lo disposición del Gobernador en caso de la creciente del río, y tardar mucho tiempo en bajar éste, fué que se pusiese el ganado en la Hacienda ó estancia de don Sebastián de León, que estaba más inmediata á Belén, y en donde se cuidaría por la generosidad de este caballero con el mismo esmero que el suyo propio. Así, luego que diese lugar y paso el río, nos avisarían, y se llevaría á la Reducción necesitada de este alivio. Con haber quebrantado la orden del Gobernador, se imposibilitó este arbitrio. Poblábase de nuevo la hacienda de dicho *Verdugo*, y por hacerle favor hizo Delgado que se pusiese en ella el ganado dejando á los neófitos pereciendo. Huye la pluma y no quiere dar tinta para escribir otras semejantes acciones indecorosas. Nos consolamos con el Apóstol de las gentes: *Non enim possumus aliquid adversus veritatem, sed pro veritate. Gaudemus enim quoniam nos infirmi sumus, vos autem potentes estis. Hoc et oramus vestram consummationen.*

CAPÍTULO XLII

NAVEGACIÓN DESDE LA CIUDAD Á BELÉN SEGUNDO VIAJE POR AGUA Ó SEA VUELTA DEL PRIMER VIAJE

DLI. *Salida del puerto* (día 3 de junio). — Se levó el bote : éste en los dos días siguientes paró en lo de don Sebastián de León, que dió una buena limosna de ovejas, maíz y frisoles. Doñá Rosa Valenzuela su cuñada, hizo también limosna de unos carneros y arrobas de algodón,

género por entonces apreciable en la Reducción. Mientras el bote llegaba al puerto de la emboscada, salí yo por tierra el día 4, y le esperé en ella dos días. El día 7 por la tarde me embarqué en Arecutacuá habiendo recibido grandes favores de don Amancio González y de otros caballeros que me acompañaron hasta el puerto.

DLII. *Payaguás: su entrada de visita* (día 8, lunes). — Nos partimos al cuarto del alba, navegamos por la costa llamada Aipequa, enfrente de la cual encontramos ocho canoas de Payaguás Zarigues que venían á la ciudad á celebrar sus contratos. En cuatro llevaban la carga de sus esteras, y utensilios. Colocan la carga desde el medio de la canoa hasta la popa; y encima, ó sobre la misma popa, van las personas; y los Indios que bogan, adelante. Estos Payagnás acostumbran al llegar al toldo de los que están en la ciudad, asegurar las canoas, y entrar como de guerra, y es fiesta de buenas puñadas. Todo lo que recogen en esta refriega de cuentas, hachas, palas, canoas, etc., es de los vencedores. Ni las mujeres quedaban exentas de este rapto, mas el gobernador don Jaime de San Just les prohibió esta indecencia. Dormimos cerca de la hacienda de don Blas Pereyra. El río estaba muy bajo, y toda la plaza llena de animales muertos, que quedaron empantanados al buscar el agua; porque casi todo el fondo es de tierra gredosa. Llovió bien esta noche.

DLIII. — *Sitios de esta jornada* (día 9). — Al amanecer caminamos; y como á las ocho pasamos la desembocadura del río Mandubirá, ó Tobatiry. Entramos en un brazo del río grande, que llaman Paraguay pequeño, Paraguay Mirí. Su más ordinario nombre es Catigua, por los árboles de este nombre que tiene en sus orillas. La corteza sirve para teñir de color acanelado. Del riacho salimos otra vez á la madre del río y costeamos la estancia del canónigo Verdejo. Como el río estaba bajo, iba delante de espía una canoa. Los que en ella bogaban hablaron con algunos camperos, y nos dieron la sensible noticia de haberse vuelto desde el río Xejuí los Españoles

con el ganado que llevaban á la Reducción. Paramos unas horas en frente del puesto de dicha hacienda por ser el viento Este recio. Fuímos á dormir al Cappii Pomog; y ya de noche sobrevino una tormenta grande de truenos y agua, nos defendimos en el riacho del mismo nombre.

DLIV. *Capibará: como pierde el tufo* (día 10). — Caminamos por la Barranca, ó á la vista del Capii Pomog; é hicimos mediodía en la ramada de Yuobí. Por la tarde paramos en frente de la casa de la hacienda de don Sebastián de León. Bien informado aquí de haberse vuelto los Españoles con el ganado y con cien yeguas que nos dió de limosna el colegio escribí al señor Gobernador y al Padre Rector para que acelerasen el remedio y entendiesen los enredos de Delgado. A tiro de escopeta se mató un Capibara, de que se habló en otra parte. Los indios la chumuscan antes de abrirla, y así pierde el tufo que sin esta diligencia tiene su carne. Nicolás Lemery en su diccionario de *Drogas simples* dice que este nombre es portugués no siendo sino de la lengua guaraní. Da otra noticia singular, y es que los Capibaras salen del agua por la noche á tierra, en donde saquean las huertas, y echan á perder los árboles. Esto es escribir lo que se encuentra.

DLV. *Curiyi, culebrón* (día 11). — Antes de amanecer se dió á los remos. El viento era levante, y tan frío que no dudamos había caído helada. Siguióse la costa llamada Uruguaitá Mirí en que paramos un poco á mediodía. Después se caminó por Uruguaitá Guazú. Mataron á escopetazos un Hidro, cuyo nombre es Curiyi, del grosor de un brazo y largo más de dos varas. Duermen estas culebras profundamente; y éste no despertó con el ruído de los remos que estaban cerca. Dormimos cerca del río Ipitá porque arreció mucho el Este. Pescáronse palometas y hermoso patí.

DLVI. *Viaje de este día con varios vientos* (día 12). — Salimos poco después de amanecer, y como una hora se navegó por el riacho llamado de Ipitá. Forma una bella

esplayada de agua y yerba dicha Camalote. Al salir al río grande se dejó sentir lo violento del viento Este, y cayó alguna lluvia. Cambióse el viento al Norte tan fuerte, que nos obligó á buscar puerto entre unos camalotes que nos abrigaron bastante. Menudeó más la lluvia. Como á las doce, habiendo calmado algo el viento, se volvió á caminar. Paramos otra vez á la salida del riacho. Al anochecer saltó el viento Sur, que traía una horrible tormenta de truenos y agua. Amarróse la embarcación contra una barranca. Habiendo amainado algo, se levantó la vela, pero sirvió poco, porque cesó el viento, y se llamó al Poniente. Dormimos en la costa occidental del río, que llaman los españoles de Calchaquí, en que estábamos con los árboles resguardados del viento.

DLVII. *Yeso espejuelo y tierra del Urucuy* (día 13). — Desde el alba caminamos por la misma costa hasta las 8, que pasaron á la costa del Oriente. Aquí en la barranca había mucho yeso espejuelo. Entramos en un riacho que se creyó ser la costa de Zanjón Quarepotí, y tiene poco más de legua de largo. Viéronse cuatro Capibaras juntas. Así suelen andar en manaditas. La entrada del riacho tiene mucho camalote. En tierra se veían muchas palmas Carandays. Si el río grande está muy bajo, no es bien entrarse en este riacho, viniendo de hacia la ciudad, ó río arriba, porque no tiene salida, por la mucha arena que se amontona en la boca. Como á las 4 y media dejamos este riacho; y paramos en la barranca del Urucuy. Es tierra alta, y aquí después pusieron una hacienda los Españoles, que se llama la estancia de don José Carrillo.

DLVIII. *Niebla, frio y víboras yacanina y verde con otras* (día 14). — Antes del cuarto del alba se levó el bote. La neblina era tan densa, que apenas se veía el río. Esto fué causa de que los remeros, creyendo que iban bien, se metiesen en un riacho sin salida. Fué necesario desandarle. Cogimos el río grande : el frío era excesivo, y la neblina no se deshizo hasta más de las diez del día. Caminamos á la vista de una barranca alta y larga. La

gente incendió el pajonal y huyendo del fuego, se descolgó hacia el río una víbora ó culebra, llamada Yacanina. Su color era pardo con pintas algo obscuras. Dijeron que era víbora horrorosa : y que cuando ha de hacer la presa, levanta el medio cuerpo anterior, y después con velocidad de rayo, se tira á cogerla. El grosor era como de una muñeca. Joston bajo el nombre de caninana describe una culebra americana, de pie y medio ó dos pies de largo : su espalda es verde y su vientre amarillo. Tiénese por culebra inocente, y de las menos venenosas. Sigue á los hombres con halago, y se deja coger sin daño. Cómenla los americanos después de haberle cortado la cabeza y la cola. Á ésta llaman en el Paraguay Ñuazo obí, gusano verde del campo. No tiene dientes ni colmillos. Es muy distinta de la Yacanina. Lemery dice que se llama caninana, del nombre canis, perro, porque esta culebra sigue á los hombres y se deja manosear como el perro. La lengua guaraní, de la cual es el nombre entero, no llama al perro canis, sino Yaguá. El estudio de las etimologías es, sobre arriesgado, obscuro. En la misma costa se mataron otras dos víboras feísimas, llamadas Quiririog. Enfrente de la barranca hay una isla hermosa en medio del río ; tendrá como un cuarto de legua. Comimos en la misma barranquera. Por la tarde se caminó á remo ; y se hizo noche en la casa del Yetití. Este anegadizo se desagua cuando se llena con las lluvias é inundaciones del río Xejuí por dos zanjones sobre la misma barranca.

DLIX. *Costa del río Xejuí* (día 15). — Salimos antes del cuarto del alba : caminóse á fuerza de remo hasta llegar á un grande anegadizo, que está en la costa de Barranca, que es la del Oriente del río. Aquí se levantó la vela para aprovechar el viento del Este, que pudo servir. Comimos al fin del anegadizo en tierra alta. Después se volvió á navegar á remo, y á eso de las dos de la tarde, llegamos al río Xejuí. La costa que se sigue á la desembocadura está toda anegada y llena de sauces, que cogen por más de una legua río arriba. La orilla occiden-

tal ó de Calchaquí en frente del Xejuí tiene un grande palmar de Carandays. Como á dos leguas del Xejuí hay una grande isla en medio del río la cual tiene la principal madre del río hacia Calchaquí. Dormimos en frente de esta isla en la costa de barranca en buena y alta tierra.

DLX. *Palmas hermosas y río Ipané-mirí* (día 16). — Antes del alba salimos del puerto: navegóse á vista de buena orilla, y como á las nueve llegamos al palmar hermoso que se extiende tierra adentro ó hacia el Oriente y Norte por algunas leguas. Toda esta costa es alta, y se sirgó un poco para que descansasen los remos, hasta llegar á un riacho, que se llamó del Palmar. En la entrada de éste paramos á eso de las doce. Á la una y media volvimos á caminar á vista de buena costa, alta y limpia. Dormimos en la costa del Ipané-mirí, el cual pasamos como á la medianoche por lograr á vela el viento favorable, aunque flojo. Sirvió muy poco, porque calmó presto, y nos arrimamos á tomar puerto. Ya se dijo que el Ipané-mirí no es río.

DLXI. *Árboles amarillos para los tintes* (día 17). — Á eso de las siete de la mañana entramos en un riacho bello, que está en la costa de la barranca. Púsosele el nombre de Ibirayú, de los árboles amarillos, á causa de los árboles de este nombre que tiene en su orilla. Sirven para fábricas y tintes. Por la mayor comodidad de lograr el viento Sur se caminó hasta la noche. Dormimos en la costa de Calchaquí, enfrente de un sitio llamado Itay ó punta de piedra.

DLXII. *Piérdense dos hombres* (día 18). — Como al alba salimos: caminóse parte á vela parte á remo hasta el mediodía, que paramos en una barranca y en un bosque de árboles altos, aunque ralos. Dos soldados se metieron por el bosque y se perdieron. Salieron á buscarlos y los encontraron. Como á las dos caminamos, y, pasando con trabajo á remo muchas puntas de tierra, dormimos en un bello puerto, limpio y abrigado.

DLXIII. *Puntas de barranca y entrada en el Ipané* (día 19). — Poco después de medianoche salimos. Después de amanecer sirvió algo el viento Sur. Comimos en un riacho corto que tenía un buen puerto, hasta el cual se contaron doce puntas de barranca que entraban al agua, y las corrientes daban que hacer á los remeros. Salimos de este sitio, y á las dos y media entramos en el río Ipané-guazú, tan deseado. Hallámosle bien lleno, y por ésto se navegó sin especial tropiezo por tres grandes vueltas, que por elevación harán una legua. Dormimos en su orilla del Sur, porque los Españoles tuvieron miedo de los indios Mbayás. Llovió algo.

DLXIV. *Arrecifes furiosos* (día 20). — Salimos después de amanecer, aunque lloviznaba. Caminóse con trabajo por las corrientes como unas dos leguas. Al anochecer llegamos al puerto. Con un tiro de pieza se dió aviso. En los días siguientes se descargó el bote, y condujo á Belén la carga. En ésto se gastó el tiempo hasta el día 24 en que, habiendo antes oído misa, se volvieron á la ciudad. Había yo agenciado entre otras plantas unos cien pies de plátanos, que por acá llaman Pacoba, quedándose en el puerto hasta el día 6 de julio, que dispuesta la tierra en que se habían de plantar, se llevaron y lograron todas. Quisimos hacer prueba si el arrecife de San Bernardo y otros se podían pasar en canoa. La corriente arrojó con furia la una, y otra quedó estrellada contra las peñas. El traidor Lorenzo vino á verme. Disimulé. Lo mejor, que en Belén los Mbayás no sabían cosa alguna de sus trazas con los dos Españoles

CAPÍTULO XLIII

PUEBLOS ANTIGUOS

DLXV. *Dos pueblos antiguos.* — Consta que las tierras en que está la Reducción de Belén y las que miran entre Oriente y Norte, en lo antiguo tuvieron muchas poblaciones de Indios de la nación Guaraní. Una contingencia nos descubrió dos que nos sirvieron mucho. Ví en manos de un chico Mbayá una naranja agria, traída de hacia sus antiguos lugares, de adonde venía con sus padres. Noticiado de los sitios en que había aquellos árboles, determiné ir á verlos y aprovecharnos de ellos para plantar una capaz huerta. Ésta la habíamos ya empezado con plantas traídas de la Asunción, y otras que nacieron bien en los almácigos que hice en Belén. Para certificarnos primero de lo que decían los infieles, envié á un indio guaraní con algunos de ellos. Éste confirmó lo que decían, y para mejor prueba, trajo bastantes naranjas y algunos erizos ó fruto del árbol Urucú.

DLXVI. *Sitio del naranjal.* — Día 8 de septiembre de 1761 salí para ir á uno de los dos pueblos antiguos. Yo creí que tardaría mucho tiempo, á lo menos todo el día, en llegar al sitio, mas no fué así: porque no distaba tanto: empleé en el camino de ida cinco horas; y después en la vuelta otras cinco. Está situado el naranjal en una bella loma, distante del rio Ipané-guazú cosa de unas cuatro leguas. Es arboleda muy extendida, por haber nacido otros naranjos de las semillas que de suyo caían, ó los pájaros desperdiciaban cuando comían. Hállanse también otros árboles frutales del país, como son Guabiraguazú, Tatayba, Urucuy, Mbocayá, de los comunes, y otro llamado Mbocayá Guazú, que es la planta que en otra parte describimos bajo el nombre de Palma real.

DLXVII. *Lo que se descubrió y observó.* — Detuvímoos el tiempo necesario para cavar los árboles medianos que habíamos de llevar á la Reducción en buen número. Con ocasión de estas cavas, se hallaron las cosas siguientes: Un hueso que pareció ser humano, como de una cuarta de largo y dos dedos de ancho: conocíase bien la materia, aunque estaba casi podrido. Unos cascos de olla de loza blanca y muy fuerte. Un cuchillo amohecido en figura de puñal, el cabo ya del todo carcomido. Lo que observé fué que como una legua antes de llegar al dicho sitio, hay una zanja hecha antiguamente á mano, de anchor de tres varas: corre del Nordeste al Sur-sudeste. Su principio está en un bosque, y su fin en lo más bajo de la loma. Los Mbayás dicen que según su tradición, hicieron esta zanja los cristianos que allí se poblaron, para defenderse de ellos; y que, sitiados de sus invencibles armas, se escaparon de noche por la dicha zanja. No merecen crédito. Al Sudeste del pueblo hay un manantial de bella agua.

DLXVIII. *Otras varias cosas.* — En el camino vimos lo primero, que la tierra es casi poblada con buenas colinas, pobladas de árboles altos y frondosos. En medio del camino se levanta una sobre las demás; y su plan tendrá una legua. Hay agua en ella con abundancia, que corre como de Oriente á Poniente, formando un buen arroyo. Á la bajada de esta loma había un bañado ancho y profundo: el agua llegaba al pecho del caballo. En otro lado pasamos un pantano, cuyo barro nos dió en que entender. En un prado estaban dos tigres feroces de los que se llaman onzas. Huyeron al vernos. En un árbol estaba un pájaro del grandor de un alcatraz pero de pluma canelada: silbaba como lo puede hacer una persona. Había muchos papagayos, de todas especies y tamaños; los mayores eran los Guacamayos. En varias partes encontramos muchas matas de Articu Guazú, que dicen es la Chirimoya afamada del Perú. La plaga de garrapatas es indecible. Unas eran blancas y pequeñas como liendres:

causan escozor de fuego: otras chicas, de color dorado, que son peores: otras grandes como una lenteja, negruzcas y con una mancha que desde la cabeza se extiende hacia la espalda. Su mordedura nos dejó ronchas y ejercicio de paciencia por muchos días. Había en sitios húmedos muchas plantas de rubia tinctoria, que llaman Caapita.

DLXIX. *Regístrase otro pueblo antiguo* (día 13). — Habiendo traído muchas plantas de naranjos del lugar dicho, y otras de Urucuí, éste día fuí á ver otro pueblo antiguo, que caía un poco más al Norte que el pasado. Á todo andar, á paso del caballo (menos una legua) y parte á galope corto, tardé en llegar como unas seis horas. Por la noche sobrevino una horrorosa tormenta de truenos y agua. Nos reparamos algo en un choza extemporánea fabricada de hoja de la palma Yatay. Con todo nos mojamos muy bien aunque nos defendió bastante del viento Sur frío. El día siguiente prosiguió la lluvia menuda y el viento. Por la tarde entré al bosque, en cuyo centro estaba un naranjal hermoso. Conócese que hubo pueblo, y grande.

DLXX. *Comodidad de la población.* — Como una legua antes de llegar al naranjal, ó sitio de la población, se ve una zanja hecha á mano, del anchor de tres varas; corre á lo largo de Sur á Norte, y, principiando en una bella loma, remata en una cañada que siempre tiene agua, y corre al río Piray, que no dista mucho. En lo interior del naranjal hay otra zanja, tirada como en cuadro á los cuatro vientos principales. Ésta acaso serviría de cercado á la arboleda. Hay un manantial bello de agua que mira al Norte, que serviría á los vecinos de fuente. El recinto del bosque, en que estaba el pueblo, tendrá cosa de legua. El terreno es alto, y tan alegre, que la vista no halla tropiezo á los rumbos Norte, Oriente y parte hacia el Sur por estar retirados los bosques. Á esta tierra llaman los Mbayás en su idioma Apacachodiyodi, lugar de avestruces, por los muchos que hay en ella. Un indio de los de mi comitiva cogió siete medianos.

DLXXI. *Cosas que se observaron.* — Hallamos medio enterradas dos ollas vidriadas de barro fino. Su figura y grosor era como las de las que se hacen en las Misiones de los Guaranís para recoger agua, altas, y abiertas de boca. No son hechura de los Mbayás, ni éstos entienden de vidriar. Había naranjos, Guabirá guazú, Aguays, Ambays, Yayayba, y Palmas reales. Conocíase que algún día estuvieron colocados todos estos árboles frutales en hilera. La volatería era mucha: Papagayos, Guacamayos, Acae negros y blancos, y unas avecitas del grandor de gorriones; pero de pluma encarnada, tan brillante, que parecía una ascua encendida. Las garrapatas infinitas de todas especies.

DLXXII. *Descripción del camino.* — El camino desde Belén tiene sus rodeos á causa de los bosques que ocupan la tierra. Á salir de Belén se rodea su loma como una legua, de Oriente á Poniente: después se vuelve al Norte, y se atraviesa un bosque cuyo camino, abierto á mano, tendrá algo más de media legua. Acabado el bosque, se entra en una cañada estrecha, con bosques á los lados, que corren como una legua al Nornordeste. Al fin de ella se ofrece un pantano grande. En saliendo de éste se coge otra cañada, algo más ancha, que se extiende tres ó cuatro leguas casi al Norte. Llega hasta el sitio del pueblo antiguo. La tierra es toda doblada, y tenía sus bosques interpolados con campos. Hállanse en este camino los árboles llamados Yaracatiá Guazú, Urunday, Tayi. Éstos dos últimos son para fábrica y durísimos. Había muchos Zuinandy, cuya corteza cocida da un excelente bálsamo, que curan las heridas que hacen las uñas de los tigres. Junto al naranjal se ven las cosas siguientes, que registré en otra ida.

DLXXIII. *Vestigio de la población antigua.* — El día 21 fuí otra vez al dicho pueblo antiguo. Descubrióse de nuevo un cidral, que nos dió para Belén plantas con que se cercaron las huertas. Fructificaban con tanta abundancia, que las cidras, algunas del grandor de melones,

se perdían y podrían al pie de sus madres. Había cinco hileras de postes, todos de maderas fuertes, clavados en tierra. Los de la cumbrera tenían descubiertas cinco varas de altura, y los de los alares como dos y media. En un arroyo que corría por una cañada, se veía bastante sal sobre la tierra. Por evaporación se sacará como la del Salado de la ciudad. Hallamos muchos naranjos, de fruto agridulce suave. Sin duda que en su principio fueron dulces ó de la China, y después confundidas las raíces con las de los agrios, quedaron en un medio. Cavando unos naranjos, se hallaron unas flores de talco, que servirían en la iglesia. Por la mañana del día 22 se levantó una recia tormenta de truenos y agua : cogióme en medio del bosque y me empapó muy bien.

DLXXIV. *¿ Qué pueblos fueron éstos?* — Conjeturamos que estas dos poblaciones antiguas fueron las de Nuestra Señora de Fe, y del Apóstol Santiago, patrón de España. Ambas estuvieron en el Itatí ; y después por las inquietudes que les causaban los Guaycurús, se mudaron cerca del río Piray, en donde están en los sitios dichos. Ya en otra parte esforzamos estas conjeturas.

Lo que no admite duda es que todo este terreno estuvo habitado de la nación Guaraní, y que éstas fueron propias tierras de los Itatines. Entre los Indios que llevé en mi compañía cuando fuí á las dichas poblaciones destruídas, fué uno llamado Mauricio Guayrayu, de edad de unos sesenta años. Era natural del pueblo de Nuestra Señora de Fe, que es de Itatines. Este viejo me dijo en el camino y después en la Reducción que estaba contentísimo de haber visto las tierras de sus abuelos. Preguntéle que cómo lo sabía? Respondió que sus padres le decían muchas veces en sus conversaciones é instrucciones que de noche les daban en sus casas. Y añadían : felices seréis si véis aquellas tierras en compañía de nuestros maestros los Padres de la Compañía, como nosotros lo fuimos.

CAPÍTULO XLIV

TERCER VIAJE DEL MISIONERO Y ES EL PRIMERO DE GUANÁS

DLXXV. *Motivo de otro viaje corto.* — Este año de 1761 á 5 de noviembre, empecé el viaje para visitar á los Guanás, llamados de los Mbayás Layanás. Le pondré después, cuando hablaré de la nueva Reducción que en esta nación se empezaba. El año siguiente de 62 fué necesario no parar mucho. Las reducciones nuevas son como las ruedas de un torno, que caminan con viveza si no cesa el impulso. Lo que más urgía por ahora era buscar una buena tierra á la orilla del Sur del río Ipané en que fundar la hacienda. Ésta se había principiado en la orilla del Norte en tierras buenas, pero que por la inmediación estaban expuestas á los continuos robos de ganado que los infieles hacían. No nos prometíamos creer con su establecimiento, si no se retiraba, y ponía río por medio. Con este intento [1].

DLXXVI. *Tierra buena para estancia* (día 10 de enero de 1762). — Después de Misa, pasé el río Ipané ó Guarambaré, y como á las 8 y media empezamos á caminar por la banda del Sur del mismo. La tierra que se acerca al Ipané es baja y con mucho bosque. Anduvimos por ella como unas cuatro horas, el rumbo casi al Oriente. Acabadas las cañadas, salimos á una hermosa loma, con buenos campos á todos lados. Pareció capaz de mucho ganado : y efectivamente aquí se mudó después toda la hacienda, y continuó después de nuestro arresto. El puesto es bueno, y aunque escaseaba el agua, se dió forma de que los animales pudiesen acercarse al Ipané, que les servía de abrevadero en tiempo que faltaban las llu-

[1] Falta algo en el original.

vias y bajaban los arroyos de esta tierra. La loma tiene muchas palmas Namogoligi, que sirvieron mucho á los Mbayás con sus cocos, cogollos y harina. Á la falda oriental, y antes de llegar también á esta loma, había mucha chilca melosa, crecía tan lozana, que parecían las plantas arbolillos.

DLXXVII. *Otras tierras buenas. Pantano grande.* — Desde el sitio en que estábamos se descubría tierra alta al oriente de la loma, pero mediaba un pantano y anegadizo de casi media legua de ancho. Nos resolvimos á pasarlo, y registrar bien el terreno. La entrada de este anegadizo estaba poblada de espesos cardos y de árboles espinosos llamados Yuquery, que son una especie de planta sensitiva. Después había un pedazo de bosque, bien cerrado. Salimos, pues, como á las tres de la tarde. Con gran dificultad vencimos el pantano, en el cual caímos todos, y yo dos veces, de modo que nos vimos obligados á caminar á pie, llenos hasta casi las rodillas de barro, y remojados hasta más arriba. Llegamos á la loma, que, aunque no es tan grande como la que dejamos, se continúa con otras por algunas leguas. La arboleda del Sur va seguida, formando un vallado de bosque hermoso; y por el Norte tiene el río Ipané con campos parte limpios, y parte con isletas de boscaje.

DLXXVIII. *Lo que se observó.* — Siguiendo la dirección de la tierra alta, caminando hacia el Oriente otras cuatro horas. No se ensancha mucho la tierra. Parece un callejón de tierra, que corre bastantes leguas, en unas partes estrecho como un cuarto de legua, y en otras más ancho. No tiene sino tal cual arroyuelo que la atraviesa y va á desaguar al Ipané. Fórmase en algún otro manantial y crece con las lluvias. Vimos muchos Tauazús, que son puercos monteses. Paramos á eso de las ocho de la noche en un sitio que tenía agua y algunos árboles de Yerba del Paraguay, aunque no de la mejor calidad. Había muchos Papagayos y aves llamadas Acae, que son como las urracas de España.

DLXXIX. *Cañada de la Yerba* (día 11). — Poco después de salir el sol, caminamos como media legua al Oriente, y luego volvimos al Sudeste por una bella cañada. Tiene á los dos lados bosques altos que la cierran. En medio hay mucha agua, y lodo, especialmente en las orillas del agua. Sale ésta de una fuente que viene del bosque, que mira al Oriente. La mayor anchura de esta cañada no excede un cuarto de legua : su largor tiene como dos leguas : la ataja un grande bosque que llega hasta el río Aguaray Mirí, ó río pequeño de las zorras, que le cae entre Sur y Este. Había muchos árboles de Yerba, pero muy arruinados por las quemazones del campo, incendiado por los Indios que viven ocultos en las selvas, y llamamos Monteses. Hacia el río Ipané estaban mejores los árboles de buena yerba, porque los defendía del fuego un anegadizo. Este Yerbal del Ipané está metido en un bosque, y los árbolos son altos y están bien espesos.

DLXXX. *Lo que se vió.* — Había muchas plantas de aquellos arbolillos llamados en guaraní Ibaaro Miri. Sus hojas son como las del laurel y muy fragantes. Con ellas dan olor muy suave á la Yerba del Paraguay los neófitos del pueblo de San Cosme y San Damián. Matóse una víbora Yacanina, que, no obstante que era hijuelo, tenía vara y media de largo. Había cazado un lagarto, y se lo estaba engullendo todo entero. Vale quebrantando poco á poco hasta que le deja en estado de que pase todo. Molestónos muchísimo una plaga de mosquitos casi imperceptibles. Su picadura dejaba un escozor como de fuego. Registrada la tierra, nos volvimos el día 13 á la Reducción. Animóse mi compañero, el Padre Matilla, y fué á ver la misma tierra hasta el Yerbal.

CAPÍTULO XLV

VIAJE Á LA ASUNCIÓN

DLXXXI. *Algunas razones que hubo para emprender el camino.* — Se hacía preciso otro viaje á la ciudad por varias razones. Una era registrar bien los campos y caminos en tiempo que no hay agua, y de este modo averiguar si en los meses de sequía se podía transitar. Otra, conferir con el señor Gobernador y el Padre Rector el modo de dar prontamente Misioneros á los Mbayás Guetiadegodis, que los deseaban ; y también á los Layanás, que fuí á ver á sus tierras, y se llaman Chanás. No era la menos eficaz el desvanecer las falsedades que Epiliguiyegui ó Lorenzo había urdido contra mi compañero el Padre Matilla. Picado de haber salido desairado del enredo en que contra mí le metieron Duarte y Delgado, tira ahora á que salga de la Reducción el Padre José, porque le habla con entereza evangélica.

DLXXXII. *Despídense los infieles. Laguna en el bosque. Desgracia.* — Día 18 de febrero después de haber celebrado el santo sacrificio de la Misa, salí de la Reducción. Vinieron los infieles á despedirse, y como estaban inocentes en las tramas de Lorenzo, que ya se había ido por delante, me persuadían que por los grandes calores suspendiese el viaje. Viendo mi determinación, me decían : *Codiodiepeque ano : nuestro Padre, vuelve presto.* Para hallar qué beber fué necesario (el camino este día fué sin estorbo de agua) alargar la jornada hasta el Niguigig-Aguangi, á cuya orilla paramos como á las cuatro de la tarde. Está el agua dentro de un bosque grande. Es un manantial, que, hallando el terreno bajo, forma una buena laguna. Salimos como á las cinco y media, y por tierras bastante buenas caminamos en busca de la

orilla del río Paraguay, en la cual hicimos noche. Llegamos á la dormida entre siete, y siete y media de la noche. Por el camino nos llovió algo; y prosiguió la lluvia toda la noche. Sucedió una desgracia que me dió cuidado. Una mula dió una coz en la boca á un chico Guaraní de los de mi comitiva. Dejóle como muerto del golpe, y le quitó algunos dientes. Quiso Dios que volviese en sí, y convaleció poco á poco con los remedios que en la ciudad se le aplicaron.

DLXXXIII. *Bellas tierras* (día 19). — Costeamos el río Paraguay desde las 8 hasta las 10 de la mañana. Desde las 10, fuimos á vista de un riacho ó brazo hermoso del mismo río. Sale de éste, y corre por largo trecho entre Sur y Oriente, hasta volver inclinado al Sur á buscar la madre del Paraguay. Para atravesar la tierra, dejamos el riacho; y como á las 11 de la mañana llegamos al desagüe del Piripucú, que desemboca en el dicho brazo del Paraguay. Por este paso angosto como unas seis varas, se nada ó se hace una puente de palos y palmas. De este desagüe del Piripucú se hace el que llaman Ipaué Mirí. Desde ayer la tierra es buena, y capaz de mantener mucho ganado: por eso le anticipamos el nombre, llamándola Estancia de San Ignacio, porque con el tiempo podría la Reducción poblarla. Por todos lados está cerrada: de Sur á Norte con el río Paraguay y con los riachos que de él salen por Oriente y Poniente. Por estos rumbos tiene el Piripucú la entrada, y por la salida tiene el Ipaué-guazú. Pasado el desagüe, caminamos hasta las 11 y media. Paramos sobre la orilla de otro riachuelo angosto, pero muy profundo, que corre de Oriente á Poniente, y está lleno de Aguapés, ó yerbas así llamadas. Volvimos á caminar á eso de las 3 de la tarde, y fuimos á dormir á la orilla del río Xejuí, adonde llegamos al anochecer. Las lomas del Xejuí, que se extenderán como dos leguas, son altas, y de buenos pastos. Lo demás está lleno de bosquecillos y de palmas Eabuigos, y es falto de agua en tiempo de los calores.

El Xejuí estaba muy bajo; y no nadaron las caballerías sino al salir cosa de unas cuatro varas.

DLXXXIV. *Encontramos á los Mbayás. Mosquitos y tigre* (día 20). — Empezamos á caminar como á las 9 y media: á eso de las 11 pasamos el famoso pantano Yetiti. Ahora estaba sin agua, y tan seco el barro, que polvoreaba. Nos vimos precisados á caminar hasta el arroyo Quarepotiy, al cual llegamos como á las 3 de la tarde. Aquí encontramos á Lorenzo con los Mbayás, que serían unos 16, é iban á la ciudad. Alegráronse con mi llegada, y me presentaron una ave que habían cazado, llamada Etagataga. Es como un pavo: su descripción la dimos en otra parte. Salimos de este sitio como á las 6 de la tarde, y fuimos á dormir en distancia de unas tres leguas. Paramos junto á un juncal que tenía agua. Aquí se vió una senda que entraba al bosque, y creímos que es por donde los Mbayás entraron á la estancia de San Joaquín. No nos dejaban reposar los enjambres de los mosquitos, por lo que tratamos de caminar desde las 12 de la noche hasta las 3 de la mañana, que paramos rendidos. Dormimos á campo raso, porque el rocío ahuyenta los mosquitos. Cuando despertamos vimos las huellas frescas de un tigre, que vino á visitarnos, pero no hizo daño. Esta noche pasamos dos anegadizos muy malos.

DLXXXV. *Novedad de los Payaguás* (día 21). — Salimos á eso de las 6; á las 7 y media pasamos por la orilla de un riacho llamado Poitagua; á las 9 y media llegamos al arroyo Ipitá, término hacia el Sur de la estancia de don Sebastián de León. Los muchachos cogieron muchas frutas llamadas Arazas, y en el Paraguay Guayabas: las dos orillas están pobladas de estos arbolitos. Nos recreó la fruta con su agridulce suave. Paramos hasta las 2 y media, que volvimos á caminar. Llegamos á la casa de la estancia á eso de las 4. Por todo este camino de hoy había llovido mucho. La noticia que me dió el español capataz fué que había pasado un Bote

hacia Belén, el cual iba á explorar si éramos vivos. Los Payaguás habían divulgado en la ciudad que sus hermanos los Zarigues habían acabado con los Mbayás y Guaranís de la Reducción, y que también á nosotros nos habían muerto.

DLXXXVI. *Confírmanse las mentiras de los Payaguás* (día 22). — No caminé al presidio de Mandubirá. Aquí me contaron los españoles las novedades siguientes: 1° que los pérfidos Payaguás habían publicado que los Mbayás Enacagas me habían robado, y que, intentando quitarnos la vida, nos defendieron los de la Reducción; 2° que ligados los Payaguás Zarigues con los Eyiguayeguis nos habían finalmente quitado la vida.

Estas nuevas habían retardado las remesas de las vacas. Aquí esperé á los Mbayás de Lorenzo, según me habían hablado.

(Día 23). Salimos como á las 6, camino á la Emboscada, de la estancia de León; y á las 9 y media pasamos el río de Tobatiry. Descansamos en el presidio de Mandubirá, cosa de una hora, y proseguimos hasta llegar al pueblo de la Emboscada, donde llegamos á las 2 de la tarde. Á la falda de la serranía, antes de llegar á la población, se pasa el río Pirebebuí: es de bastante caudal, y de buena agua. Dormimos en la Emboscada, cuyo Cura, don Amancio González nos hospedó con mucho agasajo.

DLXXXVII. *Diligencia para saber si éramos muertos* (día 24). — Después de celebrar Misa, salí acompañado del comisario de guerra don José Gamarra y de muchos soldados que se habían juntado por el miedo que de los Mbayás tenía aún el Gobernador. Comimos en la casa de campo de don Sebastián de León, y por la tarde entramos en la ciudad. Á ésta llegamos poco después de las Ave Marías. Entré á ver al señor Gobernador, y á sacarle de cuidados. Traté con su señoría algunos puntos muy importantes. El Padre Rector José de Robles se había partido á Buenos Aires: su sucesor era el Padre Antonio Miran-

da [1]. Mirábanme como á un hombre resucitado. Tal era la aprensión en que vivían de nuestra muerte á manos de de los bárbaros. Dijeron que el Gobernador quiso enviar una embarcación para saber lo cierto. Un caballero alentado, mi confidente, se ofreció á ir por tierra, y examinar lo que había en el caso. No se le concedió. Esto, y ver sin prevención los presidios, y á los Españoles del camino muy sosegados, hizo sospechar que todos fueron pretextos frívolos por no enviar á Belén el ganado. Mucho más, que ya unas hijas del Gobernador interesaban en que quedase en la estancia de Verdejo. Lo cierto es que aun después de mi llegada é instancias, tardó muchos días el Gobernador en dar las providencias para que se llevasen las vacas. Bastaba que anduviese en el negocio un don Salvador Casañas. Fuéme preciso demorarme en la ciudad todo el mes de marzo.

DLXXXVIII. *Empleo en este mes. Padre Juan García.* — Para emplear el tiempo útilmente, me envió el padre Vicerrector Gabriel Novat á la hacienda del colegio llamada de Paraguary. El fin fué confesar los que cumplían con la iglesia en lengua común del país, que es la guaraní. El Padre Luis Fernández que cuidaba de dicha hacienda hizo una buena limosna á la Reducción. Tuve mucho consuelo con la llegada del Padre Juan García. Venía desde las Misiones de los Guaranís, destinado por mi compañero en la de los Mbayás. Costónos mucho conseguir del Gobernador un Bote en qué conducir á Belén seis familias de Indios Guaranís, parientes de los que allá estaban, y algunas limosnas. Los lados [2] que tenía el

[1] Pero el Padre Antonio Miranda no llegó á su Rectorado del Paraguay hasta 12 de Septiembre de dicho año; y cuando por Febrero llegó á la Asunción el Autor de este Diario, era Vicerrector el Padre Gabriel Novat, y lo fué hasta dicho día 12 de Septiembre.

[2] Dicho Gobernador no necesitaba de lados para esta suerte de marañas. Él las sabía urdir mejor que ninguno, notoriamente mentiroso, pobre, cargado de hijos, y únicamente atento á su

Gobernador, le ladeaban á sus intereses, sin mirar por los de la provincia. Al fin vencidas muchas dificultades, y sufridos no pocos sonrojos, se dispuso el viaje.

CAPÍTULO XLVI

VIAJE Á LA REDUCCIÓN

DLXXXIX. *Sale el bote : nosotros por tierra : Dios nos libra de un naufragio* (día 4 de abril). — Se levó el bote, y el día 6 llegó á la orilla del río que es el puerto de la Emboscada, y se llama Arecutacuá. El Padre Juan García y yo caminamos por tierra. El río Salado estaba muy crecido : empeñados en pasarle, llegó don Blas Pereyra, sacerdote ejemplar, que vivía cerca y tuvo noticia de nuestro arrojo, llevónos á su casa, y fué nuestro Angel custodio, porque á proseguir en el empeño hubiéramos perecido arrebatados de la furiosa corriente. El día 6 nos acompañó el dicho sacerdote, y con sus criados, prácticos del río nos puso en salvo. Con haber bajado el agua bastante, arrebató una caballería y un peón nuestro : aquella fué arrastrada de la corriente con tanta velocidad, que no pudo librarse. Este que era buen nadador, se mantuvo hasta que fué socorrido y salió del ahogo. En compañía de don Blas subimos la cordillera, y llegamos á la Emboscada. Llevóse al bote una fragua y una carreta que en Belén hacían notable falta. Este mismo día nos embarcamos, y se caminó algo de noche por lograr el tiempo.

DXC. Día 7. — Ibamos navegando y por la mañana muy temprano se arrimó al bote un Payaguá, llamado Anapichiguá. No se le dió entrada, escarmentados del genio traidor de esta nación, bien que le agasajamos, y

interés, á que por otra parte lo estimulaba de continuo la insaciable codicia de su mujer doña Josefa Bustamante.

con los suyos se retiró contento. Como á las tres de la tarde entramos en el riacho Paraguay-mirí. Poco antes de llegar á este riacho está el presidio de Itacurubí, fabricado á costa de don Blas Pereyra, cuya hacienda defiende de los infieles Lenguas y Tobas. En el riacho mencionado desemboca el río Tobatiry, que corre de Oriente á Poniente. Los campos son buenos, pero algo bajos. Dormimos en una barranca, cerca del Capii-pomog. Estuvieron insufribles los mosquitos.

DXCI. *Aves pescadoras. Dejamos el bote* (día 8). — Salimos después de medianoche. En las vueltas se logró el viento Leste : y antes de amanecer nos pusimos enfrente de las tierras de don Sebastián de León. Vimos bastantes pájaros, blancos, del grandor de una polla. Su ejercicio es el pescar, lo que hacen arrojándose con velocidad sobre los peces chicos : llámanlos Martinetes Pescadores. Aquí mi compañero y yo dejamos la embarcación para hacer nuestro viaje por tierra hasta la Reducción. Para esto nos fuímos á dormir á la estancia de don Sebastián de León, en que estaban los caballos que dejé para que se reforzasen á mi venida. El camino estaba muy lleno de agua y barro. Los mosquitos aún á los estancieros obligaron á dormir sobre el techo de la casa, á cielo descubierto. Nosotros los sufrimos en el patio. Aquí nos detuvimos dos días, ya por el tiempo, y ya para disponer el viaje. El campo estaba inundado á causa de las lluvias que habían durado nueve días con pocas interrupciones.

DXCII. *Camino con barro, agua é insectos* (día 11). — Salimos de la estancia y caminamos hasta una costa del río Paraguay llamada Uruguaytá. Aquí comimos. Tuvimos noticia por un Español llamade Zaldívar, que venía de hacia el río Xejuí, que el camino estaba inundado, y el Quarepotiy muy crecido. Sin embargó, caminamos, y fuímos á hacer noche á un sitio llamado Uruguaytá Mirí, costa también del río grande. Todo el camino de este día fué por agua y barro, con infinidad de tábanos

y mosquitos. Dejamos algunas caballerías fatigadas.

DXCIII. *Tormenta deshecha* (día 12). Fuímos chapaleando á comer enfrente de la senda que abrieron los Mbayás para entrar en las tierras de la Reducción de San Estanislao. Tiene esta tierra al principio una bella loma, que no dista mucho del río Paraguay. Aquí se fundó la hacienda de Arestiguí. Con nuestras fatigas, caminos y noticias que dábamos de las tierras, iban los Españoles adelantando sus posesiones, y sin embargo, en casi nada ayudan á los Misioneros. Por la tarde llegamos á la orilla del Quarepotiy. Estaba muy lleno, y los caballos cansados, y por esto paramos. Por la noche se levantó una recia tormenta de viento Leste y truenos, con agua. La lluvia duró hasta las doce del día siguiente, que la rechazó al Sur. Para defendernos fué necesario pasar toda la noche sin dormir, manteniendo unos palitos sobre los cuales habíamos puesto algún reparo.

DXCIV. *Trabajos del camino* (día 13). — Pasóse á nado Quarepotiy; y caminamos por un palmar de palmas Eabuigos, que estaba todo inundado. Llegamos como á las tres de la tarde al zanjón de la primera loma de Urucuy, en donde paramos. Todos los campos estaban llenos de agua, y los mosquitos intolerables.

Día 14. — Salimos ya de día claro, y con grandísimo trabajo pasamos la cañada llamada Iquaretá. Sus pozos ahora estaban llenos de agua y muy cenagosos. Hicimos noche á la entrada del Yetití. Este bañado estaba lleno de agua de punta á punta. Ya nos iban faltando las caballerías, que dejábamos cansadas en el camino.

DXCV. *Pasamos el Yetití y el Xejuí* (día 15). — Como á las ocho de la mañana entramos en el Yetití. Parecía un grande río. Antes de llegar á la mitad, nos apeamos, que así le pasaríamos con menor riesgo que á caballo. Empezamos á caminar con el agua más arriba de las rodillas, y poco á poco subió hasta cerca de la cintura. Lo peor era que nos resbalábamos en algunos altos de barro gredoso y de paja que estaban ocultos en el agua. Por

esto resolvimos meternos en la pelota de piel de toro, y de este modo con trabajo salvamos los pozos y las vidas. Desde la mitad volvimos á montar á caballo, y atollándose con frecuencia los animales, y nosotros tan empapados, llegamos al mediodía á la orilla del río Xejuí. Había bajado bastante el agua; pero más de la mitad de su ancho cauce se nadaba. Los que nos dieron en que entender fueron los zanjones de hacia el Norte. Estaban muy pantanosos y llenos de agua. Se pelotearon, esto es, se pasaron en embarcación de cuero. Nos apartamos de las orillas del Xejuí, y fuimos á hacer noche á la primera loma que distará del río una legua. No comimos en todo este día: porque ni el camino ni los mosquitos daban lugar para el descanso

DXCVI. *Jornada de este día* (día 16). — Caminamos por las lomas del Xejuí desde las ocho. Á cosa de dos leguas encontramos los Mbayás que con Lorenzo habían salido antes que nosotros de la ciudad. No se matan por los caminos, porque las palmas y la caza les suministran alimento. Todos juntos entramos en el palmar grande que se sigue á las lomas. Es tierra llana, y estaba hecha un barro. Paramos á comer en la Loma de Piedra. Por la tarde pasamos la cañada, que estaba llena de agua y barro. Salimos á la loma de Piripucú, más abajo de la canal. Esta es tierra buena, alta y con salitrales. Los Mbayás se adelantaron hasta la misma entrada de la canal.

DXCVII. *Piedra Tobatí* (día 17). — Atravesamos la tierra hacia el Poniente : descabezamos por lo más angosto, ó por su desagüe el Piripucú, que estaba á nado. La tierra parte inundada, parte cenagosa. Caminamos á buscar la orilla del riacho del Paraguay, en que descansamos algunas horas. Hay aquí mucho Tobati en las barrancas. Esta es una piedra que, en falta de otros materiales sirve para blanquear las paredes que quedan muy bien enjalbegadas. Los plateros la usan para bruñir la plata. Por la tarde atravesamos unas malísimas cañadas que te-

nían agua y barro. Hicimos noche junto á la laguna del bosque llamado Niguigigagaani.

DXCVIII. *Arribo á la Reducción. Falta de agua* (día 18). — Salimos del sitio en que quisimos dormir, pero no nos lo permitieron los mosquitos; y fuimos á hacer mediodía á la primera loma del Ipané-guazú. Cosa admirable : casi todo el camino habíamos venido metidos en agua, y aquí no la hubo ni para beber. Apagamos la sed con dos cogollos de palma, que nos presentó un infiel. Por esto, sin más comida, á eso de las doce, volvimos á caminar. La tierra estaba seca, porque por aquí no habían sido excesivas las lluvias, como en el Paraguay. Entramos en Belén, pasado el Ipané, como á las cuatro de la tarde. El bote había ayer llegado. Con esto, armada la carreta que traía, se condujeron las familias y trastos á la Reducción. Mi primer compañero el Padre Matilla se embarcó por estar débil del estómago, y se fué á curar á la ciudad. Mi nuevo compañero, en acción de gracias, celebró una Misa cantada en la recién acabada iglesia, con regocijo de todos.

CAPÍTULO XLVII

DXCIX. *Motivo de otro viaje á la ciudad.* — Cuando menos pensábamos en ver la ciudad de la Asunción, entretenidos en el orden de las cosas de Belén, llegó al puerto del Ipané un bote. Traía cartas en las cuales se nos daba noticia de estar en el colegio el Padre Visitador Nicolás Contucci, que deseaba verme é informarse del estado de la Reducción y de la gentilidad numerosa que nos cae al Norte. Fué preciso embarcarme, y bajar por el río Paraguay en cumplimiento de dicha orden.

DC. *Navegación.* — Día 12 de agosto de 1763 salimos del puerto, aunque estaba lloviendo. La navegación se

alargó más de lo ordinario á causa de vientos sures, que alborotaban mucho las aguas. Día 15 por la tarde, entré en el colegio. No se ofreció cosa particular en estos días, sino haberse dejado ver en el agua varios Guairacás, que son una especie de lobos ó mejor perros del río, de los cuales ya se habló en otra parte. En la costa del Ipitá cogió la gente muchas matas para hacer escobas. Llámase esta planta en guaraní Tamanduay, planta del oso hormiguero, acaso porque se parece en algo á la cola de este animal. También la nombran Chiric Miri, chilca pequeña. En la ciudad y sus contornos padecían una grande sequedad por falta de lluvias; y las heladas perdieron los plantíos de la caña de azúcar.

DCI. *Misión en la ciudad.* — Comunicadas con el Padre Visitador las cosas que deseaba saber, no pudo conceder Misionero á los Guanás, por estar la provincia falta de sujetos. El Padre Misionero Ignacio Oyarzábal estaba por dar en la ciudad principio á su fervorosa misión. Faltaban operarios de lengua guaraní, y resolvió el Padre Visitador que yo me detuviese para ayudarle. Lo mismo se determinó del Padre Martín Dobrizzhoffer, que llegó para ir á fundar la Reducción de Nuestra Señora del Rosario y San Carlos de Abipones, llamada comúnmente la del Timboy.

DCII. *Nos conceden poder entrar á tierra de infieles.*— Aunque por ahora no pudo el Padre Visitador dar Misioneros que fuesen á las tierras de los Chanás, me concedió á mí y á mi compañero todas sus veces en cuanto á hacer entradas á las tierras de los infieles para hablarles é inducirles á ser cristianos. En fuerza de esta voluntad del Padre Visitador, que hizo una competente limosna á Belén, y el día 16 de septiembre se partió de la Asunción me habló el Padre Rector Antonio Miranda, y exhortó á emprender nuevo viaje á los Guanás ó Chanás. Querían los Padres Superiores que se asegurasen los pobres infieles de nuestra parte, de que se les concederían Misioneros en habiéndolos.

DCIII. *Concurren las misiones de los Guaranís.* — Las visitas á los infieles surten mejores efectos, si el Misionero lleva algunos donecillos con que consolarlos y ganarles el afecto. Estaba yo cierto que los Padres Misioneros de los Guaranís concurrirían en abundancia con limosnas para Belén, y de este modo podríamos partir con otros infieles. Concluída, pues, la misión el día 11 de Octubre, pasé á las doctrinas dichas. Junté una gruesa limosna de todo, especialmente de ornamentos, campanas y otras cosas de iglesia. Puedo decir ingenuamente que Belén debe lo que es á los pobres Indios Guaranís. Estos, á más de las familias que ya estaban en la Reducción para ayudarnos, quisieron ahora venir muchos con el mismo intento. Ocho familias solamente se escogieron hijos y parientes de los que estaban en Belén, y los pedían para su consuelo y ayuda.

DCIV. *Abipones : sus robos.* — Los caminos desde las Doctrinas al Paraguay estaban infestados de infieles Abipones. Estos perversos hacían continuas irrupciones en las haciendas de los pueblos de Nuestra Señora de Fe, de Santiago y Santa Rosa y San Ignacio Guazú. Hubo pruebas claras que eran los cristianos que en la Reducción se habían juntado ya en el Timboy. Súpose también que un español más empeñado en que se fundase la tal Reducción, compraba á los ladrones mulas, caballos, yegnas de las que hurtaban los Guaranís, animando de este modo á los infieles Abipones á proseguir en sus robos. Aunque los enemigos lo corrían todo, nos pusimos en camino, y aunque de noche hubo tal cual susto, llegamos con el favor de Dios á paraje seguro. En este tiempo fueron los alborotos del Gobernador contra los Mbayás que estaban en la ciudad ; y el encono de Lorenzo contra los Españoles, como se dijo en su lugar.

DCV. *Navegación á Belén ; arroyo Zurubiy* (día 29 de mayo de 1764). — Dispuestas las cosas, salió el bote del puerto, y fué á parar al arroyo Zurubiy, tierra perteneciente á la casa de campo de don Sebastián de León.

Este caballero siempre generoso, mantuvo las familias por bastante tiempo, y ahora las hizo conducir á la embarcación, dándoles un buen socorro para el viaje, ayudando en esto al colegio, que hizo todo el costo. El día siguiente caminamos y fuimos á hacer noche cerca del puesto del Obraje de San Francisco. La navegación se hace por un riacho, brazo del río grande, al cual llaman riacho de Caa pucú. El arroyo Zurubiy es de poco caudal. Tiene su origen en unos manantiales que están cerca de las tierras de Garay, pocas leguas distantes del río Paraguay.

DCVI. *Presidio del Peñón. Fortificación inútil* (día 31). — Salimos después de amanecer; y, dejando el riacho, se navegó por el río. Á eso de las nueve pasamos el presidio del Peñón. Y poco después el río Salado. Hicimos mediodía junto al río Yabebiry. Por enfrente de éste los infieles Lenguas nadan al río grande y pasan á dar en las haciendas de los vecinos de la Asunción. Por esta causa la guarnicion del Peñón registra con frecuencia este paso, para precaver los intentos del enemigo. Al anochecer llegamos al presidio de San Roque dicho de Arecutacuá. Aquí vi la fortificación hecha para en caso que se acercasen los Portugueses por el río á la ciudad. Es cosa muy pobre, de tapia francesa de pura tierra: su situación es dentro de un pantano: en medio tiene un manantial de agua, que hace un lodazal toda la plaza. Gastos supérfluos. Ni aun para defender la entrada del río Peribebui sirve. El ingeniero fué una persona sin letras ni estudio, cuya cabeza no estaba muy consistente.

Abril de 64 [1]

DCVII. *Isla de las conchas. Madreperlas. Pez armado* (día 1º). — De Arecutacuá salimos como á las siete. Co-

[1] Á estar á lo que precede debe ser junio. *(N. del copista.)*

mo á las dos leguas está el sitio llamado Ipequá, en que tienen su enterramiento los Payaguás. Aquí hay otro paso de los infieles Lenguas. Comióse en este lugar. Después caminamos hasta el presidio de Itacurubí, junto al cual hicimos noche. Poco más abajo de este presidio tienen otro paso los dichos infieles. Entre el Ipequá y el río Pirebebuí se ofrece un corto riacho por el cual solamente cuando el río crecido puede navegarse. Divídese este riacho del río grande por una mediana isla. En la orilla del Sur de ésta se crían muchas conchas grandes madreperlas, las cuales se ven estando bajo el río. Por esto la llamamos Islas de las conchas. Aquí pescaron dos armados, llamados en guaraní Ñundia, y en la ciudad Itayqua. Es pez de tres ó cuatro cuartas de largo : la cabeza aplanada y fuerte, los ojos pequeños, y prominentes. La boca grande sin dientes, cuyo oficio hacen unas encías ásperas. Tiene seis barbas largas y duras : las dos mayores en la quijada superior, junto al remate de la abertura de la boca ; y las otras cuatro en la inferior, colocadas en hilera : las más cortantes son las dos de en medio. Las pínulas son seis : y lo singular de ellas es que la de la espalda y las dos de los costados tienen un hueso duro y largo como de 8 dedos, y ancho como de un dedo con diminución hacia la punta. Este hueso en lo superior está todo con dientecillos á semejanza de una sierra. Por los costados le corren dos hileras de anzuelos de hueso sobresalientes : en cada costado 24 ; alargándose más conforme se acercan á la cola. El color del pescado por la espalda es pardo : por el vientre blanquecino : y el de la cola y tres aletas que están en el vientre tira á colorado. No tiene escama, y es de los pescados más gustosos y saludables del río Paraguay.

DCVIII. *Camino de este día* (día 2). — Salimos al descubrirse el sol. Luego pasamos el río Capiipomog, que está inmediato á la entrada del Paraguay mirí por el Sur. Este es un brazo del río que tendrá de largo como dos leguas. En él desemboca el río Tobatiry, sobre el

cual está el presidio de Mandubirá. Pasado el riacho cogimos la costa, llamada Poitague, en donde paramos unas horas. Cazaron una ave llamada Yacú, cuya descripción se dió en otra parte. Por la tarde caminamos hasta el fin de un riacho que puede llamarse de Capiipomog. Antes de entrar en el río hay una laguna grande formada de los esteros de tierra adentro. La tierra que está enfrente de dicha laguna es alta, y aquí está la Estancia de Verdejo. Llovió mucho esta noche.

DCIX. *Peligros en que nos vimos* (día 3). — Al cuarto del alba surtimos. Habiendo andado como un cuarto de legua hasta el fin del riacho, hubimos todos de perecer anegados. Por los malos aperos del bote se cayó la caza que él cubría por el alar del Oriente. Dos muchachos Guaranís que estaban sobre ella dormidos, cayeron al río; y se hubieran ahogado, á no haberlos favorecido á tiempo. El paso casi anegó el bote. Compuesta la casa, caminamos á vista de la tierra de don Sebastián de León. Hicimos mediodía en un buen puerto. De éste salimos, y por buena costa se anduvo hasta el río Yuobí, que desemboca en una grande laguna inmediata al río. Después de la medianoche cayó el viento Sur tan recio, y con tanta lluvia, que encrespándose el río, nos vimos en grande riesgo de morir ahogados. Quebróse la amarra de la proa y si la de la popa no se hubiera reforzado, nos hundíamos sin remedio. Casi toda la gente saltó en tierra azorada. Al amanecer calmó el viento, y prosiguió como dos horas la lluvia.

DCX. *Costa buena* (día 4). — Como á las diez del día volvió el Sur. Caminamos por la costa de Uruguaytá mirí. No se pudo aprovechar el viento favorable por faltar los obenques. Compusiéronse y como á las dos se levantó la vela. Dormimos en Uruguaytá guazú. Las barrancas del río aquí son bien altas.

DCXI. *Descuido arriesgado* (día 5). — Levóse el bote al salir el sol. Caminóse por un riacho de la banda occidental hasta el río grande. Paramos algo en la entrada del

riacho en que desagua el río Quarepotiy. Por la tarde, por descuido del timonero se soltó el timón, y quedó la embarcación sin gobierno. Hicimos noche enfrente de Urucuy.

Día 6. Salimos al amanecer. Caminóse poco. Dormimos en el remate de la costa alta del Urucuy.

DCXII. *Hace agua la embarcación. Pájaros bellos* (día 7). — Anoche llovió mucho hasta cerca de amanecer. Caminamos á remo. Como á la una del día llegamos al río Xejuí. Estaba muy bajo, y se veía el banco grande de arena que tiene en su boca. Varó en él nuestra embarcación. Tomamos puerto dentro del mismo Xejuí para abrigarnos de algún temporal. Descargóse el bote, que hacía mucha agua por varias partes. Averiárouse los alimentos y mucha ropa de iglesia que los Guaranís habían dado de limosna. Así nos avió el señor Gobernador Cazáronse dos hermosas aves, una llamada Muytú. El color de su pluma negro entreverado de pintas blancas. En la cabeza tiene un copete largo de pluma, muy suave al tacto, blanca y negra. El pico algo corvo y negro. Es carne muy delicada. La otra fué un Martinete pescador llamado así porque su ejercicio es pescar. Pónese en alguna rama avanzada sobre el agua y desde ella se arroja como una flecha sobre los peces chicos, que coge con el pico y saca para su alimento. Es pájaro del grandor de un mirlo. Su pico es largo cosa de tres dedos, fuerte, derecho y muy agudo. Los ojos azules y perspicaces. La cabeza proporcionada. El color de la pluma por la espalda, en lo superior de las alas y cabeza, es muy lustroso. En la cabeza se levanta un copete de pluma del mismo color En la garganta tiene un collar de pluma blanca, y en las orillas de las alas y cola unas pintas blancas muy vistosas. El color de la pluma por la pechuga y debajo de las alas es blanco, á excepción de una mancha acanelada que le coge todo lo inferior del cuello. Las piernas son delgadas y negras : los dedos armados de uñas corvas, negras y afiladas con que también hace presa en los incautos pececillos.

Día 8. Salimos al amanecer. Comimos en la barranca que cae en frente del zanjón de tierra. Por la tarde llegamos cerca del Ypané-mirí. Pescáronse algunos Pacús y Palometas.

DCXIII. *Pato grande* (día 9).— Caminóse á remo hasta mediodía, en que se pasó junto á un buen arroyo que parece desagüe de anegadizo. Por la tarde anduvimos por el riacho de los árboles Quirays, que dan color amarillo. Cazóse un pato grande. Su color negro : en la cabeza tenía una como corona de carnosidades prominentes que se la ceñía toda desde sobre los ojos. Los mosquitos no nos dejaron pegar los ojos.

DCXIV. *Víbora Quiririog y arrecifes* (día 10). — Al amanecer caminamos. Paramos á mediodía junto á una costa alta. Llovió algo. Cazáronse tres Yacús. Una víbora llamada Quiririog, gruesa como la muñeca y larga cosa de una vara, arremetió á subir al bote. Ahuyentóse, nadaba con mucha velocidad. Hízose noche en un puerto acomodado, pasado el primer arrecife. Tiene el río Paraguay en este paraje dos restingas ó arrecifes de piedra que se extienden mucho y casi atraviesan el río. Estando éste bajo, se pasan trabajosamente á remo y para ésto es necesario echarse á la orilla occidental para poder vencer la corriente. Esta noche sopló el Sur con furia, y llovió mucho.

DCXV. *Aportamos al Ipané-guazú* (día 11).— Con el Sur se levantó la vela, y llegamos á mediodía á un buen puerto de costa alta. Pescáronse algunos Pira pita. Son peces muy semejantes á los Dorados, menos en ser muy espinosos, y menores. La cola y las extremidades de las aletas son encarnadas, y también parte del color de la escama de hacia el lomo. Es buen alimento. Cazáronse dos Yacús. Sacóse del tronco de un árbol una colmena llena de miel de las abejas llamadas Eyrobaua. Es miel muy rica. Por la tarde caminamos. Dióse algún descanso á los remeros ; y por la noche con el viento Sur nos pusimos cerca del Ypané-guazú. Entramos en éste el día 12

temprano; y aunque llovió mucho, luego que dió lugar el agua, se descargó todo. En los días siguientes hasta el 14 se llevó todo á la Reducción. En esta hallé un teatro de lástima por las viruelas, de que ya hablé en otra parte.

CAPÍTULO XLVIII

DCXVI. *Llegan á Belén cuatro Indios de San Estanislao.*— La epidemia de las viruelas hacía riza en los Mbayás de la Reducción. Alcanzó también el azote á los pobres Guaranís que nos ayudaban. En esta sazón que requería la asistencia de los dos Misioneros, dispuso Dios para su mayor mérito que recargase todo el trabajo sobre mi compañero el Padre Juan García. Día 29 de julio de 1764 se vió un grande fuego al sud del río Ipané. Animóse un jóven Guaraní á ir á registrarle. Dudábamos si le habrían puesto los españoles ó los infieles Lenguas. El Guaraní encontró á cuatro Indios cristianos de la Reducción de San Estanislao, que andaban perdidos dos días había, sin acertar á tomar el camino que guiaba á la Reducción de Belén. Trájolos consigo, y me entregaron una carta de su Padre Cura, el Padre Tadeo Enis, escrita desde la primera jornada de su pueblo. Decíame en ella que el Padre Provincial, Pedro Juan Andreu, venía á Belén; y que yo saliese hasta el río Xejuí, para desde éste guiarlos: pues no tenían prácticos.

DCXVII. *Vuélvense los Padres. Peligro en que nos vimos.* — Al otro día que fué el 30, me puse en camino. Llegué hasta el río Xejuí, á cuya orilla dormí el primer día de agosto, y no los encontramos. Vimos en los días antecedentes algunos fuegos, y creyendo que los levantaban los que buscábamos, les correspondimos también nosotros; incendiando el campo. Esta contraseña, ordinaria en los Indios infieles, causó algún espanto en los neófitos

de San Estanislao. Retrocedieron ellos y los Padres, imaginando sobre sí innumerables Guaycurús, que les disputarían el paso. El mismo fuego nos dió á nosotros más cuidado. Cerca del Piripucú se perdió mi guía, poco práctico. El mismo fuego que nosotros habíamos puesto, circulando por los campos, y entre bosques, nos cercó de modo, que no hubo otro remedio para librarnos, que salir apretando la espuela á los caballos, por sobre las mismas llamas.

DCXVIII. *Diligencias para saber de los Padres.* — En la orilla del río Xejuí encontramos huellas frescas de pies descalzos que tiraban á la orilla opuesta. También dos rastros de la pelota ó embarcación de cuero, y las pisadas de muchas cabalgaduras sobre la arena, que se perdían en el agua. Caía ya la noche, y sin embargo, un muchacho Guaraní se desnudó á la Mbayá, y en un ligero caballo nadó el río: pasó más adelante y registró el pantano Yetiti. En esta diligencia se pasó más de hora y media. Yo confieso que estaba muy congojado con la demora del muchacho. Ya se me ofrecía que había hecho presa en él algún tigre de los muchos que por aquí se hallan; ya que había caído en manos de los infieles Lenguas. Sacóme de cuidado su voz: repasó el río y me dijo que el camino estaba recién pisado, y que iba hasta el fin del Yetití pero que no se veía gente, cuyo caminar se conocía que era muy acelerado. Por señas de su diligencia trajo un cuerno grande lleno de miel, que al salir del Yetití había encontrado en el suelo. Sin duda se le había caído á alguno de la comitiva de los Padres.

DCXIX. *Vuelta á Belén.* — Indeciso en que resolución tomaría, si pasar adelante ó volverme á Belén, se levantó casi á la medianoche un fuego en la cañada del río Quarepotiy, cuyo resplandor alumbraba hasta el Xejuí. Conocíase que era fuego de los que se retiraban, y que en vano seguiríamos á los que parece huían. Por otra parte, nosotros no habíamos hecho más provisión que unas tortas de harina de mandioca, á lo más por dos días, cre-

yendo que, según la carta, nos esperaban en el Xejuí los que la escribían. Ya se acababa el matalotaje ; y así nos determinamos á volver á Belén, y prevenirnos para el largo viaje hasta San Estanislao ; y en caso de no hallar aquí al Padre Provincial, pasar á San Joaquín, y aun hasta la ciudad á hablarle. Á nuestra vuelta recogimos algunas mulas, que los Indios estanislaistas habían dejado cansadas. Entramos en Belén el día 10, y me sucedió un caso chistoso con el cacique Jaime, que estaba convaleciente de las viruelas. Fuí á verle, y me preguntó por el Padre Provincial. Respondíle que no lo había hallado. Se conoce, dijo el viejo, que eres un Agupelguagi, ésto es, que eres un bobo. Si yo hubiera ido, le hubiera hallado, porque soy anciano : que fué tanto como decir que era hombre de experiencia y resolución.

VIAJE Á SAN ESTANISLAO

DCXX. *Camino hasta el Urucuy.* — Día 10 de agosto del dicho año, salí de Belén, llevando conmigo los cuatro Indios estanislaistas que me trajeron la carta del Padre Tadeo. Llegué á la laguna del bosque á eso de las cuatro y media: y al Piripucú al querer ponerse el sol. Habiéndole pasado, hicimos noche en su punta del Sur. Encontramos 9 cabalgaduras cansadas, de las que dejaron los indios de San Estanislao. Llevámoslas con las nuestras á su pueblo. El día 11 salimos poco antes de salir el sol: y á eso de las 9 y media pasamos el río Xejuí. Distará del Piripucú como unas 10 leguas. Día 11. Dejamos el Xejuí como á las 12 del día, y fuimos á dormir á la primera loma de Urucuy. Pasamos con trabajo el Yetití, porque tenía mucha agua. Distará como unas seis leguas.

DCXXI. *Camino hasta el Piray.* — Empezamos á caminar como á las 6 y media; llegamos á la casa y última loma del Urucuy cerca de las 9 y media. Á eso de

las 10 volvimos á caminar: pasamos un rato en una cañada que tenía buena agua. Al bajar esta loma del Urucuy, se deja el camino que va á la Asunción, se toma al Oriente: el bosque queda á mano izquierda. Camínase por la cañada arrimándose siempre á la loma, la cual tiene á lo largo de su falda, ó de Poniente á Oriente un gran pantano, el cual se pasa. Á las 2 y media volvimos á caminar y llegamos al río Piray poco después de puesto el sol. Dista este sitio del Urucuy de 8 á 10 leguas. Á la orilla de un bosque encontramos una sementera desamparada; tenía muchas plantas de Berigi. Dijeron los de San Estanislao que por estos parajes pasaba su vida el infiel Agustín Yaguareté, y los que le seguían, todos apóstatas. Al Agustín quitaron la vida los Mbayás en este paraje, y cautivaron la muchacha llamada María, que llevaron á Belén, que también andaba fugitiva por las cabezadas del Yetití, que distan como unas 20 leguas de San Estanislao. El río Piray es el que los españoles llaman Quarepotiy.

DCXXII. *Naranjal. Aguapey. Buenatierra. Río Yu ó negro* (día 13). — Salimos antes de verse el sol: costeamos y parte pasamos por debajo de los árboles de un bosque grande que desde la loma del Urucuy traemos á la izquierda. Tiene agua su tierra que es alta, y hay muchos naranjos agrios. Sobresale una hermosa loma, cuyo bosque por la mayor parte es de naranjos. Los monteses llaman á este sitio Narandi Guazú, Naranjal Grande. Costeamos por algunas horas el bosque, caminando casi al Oriente al principio, y después volviendo al Este-sudeste. Á eso de las 2, llegamos á un arroyuelo llamado Aguapey, que en un manantial tenía agua. En la loma vimos una senda, que desde un ojo de agua tiraba al bosque. Era camino de los indios monteses. En los naranjos había muchos Papagayos, que de repente alzaban el vuelo, como espantados. Hay todavía en este sitio algunos infieles pertenecientes á San Estanislao. Atravesada la cañada, se entra en una tierra alta y de hermosas lomas

hasta el Aguapey. Aquí se apartaron un poco los indios que enviaba el Padre Tadeo á Belén á buscar los que venían conmigo. Habíanse escondido en el bosque cuando nos divisaron, teniéndonos por Mbayás. Caminamos otra vez como á las 4, y llegamos á un río pequeño llamado Yu, agua negra, al ponerse el sol. Corre entre bosques, con barrancas altas : su agua es buena. Antes de llegar á este río, se atraviesa de Norte á Sur un bosque por camino hecho á mano.

DCXXIII. *Llegada á San Estanislao : su río* (día 13). — Nos apartamos del Yu poco antes de salir el sol, y por varias vueltas de bosques entré en San Estanislao como á las 8 y media de la mañana. Pasamos dos bosques por camino hecho á mano. El primero dista del Yu cosa de legua, y es poco largo. El segundo tiene como media legua de largo, y á su salida está el Itapiraquay, que se pasa. Es mediano y corre de Oriente á Poniente. Nace en la serranía que está cerca del pueblo de San Joaquín, y desagua, ó en la laguna Ypacara, ó con nombre de Ypitá en el río Paraguay.

DCXXIV. *Ida al pueblo de San Joaquín.* — No hallé en esta Reducción al Padre Provincial, que días antes se había partido. Por si acaso se hallaba aún en la Reducción de San Joaquín, me puse en camino, habiendo descansado algo. Día 16 : Salí de San Estanislao, y llegué á hacer noche á un lugar llamado Yatí, junta de ríos, porque aquí se unen algunos arroyos, que nacen en los cerros inmediatos, y van á desembocar ya incorporados al río Ytapiraquay, que desde San Estanislao se trae á la vista hacia la mano izquierda. El día 17 como á las 9 de la mañana llegué al pueblo de San Joaquín. Aquí hallé la novedad de haber caminado á la Asunción el Padre Provincial. Con esto se hizo preciso pasar adelante.

DCXXV. *Terrenos de San Joaquín. Ríos.* — Día 18, como á las 7 y media, salí de San Joaquín. Á la bajada de la loma está el río llamado Negro ó Yu. Hice mediodía en otro paraje por el cual corre un arroyo cuyo nom-

bre es Yuqueriy, río de los matorrales espinosos de este nombre. En el medio de los dichos está el Tarumay, en el cual se divide el camino que va á Curuguatí, muy frecuentado de los beneficiadores de la famosa Yerba del Paraguay. El terreno del pueblo de San Joaquín, es arenisco, de arena mezclada con greda colorada. Hay también mucha arena blanca. Por esta causa en las tierras bajas se levantan muchos hormigueros, ya blancos y colorados, según la arena que las hormigas sacan. La disposición de la población es irregular; estando como sembradas las casas, apartadas unas de otras, por evitar los incendios frecuentes. Como pueblo nuevo, tiene las casas y la iglesia techadas de paja. Á esto de las 2 y media salí del sitio arriba dicho; y á cosa de las 5 llegué á la entrada, ó, como aquí dicen, Borda del bosque, y monte grande. Pasado el Yuqueriy, encontramos el río Guiranguay, ó del nido del pájaro negro. Corre á buscar el Paraná. Es malísimo paso para las tropas de mulas que acarrean la Yerba. Sus orillas están desquebrajadas, y pantanosas. Pásase sobre fagina. Á éste se sigue el río Cambay, del negro. Inmediato al bosque grande corre otro que toma de él su nombre y se dice río de Monte Grande.

DCXXVI. *Tropas de Yerba y su modo.* — Este día encontramos dos tropas de mulas cargadas de Yerba del Paraguay que iban á la ciudad. El modo de caminar que observan es el siguiente. Cada mula muy mal aparejada, carga dos zurrones, que llaman tercios, cada uno de 7 ó de 8 arrobas. Si la mula fatigada se echa, ó al pasar algún lodazal, se empantana la dejan baje la carga. Pasan las restantes, y un peón ó arriero viene detrás, recogiendo las dejadas. Maltratan muchísimo á los animales, como no les duele el perderlos, porque no son suyos. Hay jornadas de un viaje, jornadas de dos y jornadas de tres. Un ejemplo aclarará este enigma. Muchas veces los zurrones de la yerba son muchos y las mulas de carga pocas. Pues qué traza para no dividir cada noche la carga? Llevan con las mulas que tienen primero unos zurrones

al sitio de la parada, que por lo común es corto. Descargan, y con las mismas mulas vuelven una ó dos veces á llevar los zurrones que restaban. Es cosa muy prolija y que aniquila las bestias. De este modo echan muchos días en un camino que se abreviara tres ó cuatro veces más, si las mulas bastaran para las cargas y hacer camino seguido.

DCXXVII. *Yerba del Paraguay. Sus plantas y beneficio.* — En los bosques en que se hace el corte y beneficio de la Yerba, vale cada arroba un peso. Conducida de los yerbales, y pasada de Monte Grande, sube á dos pesos. Los árboles de Yerba, especialmente los llamados Caaminí, son hermosos, copados, altos como un naranjo, y asimismo gruesos. La hoja no es desemejante á la de los naranjos, pero es más suave de tacto, y por la orilla picoteada. Las flores son pequeñitas, de cinco hojas, blancas y arracimadas. La semilla madura parece á los granos de pimienta; pero se distingue en que la cortecita encierra tres ó cuatro semillitas ó núcleos blancos, larguitos y algo esquinados. Lavada la simiente en varias aguas claras, suelta una materia viscosa, que levanta espuma como el jabón. Hecha esta diligencia cuando están frescas ó sembradas recién cogidas del arbol, fácilmente brotan ; sino apenas nace planta porque la humedad pudre y no desata la dureza de aquella goma. Cortados los gajos del arbol los chamuscan á la llama, y después los cuelgan en Barbacoas, ó casas tejidas de palos, y ponen fuego de ascua debajo para que se tueste la hoja. Después la muelen en morteros hechos en tierra, la ciernen y guardan para enzurronarla. Este es el modo desaseado que tienen los Españoles. Los Indios Guaranís tienen morteros de palos, y todo lo necesario para la limpieza. Los españoles no quitan los palillos de las ramas, sino que con la hoja los quebrantan y mezclan : por eso su Yerba se llama de Palos, y no es muy estimada. Los Guaranís muelen solamente las hojas. y separan curiosamente las granzas. Esta es la Yerba Caamirí, tan afamada.

DCXXVIII. *Malogro de los beneficios.* — En este tráfico casi siempre quedan perdidos los cortadores, los beneficiadores y los mercaderes. Estos dieron sus géneros en la ciudad á buen precio, los beneficiadores, que los recibieron, los dan á los peones ó jornaleros con la obligación de ir á pagar á los yerbales. Sucede que los peones en los beneficios se empeñan de nuevo; y más que los amos les sacan paga por el cuchillo que les prestan para cortarla; por el uso del caldero en que cuecen la comida: y así de otras cosas: con que los pobres vuelven á sus casas desnudos y adeudados. Los amos, ó por escasear los árboles, ó por averiarse la Yerba, no pueden dar cumplimiento á los interesados, y todos quiebran. Todo ésto me decía un hombre honrado, capataz de una tropa, que gran parte de la noche la pasó hablando conmigo á la entrada del Monte Grande; y añadió que ya había once meses que faltaba de su casa, por haber tenido muchos atrasos en el beneficio de la Yerba el que era el dueño. Con estas demoras, las pobres mujeres y familias viven casi desamparadas. Todo se evitaría, si plantaran yerbales hortenses, como los han logrado con el empeño y dirección de los Misioneros Jesuítas los neófitos de las Misiones Guaranís, con suma envidia de los Españoles.

DLXXIX. *Montes Grandes y Yayao* (día 19). — Como una hora antes de amanecer entramos en el Caaguazú, ó bosque grande: y como á las once de la mañana salimos á un pequeño campo que le separa de otro bosque y monte llamado Yayao, el de las coles de la tierra. Los dos montes y bosques son molestísimos, por largos y por tener cerros cuyas faldas están llenas de piedra suelta. Encontramos varios arrieros, unos que llevaban ganado á vender, ó ya vendido, á los yerbales: otros mulas y ropa: y otros que ya conducían Yerba. Los caminos son muy estrechos, atajados por los lados de árboles y cerros, y así nos costó salir bien de estos encuentros; porque se mezclaban las cabalgaduras. Como en el centro ó medio del camino del Caaguazú, hay una cañada muy corta

en forma de plaza, llamada Pindoti, el palmar de una especie de palma llamada Pindó. Si llueve, se recoge aquí agua : y por ésto es descargue de las tropas, que dejan en este sitio los zurrones, cubiertos con paja, puestos en hilera. Á veces llega algún fuego, ó casual, ó puesto de propósito, y lo abrasa todo, como yo lo ví con bastante lástima. Sacan las mulas á comer á la borde del monte. Este al fin tiene un campichuelo llamado Ibahaiti, sitio de los árboles así llamados, cuya fruta es agria y refrigerante. El monte Yayao es más pedregoso, y tiene algunos arroyuelos.

DCXXX. *Caso chistoso.* — No quiero omitir un gracioso caso que sucedió á la entrada de este bosque y monte Yayao. Encontré aquí á un buen anciano que cuidaba de unas cargas de Yerba. Pregúntome si venía de San Joaquín. Respondíle que sí, como así era. No sé en qué parará ese pueblo y el de San Estanislao, prosiguió él ; porque los malditos Mbayás están alborotados. Ya la milicia de Curuguatí está en campaña, porque se han dejado sentir en las cercanías de aquella villa. Dicen que dos benditos Padres han ido á predicar á los Mbayás. Por qué habrán hecho ésto con unos Indios, que fuera mejor que se los llevaran los diablos. Para que no se los lleven estarán entre los Indios los Jesuítas, dije yo. Pero, mi Padre, añadió el viejo, ahora nos piden vacas para mantener á esos enemigos de los cristianos. Con esta limosna estarán los Mbayás quietos, recibirán la fe, y descansarán los Españoles, le dije al viejo mal humorado. ¿ Dígame usted, antes no buscaban los Mbayás las vacas y las cabezas de los cristianos ? No vale más con mérito dar limosna que no perder el ganado, las tierras y las vidas ? Pero, ah ! Padre, que no cesan de inquietarnos por ésto, como actualmente sucede en el Curuguatí, y más tarde lo harán con nosotros. Díjele : y después que con los Mbayás están los Padres de la compañía, han sentido ustedes algún insulto de los bárbaros Mbayás ? Ninguno, mi Padre, respondió el viejo. Aquí me le declaré y le

hice saber que yo era uno de los Misioneros, y que los Mbayás no trataban de inquietar á los Españoles, muertos unos de las viruelas, y los demás esparcidos de miedo y escondidos. Alegróse el viejo y dijo: Mi Padre, estas voces vienen de la ciudad para agravarnos á los pobres: y crea que son el diablo los de vara y cabildantes, que con nuestras pensiones, se eximen ellos sin que los aflija el bien de la patria.

DCXXXI. *Tacuacorá y gallo silvestre.* — Como á la una y media del día descansé á la bajada y salida del monte en un sitio llamado Tacuacorá, en que está la hacienda de don Ramón de Espínola. El capataz de ese caballero me llevó á su casa y me acompañó desde las tres y media hasta la noche, que hice á la entrada del valle de los Ajos. Por Tacuacorá corren los ríos Tobatiry grande y chico; que desaguan en una laguna grande. Corre también el Tacuary, y se pasa para entrar en el dicho valle. Todos son ríos de poco caudal, menos en tiempo de lluvias, que crecen mucho. El último tiene cerca de sí un estero, llamado Mbururú, malísimo y muy pantanoso. Aquí oímos cantar una ave á medianoche, y á las horas en que canta el gallo. Dijéronme que es el Maytú macho: más después supe mejor que es un gallo de agua y silvestre, que se halla en otras muchas partes. En el valle de los Ajos, que es pequeño, y angosto, está la Guardia, que cuida de recoger los Quintos reales de las cargas de yerba que vienen de los beneficios. Tiene este valle una capilla ayuda de parroquia en un sitio alto y muy hermoso. Junto al sitio en que hicimos noche había un naranjal de naranjos agrios: comimos algunos para refrescarnos.

DCXXXII. *Varios valles del Paraguay* (día 20). — Salí antes de amanecer, y pasado el campo llamado Mboti, lugar de víboras, Mandiho y Cariy, que todos tres son campos ó valles pequeños, pasé á mediodía junto al arroyo Cariy. Este último tenía capilla, donde acuden á oir misa los vecinos, de los cuales murieron algunos, años

pasados, á manos de los Mbayás. Estaban varias cruces levantadas en los sitios en que sucedieron estas desgracias. Tan estrechados tenían los Mbayás á los Españoles, que estos valles estaban por el pavor despoblados casi del todo. Volvimos á caminar á eso de las 12, y por un pequeño campo llamado boquerón del tigre, Yaguaretecua, llegué á la hacienda de don José Marecos, cuyas tierras son capaces y bellas. Costeamos después á varios vientos el arroyo Yacanbuzú, que corre por entre serranías, é hice noche sobre una hermosa piedra ancha de su orilla, sirviendo de arrullo al sueño el murmullo suave de la caída y choque de su agua. Está este sitio inmediato á la cuesta llamada de Mbatobí, por un cerro de este nombre, que sobre los otros solitario se levanta.

DCXXXIII. *Entrada en Paraguary* (día 21). — Salí al aclarar el día: bajé la cuesta, que es bien mala y tiene mucha piedra; y á las siete de la mañana entré en la hacienda ó estancia del colegio llamada Paraguary. Al otro día salí y llegué á la ciudad el día 23. Traté con el señor Gobernador y con los Padres Provincial y Rector los negocios de la Reducción. Estaba en el colegio el Padre Manuel Durán, y determinó el Padre Provincial que me acompañase á Belén, con ánimo de que, abierto el camino para ir á las Misiones de los Chiquitos, pasase á ellas. Meses después recibió el Padre Manuel Durán carta por la cual el Padre Provincial deshacía su primera designación, y le señalaba Misionero de los Chanás, como veremos á su tiempo.

VUELTA Á LA REDUCCIÓN

DCXXXIV. *Salida de la ciudad y llegada á San Joaquín.* — Concluídas nuestras diligencias, el Padre Manuel y yo salimos de la Asunción el día 31 de agosto: dormimos en la casa de campo del colegio, dicha San Lorenzo; y al otro día llegamos á Paraguary; de donde nos parti-

mos el día 4, y fuimos á dormir á Cariy en la casa de don José Rivas, ayudante de Cura. No comimos este día hasta la noche. El día 5 dormimos en el Mbururú, habiendo hecho mediodía en Mandiho en casa de la madre de don José Marecos, que nos trató con grande agasajo y caridad. Día 6: pasamos los montes Yayao y Grande. Dormimos á la salida del último. Día 7: comimos á la orilla del río Yuqueriy, y dormimos en San Joaquín. Junto al río dicho estuvieron algún tiempo los dos pueblos de San Joaquín y San Estanislao, por miedo de ser sorprendidos de los Mbayás. Después volvieron á los sitios que hoy tienen. Hasta el día 12 nos fué preciso detenernos en San Joaquín por la revolución del tiempo, lluvias, truenos y tormentas.

DCXXXV. *Indios joaquinistas* (día 12). — Salimos de San Joaquín y llegamos á San Estanislao. Según algunos indicios tienen algunas familias de los antiguos Arecayanos. En el pueblo hay un cacicato llamado Xavié, y el cacique cuenta que su abuelo fué ahorcado. Hay también cacique llamado Tupí, nombre de Indios Portugueses, y de los amotinados. Véase la vida del Padre Quesa en Las *Siete Estrellas.* Hállanse en las tierras de San Joaquín muchos Guacamayos y Canindes, que son una especie de aquéllos con la pluma del pecho amarilla hermosa.

DCXXXVI. *Indios serranos y otros.* — En el tiempo que nos detuvimos en el pueblo de San Estanislao, vimos sus tierras inmediatas y las sementeras: aquéllas son altas, lomadas y bosque: éstas estaban muy bien cuidadas de los neófitos. Una tarde vi el modo con que cazan papagayos, que ya describí en la primera parte. El Teniente del pueblo y otros Indios me dijeron que en la orilla del Norte del río Xejuí hacia el Oriente había muchos infieles llamados Ibitiriguá, los serranos. De éstos vino una mujer á la toldería de su padre, el cacique Arabebé, la cual habían cautivado los Payaguás, de los que se huyó y se escondió en el bosque. Esta mujer habló con el Padre

Sebastián de Yegros, cuando fué á vivir en su primer bosque con ellos. Pidióle al Padre que fuese á las tierras de sus parientes á enseñarles, que eran muchos y mansos; y que no hacían daño á nadie. Hay otros infieles por el mismo rumbo, llamados Guebi, los cuales también son muchos.

DCXXXVII. *Pájaro campana.*—En los bosques de San Estanislao hay las aves llamadas Guirapú, pájaro campana. Tienen este nombre por su modo de canto parecido á los golpes de una campana ó almirez mediana. Son ligerísimos, y mudan continuamente de sitio, pasándose de unos árboles á otros. Es cada una del grandor de una torcaz : su pluma blanca con algo de cenicienta. En parte el pecho y cuello tiene una carnosidad verde, desnuda de pluma, la cual le sirve para formar el dicho sonido. Sus ojos son hermosos y la cabeza grande. La dicha carnosidad se extiende hasta cerca de los ojos.

DCXXXVIII. *Río Piray y entrada en Belén* (día 20). — Salimos de San Estanislao: descansamos en el río Yu; y dormimos en el Aguapey (día 21). Comimos en la loma del naranjal, y fuimos á hacer noche á la orilla del Piray. Los caminos estaban buenos. Por este camino no se pasa el Piray: déjase á mano izquierda ó más al Poniente (día 22). Comimos en Urucuy. La cañada tenía bien malo el pantano. Dormimos á la entrada del Yetití. No tenía este bañado mucha agua (día 23). Llegamos al río Xejuí: estaba algo crecido. Dormimos á su orilla del Norte (día 24). Llegamos al Piripucú. Estaba lleno. Pasámosle en pelotas con susto, porque se oían los bramidos del cocodrilo llamado Yacarepitá, que acomete á los que nadan. Dormimos en la orilla ó punta del Norte (día 25). Fuimos á comer al río Ypané-guazú y por la tarde entramos en Belén. No hallamos Mbayás, porque todos se habían esparcido á buscar los huesos de los difuntos de las viruelas y llevarlos á su enterramiento ó mortuorio. Lorenzo se había ido, engañándonos á todos,

á juntarse con la gente de Golinigi para acometer á los Chiquitos. Supimos que los Payagnás vasallos del cacique Cuatí habían muerto á cinco Mbayás, y se retiraron poco después á la ciudad temerosos de que los Mbayás les hiciesen la guerra. Desde que llegamos á Belén, hubo sandías maduras, y se lograron aun más tempranas por la dulzura del clima.

CAPÍTULO XLIX

DCXXXIX. *Retíranse los Mbayás. Nuevo viaje corto.* — La piedad natural con sus difuntos traía á los Mbayás retirados en el entierro de los esqueletos. Venían con frecuencia á la Reducción, y esperábamos reunirles en ella acabado su duelo. Encendióse de nuevo en los Guaranís otra pestecilla, de la cual murieron algunas mujeres. Al ver ésto los Mbayás, temieron de nuevo vivir en un lugar tan infecto. Uno de sus médicos cantó una noche y dijo que las enfermedades venían de la ciudad: bastó ésto para que se retirasen casi todos á sus lugares antiguos, en que esperar mejores tiempos. La quietud en que nos vimos, nos dió lugar á trabajar en lo material, mi compañero en la Reducción, y yo haciendo un nuevo viaje, que tuvo algo de singular. Por los fuegos que se veían hacia el Oriente, principalmente desde la hacienda de la Reducción, que ya estaba en la costa del Sur del Ypané, nos persuadimos que había infieles en los bosques. Para averiguar algo en particular, era preciso ir á sitio cerca del cual se levantaban los fuegos.

DCXL. *En marcha hacia los bosques.* — Día, pues, 22 de septiembre del año 1765, salí de la Reducción: pasé el río Ypané, y, caminando al Oriente, llegué á la hacienda ó estancia del ganado. Informéme bien de los Indios que allí cuidaban de la hacienda, y contestaron verse á menudo los incendios.

DCXLI. *Indicios de infieles de lengua guaraní* (día 23). — Caminé algunas leguas al Oriente, y me confirmé en que había infieles por dos indicios manifiestos. El primero fué que, habiendo llegado de noche á la entrada de la cañada de la Yerba, de que ya hablé en otra parte, vimos al salir el sol venir bandadas de innumerables papagayos. Sentáronse en el bosque cerca del cual estábamos. Advertimos que de cuando en cuando, con grande algazara se levantaban en el aire, y revoloteaban en contorno, y volvían á sentarse. Esto sucedió tres ó cuatro veces, con que sospechamos que había gente que los espantaba. Al fin, como perseguidos, volaron todos, desamparando el bosque. Los Guaranís que me acompañaban convenían en que allí había Indios de su lengua, que tendrían sembrado maíz, al cual acudirían los papagayos. El segundo indicio fué ver un pedazo del campo, quemado, formando el pasto que retoñecía, como una plaza, estando todo alrededor el pajonal alto y seco. Conocíase que estaba quemado con arte. Y en realidad, esta era la traza de los Guaranís en su infidelidad para cazar ciervos, venados y avestruces. Acuden estos animales al pasto nuevo, ó, como el Guaraní se explica, Cuzugue. Escondidos los cazadores entre la paja alta, los flechan y matan á su salvo.

DCXLII. *Otros indicios de infieles* (día 24). — Hallamos un nuevo indicio; y determiné hacer una tentativa. Vimos una senda, como de media vara de ancho, que salía de un bosque, é iba derecha á una laguna que estaba en tierra baja, y distaba del bosque como un medio cuarto de legua. Certificados que la senda era de huellas humanas, hablé á dos muchachos Guaranís que me acompañaban, en orden á entrar por ella, y ver adónde nos llevaba. Como conocieron mi empeño, no repugnaron. Á eso, pues, de las diez de la mañana, á pie los tres uno tras otro, nos metimos por dicha senda. Habiendo caminado una media legua, salimos á un sitio alto, lleno de gruesos árboles, y bastante limpio de yerbas y matorrales.

Aquí les hice tomar algún descanso, y entretanto me adelanté yo á registrar el terreno. Siguiéronme los dos jóvenes, y metidos ya muy bien en el bosque, como otra media legua, dimos en un suelo, todo lleno de arbolillos, que brotaban debajo de los árboles grandes. Aquí se nos perdió la senda clara; pero pudimos continuar en el camino ayudados de otras señas que advertimos. En las ramas de arbolillos medianos estaban colgados unos gagitos tiernos de un matorral; y así proseguían por todo aquel trecho en que estaba oculta con las matas y yerba la senda. Se conoce que los tales gajitos, que estaban recién cortados y puestos, servían de balizas ó señales para no errar el camino, y meterse en aquel malezal, todo lleno de espinas.

DCXLIII. *Señas más claras de los infieles.* — Alegres porque nos acercábamos á lo que buscábamos, fuímos caminando como otra legua. Al fin de ésta, dimos con un terreno sin matorrales espinosos. Descansamos un rato, y habiendo empezado á caminar en busca de algunas señales, oimos que quebraban un rama bastante grueso de árbol, como lo colegimos del chasquido. Ya somos sentidos, les dije á los dos muchachos. Cogimos el viento de donde salió el ruido: caminamos bastante, y volvimos á oir más cerca otro estampido de rama que desgajaban. Quería yo pasar adelante; mas los dos muchachos me representaron razones que mirando á ellos, eran eficaces, para desistir por entonces del empeño. Vamos pocos, mi Padre, me dijeron. Ni nuestros arcos y flechas traemos, por no caminar embarazados por estas breñas. Los infieles ya nos han atalayado y descubierto. ¿Qué les costará acabarnos á los tres desarmados? La sed que nos aflige, y el calor debajo de estos árboles, que impiden pase libre el viento, nos quema. Volvámonos á la Reducción, y prevenidos de flechas y de calabazos para traer agua, con más compañeros volveremos á buscar á estos infieles. Bien está, les dije. Saldremos: pero antes subid á uno de esos árboles más altos; y ved si se descubre algún campo

ó rancheria de Indios. Subieron, y contestaron que no muy lejos, hacia el Este-sudeste, se descubría espacio de terreno claro, y que lo daban á entender los árboles que alrededor había, faltando árboles en aquel espacio; que no podían descubrir lo que había en el suelo, pero que subía algún humo; por lo que se persuadían que allí estaban los infieles, ó algunas de sus sementeras; y que á éstas vendrían los papagayos, de que hablamos arriba, y que revoloteaban como asombrados ú ojeados.

DCXLIV. *Motivo de otro viaje.* — Volvimos á la hacienda el día 25; y por la tarde llegaron unos Mbayás, haciéndome éstos muchas instancias para que emprendiese otro viaje más largo y más lleno de peligros. Díjeles que se retirasen á la Reducción á componer sus sementeras, que en desocupándome les seguiría, y conferiría con mi compañero lo que debía hacer en lo que me proponían. Oímosles con más formalidad en la Reducción, y dijeron que el cacique Jaime les enviaba á suplicarme que les consolase emprendiendo un viaje á los pueblos de Chiquitos, á traer los Mbayás apresados. Al fin se resolvió mi ida con ciertas condiciones: solamente llevando conmigo dos Guaranís y los Mbayás que quisieran seguirme. Lo que sucedió, y la causa porque desde más de la mitad del camino se interrumpió pasar adelante, se leerá en el Diario y Cartas subsiguientes.

CAPÍTULO L

DCXLV. *Diario del viaje no acabado á los Chiquitos. Arbol raro* (día 1° de octubre). — Como á las tres y media de la tarde salimos de la Reducción. Al anochecer paramos en una loma que está un poco más adelante del lugar llamado Liguedemadigo, agua de los sapos. Hablábronse está noche sobre lo que habían visto de salir á des-

pedirme los Guaranís, llorando, temerosos de que no volvieran á verme. Lloraron ahora también los Mbayás, y entre otras cosas decían : No desampararemos á nuestro Padre, que tanto nos estima; y para nuestro consuelo emprende estos trabajos. Cuando vuelva, todos en su compañía nos vendremos. Vi hoy un árbol al cual llaman Enimaga Laagaichi, con lo que beben los Lenguas. Es alto y bastante corpulento: su hoja como la mano de grande y figura de lanza. En las raíces laterales se crían unos tumores del grandor de sandías. Á falta de agua, cavan la tierra y las comen. Deshácense en la boca, y se convierten en fresca agua, nada nociva.

DCXLVI. *Cosas observadas* (día 2). — Como á las seis y media salimos y paramos á las doce en la orilla del Norte del río Aquidaguanigi, esto es, río mediano. Los campos son hermosos y de lomas parte limpias, parte pobladas de arboleda y palmas. Antes de llegar al río ocurre un arroyuelo al cual llaman Cachoque Annenagadi, ahullido del zorro. Cazaron dos avestruces y dos ciervos. El grande calor nos obligó á arrimarnos un rato á la sombra de un bosque; derribaron una palma de las llamadas Namogoligi ; abriéronla una canal con un palo fuerte y su meollo nos refrigeró grandemente chupado y bebido el zumo. Pescóse una raya, que ellos llaman Nela ; tenía en su vientre seis hijuelos : es vivípara. La comimos. Cerca del río hay unos postes de palo, agujereados y en hilera, que van hacia el pueblo antiguo de donde saqué los naranjos. Se conoce que servían de cercado para detener el ganado. Volvimos á caminar á eso de las cuatro, y con media hora de puesto el sol, llegamos á la laguna Numigena, ó Pescadero. Como legua y media antes se pasa un río llamado Pitanoiagadi, punta quebrada. Desemboca en el arriba nombrado. Á las dos orillas tiene los árboles llamados Alaiche, cuya descripción está en su lugar. El campo entre estos dos ríos está lleno de palmas Eabuigos, y en tiempo de lluvias se inunda. La tierra del Numígena es alta, y una de las que tienen

escogidas los Mbayás para el engorde de sus caballos.

DCXLVII. *Laguna: bella tierra* (día 3). — Como á las 11 salimos, y á eso de las 2 pasamos á la orilla de una laguna llamada Eguag-Iguaga Niogodi, agua del pájaro como Eguaga. Está á la orilla del Oriente de un bosque: esa agua es gruesa por la mucha broza que tiene. El camino fué por lomas hermosas, limpias y de buenos pastos, rumbo al Norte cuarta al Leste; tendrá á tierra unas cuatro leguas de diámetro. Al Oriente se ve á lo lejos la serranía: sobresale hermosamente un cerro. Al Norte se divisa mejor un ramo de la misma serranía. Al Norte cuarta al Oeste se vieron fuegos de los Chanás. Al Poniente y Sur se ve cerca el río Paraguay, en cuya orilla levantaron fuegos los Payaguás. Cazaron dos avestruces. Había muchas pavas monteses. Guardan las canillas de los avestruces para puntas de sus flechas. La laguna tiene peces llamados palometas y dentudos.

DCXLVIII. *Serranía, río y plantas. Animal acuático* (día 4). — Salimos como á las 10, y paramos á las 12 en la orilla del Norte del río Etagadiyadi: cañaveral. El camino es todo por colinas de buen pasto. Á trechos tiene mucha piedra de cal. No se ensancha mucho la tierra, porque á los dos lados tiene bosque, y cerros bastante altos. Las piedras no impiden el camino ni la fertilidad, y sobresalen poco. Como media legua antes de llegar al río, se angosta mucho el campo, que al Occidente tiene la serranía pequeña ó Gutig-Aguanigi, de buenos cerros, llenos de arboleda. Éstos son los primeros que descubren desde el río Paraguay los navegantes que suben por él hacia el Norte. Nuestro camino los deja á mano izquierda, y la punta distará de él cosa de media legua. Al Norte y Este están otros cerros de la cordillera, cuyo principio le teníamos como un cuarto de legua. En este campo había mucha Rubia, buena para tintes encarnados. El agua del río tenía un sabor algo áspero, por la broza. Corre de Oriente á Poniente. Su suelo es de piedra: la bajada y salida muy malas. Tiene

muchas cañas bravas, llamadas Etagadí. El camino por las vueltas fué al Nornoroeste. Pescaron bastantes peces como sardinas, á los cuales llaman Nocodaga: y otros como un geme de largo, dichos Gotinaga Liguetegi. Son de buen gusto. Tienen los ojos muy resaltados, y junto á la cabeza á cada lado una mancha de escama negra. La cola es de figura de abanico. La serranía Guetiadaguanigi tiene la punta en que remata al Sudeste, y va al Nornordeste á unirse con la serranía grande. El río hace grandes pozos, en que se junta pescado; y por cañada atraviesa la serranía pequeña. En estos pozos se halla un animal semejante al perro mediano. Es muy feroz: tiene el pelo más largo que los perros: sale á tierra; y hace, si puede, presa. No le tienen puesto nombre los Mbayás; pero han muerto tal cual. Los Guaranís le llaman Yaguaró. Sus orejas son pequeñas, y sus colmillos y uñas agudos. Llovió toda la noche y el día siguiente: por eso no caminamos.

DCXLIX. *Otro cañaveral. Aves, laguna y árbol raro* (día 6). — Salimos entre 10 y 11. Todo el camino fué por tierra alta, aunque el campo es estrecho. La primera parte, que será de unas dos leguas, tiene bastante piedra de cal. Al Poniente cerca de la serranía chica, está el origen del río Etagadiyadi lionigodi, cañaveral pequeño. Nace de una bella laguna de agua permanente. Había en ella muchos pájaros llamados Eboda, patos, y de otras especies. La segunda parte es de lomas altas, y más sembradas de piedra. La tercera se hace atravesando colinas bien altas, que correrán como unas tres leguas hasta el sitio en que paramos á anochecer, llamado Nigualemgema. Todo el camino parece una especie de callejón, que forman las serranías del Occidente y Oriente. En la segunda parte del camino hay una bella laguna llamada Nibadenadi. Había muchos papagayos llamados Naquilgen-Iguaga. Mucho azafrán de la tierra rubia y Guabirá-mirí, y un árbol raro cuyo nombre es Guelocolog-Iguaga. Es algo más alto que un naranjo: no tan

grueso. Todos los de estas especies estaban hechos un ramillete de flores como campanillas de un color azul muy vistoso y grandes poco más de una pulgada. La ave llamada Eboda habita en los árboles inmediatos al agua. Es del grandor de una garza: las piernas largas, y que amarillean, las uñas medianas, corvas, fuertes y pajizas. Su cuello se alarga cosa de dos cuartas hasta la cabeza, la cual es grande y algo aplanada por las sienes: los ojos grandes, están hermoseados de una iris amarillo. El pico tiene de largo de tres á cuatro pulgadas: es fuerte, puntiagudo, y en su arranque ancho cosa de una pulgada. La lengua es corta, respecto del pico. Todo el color de la pluma es jaspeado de leonado y pajizo claro: las pintas están colocadas con mucha hermosura. La pluma de la cola es blanquizca, como también la del pecho. Su graznido es bastante parecido al de los Yacús ó Pavas monteses.

DCL. *Cerros hermosos. Peces varios.* — Después de atravesar las lomas del camino, se sale á un bello campo alto, que tiene al Norte un cerro encumbrado y solitario: entre Poniente y Norte, serranía: y entre Norte y Oriente otra mayor de siete cerros encadenados: levantando con proporción más los cinco primeros que los dos últimos de hacia el Oriente. La arboleda en gran parte se componía de Yataybas según los Guaranís, y en lengua Mbayá Guamigo. Comimos á satisfacción. Las lagunas abundan de pescado llamado Guoponaga, parecido al dentudo; y de otro cuyo nombre es Neeguagani. Es largo casi un geme, la cabeza algo redonda, pocos dientes y cola corta. Hay otros llamados Eicholo, muy parecidos á las palometas, sino que son mucho menores y de escama más colorada. Cazaron tres avestruces.

DCLI. *Arrecife, arroyo, cerros, árboles* (día 7). — Empezamos á caminar como á las 7 y media, y paramos cerca de las 3 á la orilla del río Aaba, junto á su arrecife, llamado Ayagiyaga, ruído repetido del agua, por el que ésta mete chocando con las piedras al deslizarse. El ca-

mino fué por tierra alta. Como al fin de la primera legua por camino hecho á mano, se atraviesa un bosque que tendrá como un cuarto de legua. Á la salida corre un arroyo llamado Malagate, que lleva bastante agua sobre suelo de piedras. Pasado éste se entra en un bello campo de lomas altas, en cuyo medio está un cerro muy alto y solitario. Al Oriente y Norte, y también por el Poniente al Oriente, corren las dos serranías, que forman como una corona al campo, que tendrá de diámetro por parte dos y por parte una legua. Llámanle los Mbayás Nalagate, esto es, la subida. Aquí encontramos á bastantes Mbayás, que iban á la ciudad á vender caballos. Después de estas lomas que son limpias, de buen pasto, se atraviesan otras que tienen bastantes árboles. En este sitio remata la serranía que viene del Oriente: la altura de sus cerros baja formando unas colinas iguales pobladas de boscaje. La cordillera ó serranía occidental lleva su dirección al Norte, empinándose cada vez más los cerros. En una abra ó cañada que éstos forman á la parte del Poniente, hay muchos árboles Nibadenigos, altos y hermosos. Al campo que corresponde enfrente de estos árboles y prosigue hasta el Ayagiyaga, llaman los Indios Etmiyadi, sitio de hurones. Está lleno de agujeros. Cazaron no obstante, en él dos avestruces. En el sitio en que paramos había muchas palmas, llamadas Eyates, que son las reales. En el río hay lobitos ó perros de agua, dichos Eguelciche, y mucho pescado. Cazaron también dos ciervos. El camino casi todo fué al Norte.

DCLII. *Río Ayapiyaga. Árboles. Llegamos á la toldería* (día 8). — Salimos á las 8 y media y paramos poco después de las 3 cerca de una laguna de muy mala agua. Aquí esperamos á algunos, cuyas cabalgaduras fatigadas del sol intenso, estaban retiradas. Á eso de las 5 volvimos á caminar, y media hora después de puesto el sol llegamos á la toldería del cacique Jaime Epaquini. Todo el camino se hizo por valles que forman las cordilleras de Oriente y Poniente. Á un cuarto de le-

gua del Ayigiyaga atravesamos un bosque por camino hecho á mano largo cosa de una legua. Tiene el dicho nombre el río por lo que se dijo arriba: corre de Oriente á Poniente y desemboca en el del Paraguay. Pasada la serranía toma el nombre de Aaba, y es el que en los mapas se demarca bajo la palabra Tepotiy, junto al cual estuvo el pueblo de San Benito, después Santiago de Indios Itatines. El suelo del río por este sitio es de piedras de todos tamaños, y se esguaza con riesgo por ellas. Á su orilla del Norte tiene otro bosque como de media legua que se atraviesa: al Oriente están los cerros de que viene. Hay muchos árboles de Arazas ó Guayabas, de Notiquiguagas y de Yataybas, con muchas palmas Eyates. El que se llama Aalo, es bien alto, pero descompuesta la hoja como la del manzano, algo más áspera. La fruta es parecida á una cereza chica: cuando madura su color tira á negro. Tiene poco jugo y menos carne; pero es muy dulce, y por eso apetecida de los Mbayás y Chanás, de cuya lengua es el nombre.

DCLIII. *Terreno en que ordinariamente viven los Mbayás. Grana, planta especial y otra Enimaga Lagagaichi.* — En saliendo de los bosques, se entra en un campo rodeado de árboles y cerros: éstos se atraviesan por cañadas de lomas bastante altas, y bien vestidas de boscaje. Entre otros árboles llaman á uno Naguacagigo: su fruto es como los higos blancos, pero menor. Los Guaranís le llaman Atingi. Vense muchas palmas Namogoligis. Cortaron tres árboles en que había colmenas, y con los dedos cogían la miel y se los chupaban. Aquí está el campo cuyo nombre es Eloguiyadi, lugar de los cogollos de palma, por estar lleno de Eabnigos, cuyos cogollos comen. Mantienen en él algunos caballos, por el buen pasto y salitre. Los cerros hacen como una plaza de dos ó tres leguas de ancho. Á este campo hace frente la cerranía por el Noroeste. Costéase casi toda por su falda. Hay mucha piedra de cristal de roca. Desde aquí empieza la tierra de los toldos de los Mbayás, en que viven

retirados. Epaquini es el primero, y su cacicato es el que cae más al Sur. Los Lichagotegodis viven más al Poniente y los Enacagas al Norte, cerca de un brazo del río Paraguay. Los Guocotogogegodis viven tierra adentro hacia el Esnordeste: los más septentrionales son los Guetiadegodis. En las tierras que están enfrente en la orilla occidental del río Paraguay habitan los Eyibegodis. Por estos campos nacen muchas Tunas, en cuya Palas ú hojas se nutre el insecto que, machacado y reducido á pasta se llama Grana. Llámanlas Noyotile. Hay otra planta dicha Enimaga Lagagaichi, distinta del árbol de este nombre. Es planta que se levanta como una vara: el fruto como un pepino, con líneas encarnadas, en que está la semilla. No se come. La raíz es grande, y de una carne jugosa, que se deshace en la boca como la de la sandía. Algunas raíces pesan más de una arroba. Comida con moderación, refresca la sangre: más si se excede, causa pasmo: cuyo remedio es el pimiento molido tomado por la boca. El arbol llamado Neguacaga, da por fruto vainas llenas de frisoles, pero muy amargos, para comerse se cuecen en varias aguas. Parecen algo al café. Crúzanse ya por estos lugares los caminos de los Mbayás: y algo al Sur está por el que van á los Chanás ó Layanás, que quedan al Occidente en la otra orilla del río Paraguay. En la toldería había pocos Indios, porque los más estaban en el pueblo de los Chanás llamados Neguacaga Temigis, y en la orilla del río á hacer tratos con los Payaguás. El cacique Jaime envió sus Lieniguis ó embajadores á dar parte al cacique Napidrigi y á otros de mi arribo. Lo que me consoló indeciblemente fué verme rodeado de los chicos cristianos, que clamaban por volverse á Belén. Al Nornordeste está el camino por donde iban los infieles á la villa de Curuguatí á robar, matar y cautivar gente.

DCLIV. *Latitud de este paraje* (día 9). — No caminamos. Con la quietud hice una observación del sol con un cuadrante pequeño. Resultó de ella que este sitio de la

toldería de Epaquini y casi lo mismo con poca diferencia la desembocadura en el Paraguay del río Aaba está en 22 grados y 16 minutos de latitud austral. En casi la misma están las poblaciones de los Chanás, Layanás y Neguecagatemigis en la orilla occidental del río que le caen en el paralelo.

DCLV. *Viento. Enimagalagagaichi* (día 10). — No caminé. Llovió casi toda la noche con truenos horribles. Examiné con mucho cuidado la planta de arriba llamada Enimaga lagagaichi. Sus hojas son muy parecidas á las de la mandioca. La vaina en que está la semilla tenía de largo pulgada y media. Está señalada con cinco líneas encarnadas que corren desde su pezón hasta la punta. La semilla es como un garbanzo. Una raíz que sacamos excedía el peso de una arroba. Por la noche llegaron los que fueron á avisar al cacique Napidrigi. Este se había ido á los Guanás, con lo que se dilató nuestra salida. Trajeron noticia de que los Chiquitos batían la campaña y de que sus fuegos se veían cerca entre el río Paraguay y la laguna Loyagadigo. Insté por partirme sin esperar á Napidrigi. No se resolvieron, por no faltar á un punto esencial de su bárbara política. Una vieja me dijo que los Guetiadegodis eran malos, porque no descendían de cristianos; al contrario Epaquini y Napidrigi, porque venían por línea recta del cacique Guachicota, que cuando cristiano, se llamó Matín, ésto es, Martín. Se conoce que conservan la tradición.

DCLVI. *Palos para tintes* (día 11). — Parados. Informéme que hacia la desembocadura del río Aaba hay árboles llamados Alecanigo. Este, hecho astilla y cocido, da un tinte como de grana. En la tierra más inmediata á la Reducción, que es la que llaman Apacachodyadi. Hay otros árboles, cuyos nombres son Lichagotigi y Guamiguaga, que dan color encarnado. Acaso son especie del palo conocido por el nombre de Brasil. Este día subí á un cerro de los inmediatos. Tardé más de media hora en repecharle. Desde su cumbre se descubría al Poniente, el

bosque de los Chanás y el río Paraguay, que no dista mucho. Hacia el Oriente se veían otras serranías ; y entre Oriente y Norte campañas altas y arboledas. Hice juicio que éstos son los célebres campos de Jerez. Esta noche volvió á llover fuertemente. Quebraba el corazón ver á los pobres Indios muertos de hambre. Exhortéles que se volviesen á la Reducción á cuidar de sus sementeras. Lo hicieron muchos, porque sus hijos ya cristianos lloraban por irse á ver al Padre, mi compañero. Por medio de los niños se consigue de estos infieles lo que por razones no se alcanza. No saben negarse á las instancias de sus hijuelos. Llegó este día un Indio Guaná de la población de los Eterenas, que se había escapado del pueblo de Santa Ana de las Misiones de los Chiquitos.

DCLVII. *Noticias que dió un Guaná huído. Resolución de los Mbayás* (día 12). — Parados. Anoche hasta muy tarde tuvieron una junta en que oyeron al fugitivo Guaná. Llámase Juan. Ponderó la multitud de Indios Chiquitos, Zamucos y Colupies, que son los Ugaraños, todos ya cristianos. Nombraba por su orden los diez pueblos de aquellas Misiones : también á algunos Misioneros. Informóles de las casas, de las iglesias, armas y valor de los Chiquitos. Oíanle con admiración y entraron en mayores sustos, abominando de los Mbayás que habían ido á inquietarlos. Llegaron enviados del cacique Napidrigi para conducirme á su toldo. En éste estaban juntos los Mbayás de otros toldos, que me esperaban. Algunos no llevaban bien mi viaje, sospechando de mí, por ser español, según su genio. Desengañóles el cacique Jaime, y les hizo conocer que por su amor me ponía yo en aquellos trabajos. Hubo sobre el asunto sesión en mi toldo, que era el del cacique. Díjeles lo que me pareció conveniente en orden á su quietud y la nuestra. Expúseles bien claro lo que me preguntarían naturalmente los Chiquitos, especialmente sobre cinco chicos que les tenían cautivos, si no me los entregaban. Pedíles las respuestas que debía darles. Halláronse aquí sorprendidos. Resolvieron

por último de que yo no instase con los Chiquitos para traer los Mbayás de otros cacicatos, sino de los dos nuestros; y que no tuviese recelo de no traerlos, puesto que por sus alevosías y maldades merecían las prisiones.

DCLVIII. *Hacienda antigua* (día 13). — Como á las 12 y media salimos del toldo de Epaquini. Paramos entre cuatro y cinco. El camino es por tierra alta, ya atravesando lomas, ya costeando cerros, los cuales dos veces se pasan por cañadas angostas, que tenían mucha piedra. Encontramos dos arroyos: el primero corría al Poniente, el segundo más al Sur. Este tenía mucha agua en algunos pozos. Había bastantes lagunas chicas de agua llovediza. El camino fué casi al Noroeste, por causa de ir al toldo de Napidrigi. Hay camino más corto para ir al de Caminigo, que va al Nornoroeste. Como á la mitad del camino está un bello campo, que llaman Guaquigo, lugar que fué de ganado vacuno. Por ventura aquí tuvieron su hacienda los Itatines del pueblo de Santiago. Hoy día sirve de estancia de los caballos de los Eyiguayeguis. Al Oriente está una serranía mediana, llamada Amoguiyadi. Á su banda del Poniente hay buenos campos, y se destinan para la nueva Reducción de San Juan Nepomuceno. En este sitio tienen un enterramiento los Mbayás. Llaman á esta tierra Nigaanigipi Lancadi, lugar del nacimiento de los niños. No sé por qué.

DCLIX. *Caso gracioso*. — Sucedió aquí un caso gracioso. Un Nigienigi ó médico dijo que había ido á parlar un rato con las almas de los difuntos que se posaban en el enterramiento. Antes de llegar, le salió al encuentro el alma de un muchacho. Al querer entablar con ella plática, salieron las almas de muchas mujeres, se encaminaban á una laguna inmediata á beber y á bañarse. Á esta vista, se espantó el alma niña, y echó á correr aldas en cinta, porque las almas adultas venían con algazara y bulla festiva. Contaba esto el Nigienigi con tono y ademanes de hombre asustado. Sonreíle y le dije que aquellas almas andaban muy ociosas: que les llevase al-

godón y las dijese que se entretuviesen en hilar y no en bailar. Pasamos cerca de una laguna de agua llovediza y mala. Llaman al sitio Nipodaguanigi, campo pequeño, por estar entre cerros.

DCLX. *Toldo en que se juntaron muchos Mbayás, y el de los Payaguás* (día 14). — Salimos como á las 7, y á eso de las 12 llegamos al toldo de Napidrigi. Este envió á la mitad del camino dos criados suyos á recibirme. Traían un manso y hermoso caballo para mi silla. Todo el camino se hizo parte al Noroeste y al fin al Poniente. Fuimos á buscar el río Paraguay, á cuya orilla estaba ahora el toldo. El camino se hace por espinos y un palmar de Cabuigos, y después se entra en un bosque cuyo camino estrecho, hecho á mano, tiene como una hora de malos pasos. Sálese luego á otro palmar, que llega hasta la orilla del río. Aquí estaban muchos Mbayás de los Cadiguegodis con su cacique Natalenigi. Estaba el toldo de los Payaguás del cacique Cuatí, con pocos hombres y todas las mujeres y criaturas: los demás hombres habían ido á la Asunción. Las mujeres serían como unas ciento cincuenta. La muchachada grande: porque los Payaguás no tienen la abominable inhumanidad de matar á sus hijos ni dentro ni fuera del maternal albergue. Trajéronme muchas conchas, madresperlas, colmillos de caimán y algunos peces. Había dos Indias Guaranís cautivas, naturales del pueblo de Ytatí, que está cerca de la ciudad de las Corrientes.

DCLXI. *Piden Misioneros unos cacicatos.* — Por la tarde se juntaron en mi toldo (habiéndome primero enviado comida y miel al uso de los capitanes el cacique Napidrigi) Natalenigi y los suyos. Expúseles lo que habían hecho los Guetiadegodis en los Chiquitos. Se admiraron y quieren tener paz con ellos. Pidiéronme Misioneros Jesuítas, y dijeron que á mi vuelta vendría el cacique conmigo á Belén y pasaríamos á la Asunción á buscarlos y traerlos. Esperaban el famoso Caminigo, que venía huyendo de miedo que le infundieron los fuegos de los Chiquitos.

DCLXII. *Plantas. Borrachera. Serranía.* — En el camino hay muchos Egualogas ó Guambés en los árboles. También muchos cardos de aquellos entre cuyas pencas se recoge agua cuando llueve, y en tiempo de calores, por ser fresca y cristalina. De estas plantas se habló en sus lugares. Hoy empezó una borrachera que duró hasta el mediodía siguiente. En frente del sitio en que estábamos, á la otra banda del río Paraguay, descubre una pequeña serranía, á la cual llaman los Mbayás Eyiguá, y por ésta han puesto este nombre á toda la orilla occidental de dicho río, abundante de palmas, también Eyiguá.

DCLXIII. *Impídese el viaje* (día 15). — No caminamos. Despidióse Natalenigi. Por la tarde llegó Caminigo con los suyos. Había como unos doce hombres de armas: lo demás viejos, mujeres y niños. Traían tres muchachos hijos de los Chiquitos, que cautivaron en la estancia de los Chiquitos. Arrimáronse los caballos para proseguir el viaje: creyendo que, según lo habían prometido, me los darían para llevarlos conmigo. Negó Caminigo los cautivos, aunque le hablaron los otros caciques. Con esto me resolví interiormente á no pasar adelante, y darles á entender lo que sentía que me faltasen á su palabra. Era necesario obrar con tiento, porque el mujeriego lloraba por sus maridos, presos en las Misiones de Chiquitos. Disimulé que quería pasar adelante, con tal que un cacique y bastantes de sus vasallos me acompañasen.

DCLXIV. *Inténtase sin fruto* (día 16). — Salí como á las 10, aunque estaba lloviznando, y conmigo Napidrigi, su mujer y criado, poca ayuda para un largo camino. Como á las 2 paramos, habiéndole pasado, junto á un brazo del Paraguay. Sale del Ytapucú, y rodeado como dos leguas, cae otra vez en su origen ó madre del río. Hácese el camino entre este riacho y el río siguiendo casi en todo las vueltas de éste. Á la orilla del río Grande hay unos cerritos medianos, que forman una

especie de albardonada, de un cuarto de legua: los llaman Guetig-Aguanigi, monte pequeño. Por aquí tienen el paso del río para ir á los Guanás Neguecagatemigis. Después, como dos leguas de donde comimos se levantan hermosos cerros, y sobresalen siete encadenados, uno de los cuales es muy alto. Están á la orilla del río Paraguay. Este es el lugar llamado de los Españoles en lengua guaraní Itapucú, piedra larga. Detrás de estos cerros viven de ordinario los Enacagas. Había muchos árboles de Palo Santo, al cual los Mbayás, llaman en su idioma Eleguigo. Conociendo que el cacique no bastaba para acompañarme, le pedí parecer sobre mi viaje. Resolvió que le dejase para otro tiempo. Con esto me volví, y quité ocasión de sentimientos, pues los Mbayás no se atrevieron á reprobar la determinación de un cacique, como rehusaron venir conmigo porque no quiso Caminigo.

DCLXV. *Recelos de que nos matasen* (día 17). — Caminé al Sur hacia el toldo de Epaquiní. Hallé á este cacique en el camino: y cuando supo que me volvía, envió á encontrarme con agua, porque el día estaba muy caluroso. Paré un rato con él, y por la tarde caminamos juntos hasta el sitio de su toldería. Anoche, estando descansando en un riacho llamado Etagadiyadi, como á medianoche sentí pasos de gente á caballo. Era Antonio, el Portugués, con tres ó cuatro de su facción, tan bellacos como él. Á poco rato llegaron unos soldados del cacique Napidrigi. Asustóse algo el Portugués, y fingiendo mil embustes, se retiró, y volvió á sus esteras. Entonces me dijeron los enviados de Napidrigi: nuestro capitán, cuidadoso de que el Portugués maquinase contra tu vida, nos ha enviado para estorbar sus villanías. Ya se retiró: ahora descansa sin recelo que no volverá el taimado. Ya está descubierto. Por la mañana vinieron muchos Mbayás á despedirse.

DCLXVI. *Camino de este día* (día 19). — Salimos á las 11. El camino fué al Sudeste por entre los cerros del Amo-

guiyadi. Mudáronse también todos los Mbayás que estaban en el toldo de Epaquiní porque se secó el arroyo de que bebían. Anoche tocó un Guaná toda la noche el tambor para la partida. Ceremonia que usan con sus caciques. Como á las 4 de la tarde pasamos un río mediano. Corre entre bosque, y desagua en el Aaba. La entrada y salida son malas y con pantano como media legua : llámanle Eguala-Necadi. Cazaron un ciervo. Guardaron las pezuñas para su Nalogo, ó sonajas. Hay árboles llamados Atalanigiguaga, de cuya corteza segunda, que es muy correosa, hacen sogas.

DCLVII. *Árboles varios : malas orillas del río y aves* (día 20). — Empezamos á caminar á eso de las siete. La primera legua se hizo el camino por entre espinillos y otros árboles. Después salimos á unos buenos campos, que al Poniente tienen cerca la serranía, y como á seis leguas la del Oriente y Norte. Tienen los cerros y campos á trechos bosquecillos, y en otras partes árboles ralos. Tiene el campo algunas lagunas en los sitios muy llanos y bajos. Pasamos una que tenía mucho barro, y el agua por partes llegaba á los encuentros del caballo. No tenía sino cosa de unas trescientas varas de travesía. Uno cayo al agua. Al salir, se entra en un bosque. Aquí están los árboles llamados Nacaliguitigo, cuya resina sirve para pelotas que saltan mucho por la grande elasticidad, como en su lugar se dijo. Después anduvimos por otro campo bastantemente limpio. Había en él árboles llamados Noguiguigo : palo amarillo. Da un tinte hermoso de este color. Es árbol grande y proporcionalmente grueso : la hoja como la de los algarrobos : un poco más larga. Paramos como á las doce á la orilla del río Aaba [1]. Es un lugar del río Aaba, así llamado. La entrada á este paso es mala y barrosa. En tiempo de lluvias, y cuando está crecido, se nada mucho antes de llegar á la madre del río, por ser tierra baja la de estas orillas. Tiene mucho pescado. Ca-

[1] Hay algo en el original.

zaron un avestruz; á mí me dieron á comer el corazón, porque así lo hacen con sus capitanes. Había muchas arañas, de las que de un árbol á otro tiran sus hilos, y bastantes cisnes, que llaman Apocologo.

DCLXVIII. *Camino de este día* (día 21). — Salimos como á las siete. Caminamos por los campos de Etimiyadi; y á cosa de dos leguas, cogimos el camino que tragimos á la venida. Pasamos el río Nalagate, y paramos á la orilla de la laguna Nigualengena. Pescaron bastantes peces, y cazaron cuatro avestruces. El camino fué entre Sudeste y Sur. Había muchos árboles Nogoguigo, y muchos pájaros llamados Aletas. Paramos como á las once. Habiendo descansado, volvimos á caminar á eso de las cinco, y paramos como á las siete, junto á la laguna Nibadenadi. El camino fué por atajo: era de lomas altas, pero sucias con bosque. Viéronse bastantes patos reales.

LCLXIX. *Camino de este día* (día 22). — Estuvimos parados hasta que cesó la lluvia. Luego que escampó que fué cerca de las once, salimos. Á eso de las seis llegamos á hacer noche á la orilla del río Etagadiyadi. La jornada fué de unas cuatro leguas. Toda esta cañada tiene agua permanente en abundancia. Los manantiales están en medio de ella en pozos de piedra: también está el origen del río Cañaveral Pequeño. En el bosque que cae hacia el Poniente, hay muchas palmas Namogoligi de cogollos dulces. Cogieron una colmena, en que las abejas aun estaban en embrión ó crisálidas. Comiéronsela con ansia. Yo probé, y sabía á gusanos. Un Indio me animaba á comer más, diciendo: « Come mi Padre, no ves que tienen el gusto de miel. » Descubrióse una planta que es otra especie de vergonzosa. Es un arbolito alto más de dos varas: la hoja menudita, y la flor como la Aroma, pero de color rosada. La semilla está en un cuerpecito redondo que sucede á la flor, muy olorosa.

DCLXX. *Arañas malignas* (día 23). — Salimos á eso de las 7, y como á las 11 paramos en el Numigena. Cazaron dos avestruces y un ciervo pequeño, un mono

grande y un pato real. Hay aquí una especie de arañas chicas: su color, parte es encarnado, parte pardo. Si pica, causa inflamación y dolor intenso. Llovíónos anoche y esta mañana: por esto los mosquitos nos molestaron mucho.

Día 24. — Salimos como á las once del día. Pasamos el río Pitanoigadi, y el Aquidaguanigi, y como á las ocho de la noche llegamos al arroyo Ligedemadigo. En todo el camino hay varias especies de palmas, y muchos árboles de palo amarillo para tintes. El día siguiente 25, como á las nueve entré en la Reducción. La carta siguiente suplirá las noticias que faltan en el presente Diario.

CARTA AL PADRE PROVINCIAL

DCLXXI. *Rumores que intimidaron á los Mbayás.* — Por espacio de muchos meses nos habían venido con mucho desconsuelo á nosotros y á los Indios de nuestra Reducción las voces vagas que corrían de la derrota que los de la nación Guaycurú habían padecido de las armas de los Chiquitos, provocados con injusticia é inhumanidad. Aumentóseles el desconsuelo con un rumor de que todos los prisioneros quedaron muertos á esfuerzo del valor de los Chiquitos. Añadían que éstos, victoriosos, y animados con el buen suceso, marchaban contra el resto de la nación, pasándolo todo á sangre y fuego. Poseídos de un terror pánico con noticia tan infausta, no se daban por seguros en ninguno de sus sitios. Desterrábanse voluntariamente á tierras ocultas, porque á cada instante imaginaban sobre sí á los Chiquitos.

DCLXXII. *Demostraciones de sentimiento.* — La demostración que hicieron á su modo gentílico da bien á entender las angustias en que vivían sumergidos. Pusieron entredicho general á todos sus juegos y diversiones: los tamborilillos y pífanos enmudecieron: entregaron á

las llamas las pobres alhajas de los que juzgaban muertos, porque no tropezase la vista con objetos que le renovasen el sentimiento. Los embijamientos ó pinturas encarnada y negra se trocaron en lágrimas, que sacaban al rostro los tristes afectos de sus corazones : el llanto á sus horas resonaba en sus toldos; y los ayes explicados con esta interjección, Guayema Pigidi, manifestaba claramente su dolor excesivo. Acusaban la ida intempestiva de sus parientes al convite y llamamiento del cacique Golanigi. Á éste cargaban toda la culpa de sus infortunios. Calificaban de temeraria su resolución en emprender la guerra contra una nación tan valerosa como la de los Chiquitos.

DCLXXIII. *Mentiras de los Payaguás.* — Los Indios Payaguás, grandes embusteros, esforzaban las voces que anunciaban la total ruina de los Eyiguayeguis. Aportaron de ellos á esta Reducción, y también á la ciudad, en donde esparcieron cuantas patrañas les sugería su perfidia. En la ciudad se habló variamente sobre el caso. El Gobernador nos escribió una carta, en la cual, entre otros puntos, pedía que le diésemos puntual noticia de las hostilidades que Lorenzo y los suyos habían hecho en los Chiquitos. Por entonces tan en tinieblas vivíamos los Misioneros como los Guaycurús. Y está fué la respuesta sobre un asunto en que no estábamos instruídos.

DCLXXIV. *Descontento del hijo del cacique.* — Todo esto era nuevo motivo para nuestro desconsuelo. Reflexionábamos sobre el tratamiento que en la ciudad dieron á los Mbayás la última vez que en ella estuvieron. Conocióse en Lorenzo notable mudanza contra los Españoles, particularmente contra Cabañas y Yegros, oficiales militares. Si el Indio concibió algunos designios de venganza, los ocultó en aquella ocasión, por la epidemia de viruelas que de la ciudad trajeron á la Reducción.

DCLXXV. *Engaños de Lorenzo.* — Acabada la peste de que murieron muchos, con pretexto de ir á enterrar los huesos de sus difuntos, y de que temían los que ha-

bían quedado, habló Lorenzo á su padre, y todos se retiraron de la Reducción á sus sitios antiguos. De allá vino varias veces á visitarnos Epaquiní, aunque tan anciano. Nos aseguraba que no nos dejaría. Por último vino su hijo Lorenzo; habló con mi compañero el Padre Juan García, ocultándole su determinación de ir á los Chiquitos y lo mismo hizo con su padre. Decía solamente que su ánimo era pasar á las tierras del cacique Golanigi y explorar sus intentos, disuadiéndole de la guerra contra los Chiquitos. Bien penetró el Padre Juan la intención doblada del bárbaro. Mucho más cuando le volvió el bastón, acompañando la acción con estas palabras: Si me mataren dáselo á otro. Esto fué como una renuncia de la amistad con los Españoles. Ya empezaba á humear el fuego que abrigaba en su pecho. Retiróse otra vez á su toldo, y dijo á su padre (como éste nos lo dijo repetidas veces) que no volviese á establecerse en la Reducción hasta que él volviese.

DCLXXVI. *Milicia Guaycurú se junta y queda prisionera.* — Lo cierto es que, libre ya de los Misioneros y de la vista de su padre, recorrió los toldos de su padre y los de Napidrigi, habló á algunos capitanes, y alistó con los dos 37 hombres entre Guaycurús y Guanás criados. Con esta milicia pasó el río Paraguay, y dirigió sus marchas á las tierras de Golanigi, principal motor de estas revoluciones. Juntos los Guaycurús vivían muy ajenos de pensar lo que después les sucedió. Creyeron que en los pueblos de los Chiquitos podían conseguir de un golpe ganado vacuno, mulas, caballos, ropa, rescates y sobre todo esclavos. Prometíase cada cual volver á su toldo con rico botín de cuanto su insaciable codicia podía apetecer. Dábanse ya los parabienes del buen éxito de su ideal empresa. Sucediόles al revés, porque Dios tenía determinado que los Chiquitos abatiesen su orgullo. En efecto, fueron puestos en jaula como fieras sin razón, con suma ignorancia de su entonamiento. Habían los Mbayás sido el terror de muchas naciones, sin exceptuar la española:

habían derramado la sangre de millares de hombres, y arruinado muchas poblaciones. Con estos desórdenes concitaron contra sí la indignación divina, que por este medio quiso ponerles en abatimiento y en donde podían salvarse á poca costa.

DCLXXVII. *Silencio de los Mbayás. Consuelo que recibieron.* — Esta acción tan valerosa de los Chiquitos se ignoró en los toldos de los Guaycurús por muchos meses. Parecerá increíble el silencio de una pérdida tan ruidosa, y de tan grande número de combatientes. Pero así fué; y esta carestía de noticias contra lo que ellos acostumbraban, les hizo creer que eran del todo pasados á cuchillo los que estaban prisioneros. Al cabo de cinco ó seis meses por un modo no esperado, supieron todo lo que queda referido, y que vivían sus llorados difuntos. El modo fué el siguiente: En los pueblos de los Montes Terenas aparecieron dos fugitivos Guanás de los que fueron con Lorenzo. Estos trajeron la alegre nueva de que los Guaycurús eran vivos. Añadían que no perdiesen las esperanzas de verles restituídos á sus toldos: porque el capitán (Superior) de los Padres, y uno llamado Elipe (Felipe), les habían dicho que, pasados tres años, ó como él se explicó, tres cosechas de algarroba, bien enterados de las palabras de los cristianos, esto es, de la Doctrina, los enviarían.

DCLXXVIII. *Determínase mi ida á los Chiquitos.* — Con anuncio tan alegre, se mudó el teatro, y resollaron algo los angustiados ánimos. En los toldos de Epaquiní y Napidrigi se alzó el entredicho del júbilo. Engalanáronse todos y al són de sus tamboriles festejaron la nueva con tanta alegría como si ya viesen restituídos sus cautivos. Discurrieron entre sí que más prontamente se efectuaría el rescate si yo fuese á hablar á los Chiquitos. Fundábanse entre otras de las razones en que uno de los Guanás había dicho que, en yendo el Padre que enseñaba á los Guaycurús, vasallos de Epaquiní, le darían á los de su Reducción. Con esto determinaron llevarme; y en efecto, vinieron las personas de más autoridad entre los de

Epaquiní á suplicarme que no me excusase. Conferidas las dificultades con mi compañero, se las propusimos á los enviados, que traían estudiadas las soluciones : y así fué preciso emprender el viaje.

(*Nota.* Omítense muchos párrafos de la carta, porque fuera repetir las noticias que quedan en sus lugares esparcidas en la Historia. Copiaré solamente los dos últimos párrafos, y son estos :)

DCLXXIX. *Dame su nombre un cacique Guaná y yo á él el mío.* — Un cacique anciano y principal del pueblo de los Chanás que lo visité antes, sabiendo que me hallaba en el toldo de Epaquiní me envió de regalo su propio nombre, que es Nemó; para que sea por él conocido entre sus vasallos, y obedecido como él mismo. Pedíame que le enviase yo el mío. Hícelo con el mismo mensajero, y le dije que se llamara José. En proporcionándose las circunstancias caminaremos el Padre Manuel ó yo. Veránse las cosas más de cerca, y se dará principio á la nueva Reducción de San Juan Nepomuceno, debajo de cuya tutela la puse desde que emprendí el viaje para hablar á los Chanás ; y se debe de justicia por haber el ínclito mártir desempeñado la confianza en su intercesión poderosa.

DCXXX. *Final dela carta.* — Para una y otra Reducción escasearon los medios humanos por parte de los Españoles de la Asunción. V. R. con su celo y prudencia discurrirá modos para la subsistencia de estas nuevas plantaciones, cuyos aumentos corren por cuenta de la divina Providencia. En Belén hallaremos todo aquello á que puede extenderse la pobreza de esta Misión ; y si fuere necesario, partiremos con nuestros hermanos el bocado de mandioca que nos sirve de pan sabroso. Mas esto no basta para convertir gentiles á Dios. Su Majestad guarde muchos á V. R., etc.

Belén y noviembre 8 del año de 1765.

M. S. de V. R.

José Sánchez Labrador.

CAPÍTULO LI

NUEVO VIAJE Y SUS INCIDENTES

DCLXXXI. *Motivo de un nuevo viaje.* — Cuando menos imaginado estaba en emprender presto otro viaje, me hallé con carta del Padre Antonio Miranda, Rector del colegio de la Asunción, y nombrado Viceprovincial, en que me ordenaba uno dilatado. Había de ir por los pueblos de San Estanislao, de San Joaquín y la Villa Rica al pueblo de Santa Rosa de las Misiones de los Guaranís, en que hallaría á su Reverencia. Estando yo ya en la mitad del camino, recibí otra carta en la cual me ordenaba suspendiese mi viaje, por haber llegado la disposición de nuevo gobierno. El viaje que hice fué el siguiente :

DCLXXXII. *Camino de este día.* — Día 10 de marzo de 1766, salí de la Reducción de Belén. Á eso de las tres y media llegué á la laguna del bosque; y como á las cinco y media á la canal del Piripucú. Hasta la una estuvo malo el camino á causa de las lluvias. Lo restante no tenía tanta agua, y barro. Lloviónos entre la laguna y el río Ypané. Pasé á pie el Piripucú, por una orilla pisando sobre los juncos. Las cabalgaduras nadaron. Dormí á su orilla ó salida del Sur. Hubo innumerables mosquitos.

DCLXXXIII. *Caí en un anegadizo* (día 11). — Al apuntar el sol caminamos, y como á las 11 y media llegué al río Xejuí ó Yeyuí. Estaba crecido y los zanjones llenos. Hasta las 3 y media gastamos en ponernos hasta la opuesta orilla. El caballo en que yo iba era brioso. Parecióme que me sacaría bien de uno de los peores zanjones. No quise apearme. Entré en él, y como á la mitad, en lo más profundo, se atolló la cabalgadura. Con el esfuerzo que hacía hacia todos lados por salir, fué preciso que yo padeciese el mismo trabajo : y así, dejando el caballo, que costó después sacarle, salí á pie, bien embarrado y mojado. La fortuna, que este día vibraba el sol raso : con

esto me sequé en breve. Dormí en la orilla del Sur del Xejuí.

DCLXXXIV. *Pantano Yetití, y nuevo camino* (día 12). — Salimos al amanecer y al descubrirse el sol entramos en el pantano Yetití. La primera parte, que llega hasta unas palmas Carandays, y es como la mitad, estaba malísima. Depués estaba mejor porque la había pisoteado el ganado de la hacienda de Pérez, poco antes fundada. Le atravesamos para coger el camino á la casa de la hacienda de don Juan de la Cruz Rivarola, también nueva. Estas conveniencias de extender sus tierras trajo á los Españoles la Reducción de Belén ; y esto es lo que quieren de los Misioneros Jesuítas, no ayudarlos. El camino fué nuevo ; y por eso le desmenuzaré un poco. Desde la punta del Yetití atravesamos este pantano ; y fuimos á buscar la orilla del Oriente, que tiene un grande bosque. Llevamos éste á mano derecha, como seis ú ocho varas distante, y á veces menos, hasta la misma casa. El Yetití se arrima á él algunas veces. Si hubiera tenido mucha agua, nos hubiera costado indecible trabajo.

DCLXXXV. *Pueblo antiguo de Arecayá.* — La casa de la hacienda está situada en una bella loma, mas falta de agua. Este es el mismo sitio en que antiguamente estuvo el pueblo de Arecayá, famoso por el levantamiento contra los Españoles, del cual hablo en la primera parte. Respecto de la casa cae al Norte, poco apartado, este pueblo antiguo. Fuí á examinar los vestigios. Dentro del bosque hay un hermoso naranjal, de naranjas agrias. También se conserva en pie un poste de palo labrado, que tiene en cuadro poco más de una cuarta : y de alto, todavía de claro cosa de cuatro varas : conócese que tuvo algo más de cinco. Los lugares en que estuvieron puestos otros postes en hilera se conocen distintamente, pero los palos están ya acabados de la carcoma y podredumbre. La casa estaba colocada al Oriente de la loma, y el naranjal ó huerta le caía al Poniente, respecto de la

casa. Este pueblo no tenía río inmediato, sino el Xejuí, que dista como dos leguas, y el Yetití una. Suplían la falta de agua con pozos y fuentes, en que la hallaban somera. De éstos como manantiales está rodeada la loma. Uno de éstos aclaró la gente de la hacienda para beber, y es buena agua. Al limpiarle sacaron muchos cascos de cántaros y ollas, de las que se les quebrarían á los Indios. Junto á este sitio fué la desgraciada muerte de Agustin Yaguareté, á manos del Mbayá Lorenzo y de sus compañeros, y también el cautiverio de la muchacha María; que andaban con otros huídos del pueblo de San Estanislao. La gente de esta hacienda disfruta las sementeras que los fugitivos tenían de maíz y otras cosas. Este fué el paraje en que el Gobernador Lugo se libró de los rebeldes Arecayanos, por el valor de los Itatines, que trajo al socorro de los Españoles el Padre Quesa desde el pueblo de San Benito y Nuestra Señora de Fe.

DCLXXXVI. *Jornada de este día. Lluvia de noche sin despertarme* (día 13). —Como á las 7 salí de lo de Rivarola, cortamos y atravesamos la cañada y rio Piray por más abajo del manantial que está en la loma del Naranjal grande. Á eso de la una llegamos al manantial de San José. Paramos aquí hasta las 3 y tres cuartos. No había agua para las cabalgaduras; y por esto fué necesario volver á caminar hasta un lugar llamado del cacique Taparí, al cual llegamos entre 7 y 8 de la noche, Pasamos antes un bosque por camino abierto á mano, nos dió mucho trabajo por la obscuridad de la hora, y del bosque, que estaba muy lóbrego. En la loma del manantial de San José hay mucha Canchalagua. El camino, al paso que tiene buenas lomas, está lleno de cañadas muy malas. Estábamos rendidos, porque ya había algunas noches que los mosquitos nos tenían ahuyentado el sueño. Yo me eché á probar si descansaba un rato. Tapéme con el poncho ó camiseta. Quedéme tan profundamente dormido, que cayó sobre mí una buena lluvia, y no sentí nada. Supe esto por la mañana, que encontré todo el

poncho mojado, y los muchachos se habían guarecido en el bosque.

DCLXXXVII. *Llegada á San Estanislao* (día 14). — Al amanecer salimos, y caminamos por malas cañadas hasta un bosque grande, que pasamos por senda hecha á mano. Llegamos al sitio de la nueva hacienda del pueblo como á las 9. Á eso de las 12 entré en el pueblo de San Estanislao, cuyo Cura era mi primer compañero, el Padre José Martín Matilla. La hacienda está en buena tierra entre el río Yu, que mira al Sursudeste, el Aguapey al Oriente, y el Piray al Norte. Tiene buenos pastos, salitrales y palmas Carandays para corrales.

DCLXXXVIII. *Varias especies de yerba del Paraguay.* — Mientras daba expediente á las diligencias que me había cometido el Padre Viceprovincial, me detuve en esta doctrina. Á ratos con los indios más prácticos supe las cosas siguientes. Hay varias especies de Yerba del Paraguay, cuyos nombres son los que ya escribo: Caay, es arbol bastante grueso y alto: su hoja ancha y larga medianamente. Los árboles de Yerba que dentro de bosque crecen, todos se levantan bien á buscar el sol por entre los demás árboles. De esta especie es la que se cría en el bosque á la orilla del Sur del río Ypané. Es buena Yerba. Caara: es Yerba de suyo buena, y sirve para mezclar con otra de inferior calidad, y la compone. Hay también de estos árboles en el lugar mencionado. Caa Mirí, según el terreno se hace arbol ó queda matorral: y á medida que crece el tronco, tiene mayor ó menor la hoja. Es la mejor Yerba. Críase en cañadas húmedas patentes al sol: aunque suelen hallarse algunos árboles en los bosques. De esta se compone la arboleda de las orillas del rio Aguaray. Tiene mucha resina la hoja, y si ésta no se beneficia bien, queda al principio amarga. Caa Catí: árbol mediano, su hoja leve, porque le falta la goma. Caa Apereá, es matorral, hoja pequeña y muy amarga. Mal beneficiada, causa cursos. Es mala Yerba. Por el camino de San Estanislao á San Joaquín se cría

mucha; y en la orilla del Sur del Ypané en una cañada de la cual ya hablamos.

DCLXXXIX. *Pueblo antiguo.*—Cerca del río Aguaray, llegan unos campos dilatados hacia el Oriente. Al fin de éstos, no muy lejos del río, se levantan dos hermosos árboles los cuales los Guaranís llaman Tayí y los Españoles Tajivos. Los neófitos de San Estanislao, prácticos de estos campos, decían: Tayí Yobai, Tajivos pareados. Junto á estos árboles hay vestigios de un tetangue ó pueblo antiguo. No sabemos cuál pudo ser de los muchos de Indios Guaranís convertidos que por estos parajes hubo.

DCXC. *Cascarilla, fruto de un árbol muy distinto del Anguay.*— El arbol Anguay, que es el del bálsamo, ó el mismo ó tan bueno como el del Brasil y Perú, llaman los de San Estanislao en su idioma Ibirá Payé, arbol médico; sin duda por lo específico de su goma para curar muchas enfermedades. Da por fruto unas vainitas como aceituna. Dicen que si las comen les matan, ó les causan grandes ansias; pero que cuando toman un poquito, les cura algunas dolencias. He visto esta vainita; y según toda su apariencia, es el fruto del árbol llamado Quina Quina, la famosa Cascarilla. Por lo que me inclino á que este árbol Anguay se diferencia del que en el Paraguay con el mismo nombre conocen los Españoles; y, si es el mismo, ha faltado curiosidad en su examen.

DCXCI. *Varios remedios caseros.* — Para curar el empacho originado de comer mucha mandioca, es remedio específico el zumo de la caña dulce de que se hace la miel y azúcar. Bébese en buena cantidad, y la saca toda por el vómito. En Belén en tiempo de las viruelas, experimentamos que las puches claras de harina de mandioca Bachiare y el zumo de la caña dulce, aquélla comida en moderada cantidad dos veces al día y éste bebido otras dos, sirvieron para librar á muchos viruelentos de la muerte.

DCXCII. *Ida á San Joaquín. Fruta Aguarayba.* — En

San Estanislao recibí carta del Padre Antonio Miranda en que me decía que suspendiese el viaje, porque había ya expirado su empleo. No obstante, estando el Padre Martín Dobrizhoffer, cura de San Joaquín, solo, y su compañero enfermo en las Misiones de los Guaranís, fuí á ayudarle en los oficios de la Semana Santa, y á confesar Indios. Partí el día 23 de marzo, y llegué al pueblo el siguiente 24. Aquí pude cómodamente averiguar qué fruta era una que comimos en Belén, y parecía en el sabor manzana rica, é ignorábamos su nombre y calidad: por eso recelándonos comimos muy poco. Llámanla estos Indios Aguaraiba Guazú: fruta grande del zorro. Hay muchas plantas en el camino y cerca de San Joaquín. La planta es alta como una vara, espinosa y con hojas grandes, muy ondeadas. La flor de cinco hojas, pequeña y blanca. La fruta es del grandor de un mediano membrillo, algo aplanada como una especie de manzana. Cuando madura, el color, olor y sabor es de manzana. Tiene mucha leche ó jugo lácteo y viscoso, cuyo efecto diré luego. Los indios la comen algunas veces. Un Español que venía de los beneficios de la Yerba, preguntado sobre esta fruta, y enseñándole una, confirmó el nombre, y en cuanto á comerla, me dijo que en los yerbales había muchas, y que, comidas con moderación, eran buenas. Otro Español me dijo que si se comían dos ó tres con la semilla, y corazón, nos mata, como la mandioca brava. Otro Español á quien pregunté si ésto era así, dijo: No tanto: es verdad que Yyoa mirí, esto es, en tal caso es un poco venenosa. Habiendo ayudado en San Joaquín, resolví partirme para volverme á mi Reducción de Belén.

DCXCIII. *Fruta del Aguarayba, cáustica.* — Día 1° de abril, pues, salí de San Joaquín, y llegué á San Estanislao, al anochecer. En el camino cogí una fruta bien madura del Aguarayba Guazú. Comí un pedazo mediano para probar si era verdad lo que de ella me habían dicho. Advertí que, aunque al comerla, el gusto era suave, el dejo tenía un áspero desapacible y acre como cáustico

en el paladar y lengua. Fué tal, que se me inflamó algo la garganta. Acaso la fruta no estaba aún sazonada como á mí me parecía.

DCXCIV. *Camino de estos días* (día 3). — Salí de San Estanislao: pasamos el rio Itapiraquay y el Yú ó Yhú. Éste tiene sus fuentes cerca, y en tiempo de los calores se corta conservándose el agua en algunos sitios. Llegué á la estancia después de puesto el sol. El camino desde el pueblo es al Poniente con alguna inclinación al Norte.

Día 4: Con sol salí y á las 9 paré un rato en la de Tapari. Pasamos un gran bosque; y como á las 12 y media llegamos á la loma de San José. El camino fué al Poniente con dos cuartas al Norte. Á las 2 volvimos á caminar, y como media hora después de puesto el sol, llegué al Piray. El camino fué más al Norte.

DCXCV. *Artesas de Curupicay* (día 5). — Salimos al rayar el sol. Atravesamos al Norte la cañada del Piray, y luego se entra en las tierras de Arecayá, que son la Hacienda de Rivarola. Hizo muchísimo calor. Supe que del árbol llamado Curupicay se fabrican muy lindas artesas. Vi unas. Sirve para otros usos su tablazón.

DCXCVI. *Escasez de agua* (día 6). — Media hora antes de salir el sol, volvimos á caminar y á buscar la cañada del Piray. Llegué como á las 10 al Urucuy, en que está la hacienda de Carrillo. Llovíónos en casi todo el camino; y prosiguió el agua hasta las 4 de la tarde. Habiendo escampado, salí, y al anochecer llegué á la Hacienda de Pérez, que es la tierra del Yquaretá. No tenían ni una gota de agua que beber, porque se les había secado un pocito. El Urucuy tiene el río Paraguay cosa de legua y media al Poniente.

DCXCVII. *Molestia de los mosquitos* (día 7). — Al amanecer caminé, pasé el Yetití que estaba sin agua; también el Xejuí, que iba bajo. En dos horas llegamos al Xejuí, desde lo de Pérez. Descansamos un rato en la primera loma del Xejuí, y fuimos á dormir á la loma de Piedra.

Día 8. Pasamos el Piripucú: hicimos medio día en la laguna del bosque, y á eso de las 5 de la tarde entramos en la Reducción. Hubo infinitos mosquitos estos días.

CAPÍTULO LII

VIAJE CORTO Y SUS INCIDENTES

DCXCVIII. *Motivo de otro viaje corto.* — Del pueblo de San Estanislao hubo en Belén unos Indios, los cuales volviéndose á su pueblo, cogieron muy diverso camino del que habían traído. Fuése con ellos un Guaraní de los que estaban con nosotros para informarse del terreno. Á éste hallé en San Estanislao, y traje conmigo. Habiéndole oído, me pareció ir con él de guía á registrar lo que me contaba, por acarrear conveniencias á la Reducción.

DCXCIX. *Cañaveral. Pueblo antiguo.* — Día 14 de Julio de 1776: Salí de la estancia de la Reducción á eso de las 9. Llegué á la cañada de la Yerba, llamada Caa Apereá, en que descansamos. Volvimos á caminar á las 2 y media, y llegué á cosa de las 6 á la loma llamada Taquatindy, esto es, el cañaveral de cañas de España. Es tierra alta, por la falda de la loma corre el río Ypané, y en ella hay bellos manantiales y un arroyo cristalino que viene del Poniente á buscar el Ypané. Hay muchas cañas de las ordinarias de España. Estas no se crían en la América meridional como plantas propias, sino extranjeras. Esto y la disposición del terreno indican que por aquí hubo algún pueblo antiguo. Si fué así, sería alguno de los cinco llamados del Pituu, que estuvieron sobre este río. Por todo el camino se va costeando el río, que queda al Norte. El bosque sigue de Poniente á Oriente y se extiende al Estesudeste y Sur.

DCC. *Indicios de Indios monteses* (día 15). — Como á las 8 salimos, y llegamos á la entrada ó boca de un bosque grande á eso de las 12. Volvimos á caminar á la una. Luego entramos en el bosque del cual salimos á las 3 y

media. Hicimos noche apartados de la salida como dos leguas en tierra alta. Este día observamos unas palmas Mbocayás cortadas, y en lo machacado del corte se conocía que habían sido cortadas con hacha de piedra. Vimos también una senda que salía del bosque y llegaba al rio Ypané. Señales de haber por estos sitios Indios salvajes ó monteses. En la primera ensenada que hace el campo saliendo del bosque, la cual cae hacia el Poniente, hay árboles de Yerba Caa-mirí ó como la llaman los monteses, Caa-yu, Yerba amarilla, por el color verde claro de sus hojas. El camino fué parte al Oriente y lo restante al Este-Sudeste.

DCCI. *Tierra buena* (día 16). — Como á las 9 empezamos á caminar. Abrimos á fuerza de hacha y machetes dos medianos bosques, que atravesamos. Á cosa de las 5 paramos en frente de una cañada toda llena de árboles de yerba Caá Mirí. La tierra es admirable. Lomas extendidas, cañadas, pasos, tres arroyos de bastante caudal, que cruzan las cañadas y van á desaguar en el río Aguaray. Las orillas de estos arroyos estaban en partes limpias y por partes pobladas de árboles. Los dos que vienen de hacia el Norte se incorporan con el principal, que tiene su origen hacia el Nordeste. Pasámoslo en su junta ya incorporados, y así corren el Aguaray. Había muchas palmas Mbocayás.

DCCII. *Arroyos, cañadas y rastros de infieles* (día 17). — Á las 9 empezamos á caminar. Con estar el yerbal á la vista, una cañada solamente por medio, fué necesario hacer tantos rodeos, por estar muy pantanosa y con agua, que gastamos todo el día en buscar paso. Al fin le hallamos por otra cañada por cuyo centro corre un arroyo que descabezamos; como también otras dos cañadas que entran al Nordeste, cada una larga más de dos leguas, cerradas al dicho rumbo con bosque, por cuya orilla las atravesamos. Cada una tiene su arroyo en medio. Al anochecer llegamos á vista del río Aguaray; y cerca del Yerbal. El camino casi todo fué por rodeos, pero

por elevación se hizo al Este-sudeste. Hay hermosas lomas. La cañada en que están los árboles de la Yerba tiene de ancho más de una legua. Del Nordeste viene alargándose al Sursudeste. Conté en ella trece arroyos, que unidos en una madre en la misma cañada forman un mediano río, que corre al mismo rumbo á buscar el Aguaray, que cerca los recibe. Las lomas corren al Sudoeste, y van á buscar las del río Xejuí. El yerbal estaba por más de una legua recién quemado. Viéronse las huellas frescas de un hombre descalzo. Sin duda, que algún infiel montés había salido á buscar Yerba. Estaban impresas sobre la ceniza del campo quemado.

DCCIII. *Fuegos. Río bello. Animales anfibios y osos hormigueros.* — Paramos en este sitio hasta el día 24. En el 18 por la noche se levantaron dos fuegos grandes, el uno al Sudeste, y el otro al Oriente. El primero pudo ser de los Españoles en las haciendas situadas hacia la orilla del río Paraguay, y á la del Sur del río Xejuí. El segundo, que se levantó cerca de nosotros á las espaldas del bosque, que está en frente del Yerbal, fué sin duda de Indios monteses. Registré bien el sitio, entrando descalzo, á causa de la mucha agua. El río corre sobre piedra, y tiene algunos arrecifes. Es capaz de navegarse en canoas ó en bote chico. Su agua riquísima. Tiene muchos Capibaras y Yacarés ó Caimanes. Cazaron los Indios tres Yoquis, que son los osos hormigueros. Comímoslos, y no es carne inferior á la de gordas terneras.

DCCIV. *Árboles de rica Yerba.* — Concluída nuestra diligencia, nos volvimos á la hacienda ó estancia de la Reducción. Entramos en Belén el día 26 bien de noche. Viniendo del sitio llamado Taquatidi, se pasa por un bosquecillo que dista como media legua del cañaveral: está lleno de cardos silvestres á que los Guaranís llaman Caraguatá. Al salir de este cardal, forma la tierra algunas ensenadas hacia el río Ypané por más de dos leguas. En ella se crían muchos árboles de la Yerba llamada en guaraní Caa Guazú porque tiene la hoja mayor que las

otras especies. Es Yerba estimable. Muchos árboles ahora estaban quemados, pero brotaban con fuerza.

DCCV. *Riesgo de ser ahogados.* — Al llegar á un bosque, por el cual se entra para ponerse á la orilla del río Ypané, se obscureció tanto la noche con lo sombrío de los árboles, que nos perdimos dos veces. Al fin, cogida la orilla del río, como la obscuridad nos impedía ver su precipitada corriente, hice pasar á nado un muchacho que hiciese una hoguera en la salida, cuyo resplandor nos alumbrase. Púseme en la embarcación de una piel de toro que llamamos Pelota : Alucinóse el que la tiraba é iba nadando : cuando de improviso arrebatado de la furia del agua, me llevó bien lejos río abajo : y me azotó contra unos árboles en poquísimos instantes. Agarréme de las ramas, y animé al muchacho para que no se turbase á hacer lo mismo. Fuimos saliendo poco á poco, agarrándonos siempre, con que nos vimos libres del riesgo por una especial providencia de Dios.

El viaje que últimamente hice á las Misiones de los Indios Chiquitos puede verse en la segunda parte del *Paraguay Católico.*

INDIOS CHANÁS

VULGARMENTE CONOCIDOS POR EL NOMBRE DE GUANÁS

INDIOS CHANÁS

VULGARMENTE CONOCIDOS POR EL NOMBRE DE GUANÁS

CAPÍTULO I

DIFERENTES NOMBRES DE LOS CHANÁS. JUAN DE OYOLAS TIERRA DE ESTOS INDIOS. SU FAUNA Y SU FLORA

DCCVI. *Nombre de la nación y de sus poblaciones.* — En varias partes del Paraguay Católico se ha hecho mención de la nación, comunmente conocida por el nombre de Guanás. Ellos á sí mismos se llaman Chanás nombre que comprende todas las parcialidades, aunque éstas para distinguirse entre sí, se apropian otros nombres. La primera, y que tiene su población más inmediata á la Reducción de Nuestra Señora de Belén, ha quedado con el nombre de Chanás, transcendental á todas. Los Mbayás llaman á toda la nación Niyolola, y á la dicha primera población, Layaná. De ésta se hizo el año antes de nuestra entrada á los Eyignayegnis, una numerosa colonia que por el sitio, que no dista mucho de su matriz, ni del río Paraguay, tomó el nombre de Nigati Ciboé. Los Mbayás la llaman Neguecaga Temigii. Más antigua división cuenta la nombrada Terenoá, y, según los Mbayás, Etelena. Multiplicáronse de modo que hoy día forman dos grandes pueblos ó parcialidades. Á una conocen los Mbayás con el nombre Alomegodigi ; y á la otra dicen Nagatag-Egodigi. La más numerosa parcialidad es la de los Choaraana, dicha de los Mbayás Echoaladi. Está dividida en

dos pueblos grandes, entre sí no muy apartados. Son reputados por los más bárbaros, é inquietos de toda la nación. La última población y más inmediata á las Misiones de los Indios Chiquitos, es la de los Quainoconás, á los que los Mbayás llaman Equini Quinao.

DCCVII. *Historia del Chaco confunde las naciones.* — Cuando estuve en las Misiones de los Chiquitos, los neófitos Ugaranos, hermanos de los Zamucos, me dieron otros nombres de la nación Chaná y de sus pueblos, que omito por no causar confusión con nombres bárbaros. En bastante nos ha puesto la Historia del Chaco, que pone algunos ; y, siendo la nación individua, la multiplica en tantas cuantos son los nombres de las parcialidades. La tierra fuera estrecha para tantas naciones como pone en ella sin fundamento la dicha Historia.

DCCVIII. *Oyolas navega y da nombre al puerto de la Candelaria.* — Lo que puede comprobar el nombre de Chanás, que tiene esta nación, es una memoria antigua en que se pone el mismo nombre. Don Juan de Oyolas, uno de los más insignes conquistadores del Paraguay, en su descubrimiento por el río del mismo nombre, subió hasta la altura meridional de 20° 40′. Aquí en la costa oriental del río, halló un pequeño puerto, al cual dió el nombre de la Candelaria. Habiendo asegurado los Guaranís que, en tomando esta altura, si pasaba el río, y caminaba al Occidente, encontraría Indios que tenían mucho oro y plata, resolvióse Oyolas á seguir esta derrota. Pasó el río á la vista del puerto de la Candelaria, al cual envió con las embarcaciones á don Domingo Martínez de Irala con orden que le esperase por tiempo de seis meses. En tierra, en la derecera del puerto de la Candelaria, dejó al capitán Vergara con un pequeño destacamento de Españoles. Sucedió todo ésto el año de 1537.

DCCIX. *Chaná, un Indio de esta nación da noticia de la muerte de Oyolas.* — En este mismo año, ó en el siguiente de 38, volviendo Oyola cargado de metales pre-

ciosos, no halló á los Españoles del destacamento en la orilla occidental del río, ni en la oriental las embarcaciones que dejó en el puerto de la Candelaria. No se tenían en la Asunción nuevas algunas de Oyolas, y ya era el año de 1739. Irala determinó adquirirlas, subiendo hasta el puerto de la Candelaria. Aquí no encontró cosa que le asegurara : con eso navegó río arriba ; y no pudiendo saber nada, retornó al puerto. Estando aquí desvelado una noche, oyó una voz que salía de la opuesta banda, y le llamaba. Dió providencia para que trajesen al que gritaba, que era un Indio. Preguntóle Irala de qué nación era, y respondió que de la de los Chanás, habitadores de las campañas. De este Indio supo cómo los pérfidos Payaguás habían muerto en su regreso á Oyolas y sus compañeros, juntamente con muchos Chanás que su cacique le había dado para que transportasen la plata y oro al puerto. Algunos escriben Cheneses y Chanés. Lo que acaso nació de no percibir bien la pronunciación de este nombre, como me sucedió á mí hasta que penetré el modo con que proferían la A en éste y otros vocablos.

DCCX. *Tierra de los Chanás.* — Para mayor claridad de esta noticia histórica, servirá saber que el puerto de la Candelaria, según la latitud dicha, estaba entre el río Aaba y el Itapucú, lugares conocidos, y de los cuales muchas veces hemos hablado. En frente de la orilla occidental del río están las poblaciones de los Chanás y Neguecagatemigis. Las demás poblaciones se inclinan algo más al Norte, de modo que el país de los Chanás puede considerarse comprendido entre los 21 y 19 grados de latitud austral. Como hermanos, y todos de un idioma, han procurado no separar mucho sus siete poblaciones para socorrerse unos á otros y unirse fácilmente contra sus enemigos. Á excepción de los Chanás más inmediatos á los Españoles, las demás parcialidades no viven en bosques, sino en campos abiertos, aunque llenos de faginas y matorrales.

DCCXI. *Terreno á veces pantanoso y á veces árido.* —

El terreno por la mayor parte es bajo; y en tiempo de lluvia, barroso. Al contrario, cuando aprietan los calores, es muy falto de agua, que aun para beber apenas no se halla sino en las inmediaciones del río Paraguay, y de algún otro que viene de tierra adentro, y corre entre árboles. En estas escaseces de agua se retiran á los sitios en que se halla, y se mantienen de la caza y pesca. Antes de dejar sus pueblos, siembran maíz, calabaza, algodón, tabaco y frisoles, y lo dejan al cuidado del cielo. Cuando ya presumen que las sementeras empiezan á fructificar, envían unos que las registren. Si estos inspectores les llevan buenas nuevas, se recogen en sus pueblos y cuidan de los sembrados.

DCCXII. *Árboles, aves, puercos y otros animales.* — Las producciones de este país son las mismas que las que dejamos señaladas en la tierra de los Eyignayeguis. Abunda sobre todo el árbol llamado Palo Santo. De la madera dura de estos árboles hacen palas con las cuales trabajan sus sementeras, y pipas para fumar tabaco, á que son muy apasionados. Las aves pueblan en más abundancia el aire que en la orilla oriental opuesta. En los sembrados de los Chanás hallan alimento que las llama. Cazan muchas, especialmente Papagayos de todas castas, que crían en sus pueblos con cuidado por el uso de sus plumas. Poseen también el arte de hacer que salga toda amarilla, como se dijo en otra parte. Con el mismo cebo de las sementeras acuden muchas manadas de puercos silvestres, que les causan mucho daño en las raíces de batatas y mandioca. Recompénsanse los Chanás cogiendo á los ladrones y alimentándose con sus sabrosas carnes. Lo mismo ejecutan con los ciervos, osos hormigueros, zorros, conejos y cuadrúpedos semejantes. La mayor riza hacen en los monos, astutos usurpadores de los frutos, que pagan caros, quedando muertos innumerables y destinados á suplir con sus carnes el grano hurtado.

CAPÍTULO II

MÁS DATOS SOBRE LOS CHANÁS

DCCXIII. *Propiedades de los Chanás.* — La gente Chaná, en fisonomía y tallede los cuerpos se da mucho aire á los Indios Guaranís. Los hombres en gran parte han cogido los usos de los Eyiguayeguis en andar desnudos y el pelo cercenado. Las mujeres se cubren desde bajo los sobacos hasta la pantorrilla con mantas de algodón, que ellas hilan y curiosamente tejen. Son hacendosas y no se han dejado dominar de la terrible inhumanidad de quitar la vida á sus tiernos infantes. Por esta razón se han aumentado de modo que en sus siete poblaciones acaso es mayor el número de almas, queel que cuentan todos los toldos Eyiguayeguis. El color de las mujeres y criaturas declina en blanco : mas el de los varones es algo tostado, por ser demasiadamente andariegos. El genio de los Chanás por lo común participa más de suave y humilde, que de áspero y altivo. Con esto sufren con paciencia á los soberbios Eyiguayeguis, que los miran como criados y feudatarios, del modo que se dijo en otra parte.

DCCXIV. *Noticias que tenían de cristianos y Misioneros.* — Desde que llegamos los Misioneros al Ypaneguazú, conocimos que con mayor facilidad abrazarían la fe de Jesucristo los Chanás, que sus señores los Eyiguayeguis. Sin embargo, era preciso ganar primero á éstos, porque sin ellos era imposible penetrar á las tierras de aquellos pobres infieles. Ibamos tomando aquellas noticias que juzgábamos conducentes para poner algún día en práctica nuestros designios. Algunas luces se vislumbraban entre ellos de que conocieron cristianos, como se verá en mi viaje. Después de concluído éste, vino á Belén un capitán de los Terenas á verme, enviado de los demás caciques de sus dos pueblos. Explicó los sentimientos que habían hecho por no haber yo pasado á visitarlos, estando ellos esperándome y queriendo ser cristianos. Díjome

el dicho capitán que, siendo él joven como de unos 20 años, habían llegado á las inmediaciones de sus pueblos muchos Bochararas, llamados Zamucos, que consigo traían á un Padre vestido como yo, bajo de cuerpo y flaco. Que los Zamucos venían con camisetas largas de algodón y con collares al cuello como el que yo tenía, que era el Rosario. Que el Padre agasajó mucho á los Terenas, que encontró cazando en el bosque; y lo mismo á los que á la novedad acudieron. Que esto sucedió dos veces, y que todos estaban en seguir á aquel Padre; pero que ignoraba por qué después no lo ejecutaron. Consta que el V. Padre Agustín Castañares fué este Misionero; y que los Aamocos eran los Zamucos Uragaños que convirtió el varón apostólico, y le acompañaban en sus conquistas evangélicas. Conocí en el pueblo de Santiago apóstol de las Misiones de los Chiquitos, á un anciano Uragaño que había sido paje del Padre Agustín y compañero inseparable de sus apostólicas empresas. Éste se acordaba de todo lo que me refirió el Terena en Belén, y también de los nombres de los malvados intérpretes que impidieron los progresos de esta misión tan gloriosa. Véase la carta impresa de las Misiones del Padre Castañares, en la cual, aunque algo alterados, se hallan los nombres de Terenas, Ecoara, y otros de estas gentes Chanás, y aun Eyiguayeguis. El capitán Terena instaba para llevarme á sus pueblos: y de este modo consolar á sus parientes. Díle buenas esperanzas: y con éstas se detuvo en Belén algunos meses; y labró muy buenas sementeras. Impidióse mi ida por otros incidentes; y le envié bien regalado, esperando yo coyuntura de ir á hacer una visita á los que tanto la deseaban.

Antes que los Terenas logré dar un pregón evangélico en los bosques espesos de los Chanás. Trasladaré aquí al pie de la letra la carta que sôbre este asunto escribí por marzo de 1764 al Padre Visitador Nicolás Contucci. En ella se leerá el motivo y el fin ó buen éxito del viaje. Pondré después un Diario exacto en que saciarán su buen gusto los amantes de semejantes expediciones.

CARTA

MI PADRE VISITADOR NICOLÁS CONTUCCI P. XPTI

DCCXV. *Estado moral del país de los Eyiguayeguis.* — Á mi arribo á Belén por junio de 61 escribí á Vuestra Reverencia. La mucha distancia de tierra y la poca comunicación nos privan de las cartas de Vuestra Reverencia frecuentes : éstas nos sirvieran de norte seguro en nuestra conducta. Por su situación ocupa este país dilatados espacios entre el Trópico y la Línea equinoccial. No le faltan ni luz ni rayos del príncipe de los astros. Mas contemplado á otros visos, por su geografía mortal, reinan en sus habitadores muy densas sombras, en cuya comparación fueran luces las tinieblas egipcias. Bien necesaria es la dirección de la obediencia para no errar el rumbo en un piélago de ingratitud y de ignorancia. La última carta contenía un resumen de algunas cosas de esta Misión de Guaycurús, ó Mbayás, desde que llegamos á sus tierras. La presente dirá á Vuestra Reverencia lo que hasta este mes de marzo de 62 ha sucedido digno de participarse.

DCCXVI. *Desengaño de los Mbayás.* — Mi primera atención luego que aporté á Belén fué explorar los ánimos de los infieles. Me recelaba que en genios tan volubles podía haber hecho alguna moción el tropel de calumnias que salió á campo en la Asunción. Mi recelo estribaba en la misma inconstancia de sus voluntades, y en la

ciega credulidad con que viven adheridos á los dichos de sus hermanos. Había ya vuelto del Paraguay al toldo el caciquillo, empeñado á influjo de malos cristianos en mi descrédito aun del Evangelio. Se disipó el nublado que fulminaba imposturas; pero no me constaba si la serenidad había penetrado hasta el corazón del bárbaro. Á pocos días conocí que no habían tenido aplauso sus imposturas; y que cuanto cabe en infieles, estaban sentidos de la mala correspondencia del caciquillo á los beneficios que recibía de los Padres Misioneros. El mismo Lorenzo (así se llama el hijo del cacique) parecía otro hombre. Con ser Payaguá de origen por la madre, procedió sin la deslealtad de Payaguá en cuantas conversaciones entabló conmigo. Su mudanza fué sin duda obra de la diestra del Excelso. Procuré portarme con él con el mayor disimulo, haciéndome ignorante de cuanto se forjó contra mi proceder en la capital del Paraguay. Ni es de tan corto alcance el dicho infiel que quedase persuadido por mi silencio á que yo no había sabido lo divulgado en la ciudad. Así se dejó caer tal cual proposición que condenaba de falsario al que le imbuyó en despropósitos ajenos de la verdad y de la honradez. Fulano, decía, *Abuitaquigigi :* es un embustero. De esto pude yo colegir que mintiéndose á sí misma la iniquidad de un católico, esfuerza más los tiros de su lengua un mal fiel, que un buen gentil. Para mí todo fué documento que me hizo experimentalmente conocer la infalibilidad del divino oráculo en boca del santo Zacarías : *Salutam ex inimicis nostris, et de manu omnium qui oderunt nos... ut sine timore inimicorum serviamus illi.*

DCCXVII. *Los Mbayás estiman á los Misioneros.* — Cada día reconocía la vuelta que había dado el corazón de los infieles. Estos, no satisfechos, al parecer, con manifestar que no aprobaban las invenciones de la calumnia, hicieron demostraciones que positivamente declaraban la estimación que profesaban á los Misioneros. Á mí me pusieron dos nombres, índices de su amor. Primero me

llamaban *Aliguega Lionigi,* hijo del sol. No sé por qué motivo me honraron con tanta luz: lo que no admite dudas es que yo deseo entrañablemente que todos ellos sean hijos del sol de Justicia, en cuyas alas está la sanidad de sus almas. El segundo nombre dice algo más de confianza. El cacique en cuyo toldo estábamos se llama *Epaquiní :* éste pidió Misioneros, y es el primero de toda la nación que logró ver en su tierra de asiento Jesuítas. Es anciano de edad avanzada, y creemos que cuenta hoy sobre setenta años. Para dar, pues, un pregón de la conducta inculpable de los Misioneros, mandó á sus gentes que en adelante me conociesen por su nombre de Epaquiní : porque nuestro Padre (dice él y todos estos infieles) no es Español, sino Eyiguayegui. Todo ha sido disposición de Dios, que por un medio á los ojos humanos tan inútil, allanó el paso para conseguir de los infieles cosas que solamente con mucho tiempo y sufrimiento juzgábamos exequibles. Dios es fiel, que con la tentación adelanta los negocios de su mayor gloria, como verá Vuestra Reverencia.

DCCXVIII. *Sementeras de los Mbayás.* — Honrado con los dos títulos mencionados, uno de la mayor estimación de los Incas, y el otro de la mayor dignidad que se reconoce en el toldo de Epaquiní, me valí de ambos para lo que ya digo á Vuestra Reverencia. Lo primero habléles en orden á trabajar sementeras ó *chacras,* ponderándoles las utilidades de su trabajo en el logro de los frutos. El nombre hubo de autorizar mis palabras, que surtieron el pretendido efecto. Algunos tenían ya sementeras, pero muy reducidas : los demás aun no habían entrado en el ejercicio de labradores : mas desde aquel tiempo hasta hoy tienen ya buenos sembrados las personas de provecho del toldo. Epaquiní, me dicen, haz que se nos are tierra, y danos qué poner en ella. Ayudóseles en todo : y al presente ellos lo hacen todo, excepto el arar, porque no saben manejar el arado. Con esta traza y otras, han logrado calabazas, maní, frisoles, mandioca, sandías y

aun tabaco con que entretener su vicio de fumar los hombres y de mascar las mujeres. Los Indios Guaranís han sido los que con empeño y con su ejemplo promovieron las sementeras y los adelantamientos de esta Reducción por este medio.

DCCXIX. *Bautismos de los Mbayás.* — Habiendo visto el feliz éxito de esta primera tentativa, me pareció no perder instantes en proponerles otra cosa más árdua, bien que más importante. Expúseles (lo que muchas veces les habíamos dicho) que deseaba mostrarles mi amor enseñando á sus hijos las palabras de los cristianos, frase con que ellos significan la Doctrina : mas que primero quería bautizarlos y hacerlos cristianos, puesto que yo Epaquiní lo era. Recibióse con júbilo mi propuesta ; y desde 5 de julio son muchos los párvulos que han venido al Sacramento del Bautismo : entre tantos sólo uno murió á pocas horas de estar lavados en tan saludable baño. ¡Dichoso niño, primicias de los Eyiguayeguis, predestinado á eternos descansos ! De los adultos hasta ahora no se ha bautizado sino una mujer instruída en las cosas necesarias y deseosa del Bautismo : administrésele como media hora antes que expirase. No dudamos que Dios la miró con ojos de misericordia por el gran amor y compasión que tenía á los Misioneros. Llamóse María : y fué la única mujer de su nación que en compañía de su marido y otros once hombres emprendió el viaje á la Asunción en busca de los Jesuítas. Tuvo el consuelo de volver con ellos á su tierra para bien suyo y de sus paisanos.

DCCXX. *Pequeña resistencia al Bautismo.* — Hasta este Bautismo no habían los infieles hecho la menor resistencia á recibirle. Una mujer sólo mostró alguna repugnancia en que se bautizase á María. La razón que dió fué la ordinarísima tentación con que el demonio ha procurado retraer la gentilidad de las dos Américas del sagrado Bautismo. Se morirá si la bautizas, dijo la Guaycurú. Mas, convencida con suavidad, cedió su pertinacia á la fuerza de la razón, y vino gustosa en que se le adminis-

trase. No dejó de extrañarse la tal cual oposición dicha: porque ni los Nigienigis Guaycurús, ni los Niguienas, que son sus curanderos y adivinos, profetas ó vocingleros, jamás han manifestado disgusto en los Bautismos, aun de sus propios hijos. Antes bien, el nombre con que ordinariamente nos llaman es el de Nigienigi, franqueza que les obliga á nuestra amistad y buena correspondencia, como ellos se explican: *Imedite, é nigienigi:* eres mi verdadero amigo, porque yo soy Nigienigi. Damos gracias á Dios que esta casta de gente no haya levantado bandera contra los Misioneros: porque en tal caso, el temor y aún terror pánico que les tienen serviría de rémora á las cosas de la fe entre los Indios Eyignayeguis.

DCCXXI. *Trátase algo de los Chanás.* — Lo dicho es evidente testimonio de lo que la divina gracia va obrando en los corazones de los Guaycurús. Creemos que ya llegó el tiempo en que Dios quiere derramar la lluvia voluntaria de sus eficaces auxilios en ésta su heredad, que por centenares de años ha sido un erial de abominaciones. Sin embargo, voy á decir á V. R. otra acción de los Eyignayeguis que puede competir con las referidas, y á lo menos equilibrarse con ellas. Y cierto, que reflexionado el genio Guaycurú, y lo mucho que ocultan sus tierras, sus cosas, y más sus intenciones, á mi entender excede lo que escribiré á lo que ya he referido. Lo atribuímos á triunfo de la gracia, cuyos bellos resplandores quiso el Señor de la misma gracia, que sirviendo de instrumento á los Guaycurús, alumbrasen á otros menos malos, aunque más remotos y escondidos gentiles. Viven estos pobres á la orilla occidental del río Paraguay, en distancia de sesenta leguas de la Reducción de Belén. Allá al abrigo de espesos bosques y dilatados campos, pasan la vida á sombra de eminentes y frondosos árboles, y en la de la eterna muerte de sus almas. No hay para ellos más mundo que sus breñas: ni más racionales que los Guaycurús, y otros monteses sus convecinos. Los infieles Lenguas y

Payaguás arredrados [1] de las selvas, apenas se atreven á inquietar el rústico sosiego de aquellas gentes labradoras. Son por todas siete poblaciones ó parcialidades y todas muy numerosas Á la primera y más inmediata á Belén llaman los Guaycurús en su idioma Layana : y son los mismos que en nuestras historias se conocen por este nombre de Chanás. (Las demás parcialidades omito porque están nombradas arriba.)

DCCXXII. *Chanás, tributarios de los Mbayás.* — En todas las referidas parcialidades tienen los Guaycurús de una y otra orilla del río Paraguay criados ó tributarios que á tiempos les hacen algún corto reconocimiento. En cuanto he podido indagar el origen de este su derecho á Niyololas, como ellos llaman á toda la nación, todo va fundado en parentesco, sin que por armas ó conquista pretendan esta dominación los Eyiguayeguis. Estos antiguamente tan peones eran como los Niyololas, y todos en el asilo de los bosques vivían de un mismo ejercicio y se defendían de sus rivales. Entonces se enlazaron los Eyiguayeguis con los Niyololas, contrayendo matrimonios á su usanza las dos naciones. Salió de los bosques como más intrépida la Eyiguayegui, cuando los Españoles, primeros conquistadores de estas provincias, fundaban villas y ciudades. Hiciéronse de caballo, ya comprándolos, ya hurtándolos: y llegó á tanto su osadía bárbara, que con irrupciones continuas hicieron los estragos que refieren las historias. Señores del campo los Eyiguayeguis, no quisieron obscurecer su valor en las selvas, contentos con que en ella labrasen la tierra sus hermanos los Niyololas y con disfrutar á tiempo sus sementeras.

DCCXXIII. *No todos los Mbayás tienen tributarios.* — Sucedió que los caciques Eyiguayeguis que casaron con mujeres Niyololas cacicas ó capitanas, tenían por suyos los vasallos de sus esposas: y desde entonces los recono-

[1] Hay una palabra en el original.

cen como tales. Por ésto los capitanes Eyiguayeguis solos tienen criados: el vulgo Guaycurú no adquirió derecho sobre aquellas gentes. De aquí es que los Niyololas á los caciques Guaycurús y á sus parientes apellidan Nuestros Capitanes; pero al resto de la nación y á los que no están emparentados con caciques llaman Nuestros Hermanos.

DCCXXIV. *Nombre Guaná.* — Los Españoles de la provincia del Paraguay conocieron á los Niyololas bajo el nombre de Guanás á lo que daría motivo alguna contingencia. Guaná en idioma de los Chanás es pronombre relativo de tercera persona, esto es, aquél. Preguntaría algún Español, viendo á estos Indios: ¿quién es aquél? Y le responderían: Guaná; y de aquí ó de cosa semejante vendrá atribuir á toda la nación Chaná el nombre de Guaná.

DCCXXV. *Visitas de los Mbayás á los Chanás.* — Mas sea lo que fuere de este nombre, los Eyiguayeguis, á los cuales los Chanás llaman Oquilidi, han mantenido buena correspondencia con los Niyololas. Visítanlos cada año, y reciben el pleito homenaje de sus criados. Cuando van á sus poblaciones, se detienen en cada una á lo más tres días; ya por no permitirles más tiempo la falta de pastos para sus caballos, ya por costumbre de muchos años. Lo más particular que hay en este punto es que cada capitán Eyiguayegui toma alojamiento en casa de sus criados, sin que otro Mbayá se hospede en dicha casa. Observan esta práctica con tanta precisión, que, si la capitana Mbayá tiene distintos criados, que los de su marido, se apartan aquellos días y cada uno vive con los suyos sin el menor sentimiento. Los tres días corre por cuenta de los criados mantener á los señores; y de cuanto producen sus sembrados les ministran: cierto que más buscan los Mbayás con qué entretener el hambre, que cosas de mayor monta. La víspera de la partida de los Mbayás les regalan sus criados algún grano para el viaje: un bollo de Nibadana, con que se pintan de encarnado, y alguna

manta de algodón, ya blanca, ya listada de varios colores que con primor tejen los Chanás. Á los Mbayás plebeyos no se les hacen semejantes presentes, aunque los alimentan los tres días que están en sus pueblos los amigos y conocidos.

DCCXXVI. *Utilidad de las visitas.* — Á los Chanás les está á cuenta la ida de los Eyiguayeguis á sus poblaciones. Carecen de cuchillos, de rescates, y de otras cosillas semejante que suelen tener sus huéspedes. Sucede, pues, que el varón Chaná habla á su señor, y le dice: Yo no tengo cuchillo, mi capitán, etc., y éste, si tiene, se le deja. Así la mujer pide cuentas de vidrio, aguas, etc., y la Mbayá reparte con ella, sin reserva sus más estimadas bujerías. Lo bueno es que, si no les dan graciosamente lo que piden, procuran compensarse, y cogen furtivamente lo que pueden, sin que el belicoso genio Mbayá dé más indicios de sentimiento que decir en tono moderado: Olequeguigipi Niyolola, son unos ladrones. No pasan á otras demostraciones, quedando los Chanás con lo que cogieron, y retirándose los despojados á sus toldos.

DCCXXVII. *Determínase mi ida á los Chanás.* — En el que nosotros trabajamos, se publicó para cierto término de días el viaje al pueblo de los Layanas. Deseaba yo dar una visita á aquella pobre gente y en sus bosques un pregón de la ley evangélica. Había conservado en el secreto del corazón mis deseos, hasta que las cosas de los Mbayás tomasen buen semblante. No me parecía malo en las presentes circunstancias, en que me veía honrado con el nombre de Epaquiní, y que ofrecían sus hijos para que los bautizase. Dejé caer tal cual proposición, sin mostrar mucha inclinación á acompañarles, pero que al mismo tiempo daba á entender lo que deseaba ver las tierras y sementeras de los Guanás. Mi dicho corrió por la toldería; recibióse con aplauso y júbilo. Habláronme el cacique Jaime y otros capitanes, sin querer (ni yo quería) admitir mis disimuladas excusas. Al fin, como rendido á sus instancias, les di mi palabra de acompañarles, con

tal que los chicos cristianos que iban en la caravana, se juntasen á rezar en las paradas, si el tiempo lo permitía. Ofreciéronse á todo, y lo cumplieron. Dispusiéronse ellos á la partida con lo que llaman Fiesta, y es una solemne borrachera. Yo celebré el incruento sacrificio del altar, ofreciendo á Nuestro Señor las penalidades del viaje. Para asegurar el feliz suceso tomé por patrón al ínclito mártir San Juan Nepomuceno, poniendo debajo de su abogacía á la nación Chaná, y pueblo de Layanas. Y cierto que el santo me favoreció en todo : por lo que de justicia (cuando Dios quiera que se establezca doctrina) se le debe el patronato de aquellas tierras, y pueblo de Chanás.

DCCXXVIII. *Alegría de los Chanás.* — Salimos, pues, de Belén el día 5 de noviembre, y hasta el día 22 del mismo mes no llegamos al pueblo de los Chanás. Las causas de tanta demora en los caminos están en el Diario que añadiré á esta carta. Rebosaban los rostros el gozo de aquellas pobres almas al ver en sus tierras cristianos, á los cuales llaman Bocharara, sin acertar á desprenderse de su lado. Poníanse la mano en la boca, y exclamaban : Has venido ? Entre las voces y festiva algazara de más de dos mil entre grandes y chicos, me condujeron á su pueblo y á la posada que me tenían preparada. No me pareció conveniente albergarme al modo que lo hacen los Mbayás viviendo en la casa de sus criados. Mi intento era hacer, sin que los Mbayás se sintiesen, contradistinción en todas las cosas de los cristianos y de los infieles de mi comitiva.

DCCXXIX. *Mi alojamiento.* — Pedí, pues, que me hiciesen una chocita de esteras en medio de una espaciosa calle inmediata á la plaza, pretextando que en sus cabañas era el calor grande. Sin tardanza lo pusieron en ejecución los capitanes Chanás con gusto suyo y consuelo de mi parte. Las paredes y techo eran esteras tejidas de unos juncos que ellos llaman Boqui, y se levantan á la altura de casi tres varas. No estaban muy satisfechos los Mba-

yás de ésta mi determinación, recelosos de que los Chanás hurtarían cuanto se les pusiese á la vista. Insistí en vivir con independencia porque deseaba tratar con los caciques Chanás sin el registro de los Eyiguayeguis. Agradóles mucho esta confianza que hacía de ellos ; y en realidad se portaron fielmente, pues no faltó cosa alguna de las que tenía en la choza extemporánea.

DCCXXX. *Fidelidad de los Chanás.* — Y para que se vea el cuidado y vigilancia que en ésto ponían, diré el siguiente caso. La primera noche, bien entrada ésta, se arrimó á las esteras, que estaban cerradas, un Chaná : hablóme en lengua Mbayá, y díjome : Mi Padre aquí está mi capitán que viene á verte. Aparté la estera y sentado en el suelo el cacique, se explicó en estos términos : Bocharara, no extrañes que á hora tan intempestiva venga á hablarte : pues en eso pretendo huir el registro de los Oquilidis, y el que me oigan. Lo que quiero decirte es que no creas en cuanto contra los de mi nación Chaná te pueden haber informado. Sin duda que habrás oído de su boca que los Layanas somos ladrones y malos. Te ruego que no hagas caudal de sus palabras. Los Chanás somos buena gente : á nadie inquietamos : empleamos el tiempo en cuidar de nuestras sementeras. Los malos, los ladrones, son los Eyignayeguis, que nos quitan nuestro sustento y el de nuestros pobres hijos y mujeres. Satisfice al anciano cacique de modo que se despidió muy consolado, lo que yo experimenté el tiempo que estuve con ellos, no fué, cierto, para calificarlos de ladrones.

DCCXXXI. *Concurso de Chanás á mi casita.* — La traza de mi casita independiente surtió el efecto que yo pretendía. En acabando antes de amanecer algunas diligencias cotidianas, se llenaba la choza de Chanás de todas edades y sexos. Por intérprete de su misma nación inteligente de la lengua Mbayá, les hablaba, y pude apuntar mucho del idioma Chaná, diligencia que les agradó más de lo que yo puedo explicar. Á todas horas se acercaba innumerable pueblo ; y esto era lo que yo

quería : que me viesen, y comunicarles con el fin de entablar los tratados de mi embajada evangélica. Para ganarles, y juntamente aficionarles más á los cristianos, todas las tardes venían los chicos Mbayás, y no pocos de los adultos, y con ellos rezaba el catecismo. Rematábase esta función con el Bendito cantado en lengua española al són de un violín, que con esta mira me llevé á los Chanás. Los Guaranís de mi comitiva, que eran tres, y se llamaban Pedro Ignacio Ibiti del pueblo de San Cosme, Miguel Quandú, del de Santa Rosa, y Tomás Quarepí, del de Nuestra Señora de Fe, precedían con su buen ejemplo y compostura. El Miguel es músico hábil : y el Tomás, chico de unos catorce años, bello tiple, que se granjeó las voluntades de los Chanás. Quedaban éstos como pasmados oyendo y viendo en el retiro de sus bosques cosas para ellos del todo nuevas. Los chicos Mbayás y sus padres hablaban á los Chanás para que ellos aprendiesen el rezo. Disponíase todo como yo esperaba ; y todo sin duda por la intercesión de San Juan Nepomuceno y de los santos Ángeles de guarda de aquellas desamparadas almas.

DCCXXXII. *Resuelven los Chanás tener Misioneros Jesuítas.* — La confianza que de mi hacían, y no saberse apartar de mi lado, me pareció medio suficiente para pedir á los Chanás pública audiencia y junta de todos los caciques y capitanes. Vinieron en darme gusto : y juntos todos, después de haberles repartido algunas cosillas de su aprecio les dí razón de mi ida á sus tierras. Oyeron con atención : y respondieron que desde que habían oído que los Padres estaban en el toldo de Epaquiní, tenían deseos de comunicarles, y de conseguir la misma dicha que los Mbayás, trayéndolos á su país y selvas. Añadían : ya que tu te has cansado viniendo á nuestro pueblo, no te vuelvas con los Mbayás : quédate con nosotros y enseñarás á nuestros hijos. Por alicientes muy eficaces, añadían también estos : Aquí hay muchos chicos y chicas : entre los Mbayás son pocos. Los Mbayás algún día

te quitarán la vida, porque son muy semejantes á los Payaguas traidores: entre nosotros vivirás sin recelo: tendrás casa y qué comer. Satisfícele con que daría parte á mis Superiores; y que según su disposición, yo ó dos hermanos míos á su tiempo vendríamos á darles consuelo. Replicaron al punto: Y cuántas lunas morirán hasta que tú vuelvas ó esos tus hermanos? Esto es, después de cuántos meses tendrá cumplimiento tu palabra? No sé cuántas lunas morirán, les dije: porque hay mucha distancia á la tierra en que están mis Superiores. Vuelve tú á vernos, dijeron, después de dos lunas ó meses, ya que nos quieres dejar ahora: y tus hermanos podrán venir cuando haya otra vez Chone, ésto es, Algarroba: fué lo mismo decir que de allí á un año. Envía presto tus palabras (escribe) concluyeron: y dile al Capitán grande (Gobernador) que los Chanás somos buenos, y queremos ser hermanos de los Bochararas, ésto es, de los cristianos.

DCCXXXIII. *Erígese una cruz en la plaza del pueblo.* —El auditorio era innumerable: y todo él aplaudió la resolución de sus cabezas instando en mi quedada, ó á lo menos en mi pronta vuelta á sus tierras. Valiéndome de tan favorables coyunturas, les propuse con traza levantar una Cruz en su pueblo. Les dije: Conoceré la sinceridad y eficacia de vuestros deseos, si permitís que en este lugar se levante la señal que en sus pueblos tienen los cristianos. Esta es la que llamamos Cruz, la cual algunos de vosotros han visto en el toldo de Epaquiní. Yo y mis hermanos viendo esta señal en vuestra patria, nos holgaremos mucho y diremos: Es cierto que los Chanás son buenos y aman á los Padres. No fueron necesarias más arengas. Al punto los caciques dieron orden á alguno de sus vasallos para que trajesen dos hermosos palos. Labrólos un Indio Guaraní, y á vista de todos los Mbayás de mi comitiva, y del innumerable gentío de los Chanás, se enarboló el estandarte de nuestra redención, en la plaza del pueblo. Pusieron en su idioma a la Cruz este

nombre: Oronné Gaguati: leño cruzado. Mirando yo aquel sagrado leño decía con David: *Virga tua et baculus tuus ipsa me consolata sunt.* Jesús amabilísimo acordaos de de vuestra preciosa sangre, precio de la Redención, derramado en la Cruz por estas pobres almas. Recogedlas, mi Redentor, por medio de los de vuestra Compañía. La mies es mucha, el campo dilatado. Esto pide muchos operarios. Vos sois el Señor de esta sementera, y queréis que os pidamos compañeros para su cultivo: *Rogate ergo dominum messis ut mittat operarios in messem suam.* Con todo el afecto de mi corazón os suplico que envieis á los destinados para labor de tanta gloria vuestra y bien de los infieles.

DCCXXXIV. *Súplica á los Superiores.* — Confieso á V. R. que me pareció que eran oídas mis súplicas, y que señalaba V. R. los elegidos de Dios para tan santa empresa: Id, les decía V. R., Ángeles veloces, á los Chanás, gente convulsa y dilacerada. *Ad gentem lineae lineae:* á una nación sobre cuyas cabezas el sol forma repetida la línea cuando se acerca al trópico y se retira hacia la línea equinoccial. Espero que V. R. ha de dar consuelo á los desamparados Chanás, que buscan el remedio de sus almas por medio del celo de V. R. y la desean por ministerio de los hijos de nuestra mínima Compañía de Jesús.

DCCXXXV. *Acción singular de los Chanás.* — Porque puede dar mucha fuerza á la causa de los Chanás un caso dado que sucedió algunas semanas después de mi regreso á Belén, quiero ponerle en este lugar como perteneciente á la Cruz que se erigió en el pueblo. Un cacique Mbayá, hombre bárbaro, y que no corre muy bien con la casa de Epaquiní, entró en el pueblo de los Chanás. Vió la Cruz, y preguntó: ¿qué palos eran aquéllos? Respondieron los Chanás que había estado allí el Bocharara del toldo de Epaquiní y con acuerdo de los capitanes Chanás, y de todo el pueblo, había levantado aquella Cruz, la cual ellos estimaban como prenda del amor que

el Padre les tenía: y que la habían de conservar para manifestación del que toda su nación profesaba al Padre. Yo la derribaré: dijo el inconsiderado infiel Guaycurú. Callaron los Chanás, y echaron mano á sus arcos y flechas: rodearon á lo lejos la santa Cruz, y dijeron al Mbayá: Ahora puedes entrar á derribar la Cruz: cumple tus amenazas y experimentarás si nuestros arcos yerran tiro. El Padre levantó la Cruz: y el Padre ó sus hermanos la han de hallar colocada en el mismo sitio. Explicáronse los Chanás con tan buen aire, que, lleno de miedo el Mbayá fanfarrón, no sólo desistió de su intento, sino también se salió de la población, temeroso de que sus vecinos tumultuasen y vengasen con su muerte el descomedimiento. Verdaderamente que en este hecho mostraron los Chanás que son buenos, y que su deseo de tener Misioneros Jesuítas es sincero. Compadézcase V. R. de ellos, y mírelos como los infieles más desamparados que habitan estos países. No son necesarios muchos costos para entrar á una nación quieta y labradora. Hachas destrales ó cuñas de hierro para ayudarles en sus rozados y facilitarles grandes sementeras, si serán necesarias. Rescates y cosillas que estimasen, les ganarán las voluntades. De este modo conquistará almas la Cruz, dará nuevos hijos á la iglesia, y vasallos á nuestro Monarca. Además que por este medio creo que se abrirá el camino para ir á los pueblos de los Chiquitos, en cuyo descubrimiento se han malogrado tantos viajes.

DCCXXXVI. *Terenas: dan noticia de cristianos.* — En la población de los Chanás encontré á dos hombres que estaban con sus mujeres é hijos, todos Terenas y hermanos de los Chanás. Tomé lengua de su país. Preguntéles si tenían noticia de que hubiese cristianos cerca de sus tierras, ó si habían llegado á ellas? Respondieron que sí, según oían á sus paisanos; y que en tiempos pasados habían estado cerca de su tierra: y señalando á los Guaranís, que estaban presentes, añadieron: venían vestidos como éstos, y con collares (rosarios) como aquéllos al

cuello. Sucedería ésto cuando el Venerable Padre Castañares con los Indios Zamucos se dejó ver cerca de la población de los Terenas, ó, como ellos se llaman á si mismos, Telenoe.

Nota. — Aquí se omiten dos números que ya están insertos en la Historia de los Eyignayegnis.

DCCXXXVII. *Población de los Chanás.* — Cerciorado de los buenos deseos de los Chanás, me pareció ver con toda atención su pueblo. De parte de los Chanás no hallaba embarazo en la ejecución de mi pensamiento. La dificultad y mi recelo consistía en que si los Mbayás tomarían ocasión de algún sentimiento, presumiendo que hacía más caso de los criados que de los señores. Todo se compuso á gusto de las dos naciones. Hablé á los Mbayás diciéndoles que cada capitán juntase en una casa sus feudatarios, porque quería regalarlos en su nombre y en sus propias casas por el buen hospedaje que nos habían hecho. Con este título registré toda la población, acompañado de Chanás y Mbayás. Pude así hacerme cargo del sitio, de la arquitectura de sus chozas, y de otras cosas que me parecieron dignas de advertencia. La población está situada en medio de un grande y espeso bosque que por el Oriente se extiende hasta cerca de la orilla del río Paraguay. El plano es tierra ya bastante limpia; pero llana y baja, que ocupará poco más de un cuarto de legua. En esta llanura está trazado el pueblo con calles capaces y plaza. Esta no es redonda, sino larga y proporcionadamente ancha.

DCCXXXVIII. *Casas de los Chanás.* — Las casas se distinguen en su hechura de las de los cristianos. Cada casa tendrá de 16 á 20 varas de largo, y como unas ocho de ancho. La forma de su arquitectura es una bóveda, sin pilares ó postes en medio. Hacen este oficio los palos medianamente gruesos y proporcionalmente altos que forman lo sólido de las paredes, y arqueados y atados sin juntarlos del todo por las puntas, queda la bóveda ó cimbria. La altura es de unas cinco á seis varas. No tie-

nen caballete, porque el sitio que había de ocupar la cumbrera queda descubierto y como claraboya de toda la casa, ó mejor, chimenea que da franca salida al humo y vapores. Por ésto no cierran del todo al arquearlos, arriba los palos. La armazón de éstos se cubre de una especie de paja larga y ancha, que tejen con curiosidad desde el suelo hasta toda la bóveda, menos sobre la claraboya. Este aforro los defiende del sol y bastantemente de las lluvias, aunque cuando llueve, pasa bastante agua por la cumbrera descubierta. Habléles algo sobre este inconveniente ; y les agradaba que se cerrasen.

DCCXXXIX. *La división é interior de las casas.* — Cada capitán vive con sus hermanos y parentela en una casa. La multitud les ha obligado á dividir habitaciones, y así tienen repartidos los barrios por capitanías y cacicatos. Cada casa tiene cinco puertas para no impedirse unos á otros : dos están en las testeras, y tres en un frente. Cuando llueve tapan las puertas con unas esteras de juncos. Al lado de las puertas tienen sus hogares y sus cocinas sin más arte que unas tres piedras movedizas que sirven de trébedes en qué asentar las ollas que labran curiosamente y en que cuecen sus alimentos sin más especias que agua sola. Al lado opuesto están los dormitorios y camas, todo patente y en el suelo, sobre el cual ponen unas esteras de juncos. Es mucho que cogiendo algodón, no hayan dado en el uso de las redes ó hamacas.

DCCXL. *Fisonomía y vestuario.* — La gente en su fisonomía es parecida á la Guaraní ; aun su idioma tiene mucho de gutural y narigal ; pero con suavidad fácil de imitarse del que la aprende. Las mujeres andan cubiertas con mantas de algodón, como ya se dijo : tienen el pelo largo y por delante cercenado desde una sien á otra. Los hombres usan camisetas de algodón, pero de ordinario las dejan y andan en carnes. Tiñen todo el cuerpo de negro con la tinta de una fruta que llaman Nigue, es el Notique de los Mbayás y Ñandipa de los Guaranís. La

gente es mucha, y según lo que me pareció, pasarán de seis mil almas.

DCCLI. *Caso gracioso.* — En la visita que hice del toldo sucedieron algunas cosas que no debo pasar en silencio. La primera fué que, caminando por una de aquellas sus calles, me salió al encuentro una Chaná de edad avanzada. Saltaba esta vieja de júbilo y en tono de quien llora cantaba. Después se acercó y me habló en su idioma. Pregunté á mi intérprete que decía la buena vieja, y expuso así: « Dice que tú y los Chanás somos hijos de un mismo vientre (ó madre). Porque tu vives quieto como ellos en un lugar: tienes choza de paja, labras la tierra y coges sus frutos con que te alimentas. Por tanto, que te quedes con nosotros, y no te vuelvas con los Eyiguayeguis que son hijos de otro vientre; no tienen asiento en un lugar, ni más comida que la caza. » Tenía razón la vieja.

DCCXLII. *Otro serio.* — La segunda fué que llegándose á mí unos Mbayás, me dijeron: Ya ves que los Layanás son muchos: escoge criados y llévalos contigo para que trabajen en las sementeras. No vengo, les respondí, á buscar criados, sino discípulos, á quien enseñar la ley de Dios, que á todos nos dió el sér, redimió á costa de muerte y es nuestro Padre. Hice explicar esto al intérprete, cuyas palabras merecieron toda la aprobación de los circunstantes.

DCCXLIII. *Fineza de un cacique Chaná.* — Acercándome ya de vuelta á mis esteras, me habló un cacique Chaná y me ofreció á un su hijito como de 8 años de edad que traía consigo. Llévatele, me dijo, y tenle contigo para que aprenda lo que le enseñares. Agradecíle la fineza, y al chicuelo le dí y puse una monterita, hecha de retazos de persiana. Guárdala, le dije, por prendas de mi amor, y cuando yo vuelva, ó vengan mis hermanos á vivir entre vosotros, la mostrarás, y tú serás el primero que oirá y aprenderá las palabras santas de los Padres. Ya se hacía tarde: y los pobres Chanás no se apar-

taban. Presentábanme algo de maíz, batatas, etc. Más embelesado yo que ellos, no advertía en los regalos, hasta que me dijeron los Mbayás: Nuestro Padre, ¿quieres comer? Respondíles que no había emprendido aquel viaje en busca de alimento; que lo que era que ellos y los Layanás comiesen; y yo interiormente me consolaba con aquellas suavísimas palabras del Redentor: *Meus cibus est ut faciam voluntatem patris qui misit me*, sin acertar á desprenderme de una gente cuyo gozo en tenerme les rebosaba á los rostros. El Diario siguiente dirá mejor cuanto puede desearse en esta carta.

CAPÍTULO III

DIARIO DEL VIAJE AL PUEBLO DE LOS CHANÁS

DCCXLIV. *Modo como viajan los Mbayás.* — Para no embarazarnos cada día con repeticiones, fastidiosas de una misma cosa, será bien advertir lo siguiente que es un resumen del modo con que viajan los Eyiguayeguis cuando en la tropa van sus mujeres y criaturas. La comitiva se componía de cuasi cuatrocientas personas, computando adultos y chicos, mujeres y hombres. Estos montan en pelo, y las riendas son unos cordelitos que meten en la boca del caballo y atan en la barbada. Las mujeres tienen una especie de silla que parece enjalma ó bastos de lomillos. Están hechos de juncos machacados; debajo por sudadero ponen un poco de paja como el heno; y encima por caparazona una piel de venado ó manta de algodón. Las doncellas y capitanas añaden á su caballo un collar de cascabeles si los tienen. Las más cargan un plumero de plumas de Apacanigo ó avestruz con que se hacen sombra y defienden de los ardientes rayos del sol y de los mosquitos. Hombres y mujeres llevan descubiertas las cabezas. Las criadas, cautivas, y de esta esfera también algunos hombres, cargan las esteras

de juncos, las ollas y cuanto tenían en sus toldos: puede decirse que trasladan toda su casa: la cual fácilmente se levanta en todas las paradas. Estas las tienen muy sabidas, por frecuentadas, y siempre están cerca de agua. De aquí es que las jornadas son desiguales, porque se alargan ó se acortan según dista la aguada.

DCCXLV. *Ceremonia de la milicia.* — Los soldados cada día como una hora después del alba, se juntan cerca del toldo de su cacique ó del que hace cabeza en la caravana, confieren sobre la marcha de aquel día, determinan el paraje, y tratan sobre si hay, ó no hay impedimentos que puedan embarazarlos. Si los hay, v. gr.: enfermos, cansados, ó faltan algunos de la comitiva, suspenden la jornada hasta otro ú otros días. Si no los hay, se resuelve la partida. Á esta junta no concurren los capitanes que son los parientes ó casados con parientas del cacique. Este tiene un Indio de edad como ayudante mayor, el cual, disuelta la junta, va á los toldos de dichos capitanes, y les da parte de lo acordado en ella. Reciben sentados con seriedad el orden, y al ayudante le agradecen la atención de su cacique con estas palabras: *iga daga time.* Por esto quedo obligado. En este viaje iba el oficial de órdenes primero al Padre Misionero y le decía: Mi Padre, ¿estás fatigado ó indispuesto? ¿quieres caminar ó detenerte? Atención digna de gente más cultivada que la Guaycurú. Dijo muy bien el V. Padre Juan Eusebio Nieremberg que los Guaycurís tienen algunas prácticas que pueden ser documen tos á los filósofos y otras que casi los degradan de racio nales.

DCCLVVI. *Modo que observan los cazadores.* — Determinada la marcha, empieza el almuerzo, que dura, si hay materiales, un par de horas. Traen caballos, y en poco más de media hora todos están puestos en camino. Los hombres van del todo desembarazados: porque á su cuidado está cazar ciervos, venados, jabalís, avestruces, y aun tigres, que comen como si fueran sabrosas terne-

ras. Cuando entran en el campo que les ofrece caza, dejan las lanzas y las flechas, y solamente cargan un garrote largo como vara y media y á proporción grueso, de madera dura y pesada: llámanle Nebo. Lo demás que observan en las monterías queda dicho en su historia. Mientras los cazadores buscan qué comer, no pierde camino la tropa: prosiguen todos el viaje hasta llegar al sitio de la Dormida, que en su idioma se llama Comeedi.

Noviembre de 1761

DCCXLVII. *Agua de los sapos* (día 5). — Salió toda la gente que había de viajar á los bosques de los Chanás. Serían las 11 de la mañana cuando se empezó á caminar, y como á las 2 de la tarde se paró en un bello sitio, llamado Liguedemadigo, que significa lugar de los sapos. Es un arroyuelo de buena agua cuyo paso tiene un cenegal bien trabajoso. El nombre le viene bien apropiado, pues se hacía casi insufrible la vocinglería de aquellos molestos animalillos.

DCCXLVIII. *Palmas bellas* (día 6). — Por bellos campos altos poblados de palmas Noyoliguaga, se caminó hasta un mediano río cuyo nombre es Aquidaguanigi. Duró esta jornada desde las 7 y media hasta las 12. La palma dicha es muy hermosa. Hay las chicas, medianas y altas. Las primeras apenas sacan el tronco de la tierra, y parecen un ramillete sus hojas. Las últimas se elevan hasta la altura de cinco ó seis varas en su copa. Todas son fructíferas, y dan unos racimos de dátiles del color de una camuesa y del grandor de una pera. Su figura es algo puntiaguda, la carne fibrosa, y de un agrio tan intenso, como el del limón. Las hojas de esta especie de palmas, tostadas algo al fuego, sirven de cordeles para atar lo que se quiere: y de ellas hacen los Guaycurús maneas para sus caballos. Los cogollos frescos y co-

cidos son muy gustosos. Aquidaguanigi significa Río Mediano del cual se habló en otras partes.

DCCXLIX. *Camino de los Guaycurús.* — Este día se dividió la multitud en dos tropas, y cada una cogió por la mañana camino distinto. Tienen los Eyignayeguis tres caminos por los cuales desde los toldos venían á sus correrías, y los tres se juntan en el Agua de los sapos. Un camino costea la orilla oriental del río Paraguay, con las preciosas vueltas que hacen sus aguas hacia todos rumbos: les ofrece la comodidad de la pesca: pero está intransitable en tiempo de las crecientes del río. Otra senda tira derecha al Norte por buenas tierras y campos: da también sus vueltas por evitar los bosques. Por éste hallan mucha caza, y las frutas llamadas Guama con palmas de que hacen harina. Llaman á dichos campos Apacachodiyadi, esto es, lugar de avestruces, por criarse innumerables en ellos. El camino de en medio participa de todo, parte tierra baja como el de la costa, y parte campos espaciosos. Por éste hicimos la jornada, y en un palmar, cazaron dos ciervos. Desde esta parada rezaron los chicos la Doctrina. Acordábame de nuestros Jesuítas franceses, fervorosos Misioneros en el Canadá, que á tiempo llevan su iglesia portátil á las costas del mar, y permanece en despoblado todo el tiempo que aquellos neófitos emplean en la pesca.

DCCL. *El pescadero. Lagarto raro. Desgracia de un chico* (día 7). — Dióse principio á la marcha como á las 8. La primera parte del camino es de tierra baja, llena de ciénaga y anegadizos, y poblada de palmas llamadas Eabuigo. Pasado el palmar, se atraviesa un bosque por senda hecha á mano, la cual remata en un río nombrado Pitanoiagadi, ó punta quebrada, que corre de Oriente á Poniente. Al salir de este río, se hace el camino por bella tierra alta y doblada, con grandes lomas. Extenderáse de seis á ocho leguas entre Oriente y Norte. Vénse muchos barreos ó salitrales, aguadas y pasos admirables. Es estancia en que engordan mucho los animales. Paramos al

bajar la ladera de una colina entre 11 y 12 de la mañana. Aquí hay una laguna de buena agua y permanente, llamada Numgenagadi, el Pescadero. Deságuase hacia el Poniente buscando el río Pequeño, que dista poco de este sitio. Cazaron cuatro ciervos, una especie de lagarto llamado Nialiyegui, que es la Iguana. Es animal anfibio, y para nadar tiene en los pies aletas como las de los patos. Su carne es blanca y sabrosa, aunque algo seca. No es ponzoñoso, aunque irritado muerde y procura defenderse sacudiendo fuertes azotes con la cola. Un caballo arrojó violentamente á un chico que corría tras un ciervo. Sus Niegienigis ó médicos le desahuciaron. Fuí á verle. Era ya cristiano; y conociendo que no había contusión, ni otra cosa de riesgo le llevé á mi toldito ó tienda de campaña á curarle. Sanó y me honraron con el honorífico título de médico experimentado.

DCCLI. *Descanso. Caza. Frutilla Ipequeni* (día 8). — No se caminó, porque yo pedí que descansara el chico enfermo. También porque los niños estaban muy fatigados de los soles que los días antecedentes habían abrasado. Agradó mucho á los Eyignayegnis mi determinación, y me decían: *Acami codiodite:* tú eres nuestro verdadero Padre. Cazaron seis ciervos y un avestruz. En los campos del Pescadero, se cría en abundancia una frutilla que es la delicia de los Eyignayegnis: llámanla Ipequeni. Es muy parecida á las brevas: pero su color antes de sazonar tira á ceniciento, y cuando madura á naranjado. Este mismo tiene la raíz, que es muy larga y del grosor de un dedo. Cada frutilla contiene dos huesecitos: algunas tres: y tal cual uno: blando, y de sabor algo amargo. Á estos huesos está pegada la carne, blanca, jugosa y dulce, aunque poca. La planta echa solamente una vara del grosor de un junco ordinario, alta como tres palmos; la hoja es larga como la del olivo: algo más ancha y de color verde obscuro.

DCCLII. *Río Cañaveral* (día 9). — Empezamos á caminar á eso de las siete; y como á las once paramos á la

orilla de un mediano río que tiene por nombre Cañaveral, Etagadiyadi, por las muchas cañas bravas que se crían en las dos orillas. Su agua es algo gruesa, porque se recoge mucha hojarasca en su cauce que es estrecho; y las piedras de que está lleno forman pozos, en que se detiene la suciedad. Nace en la serranía que corre de Oriente á Norte, de la cual en otras ocasiones hemos hablado : otra tiene á distancia de dos leguas hacia el Oriente, la cual atraviesa para salir á los campos y bosques que llegan hasta el río Paraguay, en el cual desemboca. Llámanla los Mbayás Guetiadaguana, serranía pequeña, porque es ramo del grande que se extiende de á mayor distancia. Lleva sus aguas este río de Oriente á Poniente.

DCCLIII. *Pozo de los Mbayás. Salinas. Laguna Ulemigo.* — Como á una legua del Numigena, sobre una hermosa y capaz colina se registra un bosquecillo de pocos árboles : en medio de estos hay una sima, cuya boca se mira de lejos, por estar con las lluvias derrumbada la tierra. Dicen los Mbayás doctos, que de este pozo salieron sus ascendientes primeros. Desde enfrente de ese calabozo ó mazmorra de los primeros Eyiguayeguis, tira una senda hacia el Poniente y río Paraguay, la cual termina en un sitio llamado Nagatadiyadi : la salina. De la sal, aunque en partes brota de la tierra, no se aprovechan; sino de la que hacen de cierta planta ó yerba, cuya ceniza se forma en cristales. Es la Soda ó Barilla. No trabajan esta sal con aseo; y así, sobre quedar negra, envuelve mucha tierra. En la mitad del camino ocurre una laguna que se forma de las lluvias y del manantial que en sí contiene. Su figura es de una pila casi redonda, y su profundidad de más de vara. Llámanla Ulemigo, esto es, sitio del pájaro Ulema. Esta es una ave mediana de varios colores : blanco, pardo y negro. Su ejercicio es la pesca, que hace arrojándose al agua con notable velocidad al divisar la presa. Toda la jornada fué por tierra alta y apacible, falda de la sierra pequeña.

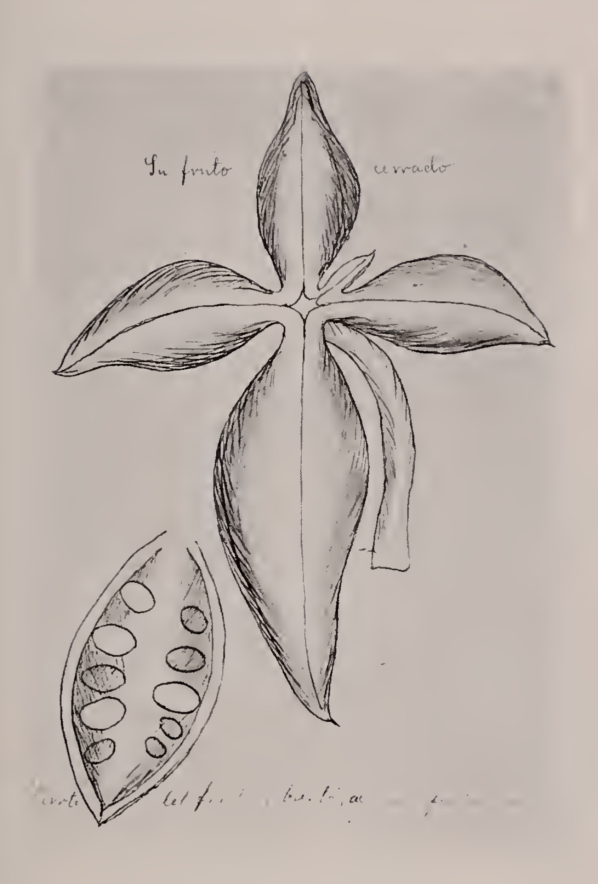
DCCLIV. *Laguna mala. Serranía. Río Cañaveral chico*

(día 10). — Á las siete salimos, y paramos cerca de la una del día en un sitio llamado Apolicaganaga Niigo Igó, Bebedero de los caballos. No le cuadra mal el nombre, porque es una laguna chica, muy mala, á propósito para sólo bestias. El camino se hizo todo por lomas altas, llenas de piedras. Coge á estas lomas en medio una corona de cerros que se abre al Norte y Sur, y su diámetro tendrá como legua y media. Forma una vistosa perspectiva. En distancia de una legua de la dormida pasada, se vadea un pequeño río llamado Etagadiyadi Lionigi, Cañaveral pequeño, á causa de ser menor su cauce que el del otro de este nombre, en el cual desemboca y corre de Oriente á Poniente hasta juntarse, haciendo una inclinación al Sudoeste. Su agua es muy gruesa por la mucha broza que tiene, aunque su suelo es de piedra. Matóse un lagarto Niali-Yegui, que me sirvió de comida.

DCCLV. *Camino de este día, árboles, laguna* (día 11). — Empezóse la marcha á las 6 y media; y paramos entre 9 y 10 de la mañana. Hízose el camino ya atravesando espesos bosques, que coronaban hermosos cerros, ya bajando por espaciosos valles matizados de flores y yerbas. En una loma había mucha piedra blanca, que parecía de cal. Hay muchos árboles llamados Naquilguenaligueenigi, comida de los Guacamayos: y la planta pequeña dicha Liticonagadi: con la que se tiñe. Al sitio en que paramos, llaman Noyogogo Nuguacagaichi, lugar en que muerde el gusano: nombre que le dió la casualidad, porque en tiempos antiguos un Guaycurú fué mordido de un insecto en dicho sitio. Es un manantial de buena agua entre piedras, que hace una capaz laguna.

DCCLVI. *Arbol de cacao. Rubia.* — El árbol comida de los Guacamayos es muy singular en todo. El tronco es grueso y alto, de corteza escabrosa y blanquecina. Compite en altura con los más encumbrados. La madera es frágil más que la de la higuera. Las ramas se extienden á todos lados con una positura paralela y vistosa descompostura. Tiene las hojas en el remate de las ra-




Su fruto
cerrado


Hoja delineada tres veces menor
de lo que es en el arbol

mas; y son tres ó cuatro veces mayores que las de las higueras, aunque no tan cortadas, sino con dos alas que salen del pezón y rematan como á la tercera parte del cuerpo largo de la hoja. Su color por abajo es blanquecino, por arriba verde claro. La fruta está encerrada en unas vainas cuya figura forma una cruz, larga más de un palmo, y á proporción los brazos. Toda la cruz parece torneada á modo de balaustre. Cuando le correspondía estar verde, tiene en lo exterior un color encarnado muy encendido sobre una pelusita suave como la felpa; el cual se muda en pajizo obscuro cuando madura. En el interior encierran unos granos ó habas muy parecidas á las del cacao ordinario, ó á las del maíz, aunque mayores que éstas. Tostadas tienen mejor gusto que el maní, y las comen los Guaycurús con más ansia que los papagayos, que dieron el nombre á este árbol. Mezclados estos granos con los de cacao en la molienda, le mejoran; y por sí hacen un buen chocolate. En la huerta de Belén teníamos ya muchos de estos árboles, cuya total descripción se da en su lugar. La planta que sirve para tintas encarnadas es como la Rubia, que tanto se aprecia en España, y la que el Guaycurú llama Caapita. Cazaron cuatro ciervos.

DCCLVII. *Lluvia. Hambre. Cursos. Almendros* (día 12). — No se hizo jornada por esperar unas familias de la comitiva cuyos caballos se habían perdido. Desde las 4 de la tarde llovió mucho, con que refrescó algo el tiempo. No cazaron sino un ciervo; y por esto hubo hambre. Yo á los chicos, puestos en rueda, repartí mi pobre comida. Asaltáronme unos cursos que me dieron cuidado temiendo no se malograse el fin de mi viaje. Un infiel me presentó tres huesos parecidos á los de las almendras á excepción de ser mayores y más aplanados. El núcleo es dulce como las almendras. Es fruto de un árbol mediano que llaman Noliguaga.

DCCLVIII. *Serranía; mucho calor y mosquitos* (día 13). — Empezóse á caminar á las siete, y como á las diez se

tomó alojamiento en un sitio llamado Eboda Nibedonagadi: instrumento con que se caza la ave Eboda. Es una pequeña laguna de agua permanente, aunque no muy buena. El camino fué atravesando la sierra hacia el Norte con tal cual vuelta al Poniente para evitar los cerros y coger las cañadas. En medio del camino se ofrece un bosque que se atraviesa por senda hecha á mano á corte de hacha. Al salir de este bosque corre de Oriente á Poniente un mediano arroyo de buena agua. Cazaron tres ciervos. El calor fué excesivo, y los mosquitos estuvieron hoy más que otros días molestísimos. La descripción de la ave Eboda, pusimos en otra parte.

DCCLIX. *Río Aaba. Serranía* (día 14). — Amaneció nublado, con que se templó algo el tiempo. Salimos como á las 8; y llegamos á la parada á eso de las 12. Anoche se nos perdieron las cabalgaduras, y fué singular providencia de Dios que no se perdiese también el indio guaraní que fué á buscarlas y las trajo. El sitio en que paramos es un hermoso río que vadeamos con trabajo, y se llama Aaba. Corre de Oriente á Poniente y con canoas y botes medianos será navegable hasta su salto ó arrecife Ayagiyaga. En su suelo de arena y en lo ancho de su cauce y caudal compite con el Yeyuí ó Xejuí. Abunda de pesca; y se cogieron algunos peces llamados Atepaga, y un Apopaga. Los primeros se conocen entre los españoles por el nombre de Pacú, y el otro es el que llaman Zurubí. Por este río suben á veces los Payaguás, y llegan hasta su arrecife. Había un toldo antiguo de estos traidores. Cerca del sitio en que hicimos alto, hay una sierra de encumbrados cerros que se extienden entre Oriente y Norte: la llaman Amogiyadi, pedregal negro, por el color de sus piedras de que antes hacían destrales ó cuñas, y hasta hoy algunos las conservan.

DCCLX. *Enterramiento. Árbol Guapomigo.* — Junto á esta sierra tienen los Eyiguayeguis un enterramiento de sus difuntos. Tráenlos á él desde donde mueren, aunque haya muchas leguas. No tiene más arte que los toldos de

esteras de juncos en que viven los sanos. Esta noche llovió con viento Sur. Llegó un Chaná que traía al cacique un regalo de calabazas chicas ó zapallitos. Uno de los Nigienigis cantó desaforadamente, celebrando al són de su calabazo el presente de calabazas. En este sitio hay muchos árboles Naquilgena Ligueenigi, y otros llamados Guapomigo. Este es árbol frondoso, acaso el de más agigantada corpulencia que hermosean las selvas. Da unas frutas como ciruelas; pero el pellejo es claro y se despega entero de la carne, quedando vacío como cáscara de huevo: la dicha carne está pegada á un hueso orbicular y blando, del cual con dificultad se despega, por ser muy fibroso y gomoso. Deja un dulce viscoso en la boca. Gustan mucho de esta fruta los Guaycurús y las aves. El sitio referido quedó escogido para establecer á su tiempo una Reducción: y aquí se ponía ya la de San Juan Nepomuceno de los Chanás al tiempo de nuestro destierro, con que se malogró todo.

DCCLXI. *Aves y tigres* (día 15). — No caminamos porque quisieron pescar. El día se mantuvo nublado y fresco con el viento Sur. Llovió desde las 12 del día hasta las dos de la tarde. Metieron mucha vocinglería las aves Gotinig-Iguaga, que son las Pavas monteses; y también los Papagayos, que en bandadas acudían á los árboles frutales. Un tigre á vista del toldo maltrató con sus garras á un caballo. Este lugar tiene muchos que se mantienen del pescado que por este paso les ofrece el río.

DCCLXII. *Jornada de este día* (día 16). — Amaneció nublado y fresco. Como á las 8 se levantaron las esteras y caminamos hasta cerca de las 3 de la tarde, que paramos en un hermoso palmar en un toldo de Mbayás, que nos recibieron con agrado. El primer tercio del camino son unos bellos campos los cuales tienen al Poniente al río Paraguay y al Oriente y Norte la serranía. El otro tercio se camina por un palmar de Eabuigos, la altura de cuyas palmas descuella más que en otros sitios. El último tercio como más inmediato al río Paraguay, se

viaja por entre palmas y árboles espinillos. La tierra es bien mala y cenagosa; en tiempo de aguas no puede transitarse. Costéase un zanjón con agua hedionda, y se llena mucho en los rebosos del río Paraguay. El camino fué al Poniente.

DCCLXIII *Familias Chanás. Pena de los malos médicos. Ceremonia al comer. Arroz silvestre.* — Como á la mitad del camino hay pobladas unas cuantas familias Chanás, que tienen sus chozas en unos espesos bosques. Llámanla Niyololaguanigi, pueblecillo chico de Niyololas. Entramos á verlos: y nos regalaron con calabazas tiernas ya cocidas en solo agua. Serían unas 20 personas. Supe que se habían refugiado aquí porque el principal era médico en la población, y no había hecho una buena cura. La pena que á tales médicos dan los Chanás es ponerlos encima de un montón de leña como en pira, y quemarlos vivos. Huyendo de este castigo, se escondieron en este sitio. Pocos médicos hubiera en el mundo, si se les diera semejante premio por sus desaciertos. Al verme saltaban de gozo. Mientras el cacique Jaime comía, y yo con él las calabazas, una India Chaná nos hacía viento, y también á la cazuela, como quien ojea á las moscas con una ala de cuervo. El capitán Mbayá del toldo junto al cual pasamos envió, según su política, comida compuesta al cacique, y entre los pobres manjares venía una cazuela de arroz cocido en agua; pero mal limpio. Este arroz era del que se cría naturalmente á la orilla oriental del río Paraguay desde aquel paraje hasta bien arriba hacia el Norte. Es algo moreno respecto de el de España, pero de tan buen gusto.

DCCLXIV. *Cerros del Perú. Origen de los Mbayás* (día 17). — No caminamos por esperar á los Eyiguayeguis que el día 16 se apartaron de nuestra comitiva, como allí se dijo. Desde el sitio en que estábamos á la orilla occidental del río Paraguay se descubren á lo lejos unos cerros muy altos, los cuales están más arriba del bosque de los Chanás. Estábalos yo mirando, y un capitán

Mbayá que se llegó á mí me dijo : « Mi Padre, junto á aquellos montes está la habitación que desde muy antiguo tiempo han poseído los Eyiguayeguis. » Según la distancia, hice juicio que eran los cerros en que remata la cordillera de los Chiriguanos, que se acercan á las tierras de los pueblos de las Misiones de los Chiquitos. Y acaso por esta tierra vendrían desde el Perú los Mbayás, y desde entonces traerían la inclinación á engalanarse con plata y metal amarillo.

Días 18, 19 y 20. No caminamos, ya por estar el tiempo lluvioso, ya por esperar á unos que aun no habían llegado. Padecimos hambre. Derribáronse muchas palmas Eabnigo, cuyos cogollos comimos. En este sitio se dejó la caballada, y con solo un caballo cada persona ó pelo á pelo se pasa el río y se va al pueblo de los Chanás.

DCCLXV. *Paso del río.* — Como á las 8 salimos en busca del río Paraguay, á cuya orilla por malísimo camino llegamos cerca de las 10. Aquí se hizo el pasaje con presteza admirable. La tropa se componía de casi cuatrocientas almas : iban las cabalgaduras necesarias para tanta gente : llevaban sus esteras y utensilios ; y con tantos embarazos, en menos de media hora estábamos todos á la otra banda, que es la occidental del río, puestos á caballo y en marcha. En este sitio corre el río en una madre tan explayada, que estuvimos en el agua y se gastó en nadar un cuarto de hora y cinco minutos. Los chicos y las más de las mujeres pasaron en unas pieles de venados ó de toros, recogidas por los lados y llenas de trastillos, á que los blancos llaman Pelota y los Mbayás, Etogo. No harán los Españoles tan liberal pasaje del río, ni con sus embarcaciones.

DCCLXVI. *Algarrobal. Niboiá. árbol. Aletas, aves.* — El sitio en que paramos se llama el Algarrobal. Hay muchos árboles de algarroba, y creo que es punta del que se extiende por casi todo el Chaco. Son tres las especies que aquí se crían y de todas gustan mucho los Guaycurús.

Hacen pan de su harina, al cual llaman Naderogo, que es el Patay del Tucumán; pero hecho con muy poco aseo. Comen también la algarroba machacada y puesta en agua. No saben hacer el vino ó chicha de algarroba; y no hay duda que si hubieran dado en ello, no se acabaría en todo el año su borrachera. Otro arbol muy de su gusto se cría entre los algarrobos. Llámanle Niboiá: da una frutilla sutil, de cortecita dura, que con facilidad se quebranta: tiene un huecesito duro y poca pulpa, aunque muy dulce. Parece al Chañar de la provincia de Tucumán. En los cañados que hace el río Paraguay cuando rebosa, había muchas aves blancas, del grandor de un pato: llámanlas Aleta, y sus plumas son muy apetecidas de los Guaycurús para adornarse con ellas. En este lugar vivieron los Mbayás del toldo de Epaquiní: teníau vecinos á los Payaguás, con quienes guardaban buena correspondencia.

DCCLXVII. *Orden militar con que se marchó* (día 22). — Á las 8 y media salimos y llegamos al pueblo de los Chanás á las 3 de la tarde. Al principio se hizo el camino por unos campos poblados de palmas Eabuigo y algarrobos, costeando un anegadizo, que caracoleaba mucho, aunque angosto. Después se pasa un bosque mediano, que remata en un campichuelo lleno de las palmas dichas. En este campo se hizo la reseña de la gente. La forma de marchar este día era vistosa. Los soldados se embijaron de encarnado y negro: parecían sus cuerpos retratos de almas condenadas. Cargaron todas sus armas: lanzas, flechas, alfanjes y Nebó. Todos se pusieron en fila, á la cual guiaba un Nigienigi. Las mujeres y bagaje iban en medio, y cerraba la fila un capitán con escogida milicia. La razón de caminar con este orden y puestos en armas, fué porque estábamos en tierra peligrosa y frecuentada de los infieles Enimagas, que son los Lenguas. En la forma dicha, uno en pos de otro, se caminó por un bosque grande, en cuya travesía se pasó hora y media. De este bosque se sale á un campo

ó plaza que tiene agua en un juncal muy bello : de éste se entra en el bosque en que viven los Chanás.

DCCLVIII. *Mal camino. Árbol como retama. Palo santo.* — Todo el camino por los bosques fué molestísimo : la senda es estrecha y un cenagal seguido y pantano de tierra gredosa blanquecina. Hay muchos árboles de grandeza correspondiente al terreno húmedo y fértil, casi siempre caluroso. Es singular el llamado Neguegigo. Crece como un nogal ; pero las hojas son como las de la retama : todo el árbol parece una grande retama, y como que está sin hojas, y con solas aquellas que parecen espinas. El leño ó corazón tira á encarnado, y tan duro que compite con el hierro. De este árbol á costa de tiempo y paciencia, hacen los garrotes ó Nebó, que usan en la caza, y también unas como barretas para hacer hoyos, arrancar palmas, desarraigar arbolillos y otras plantas, como lo hacen los Chanás en sus sementeras. Hay abundancia de árboles de Palo santo, del cual hacen palas con que limpiar los sembrados y otras cosas.

DCCLXIX. *Recibimiento y población.* — Luego que llegamos al campichuelo en que está la población, á la novedad salió una multitud de chicos y grandes que pasarían de dos mil. Los más estaban teñidos de negro con el zumo de la yerba Notique. En la cabeza traían unas plumas blancas de avestruz en forma de guirnalda ; y en las muñecas manillas de plumas encarnadas de papagayos. La planta de la población es desacomodada, por ser tierra baja y con un bañado hacia el Norte, del cual se proveen de agua ; pero que se seca en tiempo de calores, y ahora lo estaba.

DCCLXX. *Modo cómo labran la tierra.* — La gente Chaná muestra una bella índole y un genio humilde. El modo que tienen en labrar la tierra es singular. Con las palas arriba dichas mueven la tierra y desherban, no al modo que lo hacen los Españoles, sino sentados. Enhastan las palas en unos cabos largos de vara y media :

siéntase el Chaná, y trabaja cuanto alcanza la pala; así, mudando sitios, limpia y compone el terreno de su sementera. Cogen mandioca, maíz, frisoles, calabazas, batatas y tabaco con algodón. Crían muchísimos papagayos de todas especies. Causa admiración la multitud y de muchos la variedad de sus plumas. Sin recelo me descubrieron el secreto de darles tinte amarillo, de que ya hablé en otra parte. Queda con ésto la ave tan galana, que parece de otra especie.

DCCLXXI. *Ceremonia en muerte del cacique.* — La tarde que entramos en la población pude observar una ceremonia que acostumbran en la muerte de sus caciques. Había muerto uno, y el doble con que se avisó á todos fué éste: Salieron cinco mujeres desgreñadas: dos iban pareadas delante y dos detrás, cogiendo á la otra en medio. Las cuatro lloraban en voz alta, y al mismo tiempo cantaban endechas: la del centro llevaba un tamborete, que tocaba de cuando en cuando, acompañando el llanto de las otras. Así dieron una vuelta á la plaza. Por la noche resonó una flauta ó trompetilla, que remedaba en voz lúgubre los dejos y ecos de un niño que llora. Quise ver el cadáver, y me dijeron que ya le habían llevado al bosque en que tienen sus sepulturas.

DCCLXXII. *Árbol salado.* — Entre las cosas muy particulares que produce la naturaleza, merece lugar un árbol que en grande abundancia se cría en el bosque de los Chanás. Su tronco es poco más grueso que el brazo, y se levanta de tres á cuatro varas. Ramifícase hacia todos lados con bastante compostura. Las hojas son casi redondas, y tienen como una pulgada de diámetro, gruesas y jugosas. No pude ver la flor: la semilla está contenida en una cajita triangular que remata en punta. Todo este árbol al gusto es una sal muy sabrosa. Masticadas las hojas, sueltan un zumo salado, como si en la boca se hubiera tenido un terroncito de sal.

DCCLXXIII. *Vuelta á Belén* (día 25). — Salimos de los bosques de los Chanás, y con buen pretexto, pasado

el rio, determiné apartarme de los Mbayás, y caminar con sólo los tres Guaranís hasta Belén. Vinieron en ello los Guaycurus; pero no pude ejecutarlo hasta el día 27 en que nos trajeron las cabalgaduras. Desandando, pues, á largas jornadas el camino entré en Belén el día 30 de noviembre como á las seis de la tarde: cuatro días después de haberme separado de los Mbayás. De lo que infiero que en seis días, con buenas cabalgaduras, y en tiempo que no haya muchas lluvias, se puede ir desde Belén hasta la población de los Chanás.

DCCLXXIV. *Bautismo: da la salud á un niño enfermo.* — En mi regreso hubo algo que notar. En el pueblo chico de los Niyololas hallé cinco ó seis familias Mbayás, que, de miedo de los Payaguás, no quisieron seguir á la multitud. Una India Mbayá tenía en los brazos un hijo suyo de pocos meses que aún no estaba bautizado. Parecióme en el semblante que el niño estaba muy enfermo. Pregunté á la madre cómo estaba su hijo. Muy malo, respondió. Pues le bautizaré: y al punto, sin la menor repugnancia, le eché la saludable agua del Bautismo. Y como si aquel niño quisiera agradecer el beneficio y la gracia de verse hijo de Dios, abrió sus ojitos, que antes tenía desmayados y con una cara de ángel no los apartaba de mí, cosa que notó también una cautiva cristiana que se hallaba presente, y la misma madre. Sobrevivió el niño y vino á Belén, pasados algunos meses. Viendo este bautismo una infiel Chaná, me ofreció á su hijito de pechos, que tenía en los brazos, para que también le bautizase. Respondíle que si se venía á mi tierra, esto es, á Belén, allí le bautizaría; porque donde estaba ella no había cristianos ni Misionero que les cuidase. Dió su palabra de irse á Belén, y la cumplió dos meses después, trayendo á su marido y á toda su parentela. Con esto tuvo el consuelo de ver bautizado á su hijo.

DCCLXXV. *Lluvias. Hambre saciada. Llegada de los Mbayás.* — Había llovido copiosamente los días antecedentes, y los rios corrían tan hinchados, que todos ne-

garon el vado, y fué necesario pasarlos en la Pelota de cuero. Los bañados y las ciénagas nos dieron mucho trabajo, y no menor los aguaceros, que nos dejaban empapados. Lo más sensible era la escasez de alimento para cuatro. Mas el día de mayor necesidad proveyó Dios la mesa. El chico Tomás encontró en la ceja del monte una tortuga que pesaría de diez á doce libras. Diónos que comer con regalo y esplendidez en un desierto desconocido y sólo habitado de feroces fieras. Los Mbayás de mi comitiva llegaron á Belén dos meses después que los dejé; porque se entretuvieron en hacer de harina de algarroba el Nadenogo, ó pan y en buscar colmenas por los campos.

CAPÍTULO IV

DILIGENCIAS PARA ESTABLECER MISIÓN ENTRE LOS CHANÁS

DCCLXXVI. *Gobernador: no favorece la Misión de los Chanás.* — Una nación tan bien dispuesta al parecer como la Chaná, tardó algunos años en lograr ministros determinados; y su mayor desgracia estuvo en que apenas los empezaba á gozar, cuando desaparecieron. Luego que yo volví de la tierra de los Chanás, hice cuantos esfuerzos pude para desempeñarles la palabra que les había dado. Ofrecióse buena ocasión para con golpe de autoridad buscarles Misioneros. El año de 1762 en el viaje que por febrero hice á la Asunción, llevaba en mi corazón ese empeño. Hablé al Gobernador don José Martínez Fontes, quien como Vicepatrón Real podía haber hecho mucho á favor de los pobres Chanás. Mas dicho caballero no quiso arrimar el hombro, siendo una de las primeras obligaciones de su cargo. Los lisonjeros le tenían como embelesado con las magníficas conveniencias que se le acrecerían con la fundación de la Reducción del Rosario y San Carlos de Indios Abipones. Al fin me volví á Belén con el desconsuelo que puede imaginarse, considerando

las palabras del Apóstol: *Quaerunt quae sua sunt, non quae Iesu Christi.*

DCCLXXVII. *Otras diligencias inútiles.* — Repetí el viaje el año de 1763, por agosto: hice nuevas diligencias; pero con tan poco éxito como las primeras. El Padre Visitador Nicolás Contucci se halló falto de sujetos; y por otra parte el Gobernador no le pedía Misioneros. Antes bien intentó que yo desistiera de la conversión de los Mbayás y Chanás, y que me encargara de los Abipones. Hablóme sobre el asunto, pero quedó desengañado, y aun advertido de la inutilidad de su empeño por unos foragidos que no quisieron hacer vida cristiana en Reducción ninguna de las del Chaco.

DCCLXXVIII. *Deseaban varios Jesuítas esta Misión.* — Desde Belén en varias ocasiones procuré consolar á los Chanás y mantenerlos en sus buenos deseos, esperando yo el remedio del cielo, pues á lo humano estaban cerradas todas las puertas. Constábame y tenía cartas de fervorosos Jesuítas que no esperaban sino que los enviasen para entrar en los trabajos de esta árdua y espiritual conquista: pero ocupados en otros ministerios de la gloria de Dios, y falta de sujetos, no era fácil buscar quienes les substituyeran. Los Misioneros de las Doctrinas de Indios Guaranís ofrecían su ayuda en buenas limosnas, y algunos sus mismas personas como experimentados operarios.

DCCLXXIX. *Misioneros señalados, Padre Manuel Durán y Padre Manuel Bertodano.* — Así se pasaba el tiempo, y los Chanás me instaban de continuo por lo que les había ofrecido. Llegó el año de 1764, y por Agosto fuí á la ciudad á ver al Padre Provincial Pedro Juan Andreu. Su empeño era que se descubriese el camino á las Misiones de los Chiquitos. Concebía el Padre muy fácil ésto; y aun nos persuadimos que por sí mismo intentaba meterse en los precisos riesgos de este descubrimiento. Propúsele los inconvenientes, con que desistió de hacerlo personalmente Con esta ocasión señaló al Padre Manuel

Durán para que procurase por Belén pasar á las dichas Misiones de los Chiquitos, pero en compañía de uno de los Mbayás. En nuevos é incógnitos caminos, traía esta determinación dificultades insuperables, como se lo dije al Padre Provincial. Este, mejor consideradas las cosas, señaló después al Padre Durán para Misionero de los Chanás; y por su compañero al Padre Manuel Bertodano que se quedó en el pueblo de San Estanislao.

DCCLXXX. *Agénciase limosnas.* — El primer cuidado fué buscar alguna limosna para principiar la Reducción. Encargóse de ésto al Padre Manuel Durán, y con este fin salió de Belén el día 28 de mayo de 1765. De los Españoles no había que esperar socorro; y así pasó á las Misiones de los Indios Guaranís, en que le halló muy cumplido. Á 30 de octubre estaba ya de vuelta en Belén.

DCCLXXXI. *Viene un cacique Chaná á llevar al Misionero.* — Los Chanás no sabían cómo explicar su gozo luego que supieron que sus Misioneros se les acercaban. Para empeñar más á toda la nación enviéle un regalo á uno de los caciques con un vasallo suyo que había venido á visitarnos estando el Padre Manuel ausente. Enviéle á decir que él ú otro de los caciques se pusiese en camino hasta Belén para llevar con presteza y sin depender de los Mbayás al Padre Misionero. Hicieron su junta en su pueblo; y determinaron que viniese uno de los principales caciques llamado Chibata. Este era el padre de aquel chico á quien di la monterita de persiana cuando estuve en su tierra. Llegó á Belén el cacique Chibata el día 24 de agosto con seis de sus vasallos. Nos dijo que los Chanás estaban muy contentos; y que los encontraríau á la orilla occidental del rio, en sabiendo que iba el Padre. Dijo también que la Cruz que yo hice levantar en su pueblo, la habían cortado los Mbayás Guetiadegodis; y añadió que por eso estaban esclavos (prisioneros) en los pueblos de los Chiquitos. Ítem, que en llegando el Padre Misionero, á vivir de asiento, le ha-

rían casa los Chanás, le labrarían tierra y cuidarían de su vida y alimentos.

DCCLXXXII. *Va el Misionero á visitar á los Chanás.* Dispuestas las cosas para el camino, salió el Padre Durán de Belén el día 8 de septiembre. El viaje fué molesto y peligroso, pues al pasar el río Paraguay se vió en próximo peligro de ahogarse. Libre del riesgo con el favor de Dios, llegó al pueblo de los Chanás, en donde fué bien recibido de todos. Hízose el Misionero cargo del país, de la gente y de lo que conducía á permanente entable. Para dar calor á la conducción de lo que había recogido de limosna, se volvió á Belén, en donde entró la noche del 26 del dicho mes de septiembre. No era fácil la conducción sino por el río ; y para ésto se necesitaba embarcación proporcionada. Á agenciarla se partió á la Asunción el Padre Manuel el día 12 de octubre.

DCCLXXXIII. *Muere Chibata: alborótanse algunas mujeres.* — Antes de pasar adelante será bien dar razón de un accidente que ocasionó al Misionero grande sentimiento, y en la población de los Chanás una novelería en el mujeriego del cacicato de Chibata. Éste, acometido de un golpe de calentura maligna, murió á los cuatro días de haber llegado con el Misionero á su pueblo. Éste frangente pudo pertubar el buen principio de la conversión de los Chanás. Y mucho más, cuando algunas mujeres, con el natural sentimiento, como tumultuando, cogieron los trastillos del Padre que concibió tiraba esta desatención á levantamiento. Sosegóse todo por la autoridad de los caciques, uno padre del difunto y otro su hermano. Como en el alboroto no entraban hombres, se tuvo por una de las novelerías de la parienta del muerto. Lo cierto es que antes habían salido muchos varones á recibir al Misionero hasta la orilla occidental del río Paraguay, y que, sin recelarse del furor mujeril, le llevaron á ver las sementeras, y aún le hicieron ver la tierra que le escogían para las del mismo Misionero. Dijéronle que volviese á quedarse entre los Chanás ; que subiese

río arriba con embarcación, en la cual después bajaría algún cacique á ver al Gobernador. Levantó el Padre una Cruz con alegría de todos, que estaban sentidos del atrevimiento con que los Guetiadegodis habían cortado la que yo puse.

CAPÍTULO V

OPOSICIÓN DE LOS ESPAÑOLES Á LA MISIÓN

DCCLXXXIV. *Impídese el establecimiento por los Españoles.* — En la ciudad, no sin mucho trabajo, consiguió el Misionero embarcación, en que llevar lo que necesitaba á la tierra de los Chanás, y dar principio á una Reducción intitulada de San Juan Nepomuceno. Cuando el bote partió de Belén con ánimo de llegar al Paso en que los que van por tierra atraviesan el río Paraguay para entrar á la tierra de los Chanás, al mismo tiempo caminó por tierra el Misionero con unos Indios Guaranís que cuidaban de algún ganado y de las cabalgaduras. Llegó al sitio plazado y el bote no parecía; porque se había vuelto desde la mitad del camino. Con este empeño toman los Españoles el servicio de Dios y de su Rey. Á la novedad quedó admirado mi compañero el Padre Juan García; y no hubo más arbitrio que escribirle al Padre Manuel lo que los Españoles habían hecho.

DCCLXXXV. *Quieren los Chanás pasar á la orilla oriental del río.* — Hubo también el Padre de volverse, y traer consigo á Belén los Guaranís. Los dos Padres dieron aquí orden de que se sembrasen buenas sementeras, y esperar buen tiempo para pedir otra vez embarcación en que ir á los Chanás. Antes de mi ida á las Misiones de Chiquitos traté con el cacique Chibata para que propusiera en su pueblo que sería mejor que se mudaran á la orilla oriental del río Paraguay, porque sus bosques no ofrecían conveniencias para la Reducción. El agua escaseaba en tiempo de los calores; y no había tierras lim-

pias en que poder establecer hacienda ó estancia. Lo que también servía de grande incomodidad era el haber de conducir los trastos desde la orilla del río al pueblo en que estaban. En mi viaje le envié á decir lo mismo, y les indiqué el lugar que yo había visto y me pareció muy á propósito para una Reducción y sus conveniencias. Era éste el que dije arriba, inmediato al río Aaba. Las mismas pretensiones tenían desde Belén los dos Misioneros. No desagradó á los Chanás el proyecto, con el cual mejoraban en un todo.

DCCLXXXVI. *Empiezan á disponer el terreno.* — En cumplimiento de su resolución, pasaron el río Paraguay los caciques con muchos de sus vasallos. Registraron el terreno y empezaron á rozar y disponer los campos para las sementeras. El intento era que no se agolpase toda la gente, desamparando las que tenían ya en sus bosques labrados, sino que lograsen los frutos de unas y otras á su tiempo sin exponerse á padecer los rigores del hambre. De este modo también sin el atajo del río podrían desde Belén ser socorridos, y estaría la comunicación corriente en todo tiempo, aún con los pueblos de los Chiquitos.

DCCLXXXVII. *Un Capitán Mbayá ayuda á los Misioneros.* — Entre los prisioneros Mbayás que tenían los Indios Chiquitos, había un Capitán, hombre de buena edad, y muy afecto á los Misioneros. Llamábase Yeteda, y un hijito suyo era ya cristiano. Conseguí del Padre Superior de aquellas Misiones que volviera conmigo á su toldo, Ningún Capitán Mbayá tenía tantos Chanás feudatarios como el dicho Yeteda. Traté con él en el camino sobre que les hablase en orden á mudar de sitio, y cuidar del Padre Misionero. Ofreció cumplirlo, y efectivamente luego que llegó á su toldo, que era el de los Lichagotegodis, pasó el río, y fué á hablarles. Convinieron todos en dar gusto á los Padres Misioneros, tanto más, cuanto conocían que éstos no buscaban sino lo que á los mismos Chanás les acarreaba grandes provechos.

DCCLXXXVIII. *Suspéndese la conversión de los Chanás por nuestra prisión y destierro.* — Estando las cosas en tan bellos principios, se determinó el Padre Manuel á hacer otro viaje al Paraguay en pretensión de un bote, que acarrease las cosas al nuevo sitio y Reducción, intitulada San Juan Nepomuceno. En el camino tuvo noticias de que ya no había Jesuítas en el colegio de la Asunción, y que presos y desterrados habían sido enviados á la ciudad de Buenos Aires. Pasó adelante, y sin notificación de Real Decreto, de que en Belén no habíamos tenido noticia, entró en la ciudad, y por sí mismo se fué en casa del Gobernador con deseo de seguir á sus hermanos en los descréditos y trabajos. Pocos días después nos arrestaron á nosotros en la Reducción de Belén, como queda referido en otra parte. Con ésto, los pobres Chanás se volvieron á sus primeros sitios, y nuestro júbilo nacido de su conversión, y de poner bajo el vasallaje de nuestro Católico Monarca una nación tan numerosa, quedó suspenso : *In salicibus in medio ejus suspendimus organa nostra.*

PUEBLO SAN JUAN NEPOMUCENO, REDUCCIÓN PRINCIPIADA

DCCLXXXIX. *Naciones infieles.* — NOTA. Entre la villa de Cuyabá y el Oriente, hay dos naciones numerosas de infieles silvestres. Á la una llaman los Mbayás en su idioma Inemaga y á la otra Echibie. Son distintas de las de los Guachicos. En tiempos pasados iban los Mbayás á dichas naciones á buscar cautivos. Al presente no las inquietan, por miedo de no encontrarse con los Portugueses. El día 22 de octubre de 1766 bauticé y puse por nombre Ignacio á un viejo Echibie, que cuando chico cautivaron los Mbayás. Murió al poco tiempo de bautizado, era de un genio bellísimo, bastantemente blanco, y gran labrador á su modo. Las dos son naciones de á

pie : y que cultivan la tierra. El no esperado accidente que nos sobresaltó, impidió el haber dado una vista á dichas naciones, y procurar su conversión. *Iudicia Dei abyssus multa*

VILLA DE CUYABÁ

CAPÍTULO ÚNICO

DIGRESIÓN DE LA VILLA DE JESÚS DICHA CUYABÁ

DCCXC. *Situación de Cuyabá.* — La famosa villa de Cuyabá está al Oriente del río Paraguay, sobre otro mediano río, que le dió el dicho nombre. Se ha hecho célebre por los lavaderos de oro de 23 quilates y por los muchos diamantes que se hallan en sus inmediaciones y disfrutan los Portugueses, que tienen usurpada la tierra. Cuyabá es parte de la capitanía de Matogroso, como se dijo en la segunda parte. Está situada según Bellín, en 11 grados 20 minutos de latitud meridional; y en 51 grados 55 minutos de longitud occidental del meridiano de París. Un mapa M. 5, delineado en las misiones de Chiquitos, con mayores informes, la coloca en 13 grados 20 minutos de la misma latitud y en 323 grados 50 minutos de longitud de la isla del Ferro. Está casi en el centro de la América meridional, adonde la fuerza del oro ha llevado á los Portugueses que se han enseñoreado de un país que ciertamente no les pertenece.

DCCXCI. *Es villa abierta.* — Cuyabá es villa abierta y sin defensa de muros, los que no necesita. Porque los Españoles, contentos con la abundancia de Minas de oro

y plata que tienen en otras partes de la América, no quieren las de Cuyabá á costa de muchos trabajos que son indispensables para llegar á aquel terreno. Sin embargo no faltan Españoles que le buscan y llevan á Cuyabá caballos, mulas, etc., á precio de oro. Ni los Portugueses se descuidan en buscar los mismos efectos en la jurisdicción del Paraguay, principalmente por la villa de Curuguatí, como después diremos. Los Indios infieles, no sólo no se acercan á Cubayá, sino que se apartan cuanto pueden, huyendo de la inhumanidad de los portugueses Mamelucos. Alguna vez en sus navegaciones han recibido daños de los Payaguás y Guaycurús : y éstos últimos por tierra les han muerto y cautivado alguna gente.

DCCXCII. *Presidio de Cuyabá.* — Toda la defensa, pues, de Cuyabá consiste en 54 soldados, que vinieron de Portugal con el Capitán General, que ahora reside en Mato Groso, como se dijo en la segunda parte. De los 54 soldados solamente 22 con sus capitanes están asistentes en la villa de Cuyabá. Diez con el Teniente pasaron á Matogroso para la Guardia del Capitán General. Doce están repartidos en algunas guardias fuera de la villa ; y otros 12 andan continuamente en la canoa de guerra, que acompaña á las canoas de comercio que van y vienen de San Pablo á Cuyabá, ó al contrario.

DCCXCIII. *Vecindario.* — La población de Cuyabá está compuesta de algunas familias portuguesas que por sus ocupaciones de oficiales reales, mineros, etc., se sujetan á vivir en aquel país tan apartado. No llegan estos á 250 personas, según la deposición de los mismos Portugueses. Lo más del vecindario es gente de castas, Indios, negros, mulatos, mestizos, etc. De éstos la mayor parte gime bajo una durísima esclavitud, cuyo pesado yugo sacuden muchos con frecuencia, huyéndose á ciudades de Castilla. Dicen que entre todas las castas se contará como unas cinco mil almas.

DCCXCIV. *Temple de la villa.* — El temperamento de

Cuyabá declina en ardiente, parte por estar muy dentro de la zona tórrida, y parte por el mucho boscaje que no da libre paso á los vientos, con que los rayos del sol obran más fuertemente. Son muy frecuentes las lluvias que aunque fecundizan la tierra, la hacen algo enfermiza para los Portugueses que viven sin regla; que los que no se desmandan, gozan salud y robustez. La peor enfermedad de Cuyabá proviene de las Indias, negras y mulatas: ésta allí no tiene remedio. Otra tienen muy frecuente, que llaman Mal de bicho: son pocos en Cuyabá los que de ella se libran. Comienza con calentura y dolor de cabeza, y causa una grande luxación de músculos. Especialmente se sienten sus efectos en el ano. Cúranla con cosas acres, como son zumo de limón, vinagre y otros ácidos. La gente de Cuyabá á la vista goza de poca salud, según lo quebrantado y pálido de sus colores.

DCCXCV. *Precios altos de las cosas.* — En esta villa todas las cosas valen á subidos precios. Una vaca vale 20 pesos, una gallina 2 pesos. Una frasquera pequeña 60 pesos. Un par de zapatos 4 ó 5 pesos; y así de todo lo demás que viene de otros países. En el de Cuyabá se da en abundancia mandioca, plátanos ó Pacobas, maíz, frisoles y muchas frutas propias del terreno, como piñas, ó Ananás, y otras muchas de las selvas.

DCCXVII. *Sigue el mismo asunto.* — Caballos tienen pocos, comprados á subido precio á los Españoles: un caballo suele valer 100 pesos, y una mula 200. La sal es el mayor contrabando que puede entrarse en Cuyabá. Celan mucho que no se introduzca otra sal, que la que viene de Lisboa; ésta sobre ser tan cara por los costos en tan cara conducción paga subidos derechos al Rey.

DCCXCVII. *Qué entienden por mina de oro.* — Ni en Cuyabá ni en todo el Brasil se han hallado minas de oro, y si en alguna parte se hallaron, no se trabajan. Todo el oro que sacan es de Lavaderos. Por eso los que entre los Portugueses de Cuyabá, Matogroso, etc., se llaman Mineros, son los hombres de algún caudal, que compraron

20, 30 ó más negros, á los cuales hacen trabajar en los lavaderos. Generalmente hablando, cada negro al cabo de la semana entrega á su dueño octava y media de oro, que importa tres pesos de plata! La moneda que corre en Cuyabá es oro en grano: cuentan siempre por octavas y medias octavas. Hállanse también Diamantes cerca de la villa de Cuyabá: están sueltos entre la arena. Estáles prohibido por Real Decreto el sacarlos; y para evitar su extracción se conserva una guardia de soldados en el paraje en que se hallan.

DCCXCVIII. *Caminos de los Portugueses.* — El viaje que hacen los Portugueses desde Cuyabá á San Pablo en canoas, es larguísimo. Baja muchas leguas por el río Cuyabá navegando casi al Sur hasta entrar en el río de los Porrudos. Por éste cogen al Poniente hasta el canal de Chiane, y por éste atraviesan buscando el Sudoeste hasta caer al gran río Paraguay. Por éste navegan muchas leguas hacia el Sur hasta la embocadura del río Tacuarí, por el cual suben al Este hasta la unión del río Camapoa, en el cual entran y navegan hasta sus cabezadas. Aquí saltan en tierra, y en hombros de esclavos pasan las canoas, ó dejándolas, toman otras en el río Pardo. Por éste bajan á buscar el gran río Paraguay, y subiendo por el Paraná, entran en el río Añembí, que pasa pocas leguas distantes de San Pablo. Este viaje por tantos ríos, vueltas y revueltas, ya bajando, ya subiendo, les cuesta 6 ó 7 meses. Padecen indecibles trabajos y riesgos de perder las vidas, á manos principalmente de los infieles, y de los tigres, ó de ponzoñosas víboras. Más todo lo hace llevadero la ansia y sed insaciable del oro.

DCCXCIX. *Otro camino.* — Otro camino tienen los Portugueses para ir por tierra desde Cuyabá á las minas que llaman Guayases. Es trabajosísimo, y como en el Brasil no hay abundancia de mulas ni de caballos, trajinan poco el dicho camino. Han hallado también paso los Portugueses para ir al Perú por el río de los Tapayos, que desemboca en el Marañón, y en sus cabezadas, que no

distan muchas leguas de Cuyabá, tiene el nombre de río de los Arinos.

DCCC. *Camino de Cuyabá á Matogroso.* — Para ir de Cuyabá á Matogroso por tierra, gastan algún tiempo por los muchos bañados y pantanos que ocurren. Escogen los meses de sequía, con que se hace el viaje más llevadero. Pero siempre han de pasar los ríos Paraguay y Yaurú en sus primeros raudales ó cabezadas. Para hacer el viaje en canoas desde Cuyabá á Matogroso dan un grande rodeo. Bajan las embarcaciones por el río Cuyabá al de los Porrudos; después navegan casi cien leguas al Norte por el río Paraguay; embócanse por el Yaurú, que vienen del Noroeste. Aquí pasan bastante fatiga; porque el río Yaurú tiene algunos saltos ó arrecifes altos de piedra, por los cuales es imposible que naveguen las canoas, y así las pasan en hombros por la orilla. Á éstos llaman los Portugueses Cachoeiras. Á cuarenta ó cincuenta leguas de la boca del Yaurú dejan las canoas, y caminan por tierra, pasando una vez el río Guapore y dos veces el Sereré. Cuando el río Paraguay rebosa, acortan este viaje; porque desde el río Cuyabá atraviesan con las canoas la tierra inundada y llegan al río Paraguay sin bajar al de los Porrudos.

Es bien advertir aquí que el año de 1746, el día 6 de diciembre, el Obispado del Río Janeiro se dividió en cinco partes, erigiendo de nuevos los Obispados de San Pablo y de la Mariana: y juntamente los Vicariatos de Goyases, ó de las Minas Generales y de Cuyabá. Agregáronse á esta última división Matogroso, y la Estacada de Santa Rosa, esto es, el fuerte así llamado, según lo dispuesto en el tratado de la línea divisoria entre las Coronas de Castilla y Portugal.

APÉNDICE

NOTICIA DE LOS INDIOS MBAYÁ, EYIGUAYEGI Ó CADUVEOS
DE LA GRAN FAMILIA GUAYCURÚ Y DE LOS CHANÉ, Ó CHANÁ
SEGÚN ALGUNOS AUTORES, Y TAMBIÉN
DEL P. JOSÉ SÁNCHEZ LABRADOR, S. J., EXTRACTADAS ESTAS
DE LOS ESCRITOS DE SUS CONTEMPORÁNEOS :
PADRE NICOLÁS DEL TECHO, S. J., P. JOSÉ JOLIS, S. J.
CAPITÁN DE FRAGATA DON JUAN FRANCISCO AGUIRRE
P. LORENZO HERVÁS, S. J., DON FÉLIX DE AZARA
ALFREDO D'ESCRAGNOLLE TAUNAY; GUIDO BOGGIANI
KARL VON DEN STEINEN

HISTORIA PARAQUARIA

(Padre Nic. del Techo. 1673. Lib. III, cap. 37, año 1610)

Los Guaycurú y los Guaycuruti vivían del lado del Chaco, en frente de la Asunción, y agrega: « *Ibi tamen frequentiores sunt, ubi Pilcomaius è Peruviae montibus ortus, in Paraquarium sese exonerat.* » El provincial Diego de Torres nombra á los padres Roque González y Vicente Grisi á doctrinar á estos indios. En el libro IV, capítulos 27 y 28 (año 1613) insiste en que son grandes andariegos. Los visitan el provincial Diego de Torres con el padre Pedro Romero, y concluye el capítulo y párrafo con estas palabras: « *Satis constat his artibus ferocissimam Guaicuraeorum gentem non tantum diu utcumque in officio fuisse retentam, sed etiam Niapurorum (Ñaperús) et Baiarum (Mbayás) barbarissimorum hominum quamplurimos pellectos, ut de Divinis rebus socios verba facientes audire vellent.* » El año 1626 (lib. VII, cap. 34), visto el poco provecho que se sacaba de estos indios, abandonóse la misión de los Guaycurú, 16 años después de haberse fundado.

DESCRIPCIÓN CHOROGRÁFICA DEL GRAN CHACO

(Padre Pedro Lozano, página 59, párrafo IX, año 1732-1733)

Á propósito de los indios Guaycurú dice esto:

« En la otra punta del Chaco hacia el Paraguay, que es la parte del Oriente, viven los Guaycurús, entre el Pilcomayo y el Yaveviri... Tramaban los Guaycurús asaltar á la ciudad de la Asunción por los fines del año 1677... Toda esta nación se divide en tres parcialidades... todas tienen una misma lengua, visten un mismo traje y observan un mismo modo de vivir, ritos y costumbres, parecidos á otros del Chaco... La primera parcialidad son Guaycurús, que en su lengua llaman *Codollate* ó *Taquiyiqui,* que quiere decir: los de hacia el sur y éstos son los corsarios más ordinarios de la provincia del Paraguay... Los segundos son los Guaycurutis, que en su lengua se llaman *Napiuyiqui,* que significa: los de hacia el Poniente... están emparentados con los Guaycurús Codollates... sus propias tierras... son las que caen á las espaldas del río Bermejo, que es también patria de los indios Naparús, á quienes mandan como señores y con quien están emparentados. Los terceros son los Guaycurús Guazús, que en su idioma se llaman *Epiguayiqui,* como si dijeran, los de hacia el norte... distan de la ciudad de la Asunción casi 100 leguas, viviendo en las tierras de los indios Mbayás y Guanás, que confinan con los Chiriguanás del Perú, y eran gente labradora, á quienes sujetaron por armas estos Guaycurús Guazús, y emparentaron con ellos...

La tierra propia de las tres parcialidades de Guaycurús fué antiguamente la que llaman *Caaguazú,* 200 leguas de la Asunción, río Paraguay arriba, pero la desampararon por lo común y á causa de las guerras... para

conquistar á otras naciones, como lo consiguieron con los Naparús, Guanás y Mbayás, acercándose por esta razón al Pilcomayo... en su idioma *Guazutinguá*, donde también sojuzgaron á los Guatutás, Mongolas, Tapayaes y otros, que hoy día son todos de esta nación y ocupan, como dije, por el Oriente hasta el río Bermejo la entrada del Chaco, por donde también asolaron á los indios Calchines y otros pueblos de los Frentones ó Abipones.

SAGGIO

(Ab. D. Giuseppe Jolis, t. I, lib. VI, art. XI, *Dei Guaicurús*)

El entonces provincial de los jesuítas, á instancias de aquel gobierno y á nombre de su majestad católica, señaló de buen grado, en la esperanza de implantar allí el Evangelio, á los padres José Sánchez Labrador y José Martín Matilla, los cuales, el año 1760 dieron inmediatamente principio á la reducción de Nuestra Señora de Belén, al Oriente del río Paraguay, cerca de *Ipané*, á 80 leguas más ó menos de la Asunción. En ella se reunieron en poco tiempo 300 familias de aquellos bárbaros, que formaban un número de 1000 individuos. Pero, al cuarto año de la fundación, por amoroso decreto de la Providencia soberana, según nos dijeron después, declaróse la viruela, y muchos de ellos murieron bautizados en aquella circunstancia y se dispersaron 323 en los bosques.

Desaparecido el mal epidémico destructor de los salvajes, regresaron de nuevo á la aldea á recibir las instrucciones necesarias para ser regenerados más tarde en la Sacra Fuente. En la condición de neófitos, dieron ellos no pocas muestras de sincero arrepentimiento y de querer abandonar del todo el gentilismo y sus costumbres

bárbaras, debido á las exhortaciones y buenos modales del susodicho padre Sánchez Labrador. Sin embargo, eran considerados antes por los Españoles como Guaicurús y llamados con el magnífico nombre de *Aligena Lionigi,* que significa Hijo del Sol en su lengua, y el propio del Cacique de la Misión, y por el mismo ordenado que ellos se diesen el nombre de *Epaquini.* También el misionero Juan García, su hermano y compañero en aquel ministerio, donde reemplazó á Matilla, hacia fines del año 1762, se había conciliado con su trato cortés y amable la buena voluntad de esos bárbaros, de donde resultó que se mostraron bastante disgustados, cuando en el año 1767, por orden superior, tuvo que abandonarlos.

SAGGIO

(Ab. D. Giuseppe Jolis, art. XII, *Della Nazione Guaná, ó Chaná)*

Encontrándose, pues, algunos con sus amigos los Guaicurús en la nueva Reducción de Belén, suplicaron al misionero padre Sánchez Labrador que fuera á visitarlos en sus tierras. El padre se lo prometió, y el año siguiente 1761, el 5 de noviembre, cumplió su promesa, acompañado de cerca de 400 de aquellos reducidos de toda edad y de ambos sexos. Allá fué recibido con expresiones de alegría y lo regalaron á su manera : á lo que correspondió el misionero con lo que para tal propósito traía consigo. Los Guanás quedaron sugestionados por los donativos y la benevolencia que se les demostraba ; no querían separarse del misionero y le rogaron encarecidamente de fijar entre ellos su residencia, más bien que regresar á los Mbayás, entre los cuales residía para instruirlos ; alegaban como motivo el genio cruel y bárbaro de los Guaicurús que, cuando menos él mismo lo pen-

saría, acabarían por asesinarlo; que ellos eran mejores que los Mbayás y que si se resolviese á residir en su aldea, procurarían alimentarlo del mejor modo posible, sin ultrajarlo jamás en lo más mínimo y lo servirían en todo lo que pudiese necesitar.

El padre Sánchez mostróse sensible á las instancias tan premurosas de aquella gente, á sus demostraciones tan corteses y sinceras, pero se negó á aceptar por estar ya comprometido en otra parte, prometiendo de escribir al superior para que les mandase á otro de sus hermanos, como se hizo, y vino, destinado por el padre Pietro Andreu, el misionero Manuel Durán. En el mes de septiembre de 1766 llegó el dicho padre Manuel Durán, acompañado de cuatro indios guanás y dos jóvenes Guaranís; la acogida que recibieron de la tribu de los Layanas, numerosa de seis mil y más almas, fué del todo conforme á las ideas ya formadas de esos salvajes y á los datos recientemente recibidos del padre Sánchez.

ETNOGRAFÍA DEL CHACO

(MS. del capitán de fragata don Juan Francisco Aguirre (1793) con introducción por Enrique Peña. 1899, pág. 39)

NOTA SOBRE LA LENGUA MBAYÁ

La lengua Mbayá, según el padre don Pedro Domínguez, se habla con pausa ó gravedad; distingue en las voces el masculino y femenino según es hombre ó mujer el que habla. Con él escribió los vocablos de esta lengua en la Asunción el 24 de abril de 1793, cuando hacía poco tiempo que llegó del fuerte de Borbón, donde estuvo de capellán. Es excelente lenguaraz. Dos vocabularios que se hicieron anteriores á éste en la Villa Real

varían bastante en algunas palabras; y es de suponer que variará (aun en todas las lenguas referidas) si se hiciere de nuevo valiéndose de diferentes intérpretes. La causa de ello es que la referida lengua Mbayá, como las otras indias, son compuestas de varias palabras, como cocinar, que dicen: hacer de comer; cinco: una mano de dedos, etc., y en éstas composiciones cada uno se vale de términos diferentes.

La lengua Mbayá tiene alguna parada alta de voz en la vocal larga, que no se deja de articular, y muy breve y baja la de la inmediata. No tiene narigal ni casi gutural, y suena clara y agradablemente al oído; tan compuesta de vocales que podría ser no la haya tanto. Y sin disputa, si por ello es buena, como dicen los Montesquieus, la italiana para cantar, debiendo ceder á la Mbayá, sería para los Cafarielos y Farinelos la lengua del cielo. — *Aguirre.*

NOTAS SOBRE LA LENGUA GUANÁ

La lengua Guaná carece de los pronombres *meus, tuus*: lo suple con elegancia y bella asonancia, con sólo mudar letras iniciales y algunas de las vocales; pero cuando se pronuncia el vocablo *undi*, que es yo, é *iti*, que es tú, no admite mudanza de verbo, nombre substantivo ó adjetivo: pero del otro modo suena mucho mejor. No tiene narigal guaraní sino castellana que es *Ñ, ñ*. Las tildes y virulillas que llevan las voces que hacen el «mio» no es narigal, sino que se carga la pronunciación, aunque tenga un sonido narigal.

Tiene también su particular, que aunque la palabra sea simple, y no compuesta, se divide en la pronunciación como en ésta: *sapu*, así, que es tigre chico ú onza (que dicen), y en otras muchas; algunas palabras, sin duda, deberán escribirse con *k* por la aspereza con que

las pronuncian; pero no he querido usar de ella por no ser castellana.

También es de notar que esta lengua de los Chanes ó Uanas ó Vanas, no Guanás, como los llaman vulgarmente, admite y tiene varias diferencias, ya en la pronunciación, ya en la diversidad de voces, porque es general, pues los Chanes, conocidos de esta banda, son cinco tolderías distintas que son: *Caynocoe*, que quiere decir: gente que hace frente ó fronteriza; *Chaararaane*, de pecho grande; *Terenoe*, gente de la rabadilla propiamente ó que está la última; *Nicatisiroe*, comedora de cierta especie de algarroba áspera; y los *Layyanas*, que no tiene significación. Ésta es mi gente. Estas dos últimas convienen en la pronunciación y se diferencian de las otras. De la otra parte del Chaco, en las fronteras de Chuquisaca y camino de Santa Cruz, hay muchos más Chanes, algunos entreverados con los Chiriguanos y otros en sus tolderías separadas, y de estos hay una reducción de 12 años á esta parte (1). Así el padre Pedro de Bartolomé en carta de su reducción de San Francisco de Asis de los Guanás á 15 de septiembre de 1892.

CATÁLOGO DE LAS LENGUAS

(Abate don Lorenzo Hervás, vol. I. *Lenguas y Naciones Americanas*, pág. 180 á 184. edic. de Madrid, 1800)

La lengua Mbayá, llamada también Guaicurú y Eyiguayegi, se habla en la nueva población de Nuestra Señora de Belén de las misiones del Chaco antes mencionadas en la diócesis de Paraguay, situada á 23 grados y medio

(1) Esta reducción, según noticias del padre Bartolomé, está á cargo del Colegio de Misioneros de Tarija y se llama de Filipili. Los nombres que aquí puso el padre Bartolomé á las nacio-

de latitud, y á 320 grados y medio de longitud. Esta población se fundó por el respetable misionero señor don José Sánchez Labrador, que me ha favorecido con los elementos gramaticales de la dicha lengua Mbayá, y en carta fechada en Ravena á 23 de junio del año 1783, me dice : « Los indios llamados Mbayás ó Guaicurús de la ribera occidental del río Paraguay tuvieron antiguamente misioneros jesuítas, como usted lo podrá leer en la historia de Paraguay, escrita por el padre Charlevoix. Los indios Mbayás de la ribera oriental de dicho río tuvieron misioneros en estos últimos tiempos en que se formó la misión llamada Belén, en donde había un cacique ó jefe con sus súbditos, que eran más de doscientos. Allí había otros cacicados que pedían misioneros. Los cacicados de dichos indios eran nueve, de los que ocho quedaron en las selvas. La lengua de todos los cacicados era la misma con notable diversidad de palabras y de pronunciación. Se puede decir que son dos los dialectos de esta lengua notablemente diferentes : uno de ellos es el que se llama lengua Mbayá, y el otro es el que hablan los indios llamados Enacagas ó Guaicurús feroces. La población de Belén tenía 260 personas, y todas éstas eran catecúmenas. » Hasta aquí el señor don José Sánchez, que modestamente oculta haber él fundado la misión Mbayá, la que hubiera sido universal de todos los cacicados, si le hubiera sido posible quedar entre los Mbayás hasta su total reducción. El señor abate Sánchez, después de haber enseñado filosofía en la universidad de Córdoba, y teología en la ciudad de la Asunción, pidió á los superiores una misión, y eligió la de los Mbayás, que entonces era la más trabajosa y peligrosa, y el Señor premió su vocación haciéndole respetable á los mismos

nes Guanás, son, como es claro, en su lengua. Los que se pusieron en el estado de su población, fueron los que usan los Mbayás como Echoaladis á los *Chaararaanes*, Equiliquinaos á los *Coynoconoes*, Neguagatemi á los *Nicatisiroe*, etc.

bárbaros, como se ha insinuado y se repetirá después.

El señor abate Camaño (citado varias veces) me escribe diciendo que todos los misioneros juzgan haber gran afinidad entre las lenguas Mbayá, Yapitalaga, Mocobí y Abipona, la cual afinidad he observado también en el cotejo que he hecho de no pocas palabras que de dichas lenguas pongo en el vocabulario políglota; más habiendo logrado, como antes insinué, algunos documentos para formar los elementos gramaticales de las lenguas Mbayá y Mocobí, he advertido ser diverso el artificio de ellas; y á mi parecer, no la afinidad de las palabras en los idiomas, más la del artificio gramatical prueba que dos idiomas son dialectos provenientes de una misma lengua matriz. En los dialectos teutónicos hay innumerables palabras de clara afinidad con las de los dialectos latinos; más cada dialecto teutónico las usa según su respectivo artificio gramatical. Los Araucanos del Chiloé usan muchas palabras españolas que declinan y conjugan según la índole de su lengua propia que es la Araucana. Parece que la lengua Mbayá ha sido escasísima de palabras, y que se haya enriquecido con las de los idiomas Mocobí, Abipón, etc. Según la respectiva situación de las naciones yo debía haber discurrido de la lengua Mbayá después del número 34, colocándola entre la Payaguá y la Guaná, más he tratado de ella en el número presente después de haber hablado de los dialectos de la lengua Toba, porque con ellos tiene afinidad.

Jolis en el libro VI, artículo XI y página 481 de su obra citada ha publicado últimamente sobre los Mbayás, que él siempre llama Guaicurús, algunas noticias que juzgo dignas de notar aquí. En primer lugar el dicho autor advierte que el nombre Guaicurú, aunque derivado ciertamente del idioma Paraguayo (esto es del Guaraní), se aplica por varios autores, y por los Españoles de América, á diversas naciones, como á la Abipona, Toba, Mocobí, Payaguá, á la nación llamada Lenguas y á otras naciones. En algunas naciones, dice, los idiomas tienen

tal afinidad, que aunque sean distintos, y por tales se reputen, no por tanto pueden parecer conexos, y como partes de una misma lengua matriz. Tales son los idiomas que se hablan por los Tobas, por los Mocobís y por los Abipones respecto del idioma de los Mbayás, como se dirá en el artículo de las lenguas en el segundo tomo. Éste no se ha publicado porque el señor Jolis paso á mejor vida al mismo tiempo que lo imprimía; mas de las palabras que acabo de referir, se infiere, que el señor Jolis convenía en dudar conmigo sobre conceder á la lengua Mbayá un origen común á los dialectos Tobas.

El señor Jolis continúa su relación, diciendo: « En la relación que haré de los Guaicurús, entiendo hablar de Eyiguayegis, esto es, de los habitadores de los palmares, los cuales habitadores se llaman Mbayás por los europeos, á quienes, como también á las naciones fronteras, han causado terror. La nación Guaicurú ó Mbayá se divide en siete fracciones ó tribus, que tienen los siguientes nombres: *Guetiadegodis* (montañeses), *Cadiguegodis* (nombre de un río, en el que están dos tribus que toman del río su nombre), *Lichagotegodeguis* (tierra encarnada), *Apachodegoguis* (avestruz), *Eyibegodeguis* (septentrionales) ó *Encagas* (escondidos), y *Gotoeoguegodeguis* (los del cañaveral). Los Guaicurús se extienden desde el río Ipaneguazú hasta el río Taquari á una y otra parte del río Paraguay por poco menos de cien leguas; más el número de los individuos no pasa de siete mil, entre los que no se comprenden los esclavos, que son muchísimos; por lo que fácilmente se puede inferir que es falsa la opinión de Lozano, que supone muy poblado al Chaco. » Hasta aquí Jolis, que continúa describiendo el carácter de los Guaicurús, su ferocidad y las varias tentativas hechas por los jesuítas para su conversión desde el año 1610 hasta el de 1760 en que el venerable anciano Sánchez Labrador, antes nombrado, con José Matilla, su compañero en las misiones, fundó la de Guaicurús ó Mbayás llamada Belén.

HISTORIA DEL PARAGUAY

(Félix de Azara, edic. española, 1806-1847, t. I, pág. 229, etc.)

INDIOS GUAICURÚS

124. Cita á Alvar Núñez Cabeza de Vaca en sus capítulos 19, 25, 26 y 30. Por cierto que lo que dice no es de mayor peso, como suele suceder cuando lo que escribe no resulta de su propia observación sino que reproduce ó comenta lo que otros han contado, y sírvanos de ejemplo al caso los siguientes :

En el párrafo citado atribuye á Cabeza de Vaca esta frase : « Por costumbre se entregaban esclavos al que los vencía. » Alvar Núñez dice esto de los Guaycurús : « Tienen por costumbre que si alguno los venciese se les darían por esclavos. » Los condicionales éstos no significan literalmente la interpretación de Azara, mínime si se tiene en cuenta la índole de la relación. Prosigue Azara con sus citas de lo que escribió Alvar Núñez : « Á cualquier enemigo suyo que iban á matar, quedaba libre con sólo verle una mujer, y que se sentaban sobre un pie. Schmidel, capítulo 41, añade que eran Canoeros y que colgaban en su templo las cabelleras de sus enemigos, pero todo lo dicho es falso. »

He aquí lo que se halla en el texto del Adelantado, capítulo 25 : « Las mujeres tienen por costumbre y libertad que si á cualquier hombre que los suyos ovieren prendido ó captivado, queriéndolo matar, la primera mujer que lo viere lo liberta y no puede morir, ni menos ser captivo. Y queriendo estar entre ellos el tal captivo lo tratan y quieren como si fuese de ellos mismos. »

Ya se ve que hay bastante diferencia entre lo que dice Alvar Núñez y la interpretación que Azara quiere darle

á esas palabras; pues aquel autor está ponderando los privilegios de que gozaba la mujer Guaycurú, y era el citado uno de tantos. Eso de «todo lo dicho es falso» no pasa de ser una ligereza de apreciación. Este capítulo de Azara se refiere únicamente á los Guaycurús de la Asunción, río Paraguay por medio.

Á los Mbayás los describe Azara en las páginas 206 y siguientes, y como se trata de cosas observadas por él mismo, conviene enterarse de lo que él cuenta acerca de estos indios, que son de la misma estirpe que los Guaycurús de los demás autores, y que los Eyiguayegui y Caduveos, etc., de Sánchez Labrador Boggiani.

En las páginas 198 y capítulos 79 y siguientes, Azara hace la descripción de los indios Guaná, Chaná ó Chané, esos compañeros inseparables de los Mbayá. En este caso también Azara relata lo que él personalmente vió. El párrafo 85 describe muy gráficamente la clase de sujeción en que los Chaná-Guaná vivían con los Mbayá, y que por cierto es casi la misma descripta por Schmidel. Dice Azara: «Por esto los Mbayás les llaman sus esclavos (á los Guaná incorporados, se entiende): pero esta sujeción la dejan los Guaná cuando les da la gana sin oposición de los Mbayás; éstos les mandan pocas cosas, nunca con imperio ni precisión, y dividen con los Guaná cuanto tienen, sin exceptuar á sus mujeres.»

ALFREDO ESCRAGNOLLE TAUNAY

(Escenas de Viaje. 1843-1899)

Este viajero habla de los indios Guaycurú y Chané del río de Miranda, en la provincia de Matto Grosso (Brasil), que son los mismos de que trata Boggiani en sus varios folletos y publicaciones; conviene advertir

que este viajero no conocía lo escrito por aquél, de suerte que en nada pudo ser sugestionado por el interesante trabajo del distinguido autor brasileño; la traducción del texto portugués recién le fué enviada poco antes de su desgraciado fin.

He aquí las palabras de Escragnolle Taunay vertidas á nuestro romance:

« En dos importantes grupos se divide la raza india que habita Miranda: los Guaycurús y los Chanés.

« Aquéllos comprenden tres tribus: la Guaycurú propiamente dicha, que va desapareciendo por el contacto inmediato con la gente blanca; los Cadiveos, que, por el contrario, se conservan en el estado casi silvestre, en terrenos próximos á los ríos Paraguay y Nabilek, aun no bien explorados; y los Beaquieos, que viven con los Cadiveos [1].

« Los Chanés se subdividen en cuatro ramificaciones: los Terenas, que constituyen las tres quintas partes de la población aborígena; los Layanás, los Quiniquinaos y los Guanás [2], Chooronós, de entre todos los más dóciles y civilizados.

« La lengua de ellos (*i. e.* los Chané) es la misma para todos éstos con algunas alteraciones, que entretanto no les estorba la fácil comprensión recíproca, etc. »

Hasta aquí lo de d'Escragnolle Taunay.

[1] De las otras tribus, que refiere Castelnau, no oímos hablar; acaso estén extintas ó confundidas con éstas.

[2] No se confundan estos Guaná con los otros de más abajo Guaná-Lengua, de Cominges y Boggiani, etc.

ETNOGRAFÍA DEL ALTO PARAGUAY

(Guido Boggiani. Del *Bol. del Inst. Geogr. Arg.*, t. XVIII, pág. 61-78, 1897)

« La tribu de los Caduveos ó Mbayás era de las más numerosas y valientes, como lo atestiguan todos los escritores de cierta época. Según parece ocupaba ambas márgenes del río Paraguay, llegando en la occidental hasta cerca de Villa Hayez en los 25°8'10", según Azara asegura en un manuscrito inédito de que me dió noticia el señor Lafone Quevedo en una de sus últimas cartas. Del lado oriental llegaba hasta más abajo del Ypané, y es para los Mbayá que los padres Misioneros Jesuítas en 1760 fundaron la misión de Belén, hoy Belén-cué [1].

« Más tarde se fueron retirando hacia el norte, donde, según él mismo Azara, llegaban hasta los 19°30' de latitud sur.

« Todavía en tiempos de Martín Dobrizhoffer, como él mismo escribía [2] los Mbayá ocupaban ambas márgenes del Paraguay (1749-1767), y se dividían en dos fracciones principales, los de occidente y los de oriente, como dije ya en mi carta de julio 5, publicada en el *Boletín del Instituto geográfico argentino,* tomo XVIII, página 369.

« En fin, han desaparecido del Chaco y del Paraguay moderno ; y, disminuídos grandemente de número, están hoy reducidos á poco más de cien individuos de raza pura, deducidos los esclavos que tienen de otras tribus, especialmente Chamacocos. Ocupan una muy pequeña

[1] V. L. Hervás, *Catálogo de las lenguas,* vol. I, núm. 31, pág. 180-184.

[2] *On account of the Abipones.* London, 1822, vol. I, pág. 125.

zona del territorio que les he asignado en el mapa étnico adjunto, el que recorren de vez en cuando pacíficamente cazando ó buscando trabajo en las estancias vecinas, y cuyo centro principal es Nalique con dos aldeas menores que se llaman, una Ettoquiya, á unos cinco kilómetros de Nalique, y la otra del Morrinho, sobre el río Nabileque, á pocos kilómetros del Paraguay.

« Lingüísticamente pertenecen los Caduveos á la familia que he indicado en el mapa con el apoyo de Guaicurú, á la cual pertenecen también los Payaguá, Pilagá, Toba, Mbocoví y Abipones [1] y, parece que también Jolis según traducción é interpretación del mismo Hervás, dudaba de que al idioma Mbayá se pudiera conceder un origen común á los dialectos mbocoví, abipón, toba, etc. : pero los estudios hechos por el señor Lafone Quevedo sobre documentos antiguos (V. *Idioma Mbayá,* 1896), y sobre datos que yo mismo le he suministrado, quitan toda duda y establecen de una manera definitiva el parentesco en cuestión.

« Por eso van indicados los Caduveos en mi mapa étnico con el mismo color que los Pilagá, Toba y Payaguá y bajo el mismo apodo de Guaicurú. »

UNTER DEN NATURVOLKERN ZENTRAL-BRASILIENS

(Von Karl von den Steinen, *Reisesschilscrung und Ergebnisse der Zweiten Schiugú,* pág. 549-550, expedición 1887-1888. Berlín, 1894.)

3-6. *Guaycurus Cadiueos.* — Célebres desde los tiempos antiguos por su resistencia. En número como de 800 en ambas orillas del Paraguay, abajo de Coimbra.

[1] Hervás. *Catálogo de las lenguas,* cit. vol. I, pág. 182-183, núm. 31.

Forman varias hordas. Habitan en tiendas hechas de cueros y esteras. Caza, pesca, agricultura ninguna. Muchos caballos, algo de ganado lanar, puercos, gallinas. Ninguna industria. En incesante guerra con sus vecinos, en paz con el Brasil. Orgullosos y astutos ; cambian sus tejidos por aguardiente, caballos, etc.

(Informe, 1872 : *Guaycurús Beaquéos.* — Como 100 individuos en una aldea cerca de Miranda. Caza, pesca, maíz, pororoca [1], mandioca, batatas, cará, zapallos, caña de azúcar. Unos pocos caballos, algo de ganado lanar, aves y puercos. Roban mujeres y niños á los Chamacocos y á los Enimás del vecino Paraguay. Tejen hermosos ponchos, hamacas, cinchas y cinturas. Orgullosos, propensos á la bebida y al robo.)

7. *Guanás.* — Aldea cerca de Albuquerque y á una media legua de Cuyaba.

8. *Guanás Kinikinaos.* — Como 800 en la aldea primera de Matto Grande, tres leguas al occidente de Albuquerque ; aldea segunda, 200 cerca de Miranda.

9. *Guanás Terenas.* — Viven colonizados alrededor de la ciudad de guarnición (presidio) de Miranda.

10. *Guanás Laianas.* — Ídem.

Informe 1858 : Guanás y Kinikinaos habitan en la aldea de *Nossa Senhora do Bom Conselho,* bajo la dirección del distinguido padre Mariano de Bagnaia, quien se ausentó con licencia y quedó en São Paulo. Tenían á su disposición á un maestro de escuela, un maestro de música y un maestro sastre. Terenas y Laianas en la aldea de Villa de Miranda.

Informe 1861 : Los Kinikinaos habitaban en la jurisdicción de Albuquerque á tres leguas de la ciudad, aldea de *Nossa Senhora do Bom Conselho*, largo tiempo ya antes de la fundación de la Directoria. Ésta trató de re-

[1] También pipoca, variedad de maíz muy adecuada para la confección de un pan semejante al bizcocho.


CARTA
DEL GRAN CHACO
e Paesi Confinanti
Spiegazione delle Note
Colonie Spagnuola con titolo di Città
Terra grossa o Colonia con titolo di Villa
Altre Colonie minori o senza titolo
Paesetto o Altri luoghi Fortinelle
Paesetti d'Indiani con titolo di Missioni
X Città distrutta • Missione distrutta
F Fiume M Monte V Valle
Leghe com. di Spagna di 26 al Grado
Giuseppe Ballanti incise in Faenza
Gradi di Longit. principiando dal Merid. che è la 20 gradi all'occid. dell'Osservat. di Parigi
Parte del Governo di Santa Croce delle Montagne
S. Cruz della Sierra
Appendice del Chaco
Chiquisaca
F. Pilcomayo
Pilaya
Parte di Chichas
Tropico di Capricorno
Xuxui
Salta
Valle di Calchaqui
Governo del Tucumano
Santiago del Estero
Concezione
Cordoba
Parte delle Missioni de Chiquitos
Itatin
Parte del Chaco o Nazioni ancora sconosciute
Il Gran Chaco
Tribu de' Zamucos
Nazione de Lenguas
Assunzione
Villeta
Angostura
Parte del Governo del Paraguai
Parte delle Missioni de Guaranies
F. Parana
Corrientes
Governo di Buenos Aires
Concezione del Vermejo
Mocobi
Abipona
Lago di Xarayes
Lago Ibera
El Tio
Bavada


24
23
22
21
20
19



R. Cima
Tierras de los
R. Nalagati
R. Mboutey.
R. Piray.
R. Cuy
R. Tagrami
R. Canapua
R. de los Forcados
Paraguay
Lago
22
21
20
19
18
17
11

gularizarlos por medio de la Misión de fray Mariano. Para los Terenas, Laianas y Guachis, en número de 2500, fundóse el 30 de abril de 1860 una colonia á una legua de distancia de la Villa de Miranda.

11. *Guaxís.* — Tribu casi extinguida. Tienen los mismos usos y costumbres que los Guanás y Guaicurús de Miranda, donde viven igualmente.

ÍNDICE

PARTE TERCERA

(Conclusión)

APÉNDICE

DIARIOS, VIAJES Y VARIAS CARTAS

INDIOS CHANÁS

(Vulgarmente llamados Guanás)